THE HORUS HERESY®

Nick Kyme

VULKAN LIVES

Unto the Anvil

The *New York Times* bestselling novel series





LA HEREJÍA DE HORUS

VULKAN VIVE

NICK KYME



Nacex



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

VULKAN	Primarca de los Salamandras
KONRAD CURZE	Primarca de los Amos de la Noche
FERRUS MANUS	Primarca de las Manos de Hierro
CÓRAX	Primarca de la Guardia del Cuervo

La Legión de los Salamandras

ARTELLUS NUMEON	Capitán de la 1ª compañía, Palafrenero y hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
LEODRAKK	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
SKATAR'VAR	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
VARRUN	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
GANNE	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
IGATARON	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
ATANARIUS	Hermano de la *Guardia de la Pira* de los Salamandras
NEMETOR	Capitán de la 15ª compañía de los Salamandras de reconocimiento
K'GOSI	Capitán de la 21ª compañía de los Salamandras "los *Pyroclastas*"
SHEN'RA	Tecnomarine de los Salamandras

La Legión de los Manos de Hierro

DOMADUS	Hermano de los Manos de Hierro y Oficial de intendencia en funciones
VERUD PERGELLEN	Hermano francotirador de los Manos de Hierro

La Legión de la Guardia del Cuervo

HRIAK	Codificador de la Guardia del Cuervo
AVUS	Hermano de la Guardia del Cuervo

La Legión de los Portadores de la Palabra

EREBUS	Primer Capellán de los Portadores de la Palabra
VALDREKK ELIAS	Apóstol Oscuro de los Portadores de la Palabra al servicio de Erebus
BARTHUSA NAREK	Hermano cazador *Vigilator* de los Portadores de la Palabra

Personajes Imperiales

SERIPH	Rememorador
VERACE	Rememorador
CAEREN SEBATON	Arqueólogo fronterizo

Desde la tierra quemada...

Vulkan vive.

Dos palabras. Dos palabras ásperas. Me envolvieron como una trampa oxidada, atrapado con sus dientes feroces. Tantos muertos... No, masacrados. Y sin embargo...

Vulkan

Vive

Sentía a cada uno resonar dentro de mi cráneo como un martillo pilón puesto a tono por un diapasón, presionando en mis sienes, cada sílaba pulsante cebando el irascible dolor de cabeza. Eran poco más que un susurro burlón, estas dos simples palabras, burlándose de mí porque yo sobreviví cuando debería haber muerto. Porque vivo, y ellos no.

Sorpresa, asombro, o tal vez era el simple deseo de no ser oído hizo que el orador dijese sus palabras en voz tan baja. En cualquier caso, la voz que les daba vida era confiada y llena de innegable carisma.

Conocía su cadencia, su timbre, con tanta familiaridad como conocía la mía. Reconocí la voz de mi carcelero. Y yo, también, soné áspero cuando le declaré.

-Horus...

De todos los poderes obvios de mis hermanos, incluso en su voz, apenas podía hablar. Era como si hubiera sido enterrado durante mucho tiempo y mi garganta estuviera ronca por la ingestión de demasiada tierra. Aún tenía que abrir los ojos, pero los párpados eran de plomo y picaban como si hubieran sido lavados con promethium puro.

Promethium.

La palabra le trajo un recuerdo sentido, la imagen de un campo de batalla envuelto en el humo y aroma de la muerte. La sangre saturaba el aire. Empapaba la arena negra bajo los pies. El humo se aferraba a los estandartes al filo de los fuegos. Mediante fragmentos, recordé una batalla diferente a cualquier otra que yo o mi

legión hubiera luchado jamás. Tan vastas fuerzas, tal potencia de fuego, casi elemental en su furor. Hermanos que mataron hermanos, cifrado en decenas de miles. Quizá más.

Vi a Ferrus morir, a pesar de que no estaba presente en su asesinato, pero en mi mente lo vi. Teníamos un vínculo, él y yo, forjado más allá de la sangre fraternal. Éramos demasiado parecidos para no tenerlo.

Este fue el Isstvan V que vi. Un mundo sumido en sombría ignorancia invadido por un mar de legionarios empeñados en la destrucción mutua. Cientos de carros de combate, Titanes vagando en el horizonte en grupos de exterminio, naves de desembarco inundando y asfixiando el cielo con su humo moribundo y motores quemados.

Caos. Un absoluto e inimaginable caos.

Esa palabra tiene ahora un significado diferente.

Otros fragmentos de la masacre volvieron a mí. Vi una ladera, una compañía de carros de combate en la cumbre. Sus cañones apuntaban bajos, disparando municiones a nuestras filas y empujándonos contra el yunque.

Servoarmaduras se agrietaron. Llovió fuego. Cuerpos fueron desmembrados.

Cargué con la Guardia Pira, pero pronto perdieron el ritmo cuando mi furia superó a mi razón. Golpeé los tanques por mi cuenta en un primer momento, como un martillo. Desgarré con mis manos la línea de blindajes, vapuleándola, rugiendo mi desafío en un cielo bañado de color carmesí.

A medida que mis hijos alcanzaron a mi ira, la luz y el fuego llegaron a raíz de mi asalto. El cielo se abrió en una gran franja de un blanco magnesio cegador. Aquellos cercanos cerraron sus ojos a ella, pero vi los misiles alcanzarles. Vi la detonación y vi el fuego, extendiéndose por el mundo como un océano hirviente.

Entonces se hizo la oscuridad... por un tiempo, hasta que recordé despertarme, mas aturdido. Mi armadura estaba quemada. Me habían echado de la batalla. Solo, me tambaleé sobre mis pies y vi a un hijo caído.

Era Nemetor.

Como un niño al que acunase, levanté en alto *Portador del Amanecer* alto y grité mi angustia por todo el bien que le haría. Porque no importa lo mucho que lo deseara para sí, los muertos no regresan. En realidad no. Y si lo hacen, si por alguna nave caída puedes recuperar estos datos, estarán pro siempre cambiados. Fantasmas. Sólo un dios puede resucitar a los muertos y devolverlos a la vida, y a todos nos habían dicho que no existían los dioses. Me gustaría llegar a entender la gran locura y la verdad innegable de ellos en el tiempo que siguió.

Mis enemigos llegaron como una inundación, apuñalando con cuchillos y golpeando contundentes con sus mazas. Algunos estaban vestidos de medianoche, otros envueltos en hierro. Maté a casi sesenta antes de que tomaran a Nemetor de mis brazos. Y cuando me arrodillé allí, magullado y sangrando, una sombra cayó sobre mí.

Le pregunté, *-¿Por qué, hermano?*

Y las siguientes palabras eran las más frescas en mi memoria, por lo que Curze me dijo mientras se cernía sobre mí.

-Porque eres el que está aquí.

No era la respuesta que esperaba. Mi pregunta tenía un significado mucho más amplio del que Curze utilizó. Tal vez no había respuesta porque ¿No era inevitable que un día un hijo se revelara contra su padre y deseara sucederle, incluso si eso significaba cometer parricidio?

Aunque mis ojos estaban engomados de sangre y mi casco desaparecido, juré que vi a Curze sonriendo mientras me miraba hacia abajo como a uno de sus esclavos. Maldito bastardo. Incluso ahora, creo que él lo encontró divertido. Todo el horror, la sucia vergüenza de la traición y cómo se pega a todas nuestras pieles. Nosotros los primarcas, que se suponía que éramos los mejores de todos los hombres, resultamos ser los peores.

Konrad siempre había disfrutado de ironías como esta. Nos hizo caer a su nivel.

-Eres una caja de sorpresas.

Al principio pensé que era Curze nuevo, pues mi sentido del tiempo y el espacio chocaba pero no conectaba, por lo que era difícil de enfocar correctamente; pero él nunca me dijo eso en Isstvan; nunca dijo nada más después de ese momento.

No, era Horus hablando. Esa tonalidad culta tan baja que habían hecho posible esta traición. Sólo él podría haberlo hecho. Solo que no sabía por qué. Todavía no.

Abrí los ojos al pasado y vi ante mí el rostro patricio de un hombre una vez noble. Algunos lo llamarían un semidiós, supongo. Tal vez todos lo éramos de diferentes maneras, pero entonces se suponía que los dioses debían ser honrados por la superstición de hombres menores, crédulos.

Y sin embargo, aquí estábamos todos. Gigantes, reyes guerreros, sobrehumanos en todos los aspectos. Uno de nosotros incluso tenía alas; alas blancas hermosas, angelicales. Mirando hacia atrás ahora, no puedo entender por qué nadie miró a Sanguinius y se preguntó si él era realmente un dios.

-Lupercal -comencé, pero Horus me interrumpió con una risa sin alegría.

-Oh, Vulkan, realmente estas muy vapuleado.

Estaba blindado en negro, un traje que sólo había visto una vez antes y que no se parecía a cualquiera a los Lobos Lunares de su origen, o los Hijos de Horus que dirigió después. Igual que lo portaba, el negro también sangraba de él en oleadas como si no fuese blindaje sino alguna anima oscura cubriéndole. Lo había sentido antes, atrapado algún indicio del hombre en el que se estaba volviendo, pero para mi vergüenza no hice nada para impedirlo. Un ojo fulminaba en el estómago, ardiente y naranja como el sol de Nocturne, pero sin el calor sincero de fuego natural.

Me agarró la barbilla con un puño de garras, y sentí las garras apretarse.

-¿Qué quieres de mí? ¿Matarme, como mataste a mis hijos? ¿Dónde está este lugar en el que me has encarcelado?

A medida que mis ojos se acostumbraron, curándose gracias a los regalos que me dio mi padre excepcional, sólo vi oscuridad. Me recordó a la sombra que Curze echó sobre mí cuando estaba a su merced en las llanuras de Isstvan.

-Tienes razón en una cosa -dijo Horus, su voz cambiando a medida que estaba más lúcido, volviéndose gradualmente más aguda y más rígida, -*eres* un prisionero. Uno muy peligroso, creo. En cuanto a mi propósito -rio de nuevo, -sinceramente, no lo sé todavía.

Parpadeé, una vez, dos veces, y la cara ante mí se transformó en otra, una que apenas podía creer.

-¿Roboute?

Mi hermano, el primarca de la XIII legión de los Ultramarines, había desenvainado una gladius. Parecía ceremonial, nunca probado la sangre.

-¿Es eso lo que ves? –preguntó Guilliman, entrecerrando los ojos antes de deslizar la hoja por mi piel desnuda.

Sólo entonces me di cuenta de que estaba encadenado sentí las cadenas alrededor de mis muñecas, tobillos y cuello. La gladius profundizó, ardiendo al principio pero luego cada vez más fría alrededor de la herida. Se hundió en mi pecho, hasta la empuñadura.

Mis ojos se abrieron. -¿Qué... qué... es esto?

El aliento me acuchilló a través de mis pulmones, burbujeando a través de la sangre en ascenso en mi garganta, haciéndome gorgotear.

Él se echó a reír. -Es una espada, Vulkan.

Apreté los dientes, la ira de sujeción boca cerrada.

Su voz cambió de nuevo cuando Guilliman se inclinó y yo ya no podía ver su rostro, pero sentí su aliento en mi mejilla.

-Oh, creo que me va a gustar esto, hermano. Definitivamente tú no, pero yo sí.

Él siseó como saboreando la idea de las torturas que ya estaba urdiendo, y eso me hizo pensar en alas suaves y quirópteras. Mi mandíbula se endureció cuando descubrí la verdadera identidad de mi verdugo, fugando su nombre a través de mis dientes apretados como una maldición.

-Curze.

Persona non grata...

Una figura acorazada en carmesí penetró en la cámara como si a través de un corte en un velo, una cuchillada literal que separó realidades y le permitió escapar a la oscuridad bendecida.

Valdrekk Elias había estado esperando en el santuario, esperando durante días el regreso de su amo. Se había previsto su humillación a manos del Señor de la Guerra. Sabía que Horus desafiaría al Panteón y sabía que su propio padre le abandonaría. Pero la causa de un mártir no era para él sin embargo. Él estaba destinado para una gloria mayor y eterna.

Por lo que se lo dijo a Elías, y por eso él había esperado.

Ahora él acunaba una figura miserable en sus brazos, desgarrada y rota, atacada salvajemente por los mismos guerreros que estaban destinados a ser sus aliados.

-Bendito Maestro, está herido... -la voz de Elías temblaba, mezcla del miedo, la vergüenza, la ira. Había sangre por todo el suelo. Riachuelos de color rojo oscuro se toparon con signos marcados sobre las baldosas de hierro, emitiendo un resplandor sobrenatural a medida que cada grabado se llenó de sangre.

Elias murmuró para mantener el resplandor bajo control y que no creciera en algo que no podría controlar. Dudaba que su amo fuera de alguna utilidad en ese momento. La cámara era un santuario sagrado; no se debía derramar sangre allí inconscientemente.

Con la cabeza gacha, mirando al suelo, su amo estaba temblando y lloriqueando de dolor. No... no era dolor.

Era de risa.

Elias le dio la vuelta y vio la ruina de la cara de Erebus, unos ojos blancos mirando desde un cráneo envuelto en carne ensangrentada. Sus dientes (red-rimmed) se aferraban a una boca sin labios, chasqueando en un rictus de sonrisa antes de dividirse al respirar.

Elías le miró horrorizado. -¿Qué le han hecho?

Erebus intentó y no pudo responder, escupiendo un cacho de carmesí.

El discípulo levantó al maestro, lo llevó en ambos brazos a pesar del peso de su servoarmadura, sosteniendo su forma parcialmente insensible a través de su cuerpo.

Dividiéndose con un chorro de escape de presión y el zumbido de servos ocultos, las puertas del sanctum se abrieron a un pasillo. El Apothecarion estaba cerca.

-Una lección... -Erebus graznó finalmente, gorgoteando sus palabras a través de la sangre.

Elías hizo una pausa. La sangre goteaba con un ritmo *antinatural* constante al chocar contra las placas de la cubierta bajo sus pies. Se inclinó, inundándose del hedor a cobre más intenso cuando se acercó. -¿Sí?

-Una lección... para ti.

Erebus estaba delirando, apenas consciente. Lo que le habían hecho a él casi lo había matado. *Quienquiera* que lo hubiera hecho casi lo había matado.

-Cuéntemelo, Maestro –susurró Elias con todo el fervor y la devoción de un fanático.

Erebus podría haber perdido el favor en algunos sectores, como con su padre sin duda, pero aún tenía partidarios. Eran pocos, pero también eran ardientes. La voz del Apóstol Oscuro se redujo a un susurro. Incluso para una audiencia mejorada como la de Elias, las palabras fueron difíciles de discernir.

-Enfocar las nuestras, embotar las suyas...

-¿Maestro? No sé lo que está diciendo. Dime, ¿qué debo hacer?

Con una fuerza inconcebible por su frágil condición, Erebus agarró a Elias por la garganta. Sus ojos, esos orbes siempre mirando con puro odio, le miraron. Era como si estuviera mirando el alma corrompida de Elias, buscando cualquier vestigio de falsedad.

-Las armas... -jadeó, más fuerte, enojado. Rio de nuevo, como si se tratara de una verdad de la que él apenas se había dado cuenta antes de escupir más sangre.

La mirada de Elías fue a la daga en forma de garra empuñada por la mano de su amo. Sólo porque los dedos eran biónicos que aún sostenía el cuchillo ritual.

-¿Armas? -preguntó Elias.

-Podemos ganar la guerra. Son todo... lo que importa -se hundió, el apasionado fuego del Apóstol Oscuro finalmente sobrepasado por sus lesiones. -Debemos tenerlas o negárselas... -Erebus se fue apagando, cayendo en la inconsciencia.

Elias estaba sin brújula. No sabía qué hacer, pero confiaba en la voluntad divina del Panteón para guiarlo. Rápidamente llevó a Erebus al Apothecarion y tan pronto como el Apóstol Oscuro estaba en la losa y bajo el tierno cuidado de sus cirujanos, Elías abrió un canal vox.

-Narek.

La voz que contestó era dura y rallada.

-Hermano.

Elías sabía que la daga era poderosa. Él no era un novato sin educación en el arte de la disformidad. Sabía muy bien lo que podía hacer. Poseía una propia, un mero simulacro de la situada en las garras de Erebus, al igual que sus apóstoles menores. Pero él siempre se había preguntado si existían otros objetos tales en el universo. Otras "armas", supuso ahora.

Elías sonrió al pensar en la obtención de una, del poder que podría disponer con él.

-Hermano -repitió Narek cuando Elías no respondió de inmediato.

La sonrisa de Elías se convirtió en una amplia sonrisa que no llegó a sus ojos.

-Prepara a tus guerreros. Tenemos mucho trabajo que hacer.

UNO

Discípulos

“Las luchas de los dioses guerreros a menudo no se libran entre ellos, sino a través de sus discípulos."

-Cicero, antiguo filósofo Terrano

Traoris era descrito por algunos como un mundo bendito. Bendecido por quien o que estaba abierto a interpretación. Los hechos que se conocían eran simplemente estos. En el año 898 del 30º milenio del calendario Imperial, un ser vino a Traoris que fue conocido como el Rey Dorado.

Aclamado como un libertador, desterró los cultos oscuros que gobernaron antes de su venida. Él los eliminó con la espada y la tormenta, un ejército de caballeros a sus órdenes que eran a la vez magníficos y aterradores. La cábala de señores-hechiceros a la que el Rey Dorado venció había esclavizado a los Traoranos, un pueblo que no había conocido la paz o la libertad durante muchos siglos, desde que sus antepasados se aventuraran a salir de la Vieja Tierra hace mucho tiempo. A solas, aislados durante la Vieja Noche, Traoris fue víctima de un mal primordial. El pecado hizo que las mentes de los hombres más débiles recipientes ávidos de esta oscuridad y sólo la luz gloriosa podría expulsarla.

Y así fue que el Rey Dorado desterró la oscuridad, predicando la libertad y la iluminación. Tocó este mundo con su mera presencia. Lo *bendijo*.

Pasaron muchos años, y entre la partida del Rey Dorado y la recolonización que siguió Traoris se transformó lentamente. Desaparecieron los bastiones de los señores-hechiceros, y grandes fábricas y molinos se levantaron en su lugar. La industria llegó a Traoris y su gente.

Ocho ciudades se levantaron sobre su tierra gris, construidas sobre las ruinas de las antiguas, sus bloques de viviendas repletos de trabajadores. Anwey, Umra, Ixon, Vorr, Lotan, Kren, Orll y Ranos eran islas de civilización, divididas por muchos kilómetros de desiertos de cenizas inhóspitos y campos azotados por tormentas de relámpagos, levantadas donde estaban las vetas de mayor concentración mineral eran codiciadas por Marte.

Sí, Traoris era descrita por algunos como un mundo bendito. Pero no por los que vivían allí.

Aunque ella sabía en su corazón que era inútil, Alantea corrió. Llovía mucho y había sido así desde que las naves de ébano y carmesí habían sido vistas en los cielos sobre Ranos. Bajo sus pies, la calle azotada por la lluvia estaba resbaladiza. Había caído ya dos veces y la rodilla latía peligrosamente por los últimos impactos.

Alantea había estado trabajando como técnica de un manufactorum, por lo que sólo llevaba puesto un mono verde-gris y una camisa de algodón delgada blanca oscurecida por el trabajo manual. Un abrigo de Plastek la protegía de lo peor de la lluvia, pero voló mientras corría. Su cabello estaba empapado y colgaba por delante de su rostro en mechones rubios, oscureciendo su visión en la oscuridad.

Lámparas de fósforo silbaban y escupían cuando las gotas de lluvia las tocaban. Las sombras huían de la garra de la luz sucia, revelando estructuras cuadradas de granito gris debajo de ellas. Toda la ciudad era gris, desde la niebla que brotaba de las chimeneas de la fundición a las losas de piedra bajo los pies de Alantea. Ranos era de hierro oscuro, era la industria y la fuerza, era un motor que funcionaba con músculos y sangre.

También era su hogar.

Las lámparas de fósforo escrutaban como faros, lastimando los ojos de Alantea. Pero ella les dio la bienvenida, ya que la llevarían a la plaza.

Si tan sólo pudiera llegar a la Plaza Cardinal...

Fuertes pisadas tamborilearon detrás de ella, un refrán ruidoso contra los golpes frenéticos de su corazón, y cuando giró en una calle lateral se atrevió a mirar hacia atrás.

A la sombra. Sólo una sombra, eso es todo lo que realmente vio.

Pero había visto a estas sombras desgarrar al viejo Yulli, destripando a su supervisor obediente como si fuera un cerdo y dejar sus entrañas humeantes en el suelo para que las mirase mientras moría. Los otros habían muerto poco después. Ladridos guturales, acompañados por potentes fogonazos desde gruesas armas negras, los habían destrozado. No quedó nada, ni siquiera los cuerpos. El suelo del manufactorum era un baño de sangre; sus diversos mecanismos destruidos.

Alantea había escapado por la puerta del patio. Había pensado tomar uno de los camiones de transporte hasta que uno de los semiorugas explotó, masticado por un cañón pesado. Así que en vez de eso corrió. Ahora esas sombras le perseguían. Nunca rápido ni urgentes, pero siempre a pocos pasos de distancia.

El miedo estaba en el aire esa noche. Hablar era común entre los trabajadores que se habían encontrado y detenido en las alcantarillas. Los rumores abundaban de

cosas extrañas, de los suicidios rituales y otros "actos". Los clavijeros habían encontrado al parecer a una niña desaparecida con el hombre, o al menos sus restos. Pero lo peor fue que los hombres no eran más que ciudadanos comunes, trabajadores de Ranos como ella.

Así que cuando golpearon el manufactorum, la paranoia y el terror ya estaban infectando a sus trabajadores. El pánico había sido aterrador. Pero otro tipo de miedo se apoderó de Alantea ahora, uno impulsado por el deseo desesperado de escapar de ella, y la creencia de que algo mucho peor que la muerte le esperaba a ella si no lo hacía.

Este distrito de la ciudad era un laberinto, lleno de avenidas atestadas de nuevo con bloques de pisos sucios que presionaba contra los almacenes y silos. Los pasillos y conductos dieron paso a encrucijadas del laberinto donde incluso las ratas perdían su orientación. Excepto a los que no podía perder, no a sus sombras. Ellas tenían el olor de la presa.

Al agacharse detrás de una esquina, Alantea cayó de cuclillas mientras trataba de recuperar el aliento. Era tentador creer que estaba a salvo ahora, o darse por vencida y abandonar la persecución. La ciudad estaba en silencio, demasiado, y ella temió entonces que ella fuera el último habitante superviviente, que Ranos se había casi extinguido salvo por su pequeña chispa de vida. Ella no había visto señal de los clavijeros, ni llamadas dramáticas a las armas de los guardianes-escudo. No había respuesta en absoluto. ¿Qué fuerza enemiga en toda la existencia podría lograr tal hazaña de subyugación absoluta sin apenas resistencia?

Una voz áspera emitida por una rejilla en un idioma que no entendía consiguió que Alantea se elevara sobre sus pies. Supuso que estaba hablando con los demás. La idea de una soga apretando ligeramente alrededor de su pálido y delgado cuello brotó espontáneamente en su mente. Estaban más cerca que antes, supo Alantea por instinto. Pensó en su padre y la muerte lenta y cancerosa que le esperaba. Recordó mejores días, todavía pobres, pero atemperados por la felicidad cuando su padre lo había sido todo. Necesitaba la medicina; sin ella... Unos momentos preciados más con su padre era todo lo que quería. Al final, eso es lo único que alguna vez realmente quiso, sólo un poco más. Pero nunca era suficiente. Era parte de la condición humana el deseo de vivir, y cuando se enfrentan a su fin mortal los hombres claman contra él para promover ese deseo. Eso galvanizó a Alantea. La Plaza Cardinal no estaba lejos. Otros cien metros, tal vez menos.

Desenterrando cualquier resistencia que le quedase, Alantea corrió.

Incluso con su rodilla lesionada cubrió los últimos metros de manera constante y con ritmo.

Penetrando en la Plaza Cardinal, sin aliento, ella *le* vio.

Reproducido en oro, sosteniendo en alto un cetro de mando que más tarde se le daría al Lord Excavador General de Traoris, patrón de Ranos y las otras siete ciudades-trabajadores, tenía un aspecto magnífico. Había llegado a su mundo, puesto un pie en este mismo lugar después de la liberación, después de que los Traoranos hubieran sido liberados. Había hablado y todos trataron de escuchar. Alantea no había nacido entonces. Ella no había visto a la que ellos llegaron a conocer como el Rey Dorado, ni oído su discurso durante el triunfo, pero sentada sobre los hombros de su padre al recordar de nuevo lo que su padre y su padre antes que él le hablaron de la liberación, sintió el poder y la benevolencia del Rey Dorado.

Algo había cambiado desde ese día con su padre. De pie en la Plaza Cardinal ahora, ya no sentía esa tranquilidad. Era como si algo hubiera surgido para oponerse a él y estuviera incluso ahora desparasitación todo lo que representaba. No podía decir por qué. Tal vez fuera el instinto, la intuición insondable que sólo la hembra de la especie poseía. Lo único que sabía era que una bendición diferente había caído sobre Ranos, que sentía lejos de benevolente, y su nexo se centró en la plaza.

Cinco puntos salían raudos de la plaza, aunque llamarlo así era un nombre coloquial poco apropiado pues en realidad era pentagonal, incluyendo aquel donde Alantea estaba de pie. En cada uno de los otros cuatro que vio una forma blindada bloqueando su escape. Fantasmas al principio, sombras, que avanzaban lentamente desde la oscuridad. Perfilados por el brillo plateado de los fósforos sus movimientos parecían casi sincopados e inhumanos.

Retrocediendo al dándose cuenta de su error, Alantea no supo que había sido apuñalada hasta que perdió la noción de sus piernas y se derrumbó. Unas manos fuertes y blindadas la atraparon antes de caerse y miró a la cara de su salvador. Era guapo, a pesar de la extraña escritura dorando sus pómulos y las áreas expuestas de su cuero cabelludo que hacían doler los ojos de Alantea al mirar. Su cabello negro era corto, rapado cerca del cuero cabelludo y terminaba en un fuerte pico de viuda sobre la frente.

Tenía los ojos lastimeros, pero era una lástima fría, por lo general reservada para el sacrificio del ganado anciano de la manada.

Alantea susurró, gastando una buena medida de su valor para hablar, -Déjame ir.

El guerrero con armadura, vestido con placas de color rojo vino, adornado con cadenas y volutas, meneó lentamente la cabeza.

-Ahora, ahora, querida -dijo calmante, pero sujetando los brazos de Alantea cuando ella luchó, -eso es más que suficiente. -él le acarició la mejilla con un clavo metálico largo que llevaba en uno de sus guantes, dibujando una fina línea de joyas sangrientas diminutas en toda su piel.

Gimiendo como el animal que la consideraba, Alantea trató de responder pero el guerrero le hizo callar sosteniendo el dedo manchado de sangre sobre sus labios ligeramente curvados. Exhausta, sin darse cuenta del trauma interno que su cuerpo estaba experimentando como consecuencia de la herida de cuchillo, Alantea no pudo impedir su cabeza colgara de su espalda. Pese a su visión borrosa, vio al Rey Dorado boca abajo y azotado por la lluvia.

A medida que corrían por su cara y por sus mejillas, parecía como si estuviera llorando. En su delirio, se preguntó qué podría haberle trastornado así, qué podría haber inculcado en un ser como él tan profundo remordimiento.

Varias cadenas estaban siendo envueltas alrededor de la estatua por los otros guerreros que habían entrado en la plaza. Ellos tiraron en un solo esfuerzo descomunal, derribando al Rey Dorado en medio de la suciedad y la sangre.

-No luches, estás sangrando... –le dijo el guerrero que sostenía a Alantea con benevolencia, antes de que su tono se volvió más oscuro -y no debemos desperdiciar ni una gota.

Ellos estaban en lo profundo, tan abajo como las catacumbas les podían llevar. El repiqueteo constante de los cortadores de piedra y las fuertes explosiones de las voladuras era un zumbido constante e insistente y se podía oír en las ruinas sobre ellas. Había sido un campo de batalla, o parte de uno, congelado en el tiempo en el instante de la victoria por orden del príncipe de este mundo. El último bastión de la resistencia anti imperial destruido por una tormenta de relámpagos psíquicos. Nada había cambiado desde que la fortaleza cayeras. Las ruinas habían sido dejadas como

hace todos esos años. Incólumes. Ellas eran un recordatorio de un pasado glorioso, un lugar de conmemoración y veneración.

Sebaton había violado su santidad, mancillándola con lámparas colgantes de fósforo, servidores de excavación de grado industrial y un conjunto de azadas, palas, cortadoras y kits de excavación ahora esparcidos por el lugar. No había gran arrepentimiento en su conciencia. La realidad era que su conciencia estaba tan arruinada ya que tal sacrilegio menor sería apenas registrada.

La arqueología no era su punto fuerte, y sin embargo podría desempeñar el papel, adoptar la personalidad de Caeren Sebaton según fuera necesario. Sabía que estaban cerca. Podía sentirlo, del mismo modo que él podía sentir la inevitabilidad profundizando lentamente de lo que vendría después de su descubrimiento y donde, en última instancia, le llevaría.

El polvo llenaba el aire, por lo que era difícil de ver entre la tierra y la oscuridad incluso con las lámparas. Rodeado por el relicario de una época ya pasada, Sebaton comenzó a sentirse viejo. Levantó la vista hacia la cavernosa abertura anterior, en la gran hendidura de túnel por el que habían penetrado hasta llegar a las catacumbas, a la rampa de descenso que había transportado a su equipo, y sintió el impulso desesperado de subir. Quería estar en la luz, un guardián contras las sombras y no más mentiras. Se resistió, superando con su pragmatismo muy mucho a su capricho, y le preguntó: -¿Cuánto más lejos, Varteh?

El ex - Lucifer Negro levantó la vista de la excavación donde un par de sirvientes estuvieran masticando roca con sus herramientas múltiples, mirando a un tecnoadepto.

-Estamos cerca.

Habló a través de un crepitante enlace vox de corto alcance, filtrado por una unidad en su máscara respiratoria y recibida por el receptor auricular conectado a la propia máscara de Sebaton. Tan abajo y con esta cantidad de polvo ambos hombres ya habrían muerto asfixiados. El resto del equipo de Varteh también usaba máscaras. Dos hombres, aparentemente de seguridad, flanqueaban el perímetro de excavación. Ambos tenían carabinas láser colgadas casualmente sobre sus hombros. Varteh portaba una pistola automática engrasada de tipo militar de una funda en su cadera izquierda. También tenía un cuchillo largo con mango de cuero atado a su bota derecha.

Los tres hombres llevaban uniformes del desierto simples casi blanqueados por el polvo y chaquetas de cuero agrietado sobre chalecos grises lisos. Varteh también llevaba una capucha gris que le cubría las orejas y terminaba poco más arriba de la barbilla. Sebaton sólo podía distinguir sus ojos a través de sus gafas. Eran duros; los Lucifer Negros, incluso los que ya no servían en el Ejército, eran hombres duros.

Sebaton lo sabía por experiencia.

Vestía de manera similar, pero llevaba un abrigo plumero largo rojo ciruela con botas negras como el petróleo que terminaban a medio camino de sus espinillas. Las fatigas de Sebaton eran de bronce oscuro, con pliegues en los bordes como una ecuestre. Él sólo llevaba un arma visible, una pistola de dardos de subsónica que disparaba afilados discos diminutos y descansaba cómodamente en una pistolera oculta por su abrigo.

Al mirar de nuevo a la apertura que les sacaba de las catacumbas, Sebaton atrajo la atención de Varteh otra vez.

Su tono de voz era insistente, -¿Cuándo, Varteh?

-¿Esperas problemas? -Varteh hizo un gesto con la barbilla a la apertura. La lluvia que caía brillaba ante la luz. -Nada viene a por nosotros, ¿no? Yo sólo puedo protegerte si me dices de qué necesitas la protección.

Sebaton cruzó su mirada con la del ex-Lucifer y sonrió cálidamente. -Cualquier cosa que esté escondiendo es para tu beneficio, créeme Varteh.

Varteh frunció el ceño.

-¿Tienes algún problema con eso? -preguntó Sebaton.

-No, en absoluto. Pero desde que nos conocimos me he estado preguntando algo sobre ti. Cuando estaba en el ejército, viajé. Conocí a un montón de hombres de una gran cantidad de regimientos distintos, de muchos lugares diferentes. Hasta que te conocí, pensé que mi conocimiento de acentos era bastante amplio, pero no puedo ubicar el tuyo. Es único y sin embargo también familiar. No es realmente un acento, sino varios. Por lo tanto, me pregunto, ¿De dónde viene el tuyo?

La sonrisa de Sebaton se desvaneció. -Un poco de aquí, un poco de allá. ¿Importa eso? Estás siendo bien pagado por tus servicios. Y pensé que los Lucifer Negros estaban destinados a obedecer y no a hacer preguntas.

Ahora fue el turno de sonreír para Varteh.

-Lo hice, por eso estoy en este agujero de mierda contigo -Varteh lo dejó ir. -Me parece justo. Todos tenemos nuestros secretos, supongo. Los tuyos, sospecho, son muchos.

-Es porque eres un hombre astuto al que yo contraté, Varteh -Sebaton miró de vuelta a la abertura.

Varteh dio un paso hacia él y le susurró: -¿Qué va a venir, Sebaton? ¿De qué va todo esto?

Sebaton seguía mirando. –De lo que siempre ha ido, Varteh. Armas -giró el pequeño anillo adornado que llevaba en un dedo antes de volver su mirada hacia el ex - Lucifer. –Sigue cavando.

DOS

Recuerdo

“Lo que hacemos nos define. Nuestras obras son como sombras y en función de si corremos hasta o nos alejamos de sol, bien se encontrarán detrás o delante de nosotros.”

- Antiguo filósofo Terrano, desconocido

Kharaatan, durante la Gran Cruzada

El humo flotaba sobre Ciudad Khar-Tann como un manto oscuro. Parecía atenerse a sus torres y almenas, empapándoles con una oscuridad aceitosa.

Quince horas de bombardeo. Sus escudos habían recibido todo un maltrato. Partes completas de la ciudad demolidas hasta los cimientos y más allá, pero sus principales puertas, murallas principales y sus defensores estaban aún intactos. Desafiantes. Era la primera de las nueve ciudades principales de Uno-Cinco-Cuatro-Seis o Kharaatan, así llamada por los nativos.

Con respecto a las sombras que acechaban sus paredes, una gente inmóvil al ver la fuerza masiva enviada para reprimirlos, Numeon esperó que las otras ciudades fuesen más fáciles de someter. Permanecía a poco más de ocho kilómetros de distancia en un escarpe de caliza dolomítica con tres de sus hermanos más cercanos. Los salamandras estaban al margen del resto de los oficiales imperiales, que estaban más atrás, acampados hasta la mitad de una cresta que descendía en una amplia cuenca baja, donde sus fuerzas se reunieron.

-Está tranquilo -siseó Nemetor, como si el hablar a más volumen pudiera romper la calma antes de la tormenta que se avecinaba y anticiparse a sus ataques.

-¿No lo estarías teniendo a toda la legión a tu espalada? -dijo Leodrakk. Miró hacia arriba, estirando el cuello y apuntando el morro de dragón de su casco al cielo. -Dos legiones -corrigió él, pese a que no pudo ver ni rastro de sus primos.

Ambos guerreros eran salamandras, pero no podían ser menos iguales. Nemetor tenía una voz suave y usaba el verde esmeralda de la legión, su iconografía que le indicaba como miembro de la 15 ª Compañía con una cabeza de dragón blanco en la guardia del hombro izquierdo. Él era amplio, con un cuello grueso y piernas robustas relativamente breves. Incluso sin su servoarmadura era formidable. Fue en parte la razón por la que también era conocido como "Tanque".

-Tal vez están pensando en renunciar, Tanque –ofreció Atanarius, observando los movimientos de la ciudad a través de un par de magnoculares.

Como Leodrakk, estaba blindado con los arreos de la Guardia Pira, una servoarmadura adornada de aspecto draconiano con un casco reptilianos y rodilleras, hombreras y coraza festoneada. Estaba ennegrecida permanentemente del ritual prometeano, y marcas de ceniza recortaban el metal en el lugar de los juramentos de momento de los salamandras. Ambos guerreros eran más altos que Nemetor, pero perdían terreno en términos de volumen bruto.

-¿Eso te dicen tus ojos, Atanarius? –preguntó Numeon preguntó con voz profunda. Se dio la vuelta, la cresta rojo fuego que sobresalía de la corona de su casco de combate marcándolo como su capitán. También el es palafrenero del primarca, y eso le hacía único. Incluso a través de sus lentes retinales, su mirada era penetrante.

Sobre la llanura Phatra que Ciudad Khar-Tann presidía la noche empezaba a caer. Al igual que las brasas calientes en un fuego, los ojos de Numeon ardieron en el crepúsculo. Todos los ojos de los Salamandras lo hicieron. Era una parte de su herencia, como el negro ónix de su piel y la mentalidad de auto-sacrificio de su credo prometeano.

-Incluso a través de los magnoculares, es difícil estar seguro de todo lo que me están mostrando, capitán Pira -Atanarius bajó los magnoculares, devolviéndolos a su cinturón de equipo antes de enfrentarse a Numeon. -Puedo detectar muy poco movimiento. Si están pensando en tratar de repeler a nuestras fuerzas de inmediato, todas las medidas para hacerlo ya están en su lugar.

-Ocho mil combatientes, más del doble de civiles, algunos de los cuales pueden haber sido reclutados para reforzar las tropas -dijo Leodrakk. -Nada de lo que puedan hacer nos impedirá derribar sus puertas y limpiar la casa -sonaba beligerante como siempre. Una vena caliente de magma recorría su piel y huesos, como a menudo señalaron sus hermanos.

Nemetor ladeó la cabeza. -Pensé que estabas planeando incendiar su casa, no limpiarla, ¿hermano?

Leodrakk le miró, haciendo crujir los nudillos dentro de sus guantes.

-Témplate, Leo –advirtió Atanarius, antes de girarse a Nemetor, -pero no creas que tu familiaridad con la Guardia Pira te permite faltarnos al respeto, Nemetor. Incluso de un capitán, tal comportamiento no se tolerará.

Nemetor inclinó la cabeza para disculparse.

-Si habéis terminado de provocaros los unos a los otros entonces atended -Numeon asintió hacia la ladera, donde varios oficiales del Ejército subían penosamente cuesta arriba. -Creo que estamos a punto de conseguir un poco de prensa.

Numeon abrió un enlace vox en su casco.

-Skatar'var.

Una voz crepitante respondió inmediatamente.

-Convoca a lord Vulkan -dijo Numeon. -El Ejército y la Legio están listos para marchar.

Cortó el enlace, sabiendo que la orden fue recibida y se llevaría a cabo.

Abajo, en la cuenca del desierto, la legión esperó. Un mar de color verde esmeralda, seis mil guerreros listos para poner de rodillas una ciudad. Más allá de ellos, cuatro regimientos completos de tanques, incluyendo superpesados, un escuadrón de Predators modelo Infernus y Mastodontes suficientes para el transporte de todos los legionarios en el suelo. Detrás de la infantería se alzaban un trío de Warhounds de la Legio Ignis, apodado los "Reyes de Fuego". Tradicionalmente, los Mastines luchaban solo, pero este grupo en particular rara vez se separaba.

Ciudad Khar-Tann era formidable, sus fuerzas armadas decididas, pero no podía resistirse a esto. Había algo inquietante en el silencio y la forma en que los Khartanos habían desafiado en su totalidad a una subyugación.

Numeon gruñó, sintiendo la vieja llamada familiar para la guerra. Llenó su rejilla vox con el olor de ceniza y escoria de sus exhalaciones fuertes. Al final, su resistencia no importaba nada.

-Es hora de que ardan.

Vulkan se arrodilló, con la cabeza gacha, en el interior de una celda de metal de obsidiana y negro. La poca luz que penetró la oscuridad era del calor de las planchas y los marcadores, el cálido resplandor de las brasas que rodean un pozo de brasas.

El aire era caliente, sofocante. Seriph llevaba un respirador, y formuló preguntas al primarca a través de un codificador vox conectado a su cinturón. Hizo que su voz de otra manera meliflua metálica y desfigurada con la estática.

-¿Así que os criasteis como hijo de un herrero? –preguntó ella, secándose otra gota de sudor de la frente, sin disimular las manchas oscuras que mostraba bajo los brazos de sus ropas y por la espalda. La rememoradora tomó un momento para beber de un frasco que llevaba en la cadera. Sin ella, la deshidratación y la insolación aguda se habrían producido en minutos. Ella quería más tiempo con el Señor de los Dracos, y si esta era la única manera que así sea.

¿Es eso tan difícil de creer? –contestó Vulkan con el sonido y el olor de la carne quemada, su carne, llenado de la cámara. -Y él era un *Forjador* y un manipulador del metal, un artesano de habilidad consumada al que admiraba mucho.

Un ser humano, aumentado para poder llevar a cabo su deber y vivir para volver a hacerlo, retiró un marcador ardiente de la piel del primarca.

-Tomó nota -dijo seriph, escribiendo con su lápiz en la placa de datos en la otra mano. -Simplemente me parecía un origen humilde para un señor de los astartes.

La rememoradora tenía ahora un calor sofocante después de haber sufrido un total de veintiún minutos en las cámaras del primarca, una hazaña nada que nadie había igualado sin morir del calor.

-¿Debería haber tenido una educación más regia entonces?

El portador cogió un hierro dulce, examinando el extremo de gancho e imaginando la forma de la marca que haría.

-No, no me refiero a eso -dijo seriph, haciendo una mueca cuando la carne de Vulkan fue quemada de nuevo, chisporroteando como la carne en una cacerola cocinero. -Asumí todos los primarcas vinieron de principios bélicos. O eso, o nacidos como huérfanos en mundos de muerte.

-Nocturne *es* un mundo de muerte y apenas civilizado. Pero nuestros orígenes fueron muy diferentes. A veces me pregunto cómo nos volvimos al servicio de nuestro padre como guerreros y generales, pero aquí estamos a la vanguardia de la Gran Cruzada haciendo precisamente eso.

Seriph frunció el ceño, luego se secó la frente con la manga de su túnica.

-¿Qué más podríais haber sido?

-Tiranos, asesinos... arquitectos. Sólo el destino nos hizo líderes, y todavía no estoy seguro de cómo nuestra herencia genética nos predispone a ese llamada.

-¿Y qué habrías sido entonces?

Vulkan sonrió, a pesar de que hizo poco para calentar su voz diabólica.

-Un agricultor, creo.

-Tomarías el yunque de tu forjador y convertirías una espada en una reja de arado, ¿es eso?

-Demasiado poético pero sí, así es.

Seriph tomó una pausa. O estaba jadeando por el calor o escribía algunas conclusiones.

-No te pareces a los otros.

-¿Y qué sabes de mis hermanos, qué, rememoradora seriph? -hubo un leve reproche en el tono de Vulkan, sólo lo suficiente para intimidar.

Aturdió a la rememoradora y parecía al borde del colapso. -No, por supuesto que no. Acabo de escuchar…

-Un cronista sabio no cree todo lo que oye, seriph -por primera vez desde que comenzó la entrevista, Vulkan levantó la cabeza. -Dime -dijo él, su voz más grave, -¿qué es lo que ves en mis ojos?

Los suyos brillaron como las calderas de un volcán.

-F... fuego...

Al fin se marchitó. Vulkan se precipitó hacia delante y la agarró para que no cayera.

En ese mismo instante se abrió una grieta en la oscuridad y Skatar'var cruzó la cámara de marcado.

-Mi señor -dijo el guardia pira.

Skatar'var era uno de dos hermanos que ahora formaban parte del círculo íntimo del primarca. Al igual que su hermano, era arrogante y orgulloso. Un rey-guerrero

de Hesíodo, asimilando la nobleza de su padre biológico y perfeccionada en la legión.

El guerrero inclinó la cabeza una fracción antes de darse cuenta de lo que estaba viendo. -¿Otra indigna para la tarea?

Un gran cuerno draconiano se arqueaba a su espalda, adosado al generador energía de su servoarmadura. Había "ganado" el trofeo cuando mató Loktaral, uno de los dragones de las profundidades y se unió a su hermano al lado de Vulkan. Leodrakk, su hermano malhumorado más joven, llevaba el otro cuerno. Habían matado a la bestia juntos.

-Ella era fuerte, y duró más tiempo que los demás. Hablaré con ella de nuevo -dijo Vulkan, acunando a la mujer y pasándola a Skatar'var como lo haría con un niño a su padre. -Supongo que vienes a decirme que el Ejército está listo.

Skatar'var miró a la mujer como si fuera una pieza de equipo desconocido, antes de responder a su primarca. -Sí, la Legio Ignis también.

Vulkan asintió.

-Muy bien. Sácala de aquí y asegúrate de que se queda con los medicaes. Tengo un juramento más que tomar antes de que podamos llevar la guerra a Ciudad Khar-Tann.

-Sí, señor.

Skatar'var tomó a la mujer y se marchó.

En la oscuridad, Vulkan se volvió hacia su marcador. El cuerpo de ónix negro del primarca era como una losa de granito musculoso. Casi todas las partes de su piel expuesta estaban marcadas. Representaban obras, batallas, vidas tomadas y salvadas. Algunas incluso eran tan antiguas como Nocturne, antes de que se reuniera con el Extranjero. Vulkan recordaba todos y cada uno de los detalles precisos sin excepción.

Era el ritual, una parte del credo prometeano que nació en Nocturne hace muchos años. El método y la tradición eran importantes para Vulkan; sus enseñanzas a sus hijos se basan en estos mismos principios.

-Así como llega el momento, la marca se quema –dijo de rodillas mientras bajaba la cabeza de nuevo. -Prepárame para la guerra.

En los confines estremecidos del Mastodonte, la imagen hololítica del comandante ganaba y perdía resolución.

-Una vez que la muralla principal caiga, podemos penetrar directamente en Khar-Tann y demolerla -declaró el oficial del ejército, golpeando el puño contra la palma de su mano abierta para dar énfasis a su alocución. Incluso a través del transmisor vox, sonó imperiosa. Provenía de Vodis, un mundo de familias militares austeras que podrían rastrear su linaje hasta los primeros reyes antiguos de Terra.

El audio era tan malo como el visual, pero el significado del comandante era lo suficientemente claro.

-Negativo -dijo con firmeza Vulkan. -Romped la pared, luego retiraos.

Arvek trató de disimular su sorpresa. -*Con el debido respeto, señor primarca, podemos aplastarlos con bajas mínimas. Me hizo pensar…*

Vulkan le interrumpió. -Para nuestras filas, comandante, no la suyas. Hay más de quince mil civiles en Khar-Tann. He leído sus estimaciones de los daños colaterales; son conservadores en el mejor de los caso e incluso ese pronóstico es inaceptable. Haga un agujero para la legión y someteremos a la soldadesca nativa con la mínima pérdida de vidas civiles. Considérelo una orden.

Arvek saludó bruscamente, sus medallas y laureles tintinearon nítidas en su uniforme azul mientras se movía.

Vulkan asintió con la cabeza y cambió el enlace.

La imagen granulada y semi-monocromática del comandante de tanques se desvaneció y fue sustituida por la del Princeps Lokja. El oficial de titán estaba adornada con los cables de enlace mental, vinculando su corteza cerebral al ánima violenta de su máquina de guerra. Ya enfrascado profundamente en el enlace mental y con el ceño fruncido, su bigote negro rizado mostraba una mueca de concentración.

-Lord Vulkan -reconoció Lokja con el acento culto de Atila.

-El comandante Arvek abrirá un agujero en la muralla principal para la legión. Necesito a los Reyes del Fuego para cubrirles. Respuesta solo ante amenaza; no ataquéis a los soldados de la ciudad.

-Entendido -dijo Lokja, parpadeando para transmitir las órdenes a sus moderati sentados bajo él en la cabina del Warhound.

El princeps cortó el enlace y el interior del Mastodonte retumbante quedó a oscuras.

Con sus ojos encendidos iluminando la bodega, siete Guardias Pira esperaban las próximas órdenes de su señor.

-Tan pronto como abran brecha y Arvek se retire la Decimoquinta entrará como primer inserción -dijo Vulkan. –Les seguiremos con rapidez, apoyados por el resto de los dragones de fuego.

Numeon asintió bruscamente, girándose mientras abría un canal a Nemetor.

Vulkan luego agregó: Lideraremos la punta de lanza, luchando en parejas, formación dispersa. ¿Sugerencias?

Varrun se acarició la barbilla, alisando su barba gris ceniza. Como el más antiguo entre la orden, se le permitía a menudo hablar primero. – Con un único punto de entrada atraeremos una gran cantidad de fuego.

-Hemos recibido peores -dijo Leodrakk. Sus ojos brillaban con orgullo feroz. -El honor de asegurar el sometimiento debería caer en nosotros, y con el primarca liderándonos no tendrán suficientes armas en la muralla ni de lejos.

Un coro de asentimientos y reconocimientos murmurados dieron la vuelta a los guerreros.

-Me gustaría recomendar escudos de tormenta en el primer equipo de inserción -dijo Ganne asintiendo a Igataron, que estaba sentado inmóvil en el borde del grupo. Ambos eran especialistas en asaltos: el primero manifiestamente belicoso, este último silencioso pero ferozmente agresivo.

Varrun rio. -Pensé que el objetivo era reducir al mínimo las bajas civiles.

La mandíbula pétrea de Ganne se tensó mientras enviaba un crujido de energía por el mango de su martillo de trueno, pero no mordió el anzuelo.

-Skatar'var y yo iremos como segunda oleada -sugirió Leodrakk, haciendo caso omiso de sus hermanos bromistas.

-Mano a mano, hermano -dijo Skatar'var y los dos guanteletes chocaron con el antebrazo del otro.

-Eso nos deja a ti y a mí -dijo Atanarius a Varrun.

-Mantened la brecha, despejadla para la legión -dijo Varrun. -Mantendremos la puerta abierta para los Dracos.

Ganne enseñó los dientes. –La retaguardia juega con tus puntos fuertes, Varrun.

Varrun enseñó los dientes de nuevo.

Interiormente, Vulkan sonrió. Estaban hambrientos, listos para la guerra. La Guardia Pira Guardia no era como el resto de salamandras; tenían más fuego, más furia. Al igual que los volcanes de la antigua Nocturne, las grandes cadenas irregulares de la Dragonspike y el Monte Deathfire, estaban perpetuamente al borde de la erupción. Incluso los pyroclastas no eran tan volátiles.

La Guardia Pira la conformaban guerreros *escogidos*, los indicaba un nivel de sacrificio personal y autosuficiencia que superaba a todos los demás. Al igual que el *saburai* del antiguo Nihon eran los luchadores más destacados, que podrían fundirse en una unidad o funcionar de forma experta por su cuenta. También eran líderes, y cada uno de la Guardia Pira comandaba un capítulo de la legión, además de sus deberes como guerreros del círculo interno del primarca. Todos eran nacidos en Terra, pero aun así mostraban la piel de ónix negro y los ojos rojos, una reacción irreversible a la radiación única de Nocturne combinada con la herencia genética de su primarca, que cada salamandra poseía sin importar su origen.

-Skatar'var -dijo Vulkan. -¿Cómo está seriph?

-¿La rememoradora? -se preguntó, con la pierna cambiada por la solicitud. -Vive.

-Bien- dijo Vulkan. Se dirigió a todos ellos. -Sois mis mejores dragones, mis asesores de mayor confianza. Nuestro padre nos formó como cruzados, para traer el fuego y la luz a los oscuros límites de la galaxia. Nuestra tarea es la de proteger a

la humanidad, ser su escudo. Es importante que la Orden Rememoradora vea esto. Nuestro aspecto es...

-Monstruoso, mi señor -aventuró Leodrakk, sus ojos brillantes a través de las lentes del casco.

Vulkan asintió. -Venimos a Kharaatan como libertadores, no conquistadores. No podemos forjar civilizaciones sombre escombros, de carne y huesos carbonizados.

-Y nuestros primos, ¿También cumplirán ese ideal? –preguntó una voz preguntó desde las sombras.

Todos los ojos se volvieron hacia Igataron, cuya mirada se fijó en el primarca.

-Si no lo hacen, mi hermano y yo tendremos palabras –prometió Vulkan.

Numeon terminó su chat vox con el capitán Nemetor. –La Decimoquinta está avanzando -anunció mientras se volvía a mirar a sus hermanos.

Vulkan asintió. –El comandante Arvek hará contacto en menos de un minuto. Poneos los cascos, preparaos para embarque inmediato. Cuando se abra la rampa estaremos listos para avanzar.

Con un chasquido unísono la Guardia Pira obedeció.

Igataron y Ganne se trasladaron a la parte delantera, escudos en alto, mientras Leodrakk y Skatar'var desengancharon sus martillos de poder y entraron justo tras ellos. Vulkan fue el siguiente, con Numeon a su lado sosteniendo su alabarda. Varrun y Atanarius fueron los últimos; el primero empuñando su hacha de energía de doble filo y mango corto, el último desenvainando una espada de energía y besando la hoja desnuda.

Los siete guerreros llevaban bólters. Salvo Varrun, que era un tirador excepcional, rara vez los usaban. Cada una de sus armas fue forjada por su portador, y cada una podía escupir fuego como los dragones de antaño.

-Ojo por ojo -gruñó Numeon, recitando el mantra de guerra de la Guardia Pira.

-Diente a diente –respondió el resto respondió incluyendo Vulkan.

Ahora estaban forjados y listos.

El transmisor hololítico crepitó al cobrar vida, mostrando una representación de la cabeza y el torso del comandante Arvek.

-Tiene su brecha, mi señor primarca. Nos batimos en retirada ahora.

A través de sus lentes retinales, Vulkan vio las formaciones de tanques de Arvek alejándose de la muralla principal de Khar-Tann. Cada ingenio era representado como un icono, y la pantalla estaba llena de sus firmas. Detrás de ellos venían los transportes Rhino de la 15 ª y detrás estaban los Mastodontes.

-¿Pérdidas? -preguntó Vulkan.

-Ninguna. Encontramos cero resistencia. Incluso cuando nos acercamos a cincuenta metros no dispararon sobre nosotros.

Un temblor de inquietud pasó por la mente de Vulkan, pero lo ocultó con rapidez.

-Contacta con el capitán Nemetor -le dijo a Numeon través del transmisor vox mientras cortaba el enlace con Arvek.

-¿Algo va mal, mi señor? -preguntó Numeon.

-Esperaba algún tipo de contraataque.

-Tal vez han decidido a capitular después de todo -sugirió Atanarius.

-Entonces, ¿por qué no abrir las puertas? -respondió Varrun.

-¿Una trampa? -gruñó Leodrakk, lo que provocó un gesto de conformidad de su hermano Skatar'var.

El humor de Vulkan se oscureció, su malestar evidente en su silencio.

De cualquier manera, una vez Nemetor atravesara la muralla se enterarían.

El capitán Nemetor ya se había quitado el casco cuando encontró a Vulkan en el punto de ruptura en la muralla principal. El guerrero de anchos hombros parecía inquieto y una fina capa de sudor perlaba su frente.

Todas las luces en el interior de la ciudad estaba apagadas; caminos, murallas y edificios interiores envueltos en la oscuridad. La única fuente de iluminación

provenía de incendios dispersos dejados por el anterior bombardeo, pero incluso en esta penumbra las pruebas del asalto blindado del comandante Arvek podía verse en todas partes.

Órganos de la soldadesca Khar-Tann estaban retorcidos entre los escombros de la muralla principal rota, que se había derrumbado sobre sí mismo por el bombardeo intenso. Varias torres de vigilancia habían caído en la propia ciudad, yaciendo en montones de rococemento y plastiacero. Los cadáveres estaban aquí también, contaminando el aire a su alrededor con el hedor de la putrefacción. Toda la ciudad estaba saturaba con ella; apestaba a muerte.

Más allá de la muralla principal y la puerta nivelada, volada sede el interior por un proyectil de un Demolisher, había una larga explanada. Desde las posiciones de sacos de arena explotados y trampas para tanques destrozadas, Vulkan imaginó que los Khartanos pretendían haber establecido una segunda línea de defensa aquí. En varios lugares se dio cuenta de las cáscaras quemadas de fortines diseñados para crear cuellos de botella y conducir a un enemigo invasor a una zona de matanza. Puntuando la línea de fortines se erigían bunkers mucho más grandes, sólidos y posiciones permanentes de las defensas de la ciudad. El humo aún emanaba de las rendijas de visión de algunos de los bunkers, evidencia inequívoca de una eliminación rápida y agresiva.

De los habitantes de Khar-Tann no había ni rastro.

-¿Ves eso? -preguntó Numeon, asintiendo con la cabeza a donde el primarca había estado buscando.

-Sí –la sensación anterior de Vulkan de malestar creció aún más.

-Un bombardeo de tanques no hace eso. Nivelan bunkers, no los limpian y queman. Un grupo de ataque ya ha estado aquí.

Vulkan captó la escena de la matanza, trató de mirar más allá de los restos evidentes y la destrucción mortal. Más allá de la explanada, la concentración de edificios engrosados pasaba de un principio militar al civil. Vio almacenes, manufactorums, vendedores, vehículos... casas. A través de una brecha en las estrechas calles de la ciudad alcanzó a ver algo balanceándose suavemente en la brisa.

Nemetor saludó cuando Vulkan lo alcanzó, golpeando con fuerte ruido metálico su pecho izquierdo lo suficiente como para llamar la atención del primarca. Detrás de

él, la Guardia Pira estaba desplegada. Se dieron órdenes estrictas de que el resto de la legión debía retirarse y esperar fuera.

-Capitán -dijo Vulkan.

Nemetor estaba traumatizado, aunque era difícil saber por qué. -Tienes que ver esto, mi señor.

Vulkan habló por encima del hombro a Numeon. La Guardia Pira fue a asegurar el área inmediatamente más allá de la brecha sin avanzar más lejos. Luego asintió a Nemetor, y el capitán les llevó.

En el corazón de Ciudad Khar-Tann encontraron la mayor parte de los muertos. Los soldados en las casas cuartel, eviscerados y despellejados; piras de los cuerpos aún en llamas, imposibles de identificar por sus restos carbonizados, llenando el aire con humo grasiento; funcionarios de la ciudad empalados en estacas; civiles colgando de sus cuellos, movidos de aquí para allá en la brisa.

-Ellos los mataron -dijo Nemetor mientras inspeccionaba la carnicería. Cuatro salamandras le acompañaron, y a pesar de que llevaban sus cascos de batalla era notorio que estaban tan incómodos como su capitán.

Vulkan aflojó los dientes.

-¿Dónde está el resto de tu compañía?

-Dispersos entre las ruinas, tratando de encontrar supervivientes.

-No encontrarán ninguno –le dijo Vulkan. -Reagrúpalos. Ya no somos necesarios aquí. Los habitantes de Khar-Tann están más allá de nuestra ayuda -su mirada se posó en un símbolo sangriento embadurnado en la pared de un scholam. La mandíbula del primarca se endureció.

-¿Cuándo hicieron siquiera descenso planetario? -preguntó Nemetor, siguiendo la línea de visión de Vulkan.

-No lo sé.

Él no hablaba el idioma, pero reconoció la escritura cursiva, los bordes afilados del grafiti.

Era Nostramano.

De vuelta en la escarpadura, Vulkan estaba solo salvo por el lejano rugido de las llamas de abajo.

Khar-Tann ardió. Fue quemado con el fuego de un millar de guanteletes lanzallamas, una tarea que Vulkan encargó a los pyroclastos para convertir la ciudad en cenizas. Él no quería ni un monumento al sacrificio en pie por más tiempo de lo estrictamente necesario. Su misma existencia había perturbado a las cohortes del Ejército especialmente, y hasta los legionarios la trataron con cautela.

Vulkan esperó pacientemente, escuchando el canal vox que acababa de abrir. Pasaron varios segundos de suave estática crepitante antes de que Vulkan obtuvo una respuesta. Cuando lo hizo, sonaba como si persona en el otro extremo del enlace estuviera sonriendo.

-Hermano.

A pesar de sí mismo, Vulkan no pudo disimular su enojo. -¿Qué has hecho, Curze?

-Librarte de ensuciaros las manos. Llegamos temprano, cuando tus tanques y titanes todavía estaban de maniobras.

-Mis órdenes eran tomar la ciudad sin derramamiento de sangre tanto como fuera posible.

-No sigo tu órdenes, hermano. Además, es mejor así.

-¿Mejor para quién? Has masacrado toda una ciudad: hombres, mujeres, niños; todos los muertos. ¡Es una carnicería digna de la legión de Angron!

-No me confundas con nuestro hermano impetuoso, aunque creo que le harías correr en este preciso momento. ¿Estás enojado conmigo?

Vulkan apretó los puños, reprimiendo una réplica.

-¿Dónde estás, Curze? ¿Dónde te escondes?

-Estoy muy cerca. Nos reuniremos muy pronto -Konrad Curze tomó una pausa, su tono juguetón menguó. *–Tú y yo sabemos que esto nunca iba a ser un sometimiento sin sangre. Uno-Cinco-Cuatro-Seis es un mundo guerrero, y no ha existido guerrero que se haya rendido sin antes derramar un poco de sangre.*

-¿Un poco? Prácticamente desangraste a toda la población.

-¿Y qué crees que le hará a su espíritu de lucha?

Vulkan se volvió bruscamente al oír el sonido de la voz de Curze. No a través del vox; estaba aquí. El Acechante Nocturno estaba a pocos pasos detrás de él, de pie en la sombras al borde de la luz del fuego parpadeante.

-Eres un necio u idiota, encontrándome de esta manera –le advirtió Vulkan, de un aspecto volátil mediante la combinación de la envoltura de las llamas y su armadura de draco. Incluso el cadáver del gran draco Kesare, colgando de su hombro derecho, parecía animado. Su martillo era de fácil acceso pero su invitado no más que mirar el arma.

-Bueno, ¿qué vas a hacer? -Curze salió de entre las sombras.

Estaba sin casco, y la luz que llegaba a sus rasgos de tal manera que la oscuridad agrupándose a su alrededor lo hacía parecer demacrado, casi esquelético. Nostramo, su lugar de nacimiento a menos que contara el laboratorio en el que, al igual que todos sus hermanos fueron creados inicialmente, era un mundo sin luz. Este hecho era evidente en la palidez similar a la tiza de sus habitantes, y Curze no era una excepción a eso. Uno de piel de ónix, el otro de alabastro; ambos primarcas eran un estudio en el claroscuro.

En marcado contraste con los ojos ardientes de Vulkan, los de Curze de eran como óvalos delgadas de azabache mirando a través de hebras de lacio cabello negro que colgaban de su rostro. Dónde Vulkan llevaba una piel de dragón de fuego como su manto, Curze tenía un manto de escarlata desigual. Un hermano tenía una apariencia de reptil con su armadura de guerra a escala de verde oceánico, chapado de cuarzo; el otro estaba blindado en azul medianoche, inscrito con sellos de muerte y mortalidad.

Vulkan mantuvo su tono de voz neutral. -¿Estás tratando de provocarme, Curze? ¿Quieres que suba de escala?

-Eso sonó como una amenaza -Curze sonrió levemente. -¿Era una amenaza, hermano? ¿Soy una hoja en bruto para ser atemperada por tu justo yunque? ¿Tú también piensas que eres mejor que yo y por tanto mi maestro?

Vulkan no le hizo caso, haciendo en su lugar un gesto hacia el infierno que había sido Ciudad Khar-Tann. -Mira lo que tus acciones han causado.

-¡Ha! *¿Lo que mis acciones han causado?* Vulkan, suenas como un poeta, y uno malo en particular -Curze puso serio. -He roto este mundo para ti, hermano. Mediante el sacrificio de la ciudad que está ahora en una pira, nos hemos ahorrado una gran cantidad de sangre. ¿Qué crees que van a hacer los rebeldes de este mundo cuando vean y oigan lo que hemos hecho a una de sus principales ciudades? -desafiando la ira palpable de Vulkan, Curze acercó un paso más con cada palabra enfatizada. -Ellos se *acobardarán*, y *encogerán*, y *llorarán*... -cuando los dos estuvieron cara a cara, gruñó la última parte a través de una barricada de los dientes, -*suplicando* clemencia. -dio un paso atrás, abriendo los brazos. -Y tú puedes dársela a ellos; ese es mi regalo.

Vulkan negó con la cabeza. -El terror es tu *regalo*. Eran mujeres y niños, Curze. Inocentes.

Curze burló amargamente. -Nadie es inocente.

-Vosotros venís de las catacumbas, hermano, pero nuestro padre te ha levantado. Deja de actuar como el cerdo asesino que heredó Nostramo.

-Me levantó, ¿verdad? ¿Me sacó de la oscuridad y hacia la luz? Somos asesinos, Vulkan. Todos nosotros. No trates de convencerme de que somos hombres nobles, ya que no somos. Mis ojos se abrieron antes que los tuyos, eso es todo.

Curze dio la vuelta y se alejó, volviendo a bajar por la colina. -El miedo, Vulkan -clamó, desapareciendo en las sombras, -eso es lo único que entienden. Todos vosotros tenéis que entenderlo.

Vulkan no respondió. Su cuerpo estaba temblando. Mirando hacia abajo, vio a su martillo forja agarrado con las dos manos. Ni siquiera se había dado cuenta de que la había desenvainado. Se quedó sin aliento, exhalando para aliviar la tensión, y luchó contra su cuerpo. Cuando estuvo en calma de nuevo, se volvió hacia el infierno. Las llamas se elevaban ahora, tocando el cielo con zarcillos de humo negro bobinado. Le recordó a Ibsen, y las selvas que había incendiado allí.

¿Cuántos mundos más arderían antes de que esto terminara?

Quedó en silencio, simplemente observando, y se mantuvo así durante varios minutos hasta que una voz tranquila desde detrás perturbó su ensueño.

-¿Lord Vulkan?

Era la rememoradora, seriph.

-Su palafrenero me dijo que estarías aquí.

-¿También te dijo que no deseaba ser molestado?

Seriph inclinó un poco la cabeza. -Estaba demasiado preocupado para detenerme.

Vulkan le dio la espalda. -No estoy de humor para más preguntas ahora.

-Mis más sinceras disculpas, mi señor. Tenía la esperanza de continuar nuestra…

La cabeza de Vulkan giró salvajemente. -¡Dije que no ahora!

Ella se echó hacia atrás, con los ojos vivos de miedo.

Las últimas palabras de Curze volvieron a él, casi burlonas, pero Vulkan era imponente. Él la miró, con los ojos ardiendo calientes con furia. Este era el monstruo, esta era la imagen que estaba tratando tan difícilmente de ocultar a los rememoradores. Sus corazones latían y su pecho se movía arriba y abajo como un fuelle gigante. Curze tenía razón; era un asesino. Por ese propósito había sido criado.

Enojado por lo que había hecho su hermano, el recuerdo de aquellos cuerpos, los niños... Era abrumador, así que un Vulkan consumiéndose susurró su siguiente orden, y llenó el aire con el olor de la ceniza y escoria.

-Déjame. Solo.

Seriph huyó por la cresta.

Vulkan no se molestó en ver su huida. En su lugar, vio las ruinas ardientes de Khar-Tann.

-Todo terminará en llamas cuando arda la galaxia -dijo, un pesado sentimiento de sobre él. -Y todos encenderemos la antorcha.

El dolor me esperaba cuando desperté. No era un extraño para él, pues era un guerrero nato, un primarca. Y solo un primarca sabe cómo hacer realmente daño a otro.

Curze debió haber sido bien educado, porque mi cuerpo estaba lleno de dolor. Me trajo de vuelta de un sopor de inconsciencia a un mundo de agonía al rojo vivo y nervios sobrecargados. Incluso yo, Vulkan, que ha permanecido en la boca de un volcán, que ha soportado el fuego nuclear purificador de un ataque con misiles y sobrevivido. Incluso para mí, esto... *dolía*.

Grité, abriendo mis ojos. A través de la visión empapada de rojo arterial vi una celda no más grande que la bodega de una cañonera. Era negra con paredes circulares, de metal forjado y sin ningún tipo de puerta o cancela que pudiera ver.

Primero calmé el pulso retumbando de sangre a través de mis corazones, y entonces reduje mi respiración. La conmoción y lesiones graves fueron retrasando mis esfuerzos por controlar mi cuerpo, pero mi voluntad era más fuerte y recuperé algo parecido a la movilidad.

Parpadeé, desterrando la escarcha de la sangre coagulada que había formado una costra rojiza en mi iris como un objetivo sucio. Mis huesos y miembros doloridos protestaron, pero me las arreglé para erguirme. Era como si el pie de un titán estuviera descansando en mi espalda.

Di un paso vacilante pero me tambalee, cayendo dolorosamente en una rodilla. No había caminado durante un tiempo, mucho menos tenía idea de cuánto. La celda era de una abyecta oscuridad a pesar de mi visión mejorada, y había perdido la noción del tiempo.

Alzándome de nuevo me estremecí, pero quedé en pie. Esperando así durante unos momentos, que podría haber sido una hora por lo difícil de medir, los temblores menguaron y luego cesaron por completo cuando mi fuerza volvió gradualmente. Di tres pasos más antes de que los grilletes uniéndome a la pared me retrajeran. Fruncí el ceño, mirando hacia las cadenas alrededor de mis muñecas y los tobillos, como si los viera por primera vez. Otra estaba fijada alrededor de mi cuello, atada a un collar. Tiré de una de forma experimental, evaluando de la resistencia. No cedió. Incluso con las dos manos no pude romper la cadena.

-Estás perdiendo el tiempo –pronunció una voz conocida desde la oscuridad, haciéndome girar rápidamente.

-Muéstrate -exigí. Mi garganta estaba dolorida por el fuerte aire en este lugar, y mi voz carecía de convicción a causa de ello.

Aun así, un rostro se cernió fuera de las sombras a mi orden. Era pálido, enmarcado por un pelo negro casi recortado hasta la base, con las mejillas hundidas y ojos vidriosos, fríos. Los tiburones tienen ojos así; ojos muertos. Pero era un hombre, no un tiburón en absoluto. Era mi hermano. Uno al que casi no reconocí.

-¿Encantado de verme? -preguntó Ferrus Manus, en tonos gravosos.

-¿Qué? ¿Cómo es esto posi… -empecé antes de la hoja se deslizara por un costado. Cuando el fuego blanco explotó en mi carne me di cuenta de que mis carceleros estaban también aquí, esperando en silencio en la oscuridad. Habían traído una gran cantidad de espadas con ellos. Escuché cómo las desenvainaban antes de hundirse en mi cuerpo.

Antes de desmayarme, el hedor a osario de la respiración de Curze se apoderó de mí, y mientras caí de nuevo capté un último vistazo de mi compañero de celda.

Con esos mismos ojos muertos mirando, Ferrus levantó la barbilla.

Alrededor de su cuello había una cicatriz sangrienta, coagulada en parte por su sangre primarca. Conocía esa herida, pues la había infligido a varios durante mi tiempo como un señor de la guerra. Era una herida de decapitación.

-Como puedes ver -contestó, -no es posible.

Y mi mundo fue tragado por la oscuridad.

TRES

Descubrimiento

"¿Qué es la fe verdadera? ¿Es la creencia en la ausencia de la verdad empírica? No. La fe es una manifestación de la voluntad, es el precio en lealtad dado en presencia de la divinidad real y la única protección de su ira divina. Esa es la verdadera fe."

- Hablado durante una reunión de la Logia por un capellán de la XVII Legión.

Sebaton tomó una profunda bocanada de aire limpio en el exterior. El confinamiento dentro de las catacumbas había comenzado a manifestarse una claustrofobia leve y con el aire de la noche enfriando su piel, dejó que el alivio de estar fuera del agujero le bañase. El corazón le latía con tanta fuerza que sintió la necesidad de poner una mano sobre su pecho sólo para tranquilizarse. El miedo a los espacios cerrados no era algo que hubiera sufrido antes, pero la sensación de temor arrastrándose, la creencia de que algo, o alguien, intangible le estuviera rastreando como un sabueso le había inquietado más de lo que quería admitir.

-Contrólate maldita se -se reprendió.

A pesar de sus promesas de lo contrario estuvo de regreso justo donde no quería estar. Esperaba que después de la última vez lo hubieran dejado solo. Se había atrevido a creer que era libre, pero él nunca sería realmente libre, no de ellos. Y así, aquí estaba.

La oscuridad había caído por completo sobre las ruinas y la lluvia goteaba de nubes como hematomas de color púrpura, repiqueteando sobre el toldo de lona de su tienda.

Habían acampado en un promontorio rocoso que dominaba el lugar de excavación. Las ruinas estaban detrás de Sebaton, a unos veinte metros de profundidad, accesibles a través de una pendiente ligeramente inclinada. El otro lado del promontorio caía en un acantilado escarpado, debajo de la cual estaba una corta extensión de páramo gris que poco a poco estaba siendo erosionado por las excavaciones y la industria de Ranos.

Fue también el dolor lo que le había llevado a salir. Sebaton lo había sentido como un dolor en la parte posterior de su cráneo, una picazón detrás de sus dientes que se negó a desengancharse, un sabor amargo debajo de la lengua que le hizo sentir enfermo. Le dolía *estar* simplemente en el agujero. Cuanto más se acercaba, más difícil era estar allí. Sebaton no estaba seguro de si eso era un buen o mal presagio de su empresa. Sus *contratistas* habían sido precisos acerca del objeto de esta excavación, proporcionando todo lo que necesitaba para llevarla a cabo, así como

lo que haría, cómo lo haría y lo que se esperaba que hiciera con él una vez terminase. Esto era lo peor, no la excavación, sino lo que venía después; su misión.

El frío había aumentado por encima de la zona de excavación y Sebaton bebió con ansiedad una taza de cafeína enfriándose en una mano en un vano intento de calentarse, amasando la sien derecha con la otra. No sirvió de nada; todavía estaba frío y la migraña aún persistía.

-¿Estás bien?

Varteh lo había seguido y se acercó por la ladera, con la pistola desenfundada, moviéndose con la misma confianza de soldado que siempre tuvo. Sebaton dejó de masajear su cabeza, dejando que su mano se desviara a la pistola que llevaba, pero inmediatamente se reprendió.

Te encuentro saltando de las sombras -se dijo. *¿Cuándo te volviste tan paranoico?*

A quién quieres engañar, que siempre ha sido este paranoico. Viene con el territorio.

-Muy bien -mintió Sebaton, tomando un sorbo de cafeína salobre. Hizo una mueca ante el sabor.

-Lo siento -dijo Varteh, llegando a él en la cumbre de la cordillera. -Mis habilidades destileras no están tan perfeccionadas como mi capacidad de matar gente.

-Espero que no tengas que emplear la segunda.

El ex - Lucifer se sirvió una copa, pero no respondió.

-Está caliente por lo menos -dijo Sebaton, volviéndose hacia la ciudad cuando Varteh se unió a él. -Bueno... cálido.

Ambos *chocaron* las copas.

-¿Por qué estamos bebiendo? -preguntó Varteh.

-Salir de aquí.

La expresión del ex - Lucifer sugirió que él pensó que Sebaton significaba algo más que Ranos. Tomó un cigarro enrollado de lho del bolsillo de la chaqueta, ofreciendo uno a Sebaton, el cual se negó.

-No, gracias. Mi mente se siente estimulada tal como está.

-Me mantiene fuerte -dijo Varteh. -Es curioso lo que le pasa cuando estás fuera.

Sebaton volvió para ver el perfil del soldado. -¿Fuera?

-Del servicio, el Ejército.

Ah, pensó Sebaton, *fuera...*

Ahora fue el turno de Varteh preguntar, mientras recogía el cambio de estado de ánimo, -¿Ocurre algo?

-Libertad, Varteh. Estás hablando de la libertad.

-No todo el mundo la desea. Y me expulsaron, ¿recuerdas? Para algunos, la rutina es un ancla que los mantiene conectados a tierra, les impide ir a la deriva. He conocido a un montón de soldados que piensan así. No pueden funcionar sin él. El tiempo de inactividad es como el infierno para hombres así.

-En efecto -dijo Sebaton, teniendo la vista en las obras industriales laberínticas, manufactorums y bloques habitacionales, -te creo. -pinchazos muy pequeños de luz parpadeante que emanaban de los incendios de bidones, parrillas de cocina y hornos iluminando el panorama de otra manera monótono. Sebaton imaginó las hordas de trabajadores contratados agrupados a su alrededor en busca de calor. Hacía meses que organizó esta excavación, encontró el sitio correcto y luego comenzó la propia excavación. Ahora, con el objeto de su visita tan cerca, Sebaton estaba más que listo para irse.

Varteh ojeó por encima del hombro. -Así que, ¿por qué aquí? Sé que no me vas a dar detalles y, sinceramente, no me importa si estás haciendo esto por beneficios o prestigio, pero este lugar es sólo escombros. No hay tumbas aquí, ni sarcófagos Gyptios esperándonos para abrirlos. Es más, ¿Tiene nombre?

No estaba equivocado. Incluso con la ventaja de mirar hacia las ruinas desde alto, no se parecía en nada a la fortaleza que una vez había sido. Ahora era una cáscara podrida de las vigas que sobresalían como lanzas de miembros rotos que sobresalían de las cáscaras quemadas de salas largamente olvidadas. Durante muchos años la gente de Ranos, e incluso Traoris, habían sido esclavos de los amos de esta fortaleza y los otros siete puntos alrededor del planeta. Éste había sido el

último, con su limes octogonal apenas visible. Ocho fortalezas de ocho caras. Incluso esa palabra era un nombre poco apropiado. Algunos se habían referido a ellos con otro nombre: templos.

Sí, este lugar tenía un nombre, pero no lo diría. No aquí, no a ti.

-Algo ocurrió aquí -dijo Sebaton en su lugar, -algo importante, y una parte de ella se quedó atrás.

-¿Ese "arma" que mencionaste?

-No, no es eso -dijo Sebaton, momentáneamente distraído, lamentando incluso haber dicho tanto. Hizo una pausa. -¿No te parece demasiado tranquilo?

En lo profundo del corazón de Ranos, las pequeñas luces se apagaron.

Arriba el repiqueteo de turbinas pesadas invadieron el silencio. Fueron lo suficientemente distante para que ningún el hombre cogiera su arma, pero lo suficientemente cerca que Sebaton fuera a tomar una lente telescópica desde el interior de la carpa.

-Lanzaderas -dijo Varteh, sin necesidad de la lente para darse cuenta de a quien pertenecían los motores.

-Cuento tres, cortando a través de la capa de nubes –respondió Sebaton con la lente presionada contra su ojo derecho. -Sin duda un equipo de desembarco.

-¿De quién?

-Ni idea -mintió de nuevo, cerrando la lente telescópica y ponerlo en el bolsillo.

Eran cañoneras voluminosas fuertemente armadas. El tipo utilizada por guerreros mortales. Él los había conocido antes, y no disfrutó de la experiencia.

-Me gustaría saber lo que están haciendo aquí -dijo Varteh.

-No, no te gustaría.

Varteh rio sin alegría.

-Tal vez tengas razón. Voy a patear a nuestro adepto en el culo. A ver si podemos meterle una marcha más.

-Buena idea.

Varteh corrió ladera abajo con una mano en la funda para mantenerla estable.

Sebaton perdió las cañoneras a los pocos segundos mientras desaparecían bajo filas ignorantes de chimeneas y silos. Maldijo por lo bajo.

-Supongo que era demasiado pedir que no se presentaran.

La copa en sus manos se puso caliente, mucho más caliente que la cafeína tibia dentro. Al mirar hacia las profundidades de color marrón, frunció el ceño.

-Oh, eres tú -dijo Sebaton.

CUATRO

Hijos de nuestros padres

"Eres el único de los hombres que se me ha escapado... Pero, vete, que ya pesa sobre mi alma demasiada sangre de los tuyos."

- De "Masbeth" por el dramaturgo Shakespeare.

-¿Recuerdas cómo te encontré, solo en las llanuras de cenizas? Pensé que eras un milagro, o algún demonio echado devuelto a la tierra para envenenarnos. Pero eras sólo un niño, un bebé. Algo tan pequeño, tan vulnerable, rodeado de tanta muerte. Pensé que estabas muerto, carbonizado por el accidente. La arena en el interior del cráter se había convertido en vidrio... Pero el fuego nunca te tocó, ni siquiera dejar una marca. Apenas llorabas, y no era de dolor o molestia. Simplemente no tenías ganas de estar solo, Vulkan.

-Lo recuerdo.

Olí el humo y el cuero, el metal y el sudor.

-Despierta, hijo -dijo el hombre, y en mi estado semiconsciente pensé lo reconocí.

Estaba de vuelta en la fragua. Estaba en casa.

¿Padre?

El humo se aclaró, la oscuridad se abrió, parpadeé y allí estaba él ante mí. Como si fuera ayer.

N'bel.

Con su cara bronceada por el sol nocturneano, las manos callosas del trabajo del metal, la piel que se sentía áspera en mis manos, N'bel era artesano en cada centímetro de su cuerpo. Tenía los hombros anchos de un forjador, el batán metido en el cinto que proporcionaba una prueba ineludible más de su profesión. Un telar grueso de tela oscura y pesada estaba cubierto por un delantal de cuero. Sus brazos estaban desnudos, con cicatrices y curtida como la cara, atados con torques, de músculos espesos y tendones como cuerdas. Este era un hombre que se ganaba la vida del trabajo honrado y el músculo. Él me había enseñado todo lo que sabía, o al menos, todo lo que me importaba recordar.

-Estás vivo...

Él asintió con la cabeza.

La nostalgia dolía en mi pecho, mis ojos envueltos en lágrimas. A mi alrededor estaba el taller, con olor a ceniza, calentado por el fuego. En algún lugar cercano, un yunque sonó a un ritmo constante, al ritmo de tambor de un forjador, cuya melodía conocía muy bien. Este lugar era puro y bueno. Una chimenea de piedra se situaba en una esquina de la habitación, donde una olla de caldo burbujeaba melodiasemente por encima de un fuego crepitante en silencio. Aquí estaba la tierra. Aquí, estaba en mi elemento.

-Te he echado de menos, papá.

Las lágrimas corrían de mis mejillas. Pruebo la sal y ceniza cuando tocaron mis labios mientras me abrazaba a N'bel; un hijo perdido de vuelta a casa. A pesar de su fuerza física y cuerpo, era como un niño en mis brazos. Nos separamos cuando el ceño fruncido se deslizó sobre mi rostro en nuestra reunión repentina.

-¿Cómo? ¿Qué hay de la guerra? ¿Ha...?

Algo se estaba nublando mi mente que me impedía ver con claridad. Negué con la cabeza; la niebla no estaba aquí, estaba dentro.

-Lo que importa es que estás de vuelta, hijo mío.

Él me dio una palmada en el brazo y sentí el calor del respeto y admiración de un padre propagarse a través de mí como un bálsamo, lavando toda la culpa y la sangre.

Durante mucho tiempo había querido volver. Después de que la Cruzada hubiera terminado y acabase la guerra; en mi corazón, sabía que volvería a Nocturne y viviría en paz. Un martillo puede romper, y en mis manos sería un arma muy eficaz, pero también una herramienta para crear. Había destruido poblaciones, arrasado ciudades enteras en nombre de la conquista; ahora quería la permanencia, cumplir con el deseo de construir, destruir.

Ayudé a construir este lugar; no sólo esta fragua, pero también esta ciudad en la que yo sabía que residía, y las otras seis ciudades santuario además. Nocturne siempre había sido una sociedad tribal sobre la tierra en la que estaba asentada, pero su comercio y sangre también era su perdición, como demostraba el mundo caliente y volátil durante toda Prueba de Fuego.

Los ojos de N'bel me observaba, no con alegría paterna al reencontrarse con su hijo, sino con miedo.

Lo sostuve por los hombros, con firmeza, pero no con tanta fuerza como para hacerle daño.

-Padre, ¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

-Lo que importa es que estás de vuelta... -repitió, y asintió con la cabeza detrás de mí.

Seguí su mirada hacia la puerta de la fragua. Estaba entreabierta y los sonidos nocturnos de Nocturne flotaron dentro de una cálida brisa. Podía oler el calor del desierto, el sabor ácido del Mar Acerbian y también algo más.

Solté a N’bel, dirigiéndose a la puerta. -¿Qué ha pasado?

Cerca estaba el estante de herramientas que mi padre usaba en el yunque. Cogí un marcador de hierro como una lanza. Fue una elección extraña; había varios martillos, pero por alguna razón elegí el hierro.

-No estabas solo cuando volviste -resopló mi padre, su voz fuerte de forjador atenuándose a un gemido.

Gruñí, avanzando hacia la puerta, empuñando el hierro de marcar firmemente en mi mano.

-Padre, ¿qué ha sucedido?

N'bel estaba sumido en el miedo, y una frialdad repentina barrió la forja, volviendo la sangre hielo.

En los días previos al Extranjero, nosotros los Nocturneanos combatimos a partidas de guerra de los Demonios de la Oscuridad por nuestra libertad y seguridad. Eran carroñeros, piratas y traficantes de esclavos. Más tarde los conocí como los Eldar, una especie xenos que se había ensayado particularmente con mi mundo, pero también muchos otros.

Yo quería la paz, la oportunidad de construir, pero ahora he visto que el destino no me liberaría; la galaxia quería un guerrero. Mi otro padre llamaba y no sería negada.

-Quédate en la fragua -le dije a N'bel y salí a la calle.

La noche era negra como el carbón, y un gran frente de nubes piroplásticas se movía lentamente en el horizonte como un fantasma oscuro. Todas las luces estaban apagadas. Cada casa, cada fragua y horno estaba muerto.

Salí a una plataforma de hierro y acero. Atrás quedaron las viviendas tribales de mis años de formación, las simples fraguas de mis antepasados. Con la llegada del Extranjero y la llegada del Imperio naciente, Nocturne había cambiado. Vastos ingenios mineros, hornos y manufactorums sustituyeron a las antiguas fraguas. Donde una vez hubo casas humildes, ahora había grandes conurbaciones de bloques habitacionales, estaciones repetidoras y torres vox. Los chamanes de la tierra y moldeadores del metal, incluso los forjadores habían dado paso a los sismólogos, geólogos y señores de manufactorum. Nuestro comercio no había cambiado, pero nuestra cultura sí. Era necesario. Pues Nocturne era un mundo caprichoso, siempre al borde de la destrucción.

El Monte Deathfire estaba erupcionando en toda su ardiente gloria. Las nubes piroplásticas oscurecían la mayor parte de mi visión, deslizándose por el escudos de vacío invisible suspendido sobre mí. Los generadores, uno para cada ciudad, fueron otro regalo del Imperio. El de arriba brillaba violentamente mientras casquetes de escombros eran arrojados por el volcán desatado. Fuego llovía del cielo en cascadas y explotando en chispas a medida que chocaban con la resistencia del escudo de vacío.

Era hermoso a la vista, la furia de la naturaleza vista en un panorama como este. Cuando finalmente bajé la mirada de los cielos, ese sentido de asombro y la belleza me abandonó. En su lugar fue la frialdad que había sentido en la fragua.

-Tú -pronuncié como una maldición cuando vi la figura solitaria de espaldas a mí. Él estaba sentado, con los hombros encorvados sobre algo. El pelo oscuro caía en cascada sobre su espalda. Vestía una bata de tela de saco. En una mano llevaba un cuchillo. Su borde era serrado y en la oscuridad me pareció que tenía un brillo más negro alrededor de su hoja dentada.

No tenía sentido con este lugar. Lo sabía en mi corazón, pero también lo vi en su ropa anacrónica.

Él no me había escuchado, así que me acerqué, mis manos apretando al máximo el hierro de marcar.

La figura oscura estaba serrando, pues pude oír el roce de su cuchillo cortando a través de algo. Al principio pensé que madera, el combustible para un horno, pero luego me acordé de la hoja y el brillo negro alrededor del borde. Una cesta yacía a un lado a su alcance. Cada vez que terminaba de hacer un corte, tiró algo en ella.

-¿Qué estás haciendo? -a pesar de que hice la pregunta, conocía la respuesta. -¿Qué estás haciendo? -le pregunté de nuevo. La ira se apoderó de mí, y levanté el hierro de marcar por encima de mi cabeza como una lanza.

El brillo negro alrededor de la hoja... Era sangre.

No había luces, ni fuegos de forja; la ciudad estaba muerta y él la había matado.

-¡Date la vuelta, maldito Curze!

Se detuvo en el sonido de su nombre. Se irguió, con el cuchillo extendido casualmente a un lado.

-¡Escoria asesina!

Retiré mi lanza, apuntando a su espalda, donde sabía que el hierro podría atravesar su corazón. Incluso los primarcas pueden morir. Ferrus había muerto. Él fue el primero de nosotros, el primero del que tenía la certeza al menos. Incluso los primarcas pueden morir...

-Vulkan, no.

La voz venía de detrás de mí, obligándome a obedecer.

Al principio pensé que era N'bel, fuera de la fragua para ver lo que estaba pasando, pero estaba equivocado. Me volví, y de pie delante de mí, en las mismas ropas que llevaba puesta sobre Ibsen, estaba el rememorador Verace.

-Vulkan, él es tu hermano y te lo prohíbo.

Mi agarre se endureció en la lanza. -Pero él los asesinó.

-No lo mates, Vulkan.

¿Quién era este hombre para dirigir mi negocio, para darme órdenes? Él no era nada para mí, un recuerdo de la Gran Cruzada, un… No, eso no estaba bien. Negué con la cabeza, tratando de desterrar la niebla, pero no estaba aquí conmigo, estaba dentro.

Verace no era un rememorador. Era una capa, una máscara para ocultar algo más grande.

Muy pocos mortales podrían contemplar la verdadera forma del Emperador y vivir. Incluso su voz era letal. Así que portaba máscaras, erigió fachadas que podría mover alrededor de la galaxia sin dejar un temor mortal a su paso. Yo era su hijo, y como tal, capaz de soportar mucho más que cualquier hombre mortal jamás podría, pero aún no había visto la verdadera cara de mi padre. Era a la vez un guerrero, un poeta, un científico y un vagabundo, y sin embargo también era ninguna de estas cosas. Todos ellos eran sólo camuflaje para ocultar su verdadera naturaleza. Y el traje de mi padre eligió usar ahora era el de un recordativo de envejecimiento.

-Hijo mío, no debes matarlo.

-Se ha ganado su destino -escupí beligerante, no queriendo desafiar a mi padre, pero al mismo tiempo sin poder dejar que el asesino quedara impune.

-Vulkan, por favor no lo mates.

-¡Padre!

Sentí el apretón de una mano en mi hombro, frío y enroscado. Ya no apretaba la lanza en el puño, ausente como el humo escapando a través de mis dedos prensiles.

-Hermano... -dijo Curze cuando chocó la lanza en mi espalda y le vi atravesar mi pecho un segundo después.

El mundo se desvanecía de nuevo. Me aferré al metal empalándome, cayendo de rodillas mientras Curze me dejó ir.

Verace se había ido y no dejó rastro de su partida; así también lo hizo mi hermano, a pesar de que me di cuenta de la falta de su presencia más que su desaparición real.

Por encima de mí, el escudo vacío parpadeó una vez más y murió. El fuego llovió y el cielo ardió con él. Impotente, muriendo, cerré los ojos y dejé que la conflagración me llevara.

El olor a humo y cenizas me recibió cuando volví en sí. Por un momento creí que estaba todavía en Nocturne, atrapado en algún ciclo infernal del que no había escapatoria, destinado a revivir mi muerte imaginada a manos de Curze, mi hermano y ahora captor una y otra vez.

Pero cuando la célula y no la forja de N'bel llenaron mi percepción me di cuenta de que estaba realmente despierto y que mi regreso a casa sólo había sido una pesadilla. Sudor febril enjabonaba mi cuerpo; era la primera cosa que noté después de que el olor de la fragua se disipara. La oscuridad reinaba, como siempre, y el vapor en espiral de mi piel de ónix mientras el calor de mi cuerpo reaccionó al frío. Las cicatrices de honor destacaban, mis juramentos de momento grabados en la carne y puesto de relieve por una intensa luz que emana desde arriba. Por un momento me pareció ver una marca que no reconocí, pero perdido en las sombras.

La segunda cosa que noté fue que no estaba solo, y esto llevó sacó mi mente de sus casillas. A pesar de haber dejado la pesadilla, mi horrible compañero de celda no siguió ese camino.

Ferrus observaba desde las sombras, sus ojos muertos que centelleando como ópalos.

-Estás muerto, hermano -le dije, levantándome. -Y lo siento mucho.

¿Por qué? -preguntó Ferrus, con la herida horripilante del cuello añadiendo más grava a una cadencia ya ronca. -¿Te culpas a ti mismo, hermano?

Sonaba casi como una acusación, tanto es así que me hizo volver a considerarlo. Era verdaderamente un espectro, una sombra, una versión marchita de lo que Ferrus Manus había sido una vez, vestido con la armadura de mi hermano muerto.

-¿Dónde estamos? -le pregunté, haciendo caso omiso de la pregunta de mi hermano muerto.

-¿Dónde crees que estamos?

-Isstvan.

Ferrus asintió. -Nunca nos fuimos, ninguno de los dos.

-No pretendas ser él -le dije.

Ferrus abrió los brazos, mirando a su alrededor como si buscara respuestas, -¿No soy yo? ¿Es fácil calmar tu culpa si crees que no soy algún aspecto de él? ¿Sabes dónde está mi cuerpo ahora? Se encuentra sin cabeza en un desierto de arena negra, pudriéndose poco a poco en su armadura manchada de sangre. No recuerdo ninguna de las estatuas erigidas en mi honor con esa imagen.

Estaba cansado de este engatusar. Estaba debajo de mí, estaba debajo de Ferrus, y me sentí como si estuviera mancillando su memoria por el acto mismo de escucharle.

-¿Qué eres, criatura? Para mí no eres Ferrus Manus.

Él se echó a reír. Era un sonido desagradable, como el graznido de un cuervo. -Pensé que era tu hermano. ¿No es así cómo te dirigías a mí? ¿Soy tan fácilmente olvidable, ahora que estoy muerto?

Ferrus, o la cosa que llevaba su piel y armadura como un hombre lleva una capa fingía decepción.

Yo estaba convencido.

-Ferrus era un guerrero noble, bueno y honesto. Él era de acero y de hierro, y nunca lo olvidaré. Jamás.

-Sin embargo, me dejaste morir.

La culpa era más dolorosa que cualquier hoja, y mientras atravesaba mi corazón cansado me tambaleé al principio, pero luego me enderecé.

-No hubo nada que pudiera hacer. Nada que cualquiera de nosotros pudiera hacer.

-¿Cualquiera de nosotros? -se preguntó, con una expresión de revelación tardía cruzando su rostro -Ah, te refieres a Corax. ¿Quieres que comparta tu sentimiento de culpa? -su rostro brilló como si iluminado, antes de volverse abruptamente oscuro, lo que provocó que Ferrus sacudiera lentamente la cabeza, -No. Eres responsable de esto, Vulkan. Este fue tu error. *Tú* me fallaste, no Corax.

Me di la vuelta, aun cuando las palabras del espectro me cortaron sin mostrar ningún rastro visible de las heridas que infligían. -No eres real, hermano. No eres más que un producto de mi imaginación, un remanente de la conciencia...

-¡Culpa! Soy tu culpa manifestada, Vulkan. No puedes escapar de mí, porque vivo en ti.

Tratando de no escuchar, comencé a examinar la celda. Era circular, usando un metal en su construcción grueso e impenetrable para mis puños desnudos. Pero estaba construida en secciones, y cada una de ellas era traicionada por una línea de soldadura que cedía un labio poco profunda. Cincuenta metros de alta. No podía saltar esa distancia, pero podría ser capaz de subir por ella. Mientras mi lucidez volvía, también lo hacía mi capacidad para planificar y elaborar estrategias. Puse esos dones para trabajar en mi huida.

Una mazmorra es un agujero, un calabozo en el que se tiran personas y son olvidadas. Esto era lo que Curze había hecho. Él me había tirado a un agujero, golpeado, cortado y asumió que me rompería, que mi mente se rompería y estaría perdido para siempre.

Curze no era Nocturneano. Los Nostramanos no poseían nuestro orgullo, nuestra determinación, nuestra resistencia.

“Desesperación” no era una palabra que reconociéramos, como tampoco la "sumisión".

Con un propósito proporcionándome nuevas fuerzas, agarré mis cadenas. El hierro se sentía áspero contra las palmas de mis manos cerradas en puños. Los músculos se ensancharon en el cuello, endurecidos por los hombros y la espalda. Hilos de tendones sobresalieron de mi pecho de forjador, tensándose y luchando contra las cadenas. Y mientras tiraba, los eslabones comenzaron a estirarse y abrirse, cediendo lentamente a mis fuerzas. Con un esfuerzo supremo, tanto de la voluntad como de fuerza, arranqué las cadenas y rompí las cadenas. Todas y cada uno, hasta que sus fragmentos se hallaron esparcidos en el suelo de la celda.

Ferrus se burló; Casi podía oír su labio encresparse, -Ya veo que estas libre de esas cadenas. ¿Y qué? Eres *débil*, Vulkan. Y debido a que eres débil, fracasarás. Así como me fallaste, igual que fallaste a tu legión.

Me detuve por un momento, e incliné mi cabeza para recordar a los caídos.

Nemetor, acunado en mis brazos... Él había sido el último.

-No te *fallé*, hermano.

Al presionar una mano contra la pared de la celda sentí las imperfecciones en el metal, buscando el más pequeño asidero que pudiera explotar.

La voz detrás de mí interrumpió mi planificación.

-¿Quieres saber cómo morí, hermano?

No me giré esta vez, pues no tenía el menor deseo de ver lo que se había deslizado de alguna manera dentro de mis pensamientos y estaba tratando de desarmarme.

Mi respuesta fue cáustica. -Tú no eres mi hermano. ¡Ahora cállate!

La voz de Ferrus se hizo más baja, más siniestra, -¿Quieres saber de qu me di cuenta en el momento de mi muerte?

Hice una pausa, y maldije internamente por hacerlo.

-Yo le vencí, lo sabes. A Fulgrim quiero decir.

Ahora me volví. No pude evitarlo. En el fondo, una parte de mí sospechó esto, de lo contrario ¿Cómo podría esta aparición hablarme de ello? –¿Es tu asesino?

Ferrus asintió lentamente, mientras una sonrisa se deslizó a lo largo de sus labios como una araña arrastrándose a través de una mala hierba.

Lo fue.

-Lo odiabas, ¿Verdad? Por su traición, por el vínculo de la amistad que rompió.

-Una vez estuvimos muy unidos.

Sentí el peso de las cadenas de nuevo, sus fragmentos ínfimos arrastrándome hacia abajo como un ancla a las profundidades abisales del océano. La oscuridad persistía en esta trinchera de la mente, infinita y devoradora. Sabía que estaba sucumbiendo a algo; que mi voluntad, no mi fuerza, estaba puesta a prueba, y me pregunté de nuevo la naturaleza de la oscuridad en este lugar que no podía escrutar. Estaba tan ciego como cualquier mortal lo estaría.

-Sí, lo estás, hermano -dijo Ferrus, provocando que empezase cuando me di cuenta que había leído mi pensamiento y lo convirtió para sus propios fines. -Ciego quiero decir. Cegado a la verdad por la llamada iluminación -la sonrisa de Ferrus llegó a sus ojos, y era horrible de contemplar. Toda la luz se dirigió a ellos, devorados por esos orbes amortiguados como un agujero negro devora un sol. -¿Sabes de lo que hablo?

-Dijiste que lo derrotaste -sentí un peso sobre mi espalda, presionándome hasta mis caderas.

-Lo hice. Lo tuve en mis manos, pero Fulgrim -dijo Ferrus, mientras sacudía la cabeza, -no era todo lo que parecía ser. Sabes de lo que hablo -repitió, y mi mente fue arrojada de nuevo a cuando vi a Horus por segunda vez, cuando sentí la naturaleza del poder con el que se había envuelto a sí mismo. No podía poner un nombre a la misma, a esta presencia, este miedo primordial, pero sabía que Ferrus hablaba de lo mismo.

Él se echó hacia atrás para dejar al descubierto la herida del cuello. -Me cortó la cabeza, me mató a sangre fría y dejó a mi legión hecha añicos. Tú me fallaste,

Vulkan. Te necesitaba a mi lado, y me fallaste. ¡Te pregunté -Ferrus se enojó, -no, te *rogué* que me siguieras hasta situarte a mi lado!

Me puse de pie, liberado del peso, las cadenas perdiendo su poder para arrastrarme hacia la tierra en este hueco oscuro con sólo una aparición y mi eventual locura para hacerme compañía.

-Mientes -le dije al fantasma. -Ferrus Manus no rogaría. Ni siquiera para eso.

Me volví hacia la pared, cogí asidero cuando apreté mis dedos en el metal y empecé a subir.

-¡Vas a fallar! –rugió Ferrus por debajo de mí. -¡Eres débil, Vulkan! ¡Débil! Vas a perecer en este lugar y nadie sabrá nunca tu destino. Sin recibir luto, tu estatua será envuelta. Tu legión se marchitará y morirá, perdida como las demás. Nunca mencionados, nunca deseados, una advertencia para los que se quedan atrás para escupir sobre tus cenizas indignas. Nocturne arderá.

Con una mano sobre la otra, seguí subiendo.

-Cállate, hermano.

Ferrus nunca había sido tan locuaz antes; Me preguntaba por qué en mi subconsciente lo era ahora. Eran la culpa, y la lenta erosión de mi resolución la que proporcionó sus palabras. Eran mis palabras; mi miedo.

-Estoy empezando a entenderlo, Curze -murmuré, encontrando todas las imperfecciones en el metal con las puntas de mis dedos, levantándome como un depredador felino de mi prisión.

Me resbalé, caí medio metro, mis nudillos rasparon contra la pared, pero me las arreglé para agarrarme donde uno de los puntos de soldadura sobresalía casi imperceptiblemente en un labio superficial de metal. Nadie me reprendió o quiso mi muerte. Miré hacia abajo.

Ferrus se había ido. Al menos por ahora.

Asegurado mi agarre, puse mi mente a la tarea por delante.

Por encima de mí, con cada metro minucioso que subí, el óvalo de luz arrojado en mi celda se ensanchó.

Una vez que me acercaba al extremo del pozo, no más de dos metros de la cumbre, me detuve y esperé. Escuché.

Dos voces, baja y rallada, emanaban desde arriba. La tonalidad áspera venía de sus rejillas vox. Curze había colocado dos guardias para vigilar mi celda. Me pregunté si estaban entre los legionarios que me habían apuñalado tan gravemente antes. Todavía podía sentir la presencia de las cuchillas traspasando mi cuerpo, pero era un dolor fantasma y sin cicatrices indistinto en mi piel de los hechos por el hierro de marcar.

Durante la Gran Cruzada, hubo pocas ocasiones que podía recordar cuando las legiones VIII y XVIII lucharon juntas en campaña. Kharaatan fue la última vez, y no había terminado bien para mí o Curze. Fuese cuales fuesen los lazos de lealtad que sintiera hacia él, cualquiera que fuese el amor y respeto fraternal que pudiera haber tenido para él terminaron en Kharaatan. Lo que hizo allí... Lo que me obligó a hacer...

Me estremecí, y uno de los guardias se rio de tal manera como para sugerir la naturaleza de la discusión: las muertes y las torturas, y la forma en que las habían infligido a los más débiles y pequeños que ellos. Asesinos, violadores, ladrones; los hijos de Nostramo venían de material defectuoso.

Sentí mi ira hervir, pero la mantuve bajo control. Tenía que ser rápido, silencioso.

A partir de la resonancia de sus pisadas contra el suelo de metal calibré la posición de cada legionario respecto a la abertura del pozo. Uno de ellos estaba cerca: aburrido, moviéndose de un lado a otro. El otro estaba más lejos, quizás a unos pocos metros entre cada guerrero. Ninguno de los dos estaba viendo la apertura. Sospechaba que pensaban que estaba muerto o moribundo. Ciertamente habían hundido acero suficiente en mí para no considerarlo.

Soy un primarca, y nosotros no morimos fácilmente... más o menos, me recordé a mí mismo, pensando en el pobre Ferrus. Y por un momento, sentí su presencia de nuevo debajo de mí, pero no se movió ni habló.

Me liberé del pozo.

Dos guardias, vestidos de medianoche con sus colores legionarios. Ambos Amos de la Noche. Tenía uno de espaldas a mí. Avanzando en silencio deslicé mi mano

alrededor de su gola, sofocando su parrilla voz con mi palma y retorciéndole el cuello.

El otro me vio demasiado tarde, un poco más avanzado en el pasillo. Vio mis ojos primero; los vio cuando elegí abrirlos después de matar a su camarada. Dos esferas de fuego, quemando vengativamente en la oscuridad. Las sombras eran dominio de la VIII pero no eran la única legión que podía morar en la oscuridad. Equilibrado sobre el borde del pozo, dejando caer el cuerpo del primer guardia a la tierra con un *golpe* seco de metal contra metal opaco, me abalancé.

El segundo guardia estaba elevando su bólter. Se debió haber sentido como si la gravedad se multiplicase por cuatro en los músculos; cada movimiento lento como glaciares ante el ataque concentrado de un primarca. Apuntó a mi pecho, al centro de masa como el instinto le habría instado a. Derribé al guardia cuando aterricé sobre él, mis dedos sujetando su mano alrededor de su gatillo y aplastándolo contra el tronco de su bólter por lo que él, y ello, nunca dispararían de nuevo.

Cayó al suelo, gruñendo cuando mi enorme peso y la potencia de mi carga abollaron su placa pectoral y rompieron las costillas soldadas debajo. Enmascaré su grito con mi mano, aplastando la rejilla vox, rompiéndole los dientes. Su sangre salió cual geiser a través de su casco de combate arruinado, salpicando caliente y húmeda contra mi cara. Seguí apretando, inmune al pánico del guardia.

Entonces se detuvo y cayó en silencio.

Todavía montado sobre el cuerpo del guardia muerto miré hacia arriba y traté de orientarme.

Un largo pasillo se extendía frente a mí: metal desnudo, débilmente iluminado, indescriptible. Podría estar en cualquier parte de Isstvan. Recordaba poco de mi secuestro en el campo de batalla. Qué pasó entre el momento en que Curze apareció y mi vigilia en la celda podría no regresar nunca.

Un cierto sentido de claustrofobia cuando toqué la pared metálica a mi izquierda me hizo sospechar que estaba bajo tierra. Quizás Horus había ordenado la construcción de túneles bajo la superficie. Me preguntaba si había celdas para Corax y Ferrus. Deseché la idea casi tan pronto como se formó. Horus no tomaba prisioneros de guerra, no estaba en su naturaleza, aunque no tenía muchos motivos

para cuestionar exactamente lo que su naturaleza era en estos últimos meses. Esto era obra de Curze.

Entonces supe que no me había perdonado por Kharaatan, por lo que le hice.

Mi hermano era un ser mezquino y superficial; esta era su forma de ajustar las cuentas entre nosotros.

Tomando los cuerpos de los guardias, uno a uno, los tiré hacia el hoyo. Sospechaba mucho que este lugar estaba desierto; después de todo, Curze me había dejado aquí para morir y nadie oiría el choque de sus cuerpos rotos cuando golpearan el suelo, pero un par de Amos de la Noche muertos a la intemperie despertarían alarmas inmediatamente. Unos segundos ganados pueden ser la diferencia entre mi escape y seguir encarcelado.

Con los guardias despachados me dirigí suavemente hasta el final del pasillo, frenando cuando llegué al cruce y escuchando atentamente la perturbación de sonidos.

Nada.

Mirando alrededor de la esquina vi otro pasillo, vacío como del que provenía.

La paz no duró mucho. Después de unos minutos estaba a la mitad del pasillo siguiente cuando una puerta se abrió a lo largo del lado derecho y un legionario salió.

Actuar con mayor rapidez que sus hermanos muertos pudriéndose en el pozo abrió un canal de comunicación e hizo sonar una alarma.

-¡Vulkan vive! -sonó atemorizado, y la ironía de ese hecho me dio una cruel satisfacción mientras corría hacia él. Recibí un impacto superficial de un disparo apresurado antes de estrellar la palma de mi mano contra su pecho. Era un ataque al corazón que, si se conectaba con la fuerza suficiente, podía causar la muerte al instante. Sus órganos principales se derrumbaron; así también lo hicieron los secundarios. El legionario se derrumbó y le dejé morir, corriendo hacia la cámara de donde había venido mientras las sirenas comenzaron a gritar.

Una vez más me encontré con más metal desnudo. No había armas, ni suministros, nada. Era espartano hasta el punto de estar abandonado. Excepto que los oí venir

por mí por encima de las lamentaciones de las alarmas. Algunos gritaban en ese idioma feo y gutural de su mundo de origen; otros corrieron en silencio, traicionados por el tambor de sus botas su urgencia y pánico.

Crucé la habitación, corriendo a través de la única otra salida y encontré otro corredor. Era más corto que el anterior pero igual de estéril, y sin embargo había empezado a sentir una familiaridad para este lugar. Alrededor del siguiente cruce casi me topé con un par de guardias que venían en sentido contrario. Los maté rápidamente, infligiendo daño letal en menos tiempo del que tomé para parpadear. Robé una de sus espadas-sierra, pues era la única arma que podía tomar y utilizar con eficacia, preguntándome cómo iba a escapar, tratando de formular algún tipo de plan.

Tenía que encontrar un lugar para detenerme y pensar, adaptarme a la situación cambiante.

Opté por subir.

El conducto del techo era estrecho para mi cuerpo, y tuve que descartar el arma que había adquirido, pero sustituyendo la rejilla de arriba podría enmascarar temporalmente mi punto de salida.

El conducto apestaba a sangre, a sudor, y me pregunté desde y hacia dónde se transportaba el aire. Arrastrándome por su vientre, usando mis codos y dedos de los pies para propulsarme, llegué a otra reja que daba a una habitación.

Bancos de monitores rodeaban una pantalla mucho más grande que mostraba un esquema de la prisión la clasificaba como una estación de seguridad. Siervos humanos sin aumentar la guarnecían, hablando por unidades vox, tratando de encontrarme desesperadamente. No había legionarios visibles. Estaban cazando, intentando establecer una trampa.

Estos hombres y mujeres no eran guerreros, pero estaban aliados con mis enemigos.

Si quería escapar no podría dejar supervivientes.

Desencajando la reja tranquilamente, me deslicé a través de la primera abertura con la cabeza por delante y me dejé caer entre ellos. Una mujer, con el rostro embadurnado de tatuajes Nostramanos gritó y la mandé de un revés a través de la

cámara. Alcanzando su arma de costado, uno de los operadores masculinos trató de caer sobre mí, pero yo era más rápido. Mucho más rápido. Le maté también. En menos de tres segundos, los seis operadores humanos estaban muertos. Lo hice rápido, tan indoloro como pude, pero sin poder tranquilizar mi conciencia en el proceso.

El esquema en la pantalla mostraba sólo una parte del complejo subterráneo. Una vez más me sorprendió un sentido de familiaridad en relación con el diseño y me pregunté cuan masiva era en realidad esta prisión. Los otros monitores mostraban imágenes pictográficas de los equipos de búsqueda, vinculadas a las lentes retinales de sus cascos. Los datos cargados en los cascos de combate de los legionarios corrieron a través de las pantallas. Los indicadores cardíacos de cada Amo de la Noche palpitaban agitadamente bajo la alimentación de cada casco, ecualizadores gráficos esclavizados a sus patrones de voz elevándose y cayendo mientras respiraban y silbaban órdenes.

Ignoré los monitores pictográficos, centrándome en el mapa parcial y grabándolo en mi memoria.

Dos puertas me ofrecían salidas de la cámara de seguridad. Tomé el que, de acuerdo con los esquemas, me llevaba a un nivel superior. No tenía idea de hasta a qué profundidad de la superficie de Isstvan estaba, o lo que me recibiría cuando llegase allí, pero no había otro camino viable.

Otro corredor me dio la bienvenida, al final del cual había un cruce. A medio camino me detuve y sacudí la cabeza para despejarse.

-¿Dónde estoy? -resoplé, incapaz de reconocer este cruce en el esquema. Tenía una memoria eidética; esto no debía estar sucediendo. Consideré volver pero el riesgo era demasiado grande. Al maniobrar en los conductos anteriores había ganado sólo unos segundos contra mis perseguidores. Tenía que seguir adelante. Y rápido.

Al llegar al cruce, me detuve de nuevo. Dos corredores más se estiraban lejos de mí, cuyos destinos quedaban ocultos en la oscuridad. Una brisa leve, detectada por los minúsculos pelos en mi piel desnuda, fluyó desde la derecha. Estaba a punto de tomar ese ramal cuando vi una sombra surgiendo aparentemente de la oscuridad.

Demacrado, sonriente, reconocí las características cadavéricas de mi hermano.

-Ferrus...

Colocando un dedo burlonamente en sus labios, me hizo señas para que lo siguiera hacia las sombras.

Sabía que no podía confiar en mi propia mente. Al manifestarse esta aparición, aquí y en mi celda, ya me había traicionado.

-Débil -articuló cuando hice una pausa ante el umbral del ramal derecho. -*Tan débil.*

Tomé el ramal izquierdo, confiando en mis instintos por encima de mi mente, y cuando me volví vi otra figura. Incorpóreo, fantasmal en su forma y rasgos, llevaba una túnica de gasa delgada, pareciendo flotar como suspendida en agua. Sus ojos eran almendrados y las runas hechas a mano en torno a su persona eran sobrenaturales y extraños. El eldar parpadeó una vez, como si capturado con un pictógrafo estropeado y desapareció.

Mi hermano o mi enemigo; no era en realidad una elección. Sentí que las mandíbulas de hierro oxidado de la trampa de cerrarse alrededor de mí otra vez, sus dientes pellizcando mi carne.

Corrí por el ramal izquierdo, descubriendo que su final era un mamparo. Era el primero de su tipo que había visto desde mi escape, más robusto e inviolable que las puertas por las que había pasado de lejos. De varios metros de espesor y triplemente fijados, no fui capaz de simplemente rasgar sus goznes.

Al presionar mi mano contra el metal, muy consciente de los gritos de mis perseguidores cada vez más cerca, sentí la frialdad. En ese momento la luz deslumbrante del panel de acceso incorporado al mamparo pasó de rojo a verde.

Cláxones sonaron cuando las luces estroboscópicas ambarinas por encima de la puerta parpadearon; Me di cuenta entonces de las líneas negras y amarillas que la delineaban.

Retrocediendo muy tarde, demasiado tarde, dándome cuenta ahora de dónde estaba y por qué este lugar me era tan familiar, vi como una grieta irregular se formaba en diagonal en el mamparo y sus dos mitades se deslizaron para revelar una segunda puerta de emergencia.

El frío se intensificó. Zarcillos tocaron mi piel, congelándome. Sabiendo que era inútil correr, esperé mientras la segunda puerta se dividía igual que la primera.

Escudos de fuerza invisibles se derrumbaron y me arrancaron de mis pies a medida que la presión en el interior del pasillo empezó a ventilarse hacia el exterior, llevándome con ella.

No estaba en Isstvan. Nunca había estado en Isstvan.

Estaba en una nave, la nave de Curze.

La puerta de emergencia se abrió y tuve un par de segundos para contemplar el vacío del espacio profundo antes de ser arrancado por el.

CINCO

La sangre engendra sangre

Valdrekk Elias se agachó en la parte inferior del pozo. Enmascarado por las sombras, inspeccionó el lugar de excavación.

-¿Qué estaban buscando? -preguntó a uno de los Portadores de la Palabra en el agujero con él. Su nombre era Jadrekk, un leal guerrero aunque falto de imaginación. Él se paseaba por los bordes del agujero, con el bólter bloqueado sobre el pecho.

-Fuera lo que fuese lo encontraron -respondió Elias.

Herramientas yacían esparcidas por la cámara subterránea, y lámparas fosforescentes crepusculares seguían suspendidas de cables atornillados en el techo de la cueva. Una taza de cafeína permanecía junto a un taburete volcado y había marcas de desgaste hechas en el polvo por el paso apresurado de botas.

En el centro de la cámara, una especie de relicario si la presencia de huesos y cráneos no era suficiente guía, las losas habían sido levantadas. Estaban rotas, ennegrecidas en los bordes y no por la acción de cualquier herramienta de excavación. A través de una cuidadosa excavación, mediante el uso de microcavadoras de zanjas y la aplicación de moledores de escombros para extraer suavemente capas extrañas de suciedad y de granito revelaron un cráter. Y en el fondo, medio metro abajo, un vacío.

Elías se inclinó ante el agujero cortado en el cráter, explorando la hendidura inusual en la roca donde los cazadores de fortuna, o lo que fueran, habían estado cavando.

-Y lo han extraído de aquí -añadió, levantándose y sacudiéndose el polvo de su servoarmadura.

Amaresh sumergió su casco con cuernos en el caos que rodeaba el cráter.

-Yo diría que salieron a toda prisa.

Se arrodilló para tocar la copa de cafeína.

-Y no hace mucho tiempo tampoco.

-De acuerdo -dijo Elias, activando el frasco de aspecto arcano adjunto a su cinturón.

-Tengo su rastro –informó Narek informado sin ser regruntado.

-¿Cuántos?

-No los suficientes.

-No mates a todos, Narek. No hasta que sepamos lo que se llevaron de las catacumbas y por qué.

-No puedo prometerlo.

Narek puso fin a la comunión, permitiendo a Elias apreciar la arquitectura primitiva de la habitación. Aunque gran parte de ella había sido destruida al derrumbarse sobre sí misma cuando la entropía ejerció sobre piedra y acero, aún podía discernir la estructura de ocho lados, el tejido y la trama de lo arcano en su construcción. Algo primitivo, de siglos de antigüedad, le hizo sentir el poder latente en este templo. No era más que una sombra del artefacto que había sido tomado del cráter, disminuida y carente de su fuente hace mucho tiempo.

Elías sintió el contacto distante del Panteón en este lugar y supo que todo lo que en secreto se celebró valía la pena descubrirlo por sí mismo.

-Venid -le dijo a los otros dos. Mientras subía la rampa de nuevo a la superficie, Elías miró a la luz que entraba por la abertura y las gotas de lluvia atrapadas en su

discurrir, brillando como estrellas. Le recordó a las constelaciones en el cielo nocturno y cómo cambiaban.

-Hermanos, tengo la sensación de que hay más que hacer aquí que limpiar de contaminación tierra sagrada del Falso Emperador –dijo Elías. Sonrió. –Estamos cerca de una revelación.

Por encima de la fosa en las catacumbas, Deriok esperaba junto con otros cuatro legionarios. El resto de la partida de desembarco estaban en general en la ciudad; dos estaban cazando con Narek, los otros silenciando estaciones de comunicaciones, aniquilando cualquier resistencia y mantener la presencia de los Portadores de la Palabra en Ranos oculta. Había siete ciudades más además de Ranos y sus poblaciones podrían ser necesarios también. Pero más importante que los deberes de todos los acólitos de Elias era la adquisición de sacrificios.

-Ocho discípulos, uno para cada uno de los ocho puntos -dijo Elias, saliendo a la luz.

Al igual que la estatua en la Plaza Cardinal, estas ruinas eran un monumento a la dominación del Emperador y su presencia en este mundo. La potencia de la efigie que los nativos habían erigido no era nada comparado con este lugar sin embargo. Eso había sido fácil de manchar. El Emperador había desatado su poder sobre el antiguo templo que una vez estuvo aquí y la redujo a escombros. Derrotó a la fuerza atrapada en sus paredes y la arrasó. Las había *tocado* literalmente con su divinidad, y algo semejante a una huella digital perduró. Indeleble, mesurable.

Aquí, en Ranos, se manifestó el poder del Emperador y aquí, en Ranos, en el mismo sitio de la victoria imperial, Elias mancillaría y corrompería ese poder a la voluntad del Panteón. Haría falta tiempo y paciencia. Haría falta sobretodo sangre. Al comenzar la primera etapa del ritual trató de no distraerse con pensamientos de lo que se había escondido en las catacumbas, obligando a su mente a la tarea entre manos, pero el misterio le intrigaba.

-Reuníos -dijo a los otros siete, formando los acólitos un círculo de ocho con su amo. Dagas rituales brillaban en puños de ceramita roja. Atrapados en las otras manos de cada fanático había un mortal.

-La sangre engendra sangre –pronunció Elias. Apenas los veía como gente. Los hombres y las mujeres ante la misericordia de sus hermanos no eran más que un

simple medio para lograr un fin. -Dejad que la galaxia se ahogue en ella -concluyó y cortó la garganta de la mujer que tenía en la mano, derramando su sangre para profanar la tierra.

Necesitarían más. Mucha más. Pero la recolección de Ranos había producido una cosecha abundante. Y mientras escuchaban los gritos lastimeros de las reses que sus guerreros habían pastoreado, Elías sonrió y dijo a Amaresh, -Saca a los otros.

El sentido de la orientación de Varteh era bueno, pero incluso el ex - Lucifer Negro estaba luchando para mantener su rumbo en el laberinto de la ciudad de Ranos.

-¿Estamos perdidos, Varteh? -Sebaton le miró por encima del hombro y vio su expresión de preocupación reflejada en el hombre de aspecto delgado tras él.

Gollach, el tecnoadepto, se había sublevado en contra de dejar atrás los servidores, pero Sebaton sabía que los depredadores estaban a la caza de ellos, sospechaba que Varteh compartía, y terminó el argumento de Gollach con el cañón de su pistola. Los cyborgs sólo ralentizarían su ritmo. Desplegados de esta manera podrían en realidad ser útiles, ofuscando el camino y proporcionándoles un tiempo vital sobre sus perseguidores.

-Todavía no -respondió Varteh. Hizo un signo de combate al hombre a su lado. Un mercenario, no ex militar, pero a medida que se desnudaba de sombras en respuesta a la orden del ex - Lucifer, era obvio que estaba muy versado en la jerga de un soldado.

El otro mercenario se quedó en retaguardia, detrás de Gollach. Sebaton conocía los nombres de los mercenarios, pero eran tan intrascendente como el barro bajo sus pies ahora que tenía lo que había venido a buscar. Aún envuelto en tela, tras siglos bajo tierra, se sentía caliente bajo el brazo y emitía una resonancia muy débil que le enfermaba un poco. Tan pronto como Sebaton se dio cuenta que habían sido comprometidos huyeron. Sus maestros tendrían que esperar para saber de su descubrimiento. Estando tan lejos, en todos los aspectos, no sólo de espacio, no había nada que pudieran hacer para ayudarle de todos modos. Además, él sabía lo que tenía que hacer.

Duugan, uno de los hombres de Varteh, un boxeador magro y musculoso con un bigote prominente y tatuajes en el cuello, había visto a los cazadores. Era bueno, un

francotirador profesional, pero sólo captó la vista más elemental de los guerreros convergiendo en su posición. Huyeron después de eso. Rápidos y sin vacilación.

Fue Duugan quien se despegó del grupo principal, tomando distancia y explorando por delante para asegurarse de que no estaban rodeados.

Trio, llamado así por la biónica que reemplazaba tres de los dedos de su mano derecha, cerraba la marcha. Estaba lampiño y más delgado de rostro que Duugan, pero su profesión anterior era desconocida. También era piloto del grupo, pero Sebaton tendría cubierto ese puesto si fuese necesario.

-¿Cuan cerca están, Trio? –dijo Varteh por el vox. Habían abandonado las máscaras respiratorias, cambiándolas Varteh y sus hombres por micrófonos de garganta y cuentas de comunicaciones. Aquí en la superficie no necesitaban las máscaras. Sólo habrían entorpecido sus sentidos y su capacidad para comunicarse. Sebaton se había quitado el suyo también, pero lo mantuvo en caso de demostrarse útil más tarde.

-No he visto nada en los últimos once minutos, señor. Debemos de haberles despistado.

-No lo hemos hecho -dijo Sebaton. -Nos están encerrando.

La expresión sombría de Varteh difícilmente inspiraba confianza. -Lo sé.

No era una carrera de velocidad, pues las calles estaban demasiado llenas de gente y laberínticas para eso, pero la sensación de urgencia hizo que su vuelo pareciera más rápido. Cada sombra tenía la promesa de un peligro, cada puerta o túnel un terror recién imaginado. Incluso cables balanceándose y tiras colgantes de Plastek se convirtieron en enemigos potenciales, transformados por el miedo y la oscuridad.

Aunque Sebaton no consideraba necesariamente a sí mismo un hombre valiente, ciertamente no de la misma forma que un soldado, tampoco sospechaba que saltaran de las sombras, pero la creciente tensión silenciosa estaba poniendo a prueba su fortaleza.

Casi había roto a Gollach.

El hombre delgado y jorobado se desvanecía, incapaz de mantener el ritmo. Estaba acostumbrado a su taller, a gusto con sus máquinas y el aislamiento de esa

existencia. En esa vida, el ejercicio físico se había limitado a escribir circuitos de obediencia o el mantenimiento mecánico de la luz. Una chepa se había desarrollado en su columna vertebral como resultado de la constante inclinación sobre algún motor o dispositivo. Una mala decisión, o decisiones, a lo largo de la línea le habían empujado al servicio de Varteh y lo convirtieron en un hombre tan desesperado que no tenía más remedio que dar un paso más allá de los restos de su antigua vida para tratar de construir una nueva. Era evidente que él no había previsto que parte de esa implicaría correr por su vida en una ciudad extraña, en un mundo que no conocía, de un enemigo que no podía ver.

Siguió agarrando el pecho, tanto así que Sebaton ralentizó su ritmo en caso de que de expirase pronto.

No seas estúpido. Déjalo caer, tal vez nos compre algún tiempo más... ¡Trono! ¿Cuándo me volví tan cruel?

Durante toda su vida, o más bien *vidas*, Sebaton había hecho lo necesario para sobrevivir. Tomó lo que necesitaba de la gente y desechaba el resto. Hubo remordimientos en un primer momento, incluso pesadillas, pero todo eso se desvaneció con el tiempo y se dio cuenta de un vacío en desarrollo dentro de él, un lento ahuecado de su alma. No literalmente en su alma por supuesto, aunque esas cosas eran reales y podría suceder, sino más bien una degradación moral que él no sabía cómo revertir. Se había convertido en nada más que una herramienta, utilizada por orden de otra persona. No era diferente a un martillo o una llave, excepto más sutil y menos evidente. Algunos lo describirían como un arma.

Ya era un poco tarde para la redención, pero Sebaton se ralentizó todas formas e instó Gollach a moverse más rápido.

-¿Por qué estamos corriendo? -preguntó Gollach, tratando de mantener su voz estable. -Pensé que esto era una excavación arqueológica. Sólo de interés para los estudiosos, dijiste. ¿Quién podría estar detrás de nosotros?

Sebaton trató de ser tranquilizador. -No te ayudaría si te lo dijera. Pero hay que seguir corriendo -miró a Varteh, que estaba más adelante y parecía distraído en su vox.

-¿Cuánto falta para la nave? –preguntó Sebaton, aunque sabía la respuesta a eso.

Varteh no respondió de inmediato. Algo lo estaba distrayendo.

La insistencia de Sebaton creció. -Varteh, ¿la nave? -estaba cerca de abandonar a estos hombres y pretender ir a la nave por su cuenta cuando Varteh respondió.

-No puedo contactar con Duugan -dijo.

-¿Qué significa eso? -Sebaton conocía la respuesta a eso también.

-O algo interrumpe la señal o está muerto.

-*Puta mierda*... –murmuró Gollach, tropezando. Sebaton alcanzó su codo y le enderezó para que no cayera.

Varteh cayó de nuevo, menos seguro de seguir adelante de esta manera tan agresiva ahora que Duugan estaba en silencio. -Esas lanzaderas que viste en el cielo -le preguntó Sebaton. -¿Son por esto? ¿Están buscando eso también? -asintió con la cabeza al paquete envuelto en tela bajo el brazo izquierdo de Sebaton.

-No estoy seguro.

Eso era una mentira, pero como no sabía quién eran o querían los que estaban en las lanzaderas, no parecía tener sentido decir nada más.

-¿Quiénes son ellos, Sebaton? Duugan dijo que eran enormes, blindados hasta los dientes. ¿Estamos huyendo de lo que creo que estamos?

Sebaton no vio el momento de mentir más. Estos hombres a su servicio se habían ganado algo de verdad.

-Son Astartes.

Varteh negó triste con la cabeza. -¿Jodidos Marines Espaciales? Hijo de puta. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

-Desde que llegamos era una posibilidad el que nos siguieran.

-¿Una *posibilidad*? ¿Qué demonios se supone que significa eso?

Sebaton estaba realmente arrepentido. -Lo siento, Varteh. No se merecía esto.

-Debería meterte un tiro en la pierna derecha ahora mismo, te dejará y -hizo un gesto hacia el bulto de tela de nuevo, -escaparme con Trio y Gollach.

-No te ayudaría.

-¡Hará que me sienta mejor, pedazo de estafador! -se calmó, encerrando su miedo en un lugar donde no podría inhibir su habilidad para sobrevivir. -Eso que llevas es importante ¿no?

Sebaton asintió. -Más de lo que sabes, y más de lo que podría decirte nunca.

-¿Quién eres, Sebaton? ¿*Realmente*?

Sebaton negó con la cabeza, con una expresión compungida diciendo más sobre su mente perturbada de lo que ninguna palabra jamás podría.

-A decir verdad, Varteh, ya no lo sé.

El ex - Lucifer se lamió los dientes, habiendo llegado a una decisión importante. Dejó de correr. Sebaton desaceleró a su vez y los demás les atraparon.

-Es hora de tomar un respiro, Gollach -le dijo al hombre, que parecía a la vez alegre y alarmado de no tener que correr más. Optó por sentarse.

-¿Estamos a salvo? -preguntó en un jadeo sin aliento, mirando nerviosamente por encima del hombro.

-Los hemos perdido –mintió Varteh, pues la verdad de lo que estaba haciendo en realidad mostrada en sus ojos y el ligero movimiento casi imperceptible de la cabeza nunca podría ser visto por Trio u Gollach. Se volvió hacia Sebaton. –Vas por delante; ocupa el puesto de Duugan.

Sebaton asintió, y sintió que su admiración y respeto por el ex – Lucifer crecía mientras su propio auto-odio ganaba visceralidad.

-Creo que el ejército te extraña mucho.

-Oh, lo dudo. Sólo otro par de botas.

No se dieron la mano, nada tan trivial como eso, pero intercambiaron una mirada y en ella Sebaton encontró algo de esperanza de que podía ser un hombre mejor que él. Tal vez podría ser más que un arma.

-¿Se va? -preguntó Gollach, agitándose de nuevo. -¿A dónde? No es un soldado. ¿Por qué se va? Me quiero ir con él -se puso de pie.

Gollach estaba agotado y se limitaría a frenar a Sebaton. Al igual que una aeronave que luchan por ganar altura, Sebaton necesitaba soltar algo de lastre. En este caso, eran los hombres que había contratado.

Sujetando a Gollach por los hombros, Sebaton habló claramente y con calma.

-Quédate aquí con Varteh. Él te mantendrá a salvo.

Una especie de vacuidad apareció en el rostro de Gollach y asintió con la cabeza antes de volver a sentarse.

Varteh no parecía sorprendido. Sebaton sabía que el ex - Lucifer había sospechado que era un psíquico por un tiempo.

-Tienes que marcharte -dijo. Trio ya se estaba montando un par de cañones de grueso calibre de una caja que había estado acarreando todo el camino desde el lugar de la excavación. Con la excepción de los sirvientes que habían abandonado desde entonces, se trataba de todo lo que se llevaron con ellos. Sebaton contaba tres armas en total. Duugan no necesitaría la suya.

-¿Quieres una? -preguntó Varteh. -Podría serte útil.

No lo sería, no contra *ellos*.

-Mantenla. Sólo me ralentizará.

-¿Vale la pena? -preguntó Varteh. -Lo que hicimos en ese agujero.

-Vale la pena para toda la humanidad.

Sebaton corrió.

A pesar de que era difícil reconocerlo a partir de su comportamiento hosco, Narek disfrutó de la caza. Él solía ser el reconocimiento, un Vigilante, hasta que una lesión impidió su capacidad de exploración y se vio degradado junto con los otros miembros de su unidad. Había renunciado a la escuadra poco después de eso, y se reincorporó a la legión como parte del capítulo de Elias.

Fue herido en Isstvan V. Al mando de una unidad de sigilo, enviado a sabotear unidades de las legiones leales al Emperador antes de que el ataque comenzara y su traición fuera revelado, su unidad se encontró con algunos exploradores enemigos que vieron lo que estaban haciendo. Mataron a los plumosos Guardias del Cuervo,

pero a costa de toda la escuadra de Narek y su pierna izquierda. Un proyectil se la destrozó. Tras terminar la colocación de las cargas y arrastrándose sobre los cuerpos de sus compañeros muertos para hacerlo, encontró su camino de regreso a la zona de desembarco antes de que empezara la tormenta de fuego.

Implantes biónicos reemplazaron a sus huesos, músculos y la carne quemada, pero él no era el mismo. Esa batalla había dejado una huella en Narek que iba más allá de la mera lesión. Le hizo taciturno, con tendencia al enojo auto-recriminatorio, incluso dudar de sí mismo, pero él continuó sirviendo porque era un soldado y eso es lo que hacían los soldados; seguir las órdenes.

Elías necesitaba un cazador, por lo que Narek asumió el cargo, pero nunca divulgó cómo se sentía realmente sobre lo que pasó en Isstvan. Se sentía mal con ello, pero él entendía su necesidad y creyó en su causa, tal vez menos ciegamente que algunos de sus hermanos.

Cazando presas obtenía el único momento en que su mente se sentía lo suficientemente ocupada como para que ninguno de sus otros problemas fueran relevantes. Todo lo demás se volvía gris cuando Narek estaba de caza.

Utilizar los servidores como señuelos era inteligente. Los cyborgs cayeron rápidamente, sin mucha pelea, pero la distracción absorbió minutos preciosos. Narek le dejó a Dagon tan gloriosa tarea, contentándose en observarle antes de peinar la zona en busca de otras señales. Envió a Haruk por delante para cerrar la trampa en la que había puesto tan ingeniosamente a su presa.

Narek estaba mirando hacia ellos ahora mientras se agachaba en una azotea, oscurecida por el vapor de conductos de ventilación del techo y las sombras de la noche. Todas las luces estaban apagadas en Ranos; el resto de sus hermanos se habían encargado de ello. Sólo quedaba este pequeño acto para terminar el trabajo.

Una partida de caza de tres hombres. Si fuera más joven y sin implantes, Narek lo habría hecho solo. Tal y como era ahora, necesitaba a otros.

-*Una última batalla* -Dagon estaba en la azotea de enfrente, a unos veinte metros de distancia. Ranos estaba muy industrializada, proporcionando una gran cantidad de escondites desde los cuales los Portadores de la Palabra podían observar sus presas.

Bajo ellos permanecían dos hombres armados, atrincherados, mirando nerviosamente a la oscuridad. Un tercer hombre estaba sentado aparte de los demás, sin armas, un no-combatiente.

-Otra distracción –respondió Narek a Dagon por el vox. -Uno ha desaparecido.

-Haruk los destripará como al otro que encontramos.

Tal guerrero sanguinario era Dagon, quizás más adecuado para la VIII que la XVII. Pero él mató limpiamente y no se detuvo sobre su presa como algunos en la XVII eran propensos a hacer. Aun así, Narek sabía que no estaba bien. Haruk hubiera silenciado al explorador. Eso dejaba a estos tres caballeros a él y Dagon.

-Elias quiere a ese vivo. Tiene algo de valor para nosotros.

-¿Lo sabe Haruk?

-Si lo mata, Elias se asegurará de ello.

-Entonces hagamos esto rápido y no mantengamos esperando al Apóstol Oscuro.

Narek cortó el enlace vox, desenganchó el rifle de francotirador colgado a la espalda y lo colocó en posición. Este era un arma singular. Un rifle modelo Brontos era pesado y difícil de manejar, pero su tosquedad era compensada por su potencia de frenado pura. Cargó proyectiles especialmente diseñados, con un impulsor añadido en la culata del rifle para compensar el corto alcance con un impulso de propulsión neumática. Un asa diagonal le permitía una recarga manual, pero eso sólo era útil en caso de emergencia. Narek gustaba de mantener sus objetivos a distancia y hacer uso de la función automática del arma.

Presionado el ojo derecho con la mira, ajustó el objetivo hasta que su punto de mira fue alineado en la cabeza del hombre de la derecha. El rifle estaba frío contra su mejilla, y sintió la aspereza de los surcos que había hecho en ella para celebrar cada uno de sus asesinatos de largo alcance. Había muchos.

Narek masculló un juramento, luego esperó tres segundos para controlar su respiración y disparó.

Sebaton se detuvo cuando escuchó el disparo. Su aliento quedó atrapado en su pecho y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para exhalar. Él no era ajeno a los

disparos, pero la quietud de la ciudad era tan absoluta, las avenidas y edificios tan desiertos, que la presencia repentina de un ruido violento le alarmó.

Había tomado una ruta similar a la que Varteh tomó para llevarles abajo, solo que más tortuosa. Desvíos deliberados lo habían llevado fuera de las calles principales, introduciéndole profundamente en el laberinto. Al llegar a Traoris de fuera con Varteh y los demás no tuvo tiempo para reconocer correctamente. Además, se suponía que la misión sería relativamente simple. Encontrar la reliquia, coger una nave atmosférica y por el puerto espacial más cercano en dirección al núcleo galáctico. Este lado de la grieta no sería fácil, pero era sencillo. La otra "tarea" era un poco más compleja, pero Sebaton era un pragmático, por lo que lo primero es lo primero. Había estudiado los mapas de su ubicación, pero no eran sustitutos de ver, de *sentir*.

En lo profundo del corazón de Ranos las casas eran más como colmenas, agrupadas en colonias sucias. Había almacenes, silos, chimeneas y manufactorums, todos presionando por espacio, todos buscando aire por la parte superior y unos junto a otros. Pero allí estaba el anonimato. Aquí, él no era más que una rata y se esperaba que, al igual que todos los bichos, su paso por Ranos pasaría en gran parte inadvertido. Tardaría más en llegar a los astilleros, pero al menos podría reducir el riesgo de encontrarse con lo que había eliminado a Duugan, pues el explorador estaba ciertamente muerto.

Como lo estaban Varteh y Trio. No había oído los gritos, incluso de Gollach, pero los hombres eran historia.

Pensándolo bien, Sebaton consideró que podrían haber sido dos tiros, disparados con tal compás que el primero enmascaró el segundo. Tampoco fue silenciado, lo que significaba que sus perseguidores habían descartado el sigilo a favor de la intimidación. Querían que supiera que estaban acercándose y que lo tenían en su trampa.

Estaba funcionando. Mientras corría, Sebaton trató de medir la distancia desde la que se habían efectuado el tiro o tiros, pero el pánico estaba afectando a su agudeza mental. Sus piernas estaban ardiendo, con el ácido láctico prendiendo fuego a sus articulaciones y su pecho le dolía. El miedo plomizo se sumó a la tensión en su cuerpo, y a pesar de que se consideraba en forma y fuerte los constantes cambios de dirección se estaban cobrando su precio. Quería detenerse, obtener un respiro y

orientarse, pero el instinto de supervivencia no se lo permitió. *Detente ahora, muerte instantánea.*

No había ayuda aquí, como bien sabía Sebaton. Estaba solo, a pesar de que sintió la presencia de algo al acecho en los domicilios y manufactorums apilados que había pasado. Al igual que estar junto a una tumba recién cavada, la muerte permanecía en este lugar y tomó la forma de una palpable sensación de ultraje y violación que había dejado una mancha en todo a su alrededor en el momento del fin de la vida.

Con los ojos fijos delante hizo caso omiso de las cáscaras estériles de edificios que no estaban bastante vacíos, temeroso de que una mirada de reojo pudiera revelarle algunos fantasmas de esa muerte lenta. Pero al igual que un cadáver hinchado por putrefacción, un viejo recuerdo salió a la superficie de la mente de Sebaton.

Era solo un niño, con no más de ocho años estándar, en su primera vida, mucho antes de la guerra. Un niño había muerto en su municipio, ahogado en una de las cuencas de drenaje que sangraban de la colmena Anatol. El muchacho lo había vadeado a demasiada profundidad, quedado enganchado en un pedazo de escombros oculto por la oscuridad del agua y arrastrado a su ahogamiento cuando los procesadores de la máquina que mantenía batida la cuenca se activaron, creando una corriente artificial.

Aunque los hombres de la ciudad dragaron el agua, ningún cuerpo fue encontrado nunca.

Pasaron varios meses hasta que Sebaton fue a la cuenca para ver si había un tesoro oculto en el agua, excitado por la oscura reputación del lugar. De pie en la orilla de plascemento, lo único que encontró fue la tristeza y un sentimiento permanente de rabia. Cuando entró hasta que el agua llegó a los tobillos en la cuenca de drenaje, vio algo pequeño y pálido acechando bajo la superficie. Ello le llenó de tal inquietud que salió disparado y nunca regresó, sólo después de jurar que sintió algo raspándole la piel y encontrando cinco cardenales diminutos que quedaron en su carne después. Las heridas nunca sanaron. Vida ras vida los llevó al igual que la creciente carga sobre su conciencia, un recordatorio de su encuentro.

El recuerdo llegó espontáneamente, y Sebaton se preguntó si su resurgir era un síntoma de lo que se estaba haciendo a Ranos o había sido provocado por la presencia del artefacto envuelto en una tela bajo el brazo.

Permanecer en la calle y a descubierta de repente se sintió imprudente. La parte de atrás de su cuello le picaba, y aunque no tenía ganas de entrar en cualquiera de los edificios que parecían poco a poco acercársele, Sebaton no tenía ningún deseo de ser el próximo en la mira de los cazadores tampoco.

Vio a un almacén con su entreabierta la puerta y se dirigió hacia ella.

Cuando se introdujo en el interior del edificio, la oscuridad camuflando a Sebaton se intensificó. Quedó inmóvil, dándose tiempo para que su visión se ajustara. Después de unos minutos una nave extensa de almacenamiento se extendía ante él. Por encima, pórticos y vigas entrecruzadas le trajeron a mente una tela de araña mientras la luz de la luna entraba por una ventana superior golpeándole. La ironía no se le escapó a Sebaton. Estaba atrapado, su depredador arácnido inminentemente cerca y preparándose para atacar.

Permaneciendo bajo, Sebaton corrió a través de la nave del almacén hasta un grupo de cajas de embalaje, tambores y tubos. No había visto ninguna puerta o portón que no fuera por el que había entrado, luego la salida estaba en algún lugar dentro de este laberinto. El nerviosismo le hizo torcer el anillo en el dedo, hacer una pausa en cada cruce, tratando de distinguir la diferencia entre los sonidos que eran reales e imaginarios.

A mitad de camino por un pasillo, flanqueado a ambos lados por un bastidor de tubos pesados que estaban asegurados por el cableado de metal, Sebaton se dio cuenta que no estaba solo. Un movimiento infinitesimal, un desplazamiento minúsculo de metal aplicado por presión dejó al descubierto al cazador. La mayoría de los hombres comunes no lo habrían percibido o descartado como el reasentamiento de carga en su posición, pero Sebaton no era un hombre ordinario.

Sebaton se detuvo y cambió de dirección, justo cuando algo grande y pesado tronó tras él. Un instante después pisadas metálicas masivas resonaron en su estela mientras Sebaton corrió por el pasillo. Dándose la vuelta cuando llegó al final del pasillo, justo después de los tubos apilados, pronunció una sola palabra.

-¡Para!

Su voz resonó como si fueran dos, una sobrepuesta a la otra, clavando a su perseguidor en el lugar. Por primera vez, Sebaton consiguió un buen vistazo de quien le estaba cazando. No le gustaba lo que veía, ni remotamente.

Vestido de carmesí y negro, la servoarmadura del legionario estaba grabado con escritura. Uno de los fanáticos de Lorgar pues. Sebaton tenía ningún deseo de ser capturado por este hombre. Sabía lo suficiente sobre cómo torturaban y ejecutaban a los presos los Portadores de la Palabra, pues incluso la muerte no era el final de la misma, sino el inicio de un tormento eterno que lanzó su alma inmortal en peligro, para tener la certeza de que tenía que escapar.

Le costó mucho retenerlo. La voluntad del legionario era inmensa, esforzándose constantemente contra la orden psíquica de Sebaton como un perro rabioso contra la correa. La frente de Sebaton ya estaba repleta en el sudor. Las sienes le latían dolorosamente con el esfuerzo de mantener la fortaleza mental necesaria para capturar a este monstruo. Pero él sólo necesitaba unos pocos segundos. Consideró brevemente el uso de su pistola de dardos, pero su otra arma era más fácil de usar y apta para la tarea. Atacó con su anillo y un haz luminoso de energía láser oculto dentro cortó el cable de sujeción de las tuberías y estas se derrumbaron sobre su perseguidor.

Sebaton no esperó a ver lo que sucedió después. Oyó el choque del metal contra el metal, el gruñido del Portador de la Palabra. Sabía que no mataría al legionario pero podría darle unos segundos para escapar. Corrió en la dirección opuesta, disparado hasta otro cruce y recto a través de una puerta justo más allá de ella. Frente a una escalera Sebaton sólo se detuvo el tiempo suficiente para ver hasta dónde iba, luego subió los escalones de tres en tres. Aún mareado por el uso de su capacidad psíquica tropezó y se golpeó la pared con fuerza. El impacto sacudió su brazo y perdió el control sobre el bulto de tela, lanzándolo por los aires y girándole sólo lo suficiente para verlo rebotar por las escaleras y directo la oscuridad.

Maldijo en voz alta, pero no podía volver. No había tiempo. Inyectando una pizca adrenalina adicional en su sistema siguió hacia adelante, tratando de poner la mayor distancia entre él y el Portador de la Palabra como pudo.

Cabeza por delante, impulsado por la adrenalina extra volviendo su corazón un cañón, Sebaton emergió en una planta superior. Era mucho más abierta que la de abajo, y sospechaba que estaba si por necesidad cuando la parte inferior de la bodega estaba llena. Había pocos lugares para esconderse, pero se dio cuenta de una habitación en la parte trasera de la cámara de aspecto espartano y apagado. La oficina de un capataz, asumió. Una hilera de ventanas le parecieron fácilmente

manipulables a Sebaton. Si pudiera llegar a una podría escalar al techo, dejarse caer en un callejón lateral y…

A quién estoy engañando, pensó Sebaton, *este es el final del juego.*

Desde la planta baja se enteró de un crujido cuando el legionario se sacó a sí mismo de los restos de los tubos. Tronando por la escalera, un maltrecho Portador de la Palabra entró furiosos por la puerta y con él se llevó la mayor parte de la pared con él.

-No más correr -dijo, avanzando con la lenta finalidad de un depredador que sabía que había capturado a su presa.

Retrocediendo, Sebaton consideró sus opciones. Ir a la ventana y descender rápidamente. Estaba demasiado débil para detener el legionario psíquicamente por segunda vez y el arma en su anillo seguía recargando. Aun con toda su fuerza, Sebaton dudaba que pudiera dañar su servoarmadura. La pistola de dardos era aún peor efectiva contra la ceramita y el adamantium. Estaba empezando a desear que hubiera preparado algo un poco más serio cuando el Palabra Portador volvió a hablar.

-Va a ser lento -dijo.

La luz brilló de la hoja de un cuchillo desenvainado, apretado en la mano izquierda del legionario, una promesa tácita del dolor por venir.

Sin lugar al que escapar...

Algo silbó por la oreja del Sebaton, como una flecha suelta de un arco sólo que mucho, mucho más rápida.

El legionario se tambaleó como si la hubieran golpeado. A Sebaton le tomó medio segundo darse cuenta de que en realidad así había sido. Una explosión de líquido oscuro y huesos explotaron del cuello del legionario. Débilmente, el Portador de la Palabra alcanzó con su mano para tratar de restañar la herida. Un segundo impacto lo golpeó en el pecho, rápido y duro como el primero. Rasgó sus costillas blindadas y lo puso de rodillas, donde vaciló durante unos segundos antes de desplomarse sobre su costado.

Había alguien más en la habitación con Sebaton y acababa de matar a un astarte con la misma facilidad que se necesita para matar una mosca. Igualmente inquietante era que él no había podido detectar su presencia. Se dio la vuelta y vio una figura descomunal bloqueándole.

Sebaton retrocedió. Demasiado tarde, se dio cuenta de una segunda figura se había deslizado detrás de él. El golpe vino rápido y duro, con la oscuridad como estela y sentencia.

SEIS

Del hielo al fuego

"Quiero dejar algo claro: la muerte no es personal. No lo es. No te sucede, le pasa a todo el mundo que queda después de que te hayas ido. Esa es la verdad sobre la muerte. La Muerte es fácil. Es la vida lo difícil."

-Lonn Varteh, ex - Lucifer Negro

Truenos Kinésicos vibraban en el aire. Una tormenta rugía a nuestro alrededor. Fuego y humo se elevaban por encima. Un cuerpo en espiral a través de esta niebla, girando sobre sí salvajemente hasta caer en arco hasta el campo de batalla donde se perdió entre una multitud de otros. Tambaleándose, luchando por comprender la enorme profundidad de esta traición, miré sobre un mar de ruinas...

Mis hijos, masacrados sobre las arenas oscuras de Isstvan V.

Su sangre corrió en ríos, convirtiendo la tierra bajo sus pies en un lodo viscoso.

Fue una carnicería: blindajes destrozados, abiertos como una lata de metal, exponiendo la carne frágil; lentes retinales explotaron, signo de una cabeza destruida y esparciéndose; extremidades arrancadas esparcidas como las sobras de un carnicero; una caja torácica, abierta e inundada con carmesí. Los gritos de muerte estrangularon la brisa, casi tan fuertes como las amenazas de venganza.

Estábamos bajo un intenso bombardeo. La artillería golpeó el suelo alrededor de la legión, sacudiendo mis huesos. A lo lejos, en una colina negra, Perturabo nos estaba bombardeando. Sus tanques fulminaron con sus cañones hacia abajo con furia, dirigidos directamente a nuestras filas.

Impactos de ojivas excavaron cráteres instantáneos en la tierra negra, construyendo gruesas nubes de polvo en el aire y escupiendo columnas de roca. Cuerpos fueron arrojados junto a la tierra volando, medio enredados en alambre de púas, sus extremidades lacias y rotas. Las servoarmaduras verde esmeralda se volvieron oscuras y rojas; la sangre de mis hijos fue derramada para satisfacer la ambición de un traidor y calibrar las armas de un Herrero de Guerra.

Corrí, uniendo furia y un justo sentido de retribución en mi pecho palpitando. Ni siquiera la sangre podría saciar mi deseo de venganza. Nada podría equilibrar la balanza de este acto pérfido. Quería la cabeza del Señor del Hierro, y luego me gustaría tener la de Horus como segundo plato.

El tiempo se ralentizó, el suelo bajo mis botas se trabaron en un atolladero y de repente estuve cubierto hasta la cintura de barro y cuerpos.

La tormenta amainó, y poco a poco el sonido del trueno disminuyó hasta hacerse un tamborileo en el interior de mi cráneo. Más y más débil, el sonido descendió de tono hasta que fue reducido a un lento *golpeteo* de líquido golpeando metal. Me desperté. El desierto negro, donde el alma de mi legión luchó una batalla perdida por su cuerpo ya no existía. Isstvan V se había ido.

Oí mi aliento traqueteando a través de mi pecho, temblando por las consecuencias de una pesadilla. Hice una mueca, dolorosa. Mis sentidos estaban aún sobrecargados, incapaces de regular adecuadamente la información que se introducía en mi cerebro. El sudor y hielo fusionado estaban deslizándose de mi cuerpo. Las gotas de líquido de alcanzaron el suelo debajo de mí, no tan fuerte como las municiones pero todavía demasiado sonoras. El acero y mallas desnudas se sintieron ásperos al tacto. Un calor tenue calentaba mis manos, pero quemó en un primer momento. Era como nacer de nuevo, con mi mente y mi cuerpo no del todo sincronizados con el otro.

Una opresión apretó los músculos hasta que me levanté de mis rodillas y flexioné, agrietamiento un barniz de escarcha de vacío adherido a mi cuerpo. Se desprendió como una serpiente con una piel vieja. Debajo del ónix negro de mi cuerpo, mi

cuerpo ardía como si algún trauma biológico profundo hubiera estimulado mi fisiología en una acción repentina y urgente.

Traté de recordar lo que me había pasado, pero mi memoria estaba fragmentada. Sólo piezas de la misma estaban conectadas, reposando a la deriva en mi psique destrozada. Recordé correr, la adrenalina de mi intento de fuga. Me había fugado de la fosa a donde había sido arrojado. La sangre manchaba mis manos, tanto legionaria como mortal. Una impresión de los túneles regresó. Recordé la sensación de subir, la familiaridad en la forma y estructura de la jaula a mi alrededor. Sabía qué mano había formado esta elegante prisión. En sus entrañas había visto a un hombre muerto, alojado en el ojo de mi mente. Primero mi hermano, ahora también mi verdugo; era la expresión encarnada de mi culpa. Y como lago neblinoso el cual es desterrado por el calor de un sol naciente, mi memoria se despejó. A través de la bruma de despedida, me acordé de algo más también; una figura extraña, una revelada en ráfagas etéreas, recordándome a una mala pictograbación.

Al final, una última revelación amaneció. Visitó mi mente como un martillo, machacando la esperanza que había albergado en polvo. Estaba a bordo de una nave, una gran nave viajando por el espacio. La fría realidad se impuso con ese conocimiento. No estaba en Isstvan. Ya no estaba en ningún tipo de tierra. Estaba en el elemento de Curze ahora y no habría escape de ella.

Una cámara se acercó lentamente a mi alrededor al recuperar enfoque, la escarcha que se incrustó en mis párpados se quebró cuando los abrí para verlo. Esta no era la misma celda que antes. Era mucho más grande, no un oubliette sino un conducto de cientos de metros octogonales hacia arriba y hacia abajo. No había cadenas; mis muñecas y tobillos estaban libres de cualquier grillete. Una plataforma circular me rodeaba en cambio, no mucho más ancho que el espacio de mis pies. Aquí estaba el metal desnudo que había sentido al despertar y la malla a través del cual ahora veía el resplandor anaranjado opaco desde donde el calor emanaba. Alrededor de la plataforma estaban mis nuevas cadenas; un golfo chamuscado de muchos metros de ancho y una caída en un abismo sin fondo. Y en los bordes de esta prisión sin muros, esta jaula sin barrotes, había un pórtico fino de acero.

Un latido sordo invadió mis sentidos, que regresaban lentamente a la normalidad. Mucho más abajo, una turbina azotaba las corrientes de aire caliente hasta el eje,

viciado con el hedor del reciclado. En un rincón, mirando como evaluando la forma de la trampa atrapándome, estaba la aparición de mi hermano muerto.

-Estás enfermo, Vulkan -dijo Ferrus, las sombras de la cámara besando sus facciones cadavéricas. -Estás ardiendo.

No le respondí. Cuando reafirmé el control sobre mis sentidos hice lo mismo con mi cuerpo. Mi piel se estaba enfriando, el intenso calor que había sentido anteriormente ahora disminuía. Olí escoria y cenizas como antes. Una herida en la espalda me irritaba, como si una marca hubiera sido chamuscada en mi carne. No podía verla, pero logré tocar los bordes de la marca con los dedos, pasando por muchas otras que yo conocía tan íntimamente como mi propia cara. Ésta, sin embargo, me era poco familiar y el hecho mismo de su existencia me aterrorizó. ¿De qué otra cosa me había olvidado?

Como una sombra se arrastra tras un viajero solitario en un camino desolado, sentí otra presencia en la cámara. Cuando me di cuenta de quién era, el frío del vacío regresó de nuevo.

Al igual que Ferrus, se sentó en la oscuridad. Pero no sólo habitaba en la oscuridad, era una parte de ella, la moldeó y lo convirtió en su manto.

-Curze -no tenía la fuerza para obligar a cualquier vitriolo verdadero en mi voz.

-Estoy aquí, hermano.

Su tono era casi calmante. ¿Se arrepentía de esta locura?

-He estado observándote, Vulkan. Eres un sujeto fascinante.

No. Esta era otra faceta de su juego. A medida que mis ojos se acostumbraron dibujé la forma de mi hermano, encorvado y en cuclillas como un murciélago en el borde del pórtico. Curze apoyó la barbilla sobre su puño, con los ojos sin parpadear mientras me miraban.

Era la primera vez que lo había visto desde el despertar a esta pesadilla.

-Te uniste con Horus.

-¿Qué me delató? ¿Fue la masacre de tu legión?

-Mi legión... -mi voz tembló. No tenía conocimiento de lo que había sido de mis hijos.

-Destruidos, Vulkan. Están todos muertos. No tienes legión.

Quería matarlo. Me imaginaba haciendo el salto imposible y envolviendo mis manos alrededor de la garganta de Curze, apretando hasta que escapara toda vida de sus ojos. A medida que mis puños se apretaron por propia voluntad, a medida que mi mandíbula se cerraba insoldable, vi la sonrisa en la cara de mi hermano y supe entonces la mentira en sus palabras.

-No. No, no lo están. Viven.

Curze dio un resoplido divertido.

-Sí. Ellos todavía están vivos. Al menos creo que lo están. Diezmados sin embargo. Y sin ti para guiarlos... Bueno, temo por ellos, Vulkan. Estos son tiempos convulsos. Nuestra lealtad ha sido mancillada. Nuestro padre nos mintió. Te mintió. Unirse a su lado o escindirte, esos son los únicos caminos para nosotros ahora. ¿Cuál crees que elegirán los Salamandras, hermano? Después de todo, eres de una raza muy pragmática. Honor o supervivencia –Curze se lamió los dientes. Se burlaba de mí. –Difícil elección.

-¿Qué has hecho?

-Suenas angustiado, hermano.

Mis dientes se apretaron más cuando la imagen de Nemetor acunado en mis brazos regresó.

-¿Qué has hecho?

El Acechante Nocturno se inclinó hacia delante, y la luz de las tiras de lumen golpeó los rasgos de su rostro, dando vida a su blanco.

-Le matamos -sonrió, con los ojos locos de alegría al recordar la masacre. -Destripado como un cerdo. Te juro que la sorpresa en su cara no tenía precio.

-Éramos hermanos. Somos hermanos, aún. Horus se ha vuelto loco -sacudí la cabeza, expulsando la ira lejos como el hielo derretido de mi cuerpo. -¿Por qué?

-Porque nos vendieron un falso sueño de manos de un falso dios. Nos mintió y –la solemnidad falsa de Curze se derrumbó en una carcajada sarcástica. -Lo siento, hermano. Traté de mantener la fachada todo lo que pude. No me importa nada de eso, de verdad. Sabes, hay un cáncer en algunos hombres. Lo he visto. Violadores, asesinos, ladrones… Nostramo estaba lleno de ellos. Incluso cuando intenté acabar con ella volvió como una enfermedad. Si hubieras visto lo que he visto...

Por un momento la mirada de mi hermano se fue a un lugar distante, como si estuviera recordando, antes de que su atención volviera hacia mí.

-Algunos hombres son malos, Vulkan. No hay un *por qué*, simplemente *son*. La gula, la pereza, la lujuria; estoy íntimamente familiarizado con los pecados del hombre. ¿De cuál crees que fuimos culpables? ¿Orgullo? ¿Ira? ¿Fue la codicia lo que llevó a nuestro padre a reconquistar la galaxia en su nombre y llamarlo liberación? Terra no era suficiente.

-Veo tu pecado, Curze. Es la envidia.

-No, no lo es. Es la carga de conocer el futuro y ser impotente al respecto. Me maldijo, hermano. Y por eso debo pecar.

-¿Y esta es tu justificación para sumir la galaxia en el caos? Sigues a un loco.

Curze gruñó: -¡No sigo a nadie! Y no hace tanto tiempo Horus era tu hermano. ¿Tan rápido eres en darle la espalda? ¿Acaso padre te hizo más leal que él o yo? ¿Eres su noble descendiente, Vulkan?

Había visto a Horus antes de rebelarse. Después de que la Cruzada comenzara y se lanzara a través de la galaxia me encontré en dos ocasiones con él. En la primera me encantó Horus, me cautivó. Había planeado mostrarle mi lealtad en la forma de un regalo, un arma para corresponder su condición de Señor de la Guerra. Después de enterarme de su heroísmo en Ullanor forjé un martillo. Fue mi mejor obra, de una artesanía que no he superado desde entonces. Pero nunca se lo di. Nuestra segunda reunión no fue bien. Sentí algo de lo que Curze había mencionado, el "mal" que en algunos hombres que no se puede explicar, que no se puede razonar con él o extirpar. A pesar de que no podía responder entonces por qué había ocultado este don, lo hice debido a la inquietud que agitaba en mí. No pensé en ello hasta ese momento, y la revelación me heló.

-Nos traicionaste -le dije a Curze. -Ferrus está muerto –dije a pesar de no poder dejar de mirar a su cadáver en descomposición, sonriéndome desde las sombras.

Curze me dedicó una sonrisa irónica. -¿Es él? -tocando el flanco de su cabeza, añadió, -no en tu mente rota, creo. ¿Con quién piensas que estás hablando en la oscuridad?

En ese instante él me estaba *mirando*. Y escuchando. Todo el tiempo. Me pregunté qué esperaba aprender.

-Eres es un traidor .le dije. -Roboute no se cruzará de brazos y permitirá esto.

-Siempre Guilliman, ¿no es así? ¿Qué ha tan señorial a ese contable de guerra? Al menos Russ o Jonson tienen pasión. Roboute lucha batallas con un ábaco.

-Él es más que suficiente para derrotar a su rival Horus. Su legión…

-¡Roboute se ha ido! Ese pequeño oficinista agachadizo está acabado. No te aferres a él en busca de rescate. Dorn no te servirá de nada. Está demasiado ocupado siendo jardinero del Emperador, escondiéndose detrás de los muros del palacio. El lobo está demasiado ocupado cortando cabezas como verdugo de nuestro padre, mientras el León se aferra a sus secretos y no tiene especial predilección por ti. ¿Quién más podría venir? No Ferrus, sin duda. Tampoco Corax. Mientras hablamos, sospecho que huye a Deliverance. ¿Sanguinius? -Curze rio cruelmente. -El Ángel está más maldito que yo. ¿El Khan? Él no quiere ser encontrado. Así pues, ¿quién queda? Nadie, Vulkan. Ninguno de ellos vendrá. Simplemente no eres tan importante. Estás solo.

-Yo no soy el que teme el aislamiento, Konrad.

Curze no mordió el cebo. Él había esperado este encuentro entre nosotros, planeado cada palabra y púa. Suspiró.

-No importa el qué, Vulkan. Lo que importa es el aquí y ahora, qué pasa después.

-¿Y qué pasa después? -no sentí miedo o inquietud, sólo piedad por él.

-Has durado más de lo que esperaba, lo reconozco -dijo Curze. -*Te* subestimé en gran medida.

Traté de ocultar mi ignorancia detrás de una máscara de desafío. A Curze le gustaba hablar. No era un proselitista como Lorgar, ni era propenso a dar discursos como Horus, pero sabía cómo utilizar las palabras y le gustaba cómo las correctos inducían miedo e incertidumbre. De todos mis hermanos, Curze conocía la mente y cómo volverla contra su titular. Para él, la psicología era un arma tan letal como cualquier cuchillo o una pistola.

Le dije: -Todavía soy tu prisionero.

-Sí, y el que también superó todas mis expectativas.

Una vez más no tenía ni idea de su significado, pero mantuvo el significado oculto. Sentí su hoja sondeando debilidades, la búsqueda de un resquicio en mi armadura mental. Podía romper mi cuerpo, matarme si quisiera. Pero por alguna razón me había mantenido con vida. Y no sabía por qué.

Curze sonrió, la forma de su boca hacia arriba recordándome a una daga ganchuda.

-Once muertos, seis de ellos mortales -un ligero movimiento de cabeza traicionó su sentido de admiración ante el hecho horripilante. -La forma en que diste el manotazo a esa moza... -Curze silbó, para luego enseñar los dientes a la luz. Sus encías brillaban como puntas de flecha. El placer sin reservas de Curze me sublevó. –Se quebró como un junco, Vulkan. Un junco –me regaló una risa triste. -Y aquí estaba yo pensando que las afirmaciones de Corax sobre tu fuerza eran simples exageraciones. Pero... tú *eres* fuerte, ¿verdad hermano? Debes serlo para hacer lo que hiciste.

-¿Asesinar a una mujer? ¿Qué fuerza requiere eso? -fruncí el ceño. -Matar a los débiles e indefensos es algo que sólo tú laureas, cobarde.

-¿Determinación sanguinaria? ¿El único propósito necesario para escapar de una prisión imposible? Yo diría que es fuerza.

-Es tu prisión sin embargo. ¿Lo es? -le dije.

Curze asintió. -Muy astuto de tu parte. Vosotros los artesanos sabéis cómo reconocer el trabajo del otro, ¿verdad? Me sorprende cómo lo hacéis, cómo distinguís un remache de otro.

Se estaba burlando de mí de nuevo, tratando de menospreciarme. Era mezquino y Curze lo sabía, pero lo hizo de todos modos porque le divertía y de alguna manera me redujo a sus ojos.

-No, esta prisión no es mía -admitió al fin. -No tengo ni la paciencia ni la inclinación. Otro la construyó para mí -miró alrededor de la sala y yo seguí su mirada, notando los adornos ornamentales, la forma en que funciona el arte conocido. Grabado en los ocho muros había una exhibición espantosa, a mayor gloria de la tortura y el dolor. Las agonías que se describían en el metal penetraron en mis ojos y miré hacia otro lado.

-Precioso -dijo Curze. -No puedo decir que aprecio el arte, pero sé lo que me gusta. Y esto... esto *me gusta*. Nuestro hermano nunca tuvo realmente el suficiente crédito por su ojo estético.

Todo era una pantomima, una actuación oscura más acorde con Fulgrim que el autoproclamado Acechante Nocturno. Sospeché que Curze lo hacía deliberadamente, saboreando cada momento.

Entonces Curze volvió sus ojos fríos de nuevo sobre mí. -Siempre fuiste aclamado como el artesano, Vulkan. Pero Perturabo es igual de hábil. Tal vez aún más.

-¿Qué quieres de mí, Konrad?

-Me intrigas. Cuando dije que habías mostrado fuerza no me refería a ti matando a ese siervo...

Lo dejó así, a la espera de una respuesta. No tenía nada que darle, así que mantuve mi silencio.

Los ojos de Curze se estrecharon como pequeñas astillas de chorro. -¿Eres realmente *tan* ignorante? ¿Nuestro padre te creó tan ciego como obtuso?

-Tengo la vista suficiente para ver lo que está ante mí.

Mi hermano se echó a reír, poco impresionado en mi intento de aguijonearle. -En efecto. Pero resulta que yo sé lo que soy. Estoy en paz con ello. Lo he aceptado. Tú, en cambio... -dio un leve movimiento de cabeza, frunciendo sus labios pálidos, -No creo que hayas estado alguna vez totalmente cómodo en tu armadura.

Tenía razón, pero no estaba dispuesto a dar a mi carcelero la satisfacción de saber eso.

-Soy el hijo de mi padre.

-¿Qué padre?

Apreté los dientes, cansado de los juegos mentales evidentes de Curze. -Ambos.

-Dime, hermano -dijo, cambiando de táctica, -¿Cómo de bien te acuerdas de Uno-Cinco-Cuatro-Seis? Creo que lo llamaste Kharaatan.

No sabía qué propósito tenía Curze en preguntar esto, pero mis ojos se encontraron con los suyos y no vacilé.

-Lo recuerdo muy bien, como sé que tú también.

-¿Fue cuando luchamos juntos durante la Cruzada? Sí, creo que fue.

-Para mi desgracia.

La sonrisa daga volvió al rostro de Curze. -No te gustó esa guerra, ¿verdad?

-¿Qué hay que disfrutar de la guerra?

-¿La muerte? Eres un portador de la muerte, un guerrero, un asesino despiadado que…

-No, Curze. Te equivocas. Tú eres el impasible, el sádico. Nunca me di cuenta de eso antes de Kharaatan. El miedo y el terror no son las armas de un guerrero, son las de un cobarde. Y te compadezco, Curze. Me compadezco de ti porque has pasado tanto tiempo languideciendo entre la suciedad que se te ha olvidado lo que se siente al estar en la luz. Dudo que incluso puedas ver a través de todo lo que te odias a ti mismo.

-Aún estás ciego, Vulkan. Eres tú quien ha olvidado y no te das cuenta que estamos aquí abajo en la suciedad con el resto de nosotros, asesinando y matando. Está en tu sangre. El pedestal que has construido por ti mismo no es tan elevado. Yo sé lo que hay bajo esa noble chapa. He visto el monstruo del interior, el que has intentado tan duramente esconder de esa rememoradora. ¿Cuál era su nombre?

Mi mandíbula se tensó.

Curze no traicionó emoción. –Seriph -sonrió con indulgencia. -Sí, era ella.

-¿Y ahora qué? -le pregunté, cansado de su juego. -¿Más tortura? ¿Más dolor?

-Sí -respondió Curze francamente, -mucho más. Todavía tienes que sentir el alcance del mismo, de lo que he planeado. Eres, en muchos sentidos, la víctima perfecta.

-Pues entonces mátame y acabar de una vez, ¿O es parte de mi tortura escucharte?

-No creo que vaya a matarte esta vez -dijo Curze. –Lo hemos intentado con el hielo -dio un paso atrás, uniéndose a la oscuridad. -Ahora vamos a intentarlo con el fuego.

Desde abajo escuché un estruendo bajo. La plataforma de metal en la que estaba de pie tembló. En segundos este se convirtió en un rugido ensordecedor, y trajo consigo un calor terrible.

Entonces me di cuenta de la naturaleza de la prisión que era huésped.

Era un horno.

Curze se había ido, y yo me quedé con sólo la memoria perdida de mi hermano sombrío de compañía.

Podía oír el fuego ascendente, sentí punzadas en mi piel. Pronto esas agujas se convertirían en cuchillos, raspando de nuevo mi carne. Nací del fuego en un mundo volcánico brutal. El magma era mi sangre, mi piel era de ónix. Pero yo no era impermeable a las llamas. No de esa manera. El humo se elevaba hacia arriba en una vasta y sucia nube, envolviéndome. A través de ella, mientras el incendio siguió y volvió el aire una neblina vibrante, a medida que mis gritos resonaron con la cremación de mi cuerpo, vi a Ferrus.

Estaba ardiendo también. La piel de su rostro macabro fundida para revelar el hierro debajo. La plata de sus brazos, tan magníficos y enigmáticos, corrió milagrosamente como el mercurio y se fusionó con la sopa de su carne y sangre. Los huesos se ennegrecieron y agrietaron hasta que sólo quedó el rictus de una máscara cadavérica. Y a medida que el fuego me llevó, vi mover la boca del cráneo en una última condena en silencio.

Débil, dijo el cráneo envuelto el fuego de Ferrus Manus.

Y entonces rio mientras nos consumíamos, riendo por nuestro final y condenación.

SIETE

No estamos solos...

"En esta era de oscuridad sólo una cosa es cierta. Cada uno de nosotros, sin excepción, deberá elegir un bando."

- Malcador el Sigilita

Haruk estuvo muerto varios minutos. Casi veinte según los cálculos de Narek. Estaba tumbado sobre de lado, con un brazo estirado sin soltar el cuchillo ritual, el otro atrapado bajo el peso muerto de su cuerpo. Su cabeza parcialmente con casco yacía ladeada. Casi le fue arrancada por la fuerza.

Recibió dos heridas mortales. La primera, un proyectil directo al cuello, le había arrancado la yugular y expuesto su arteria carótida. También le había arrancado una parte de la mandíbula inferior y el comunicador vox, pero no lo había matado inmediatamente. La segunda, en el torso, hundió la mayor parte de su pecho y destruyó el ochenta por ciento de sus órganos internos cuando la ojiva reactiva detonó al impactar. Con esta Haruk murió al instante.

Narek encontró los restos del cuerpo en la planta superior de una nave industrial, enfriándose lentamente en un charco de sangre. De rodillas ante su hermano muerto, no sintió dolor por Haruk. El Portador de la Palabra era un verdadero hijo de puta entre bastardos, de los que gustaba burlarse de su presa. Su predilección fue su perdición este momento. Matar en silencio, matar rápidamente; esa era la manera de Narek. Un juguete era una cosa para jugar y era mejor dejar los juguetes a los niños. Un enemigo no era un juguete, era una amenaza para tu vida hasta que la suya se acababa. Pero Haruk era un sádico. Muchos de los parientes de Narek se estaban volviendo así. Un cambio se había avecinado sobre ellos y no era sólo manifiesto en los cuernos rudimentarios que no eran más que un mero adorno de sus cascos, era uno mucho más profundo e irreversible; en su alma. Esto no le cayó

bien a Narek, que una vez creyó que el Emperador era un dios y sirvió a esta deidad con el fervor de un verdadero fanático. Cuando la legión erigió las catedrales en Monarchia lloró. Era hermoso, glorioso. Todo eso eran cenizas ahora y un antiguo Panteón había resurgido para usurpar al supuesto pretendiente.



Narek descubre el cuerpo de Haruk

Por lo tanto, la visión de su hermano muerto no le hizo daño. Pero, como Haruk era de la Palabra, Narek realizaría los ritos sobre el cadáver como fuera necesario.

Envuelto en la oscuridad, murmuró los conjuros necesarios que pondrían el alma de Haruk al servicio del Panteón. Ahora él se convertiría en un buen chico, un juguete de los nonatos. Narek casi lo sentía en sus venas, palpitando bajo su piel y en los latidos de sus corazones gemelos en staccato. Se aferraron a este lugar, y su control siempre fue endureciéndose mientras Lorgar escribió su canción de asesinato.

Elías había hablado de ello una noche, cuando el cielo parecía más negro que el terreno de juego y ambos compartieron una copa entre compañeros, si no amigos. Esta era la sinfonía del primarca y con ella había desatado una Tormenta de Perdición de tan terrible intensidad que la propia galaxia se partió en dos.

Levantando la mano del cadáver de Haruk, Narek concluyó los ritos, pero sintió el hambre de lo que habitaba en la irrealidad presionando contra el velo de gasa fina del reino de los mortales. Una barrera sólo se puede estirar mucho, y ésta estaba cerca de romperse. Pronto dos mundos se reunirán; pronto ardería la galaxia.

Lorgar lo había anunciado en sus escritos. Lo había previsto que en las visiones, ¿Y quién era Narek para oponerse a eso?

-No soy más que un soldado que se aferra a su deber y los deberes que una vez él juró a sus hermanos -susurró, y sintió el peso de la melancolía envolverle como una capa.

Dagon, volviendo desde abajo, lo interrumpió.

-Él persiguió al mortal hasta aquí. Pero el lugar está vacío. No hay rastro de los asesinos.

Dagon esperaba junto a las ruinas de la escalera, cerca de donde Haruk encontró su fin.

Narek echó su mirada por la habitación, un panorama que comenzó y terminó con el cuerpo a su lado.

-Oh, hay muchos, hermano. Puedo ver dos patrones de pisadas distintas en el polvo. Ya estaban aquí cuando Haruk siguió al humano.

-¿Haciendo qué?

-Espectadores. Estaban usando este lugar como un mirador para observar nuestros movimientos.

-¿Cómo podían saber que estábamos aquí? -un indicio de agitación en la voz de Dagon traicionó su sensación de malestar al escuchar esta noticia.

-¿Qué crees? Nos han estado siguiendo y nos siguen.

-¿Un contraataque? Tengo entendido que no había activos del enemigo en esta región.

-No los hay. Ninguno que sepamos de todos modos -Narek consideró la ruina del cuerpo de Haruk, los proyectiles silenciados que lo habían matado de manera tan precisa. -No creo que sea un contraataque. No tienen números. Esto fue tranquilo, la muerte de un cazador. Quieren permanecer encubiertos, sean quienes sean. Y ellos se llevaron el humano también.

-¿Por qué?

-Esa es una muy buena pregunta.

-¿Y ahora qué? Esto cambia las cosas.

Narek desvió la vista a media distancia media. -Tal vez... -necesitaba consultar a Elias.

Narek activó el matraz de disformidad. Un asqueroso hedor a azufre empañó el aire a través de su respirador cuando la comunión se logró rápidamente. Otro signo del adelgazamiento del velo; los matraces de urdimbre mejorados resultaban más fiables que las comunicaciones vox.

-¿Lo tienes? -preguntó Elias.

Un simulacro del Apóstol Oscuro quedó definido por una luz violeta granulada que emanó del cuello del matraz como un vapor. En el otro extremo de la comunión, Narek sabía que su imagen también sería vista por Elias de igual manera.

-No. Alguien se lo llevó.

-¿Alguien?

Elias se encontraba aún en el lugar del ritual. En el fondo, Narek podía oír los sacrificios humanos maullando mientras esperaban su suerte. Elias desangraría toda la ciudad si tenía que hacerlo. Incluso a los cultistas.

-Sí.

-¿Qué pasa con Haruk?

-Está muerto. Estoy agachado ante su cadáver recientemente eviscerado.

-¿Debo preocuparme, Narek?

-Es demasiado pronto para decirlo.

-¿Qué se supone que significa eso?

-Significa que alguien nos ha seguido hasta Traoris y ha ensombrecido sus movimientos hasta el final en Ranos -dijo Narek desapasionadamente.

-¿Quién nos siguió?

-Tengo una teoría. Demasiado pronto para estar seguros todavía.

-Enviaré refuerzos.

-No son necesarios.

-Irán de todos modos.

-Quiero saber exactamente contra quien estamos tratando en primer lugar. Dagon y yo nos movemos más rápido solos.

-Dudo que Haruk estuviera de acuerdo con eso.

-Haruk está muerto. No estará de acuerdo con nada más.

-El humor no te favorece, Narek. Quédate donde estás. Espera a los otros.

Elias puso fin a la comunión, dejando a los cazadores solos de nuevo.

-¿Esperamos por tanto? -preguntó a Dagon.

-No -respondió Narek, y se puso de pie. -Busca en todas partes. No dejes nada sin tocar. Quiero saberlo todo, cada fragmento de información que este almacén puede ceder. No estamos solos en Ranos, Dagon. Nuestros antiguos hermanos de armas están aquí con nosotros.

Dagon se burlaba. -¿Con qué fin?

-¿Cuál crees? ¿Qué haríamos tú o yo en su lugar? Quieren venganza. Quieren matarnos.

La cabeza de Sebaton latía como si hubiera bebido demasiado *svod* y hubiera despertado a una resaca particularmente brutal. Estaba desatado, desplomado en una silla con la cabeza hacia abajo. Haciendo una mueca ligeramente, pero sin moverse a tocarla, pudo sentir la contusión en el lado de la cabeza donde algo lo había golpeado duro. No, no *algo*, *alguien*.

El encuentro en el almacén volvió a él en todo su esplendor previo a la muerte.

Debería estar muerto ahora mismo, o a merced de un cuchillo ritual. En su lugar estaba aquí, doquiera que fuese el *aquí*. Escuchó, fingiendo inconsciencia y tratando de tener una idea de qué es exactamente el nivel de problemas estaba. Le rodeaba el ruido estridente de la maquinaria. Al principio pensó que podría haber sido llevado a un manufactorum, pero sobre si todavía estaba en Ranos era poco probable, ya que por lo que había visto la ciudad estaba efectivamente muerta. Un murmullo de fondo bajo el ruido de la maquinaria lo puso en la idea de un generador, añadiendo peso a una teoría acerca de la naturaleza de sus captores, si no su identidad.

Sebaton armó lo que sabía. Varteh y los otros estaban casi con seguridad muertos. Esto significaba que estaba solo. Una facción de las legiones, posiblemente más de una, estaba en Traoris. Habían encontrado el lugar de excavación y habían enviado exploradores para darle caza y tomar lo que había exhumado de las catacumbas. Esto significaba que tenían algún conocimiento de lo que era, o por lo menos se dieron cuenta de que era lo suficientemente importante como para desviar importantes recursos para obtenerlo. Al menos otros dos habían intervenido, enemigos de los Portadores de la Palabra enviados a matarle o capturarle, y ahora estaba bajo su custodia. Lo que sucediera después dependía de qué más Sebaton

podría descubrir acerca de los motivos de sus captores. Con esto en mente, se quedó quieto y escuchó atentamente.

Murmullos medio captados; el crepitar y la estática de un transmisor vox sugirió un intercambio entre dos personas como mínimo. Mientras Sebaton trató de encajar la conversación y discernir algún significado, otros dos empezaron a hablar. Mucho más cerca, sus palabras eran obviamente más fáciles de entender.

-Él no parece gran cosa -dijo el primer orador, su tono áspero con un ligero gruñido añadiendo a su mordedura. La voz era masculina, y muy profunda.

-Ese traidor parecía pensar que valía la pena el esfuerzo de matarle -respondió el otro. Su voz tenía una resonancia que era casi mecánica, como re-vocalizada y amplificada a través de un altavoz.

-¿Y por esa evidencia deberíamos llevárnoslo? -preguntó el primero. -Tenemos preocupaciones más urgentes.

-De acuerdo -dijo el segundo, antes de que una tercera voz entrara en escena.

-Me gustaría saber por qué los Portadores de la Palabra quieren a este hombre -éste era mayor, de tono más áspero. -Él es más de lo que parece y tampoco creo que sea de Traoris.

Hubo una pausa, y Sebaton oyó el zumbido dulce de servos conectados a la gola de un guerrero moverse cuando este negó con la cabeza.

A continuación, el primero dijo: -Estamos perdiendo el tiempo. ¿Qué importa si no es un nativo?

El tercero continuó. -No estoy seguro. Pero los Portadores de la Palabra lo quieren, lo que significa que debemos negarles eso. En cuanto a su propósito, también pretendo averiguarlo y él es la respuesta.

La conversación se detuvo de nuevo, pero por más tiempo esta vez. Sebaton sintió que sus instintos básicos morderle, y su corazón estaba temblando.

-No estás engañando a nadie –dijo el más viejo con voz ronca en su oído. Era como si el orador estuviera de pie junto a él, hasta que Sebaton se dio cuenta de que las palabras fueron pronunciadas directamente en su mente.

-No has delatado ningún secreto. Tu intención es tan obvia para mí como el traje que llevas puesto. Ahora... ¡despierta!

Sebaton abrió los ojos, dándose cuenta de que cualquier nuevo intento de subterfugio probablemente sólo sería recompensado con daño o peor. Su visión era borrosa, probablemente de la conmoción cerebral. Estaba mirando a sus pies y un suelo sucio bajo ellos. Cuando trató de moverse, de levantar la cabeza y frotarse los ojos, sintió la presión de frío metal contra su cráneo.

-Sé que sabes lo que es esto -dijo la primera voz, Sebaton captando la visión más simple de sus piernas verde esmeralda achicharradas. -Y qué puede hacer. No hay trucos.

Sebaton asintió. El bólter fue presionado con tanta fuerza a un lado de la cabeza que la boca del cañón dejaría un anillo de furioso rojo en su piel.

Él estaba dentro, aún en Ranos como sospechó. Lo habían sacado del almacén sin embargo. El aire olía a rancio y a tinta. Era una habitación grande; tenía que serla para adaptarse a la maquinaria pesada insinuada en los márgenes de su visión. Se dio cuenta de una gavilla de pergamino en el suelo, atrapada bajo una pata de la silla donde estaba sentado, pero no podía leer lo que había en ella. Las pilas de donde porcedía este pergamino estaban apiladas en tres esquinas de la habitación. Una prensa de impresión, pues.

-¿Puedo levantar mi cabeza? -preguntó, abriendo los brazos en un gesto de conformidad. Todavía tenía su arma digital, lo cual era algo. Pero el contenido del bulto de tela por el que se había arriesgado y perdido cuatro vidas para obtener ya no estaba en su poder. Sus captores la tenían, aunque no lo sospechó. Si lo estaban buscando,¿Por qué molestarse entonces en interrogarlo? ¿Por qué molestarse en llevarle desde el almacén y traerlo aquí? Eso le dio una ventaja a Sebaton; él sabía que lo querían vivo. Cuánto tiempo durara esa situación dependería principalmente de lo que decía y hacía a continuación, y lo que podían descubrir ellos.

La presión contra el lateral del cráneo de Sebaton se alivió cuando retiraron el arma. Miró hacia arriba, tocando con cuidado la abrasión recordatoria. Tres guerreros le rodeaban. Dos delante, otro apenas visible en su visión periférica. Uno más esperaba más atrás, observando.

Eran enormes, hombres corpulentos, vestidos con armaduras completas que gruñeron cuando movían los engranajes y los servos en ella. Eran servoarmaduras. Sebaton había escapado de un legionario sólo para ser capturado por lo menos otros cuatro.

Ahora que tenía la cabeza erguida, consiguió un buen vistazo de su agresor más cercano.

El legionario llevaba una servoarmadura de color verde esmeralda, maltrecho por el desgaste y el daño de batalla. También notó marcas de raspado delatando que el portador había intentado arrancar secciones de óxido que habían colonizado los bordes. Estaba adornada, ahora una antigüedad maltratada ahora, con florituras artísticas forjadas en el metal que parecía contradecir el equipo de un guerrero. Todavía tenía puesto el casco; una mandíbula de colmillos de marfil enmarcaba la boca y hocico. Detrás de los lentes retinianos rojos ojos del guerrero quemados. Una piel , o tal vez un cuero , colgaban entrecortada de sus hombros. Incluso este había visto más que su parte justa de la batalla.

Era uno de la XVIII. Un Salamandra. No le extrañó que pareciera difícil.

-¿Cuántos de los suyos hay? –le preguntó Sebaton sin pensar.

El salamandra le cogió por la barbilla. Los bordes de sus guanteletes eran cálidos y pellizcaron la carne de Sebaton.

-Ninguna pregunta vendrá de la boca, sólo respuestas -tras las piezas ovaladas de su casco hechas ojos, sus iris ardían brillantes como si reaccionara ante su repentina ira. -¿Entiendes?

Sebaton asintió y fue puesto en libertad.

-¿Quién eres? –preguntó el salamandra, dando un paso atrás.

-Caeren Sebaton.

-¿Y cuál es tu propósito aquí?

-Arqueología. Vine a excavar reliquias.

-¿Solo?

-No, tenía un equipo.

Otro de los tres, blindado en negro, murmuró: -El par de servidores que Pergellen halló.

Al igual que el primer salamandra él también parecía maltrecho. Su servoarmadura estaba rota, unida milagrosamente por reparaciones de campo y, Sebaton sospechó, pura voluntad. Era difícil concentrarse en él, mezclando bien con las sombras, y aunque una tira luz zumbaba y crepitaba por encima, la servoarmadura del guerrero no reflejó ninguna luz.

XIX Legión. Guardia del Cuervo.

Esto también desprendía un aura. Como sabía haría. Sebaton supuso que era el psíquico que le había hablado antes.

El salamandra asintió a su hermano de armas.

-Había cuatro hombres también –ofreció Sebaton, esperando que su espectáculo espontáneo de cooperación mejoraría sus posibilidades de supervivencia. Tenía que salir de aquí, darle la vuelta de alguna manera y recuperar lo que había tomado de las catacumbas. -Muertos.

-¿Sabe qué clase de amenaza le estaba cazando? -preguntó el Salamandra.

-Sí, lo sé.

-Entonces también sabrás en cuánto peligro está.

-Dolorosamente sí.

-¿Qué sabes acerca de por qué los Portadores de la Palabra están aquí?

-Nada.

El salamandra se volvió. El Guardia del Cuervo movió lentamente la cabeza, lo que llevó a su compañero a enfocar sus ojos encendidos de nuevo a Sebaton.

-No me mientas.

-Es la verdad. No tengo idea de lo que quieren, o de ti ya puestos.

Eso fue audaz. Un poco tonto también.

-Bueno- dijo el Salamandra, desenganchando los ganchos alrededor de su casco, -eso es fácil de responder -añadió, retirándolo y revelando un rostro tan negro como el azabache con dos orbes ardientes por ojos. Incluso las capturas pictográficas como parte de su entrenamiento de datos no habían preparado a Sebaton para esto, y él se resistió.

-Quiero saber *todo* lo que sabes -dijo el salamandra. -Y lo quiero saber... ahora mismo.

Algo le había sucedido a estos guerreros, algo que les había cambiado profundamente.

-¿Quién eres? ¿Qué estáis haciendo aquí?

-Te advertí una vez de no hacer preguntas –en parte anticipándose a los hechos, el Salamandra dio un paso atrás e hizo un gesto a su compañero.

-Hriak...

Sin aparente movimiento, el psíquico estuvo sobre él. De cerca, Sebaton pudo ver que llevaba una capa de color gris andrajoso sobre su servoarmadura y tenía un fetiche de los huesos de ave unidos al hocico cónico de su casco. Sin duda uno de la Guardia del Cuervo. Varias de las legiones vestían de negro, pero una mirada más cercana lo había confirmado. Un legionario psíquico, conocidos como bibliotecarios. Se suponía que debían haber sido prohibidos en las legiones, pero es evidente que las circunstancias habían obligado a que tan particular edicto se derogara. En la mano extendida de la Guardia del Cuervo, Sebaton pudo ver una nube de tormenta de relámpagos oscuros. Estaba en su apogeo, la fuerza de una tormenta sostenida en su palma.

Increíble. La voluntad requerida para ese nivel de dominio...

Cuando Sebaton dio cuenta de que estaba a punto de ser liberada sobre él se estremeció, pero una mano de dedos de acero le mantuvo firme. Era biónica; podía oír las piezas de maquinaria crujir a medida que se flexionaron y mordió con fuerza en su hombro.

-Calmaos, yo no soy una amenaza -dijo Sebaton.

-Lo sabemos -pronunció el guerrero detrás de él, el que habló con el extraño canto mecánico.

-Si lo fueras ya estarías muerto. Y en caso de que lo seas después de que Hriak te haya *sondeado*, ordenaré a Domadus extraerte la columna vertebral –dijo el salamandra.

Sebaton no lo dudó. Domadus era de la X legión, los Manos de Hierro. Ellos no eran conocidos por su compasión. Su presencia elevó más preguntas. Los tres legionarios venían de las fuerzas que habían sido prácticamente destruidas en Isstvan V. Sin embargo, allí estaban, juntos, unidos por una causa común.

Sebaton sospechó que podría ser el deseo de venganza.

-Hemos empezado con mal pie, creo -dijo. -No hay necesidad de nada de esto.

-Tus demandas caen en oídos sordos –dijo Hriak voz áspera. Sonaba como si una vieja lesión estropease su discurso, pero Sebaton no podía verla debido a que el guerrero llevaba puesto el casco. Su voz trajo a Sebaton en mente un viento frío susurrando entre las hojas secas de un invierno muerto y desolado, y los huesos ocultos bajo la nieve.

Un instante después el rayo tocó la frente de Sebaton.

Fuego, frío y terrible, le quemó. Ahuecó a Sebaton con zarcillos de desparasitación devorándole, destejiendo lentamente las barreras mentales que había erigido para protegerse de la incursión. Profundizó más, extendiéndose, buscando. Su mente era un laberinto, pero este era un legionario psíquico y se trasladó rápidamente a través de los contornos de la misma en las alas emplumadas.

Pensó en el niño ahogado, con el rostro pálido acechando bajo el agua.

La voz de Hriak penetró en su memoria, un eco lejano en el horizonte que llenó el cielo con la promesa de lluvia.

-Está escondiendo algo…

Sebaton estaba de pie en el borde de la cuenca de drenaje, con un gancho y la red en las manos, listo para recogerlo. Él mismo se agarró a ese lugar, como un ancla en el tiempo, repetido una y otra vez. Al entrar en el agua sintió el roce de las uñas contra su piel desnuda. La quemadura a medida que agarraron. Los cinco

verdugones rojos quedan atrás, como el agarre de la mano, suplicando a otro niño bajar al agua y reunirse con el resto de los condenados.

Un relámpago partió el cielo, oscuro y amenazador. De pie y con los tobillos en el agua turbia, Sebaton se protegió los ojos, pero la tempestad continuaba rugiendo detrás de ellos.

-No te resistas... -bramó el trueno.

Sebaton aguantó, al igual que el niño ahogado se aferró a su tobillo.

Él gimió, -Déjame ir -su voz era la de un niño y un adulto al mismo tiempo que dos realidades chocaron.

-Por favor...

-Déjalo ir -la voz era distante al principio, llamando a Sebaton del borde de la inconsciencia. El dolor disminuyó, sus ojos se abrieron de nuevo, pero el sentido de ser violado quedó.

El bibliotecario, Hriak, estaba de pie frente a él. El relámpago oscuro había desparecido de la mano.

Él susurró, -Él es un psíquico, Leodrakk.

Así que ese era el nombre del salamandra entonces, asumió Sebaton.

-¿Qué has encontrado, Hriak? -preguntó Domadus.

-A pesar de tratar de confundirme con algún trauma de la infancia, él no es quien dice ser. Encontró algo en unas ruinas, en un sector de la ciudad lejos de aquí. Pero no creo que lo tenga más.

Leodrakk cambió de lugar con Hriak para continuar el interrogatorio.

-Esos traidores están aquí para un propósito oscuro. Por alguna razón, también te estaban buscando. Ahora -dijo, levantando su bólter tan cerca que Sebaton pudo ver su boca negra, -voy a preguntarte una última vez. ¿Quién eres y qué haces en Ranos?

Sebaton se dio cuenta entonces de que la situación en la que estaba era mucho más profunda de lo que había parecido a priori. Él no había sido rescatado; simplemente

había cambiado un captor potencial por otro. Estos guerreros eran sirvientes leales del Emperador, pero algo se había roto en su interior. Rayaban la desesperación, incluso el fatalismo. Heridos, y no sólo físicamente. Eran el tipo de cicatrices que nunca se curan, como las cinco marcas diminutas en la pierna de Sebaton.

Sebaton se hundió en la silla, pero miró al Salamandra a los ojos.

-Soy Caeren Sebaton. Soy un arqueólogo, y vine aquí para excavar reliquias.

-No más mentiras o te mato aquí. Ahora –advirtió Leodrakk, cebando el bólter. -No sobrevivimos a la traición de Isstvan con una gran dosis de paciencia. ¡Habla con la verdad!

La mano de Leodrakk se cerró de repente alrededor de la garganta de Sebaton y lo levantó de la silla. A medida que el terreno escapaba de él, Sebaton sintió que su laringe era aplastada lentamente.

-No puedo... hablar... con la mano... alrededor de mi garganta -dijo con voz ronca y los pies colgando en el aire.

Gruñendo, Leodrakk derribó al hombre. Sebaton quedó despatarrado, rebotando con fuerza de su hombro derecho, pero aterrizó con un poco de gracia a cuatro patas. Corriendo hacia atrás, a una esquina de la habitación, pensó en usar el anillo pero los tres guerreros le tenían acorralado.

Vio a Domadus correctamente por primera vez. El mano de hierro era muy cibernético. La mayor parte de su lado izquierdo había sido reconstruido, los mecanismos de su cuerpo visibles a través de los huecos en su servoarmadura de color negro. La garganta y la mandíbula inferior eran completamente artificiales, y una cicatriz de tejido arrugado rodeaba el área alrededor de donde su ojo izquierdo debería haber sido, pero en su lugar una lente roja brilló centrándose en su objetivo.

Bloqueando magnéticamente su bólter en el muslo, Leodrakk avanzó sobre Sebaton. Todos estaban heridos, todos estos guerreros, y al igual que cualquier persona en esa posición querían contraatacar.

-Voy a extraerte la verdad.

Una cuarta figura salió a la luz, quien había visto a Sebaton observando desde las sombras. –Detente.

Leodrakk se enfrentó al legionario enojado. -Está bajo control.

Leodrakk entonces se giró, y Sebaton vio el trozo de hueso que sobresalía de su piel blindada. Estaba partido, el remanente de un colmillo, poco más que un muñón.

El legionario que había interrumpido era una salamandra también, y llevaba una servoarmadura artesanal al igual que su compañero, pero tenía su casco sujetado en el muslo. Tenía el pelo cortado en una cresta roja que dividía a la perfección su cuero cabelludo. Una cicatriz latía bajo su ojo derecho pero no estaba ciego por ella, ni arruinaba su semblante noble.

-No, perdiste el control cuando casi lo ahogas, hermano -hizo un gesto hacia la puerta. -Shen'ra está fuera. Algo ha disparado los centinelas.

Leodrakk pareció de repente preocupado.

-¿Ambas?

-Sensores, centinelas tarántula. Todo está bien.

-¿A qué distancia?

-En el primer marcador.

Sebaton no tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero sonaba grave.

La ira de Leodrakk regresó con intereses. -Razón de más para poner a éste en el fuego.

-Espero que esté hablando metafóricamente -dijo Sebaton.

-Lo está -dijo el otro Salamandra, pero Leodrakk no dio esa impresión en absoluto.

-Haremos que hable. Contarnos todo lo que sabe -gruñó, agarrando la empuñadura de su arma.

-¿Incrustándole tu bólter?

-¡Si es necesario!

-Fuera -dijo el otro Salamandra rotundamente.

-¿Qué?

-Ya me has oído, Leo. Lo matarás si te quedas en esta habitación. Lo puedo ver en tus ojos.

Los ojos de Leodrakk ardían con el calor de una tormenta de fuego. Sus nudillos se agrietaron y durante unos segundos se mantuvo firme antes de capitular.

-Mis disculpas, capitán. Perdí el control.

-Sí, lo has hecho, Leo. Ahora déjanos.

Leodrakk hizo lo ordenado, lo que provocó que Domadus custodiara la puerta detrás de él.

Después de ver a su hermano ir, el otro Salamandra se agachó al nivel de los ojos de Sebaton.

-Pareces un poco más civilizados que tus compañeros -dijo Sebaton sin dejar rastro de la creencia.

-No lo soy –le aseguró el otro Salamandra. Su voz era profunda, culta. Compartía algunos puntos en común con Leodrakk pero poseía la autoridad de un verdadero comandante. -Como puedes ver -hizo un gesto a su rostro, -soy un monstruo. Mucho peor que Leodrakk. Él es más templado que yo.

-¿Y que tu psíquico? -Sebaton asintió al Guardia del Cuervo, que había doblado sus brazos y vestido el silencio mirando a la distancia. Sebaton detectó alguna actividad psíquica latente aún, como un polígrafo mental midiendo cada una de sus respuestas.

El Salamandra miró de reojo al otro legionario.

-No, sus modales son peores que los míos. Dada su personalidad estarías drenando las últimas gotas de tu cordura en su regazo en este instante.

-Preferiría evitar eso.

-Eso depende de ti. Ahora estamos siendo cazados, como tú. Nuestro tiempo aquí es limitado antes de que nos descubran. Los exploradores de nuestro enemigo ya

han disparado la primera de nuestras alarmas. Así que como puedes apreciar preferiría que esto terminara rápidamente. Mi nombre es Artellus Numeon, y dirijo este grupo. La vida de los hombres en el mismo son mi responsabilidad, por lo que Leodrakk no te habría matado sin que yo lo ordenara. Es también la razón por la que Hriak no ha pulverizado tu cabeza como una pieza de fruta. Yo, sin embargo, no respondo ante nadie en este lugar y *te mataré* en los próximos cuatro segundos a menos que me des una razón para no hacerlo.

La cabeza de Sebaton aún le dolía desde la sonda psíquica y entre este maníaco y el psíquico preparándose para destriparle mentalmente se estaba quedando sin opciones.

Igual que Nurth de nuevo. Al salir de esa exclusa de aire había pensado que era su fin, pero que lo trajeron de vuelta. Una vez más. Para *esto*.

Soy un espía, no un asesino. Y en cuanto a la misión... Bueno, eso requeriría algo increíblemente especial.

Sebaton sabía que realmente no tenía otra opción. Confiar en este Numeon o morir aquí. ¿Pero tendría que ser realmente tan mala? Incluso si lo hiciera, ¿Tendría que ser realmente su fin? Sospechaba que no.

-Estábamos excavando, eso es cierto. Encontramos algo. Un artefacto. Es muy viejo, muy poderoso, y vuestros enemigos lo quieren.

Numeon intercambió una mirada con los demás.

-¿Qué tipo de artefacto?

-Un arma. Parecida a una punta.

-¿*Parecida* a la de una lanza?

-Llamarlo de esa forma tan anacrónica sería demasiado prosaico, pero es la palabra más cercana que se me ocurre que puede describirla con precisión. Es más pequeño, más como una punta de lanza con un eje corto -Sebaton indicó el tamaño aproximado con las manos.

-¿Por qué lo estabas buscando? ¿Qué es tan importante acerca de esta lanza que los Portadores de la Palabra enviaron cazadores después de que lo consiguieras?

Sebaton suspiró. -¿Puedo al menos sentarme?

Numeon retrocedió y asintió. -Antes de decirlo -dijo Sebaton una vez se hubo sentado, -hay otra cosa que debes saber en primer lugar. Mi nombre no es Caeren Sebaton. Es John Grammaticus.

OCHO

Destruidos

"Cuando los hermanos pelean contra hermanos se le llama rivalidad. Cuando el hermano mata al hermano se le llama sucesión."

- Valdrekk Elias

Dieciocho cadáveres abarrotaban la calle.

Quince de esos cuerpos eran traoranos y vestían túnicas negras y rojas sobre su atuendo urbano. Narek apenas se fijó en ellos, pero los tres guerreros vestidos con servoarmaduras unidos a los miembros del culto en la muerte envió un temblor de consternación a través de su línea de la mandíbula.

La caza silenciosa había terminado. A pesar de los recelos de Narek, Elias había reunido a sus perros sectarios alrededor de la ciudad y los desató sin pensamiento o conocimiento de lo que el destino les había consignado a hacer. Los cultistas estaban por todas partes dentro de Ranos. Habían allanado el camino para la llegada de la legión, agotado a la presa antes de la matanza. Era una tarea muy adecuada para sus limitados talentos.

Contra legionarios, sin embargo, habían resultado drásticamente incompetentes.

Uno de los seres humanos disparó una alarma de alambre oculto, desatando una cadena de explosivos incrustados en la carretera. Granadas flash se detonaron al mismo tiempo, llenando la estrecha calle que estaba llena de edificios a ambos lados

con luz y humo. Un grupo secundario de bombas incendiarias se puso en marcha tres segundos después al frente y parte posterior de la patrulla, cerrándoles con eficacia en una zona de matanza. En el último minuto corto que quedaron de sus vidas, los cultistas entraron en pánico y los legionarios retrocedieron en formación, montando un perímetro defensivo en mitad de la calle. Los saboteadores habían anticipado esta reacción en su trampa cuando un par de centinelas auto-esclavizados se activaron.

Los fogonazos penetraron en el humo mientras el fuego pesado traqueteó sin descanso desde el par de montajes Tarántula dispuestos en secreto en cada extremo de la calle. El ocultamiento de las armas fue eficaz, al igual que toda la trampa. Incluso Narek no había visto el hilo o los centinelas y se preguntó en privado si estaba perdiendo facultades.

Desorientados, con algunos de sus muertos ya descuartizados entre ellos, los cultistas fueron destrozados en segundos. Los hermanos de Narek no duraron mucho más tiempo. Las servoarmaduras era una protección considerable pero no podía soportar el fuego de enfilada a corta distancia de un par de cañones automáticos.

El resultado final fue sangriento y rápido.

Narek y Dagon sobrevivieron en virtud del hecho de que estaban por encima de la tormenta de metal, manteniendo posiciones de observador desde un tejado. Narek había estado a punto de unirse con sus hermanos cuando se accionó la trampa y la muerte se desató.

Al mirar hacia la carnicería, Narek frunció el ceño.

-Beliah, Zephial, Namaah, todos muertos. Haruk también. Dime, hermano -dijo, volviéndose a Dagon, que acababa de regresar de la calle -¿A quién tengo que matar para vengarles?

-La trampa era buena –respondió Dagon. -Muy buena. Incluso en el suelo, habría tenido dificultades para ver el alambre.

-¿Granadas de fragmentación? -preguntó Narek.

Dagon asintió. -Y algunos explosivos pesados también. Antiblindaje.

-Esa sería la explosión secundaria que vimos y sentimos desde la azotea.

-Naturalmente. ¿Y las armas de centinela?

Los dos trípodes tarántula arrojaban humo. Chispas diminutas estallaban esporádicamente alrededor de la articulación cardán que unía el trípode al stock de munición. Narek las había deshabilitado, pero no antes de que hubieran destrozado a Beliah, Zephial y Namaah.

-Esclavizados a una rutina de fuego automático sobre la base de la detección de movimiento -dijo Dagon.

-Así que no tenían intención de quedarse a ver el derramamiento de sangre.

-No, pero encontré esto.

En la palma abierta de Dagon había un dispositivo metálico pequeño. Tenía forma de disco y una luz roja en su centro parpadeaba rápidamente.

Un sensor.

Narek lo tomó, examinando el dispositivo en la mano.

-Puede ser que sean pocos, pero sin duda están bien equipadas -miró hacia la calle. -Y tener un talento para la interrupción.

-¿Los saboteadores? -preguntó a Dagon.

-Por supuesto. Las legiones diezmadas han recurrido a tácticas de guerrilla para continuar su guerra.

-Podrían ser sólo una vanguardia. ¿Cómo puedes estar seguro?

Los ojos de Narek volvieron a considerar el sensor.

-Porque es lo que yo haría -hizo una pausa, girando el disco sensor en su mano como si al escrutarlo revelaría los secretos de su enemigo. Narek observó el horizonte urbano, prestando especial atención a los edificios cercanos.

-¿Qué pasa? -preguntó a Dagon.

La mirada de Narek se detuvo en la sombra de una torre de refrigeración en la distancia.

-Nada. Vigila la calle, tengo que decirle a Elias lo que hemos encontrado.

Dagon asintió y se dirigió de nuevo hacia abajo.

Cuando se quedó solo de nuevo, Narek activó el matraz disforme. Después de unos segundos la disformidad tomó la forma de Elias. Él estaba limpiando el cuchillo ritual, preparándose para la próxima matanza.

-Espero que me interrumpas con buenas noticias. Sacrificar una ciudad entera es laborioso y tengo un montón de trabajo por hacer todavía antes de que hayamos terminado.

-Tus refuerzos están muertos.

-Un poco libertino, ¿no crees? Esos eran los únicos guerreros cercanos a tu posición.

-No fue mi decisión enviarles.

El tono de Elias creció repentinamente grave. *-Recuerda con quién estás hablando, Narek.*

Una vena en el cuello del cazador latió, pero contuvo su ira.

-Tú eres mi señor, Apóstol Oscuro.

-Yo te di propósito, cazador. No olvides eso.

-Es un uno digno. No lo haré.

-¿Qué hay de los cultistas? Deberían haberse levantado ya. Utilizadlos. La ciudad es mi esclava.

-Los mortales están muertos también.

Elías le miró disgustado, pero mantuvo la agitación a raya.

-¿Qué pasó? Pensé que simplemente seguían al humano.

-Lo estábamos. Pero ese "alguien" que mencioné decidió ponerse en nuestro camino -su mirada se dirigió de nuevo a la torre de enfriamiento. -Uno de tus adoradores activó una trampa que nuestro enemigo había puesto para nosotros. Son legionarios.

-¿Estás seguro de ello?

-Sí.

-¿los has visto?

-No, pero todos los indicios apunta a nuestros antiguos primos. Ningún ser humano mata a Beliah, Zephial y Namaah así. Esto no sucede simplemente. No a ellos. Incluso yo no vi el cable trampa.

Elias se burló. *-Estás perdiendo facultades.*

-Es posible, supongo.

-No hay fuerzas legionarias concentradas en esta región del espacio. Es precisamente por eso que lord Erebus nos ha enviado aquí. Se suponía que no íbamos a ser perturbados. ¿Quiénes son?

-Restos, creo. Supervivientes unidos y realizando sus propias operaciones.

-¿Restos de Isstvan? -Elias sonaba perplejo.

-Creo que sí. Quiero echar un vistazo más de cerca para estar seguro.

Elías hizo una pausa, como si sopesara la importación de ello.

-Nada puede impedir que lo que estamos haciendo aquí, Narek. El resultado de la guerra podría depender el cambio cosmológico que efectuamos aquí.

-Entonces es una suerte que no esté con las manos vacías.

-¿Tienes lo que se llevaron de las catacumbas?

Narek lo sostuvo en alto en la otra mano.

-Es una lanza. O por lo menos la punta de una.

Los ojos de Elias parecieron iluminarse. *-Capturarlas, negárselas...*

Narek frunció el ceño, confundido.

-Tráela a mí en el lugar del ritual -dijo Elías*. -El resto de nuestros hermanos están regresando con mortales frescos y me gustaría examinarlo antes de su llegada.*

-¿Qué debo hacer con los legionarios infiltrados? Todavía tienen al humano que estábamos rastreando.

-*Ellos no ofrecen ninguna consecuencia por el momento. Tráeme el arma, Narek. Correremos a por esos miserables rotos después* -Elias sonrió con malicia auto-indulgente. -*Vamos a hacer que desearan haber muerto en las llanuras de Isstvan con el resto de sus parientes.*

-Por supuesto -Narek estaba a punto de romper su enlace cuando Elías le interrumpió.

-*¿Cómo se siente?* -le preguntó.

Narek giró la lanza en su mano. Era corta, una punta de lanza no mucho más grande que un cuchillo de combate en términos de longitud y anchura, con un eje de rota que era aproximadamente la mitad de su longitud original. Fijando los ojos en ella no tenía nada especial, un fósil mineral perfecto moldeado en un solo tenedor de lanza. Gris, casi metálicamente liso, con un borde afilado. Pero cuando Narek lo sostuvo pudo sentir el repiqueteo de la energía contenida dentro y ver el destello de energía fluyendo continuamente a lo largo de su longitud mientras la luz le tocó.

-Semejante a Dios...

La comunión terminó y Narek se quedó solo con sus pensamientos. No cabreó que tres de sus hermanos yacían muertos en la calle bajo él; llamarlo ira era una palabra demasiado simple para su estado emocional en ese momento. Incluso la muerte de Haruk, a quien despreciaba personalmente, requería retribución. Era más como una picazón, una sensación de algo inacabado, un desequilibrio por reparar.

Decidió que no regresaría con la lanza de inmediato. Iba en contra de las órdenes, pero era el deber lo que motivaba a Narek, no los caprichos del Apóstol Oscuro. En primer lugar, les debía algo a sus hermanos. Además, quería ver la cara de su enemigo.

Desenvainando el gladius y colocando la lanza en la vaina vacía, Narek abrió un enlace vox con Dagon.

-Estoy aburrido de esta azotea, hermano.

-*¿Qué sugieres?*

-Beliah, Zephial, Namaah y Haruk están muertos. Debemos honrar a los muertos.

-*Te escucho.*

-Vamos a cazar.

Numeon no parecía impresionado.

-¿Es que el nombre se supone que significa algo para mí?

-No, no lo es -dijo Grammaticus. -No para ti. Pero lo que estoy haciendo aquí debería.

-¿Y qué es eso exactamente?

-Creo que sé por qué los Portadores de la Palabra están aquí, y por qué estáis aquí también.

Domadus tembló, su mano acercándose a una pistola enfundada al lado de su cadera derecha antes de que una sacudida de la cabeza de Numeon le derribara.

-Sigue hablando -dijo el Salamandra.

-¿Estamos en peligro aquí? -preguntó Grammaticus. -Tu *amigo*... parecía agitado cuando se fue.

-En un peligro inmenso, pero te dije que siguieras hablando -dijo Numeon. -¿Qué sabes?

Grammaticus recuperó su atención de nuevo, tratando de no imaginar qué podría representar un peligro inmenso para un Astartes, y dijo: -Creo que ellos están profanando este lugar. Creo que el Emperador llegó aquí hace mucho tiempo y que lo están manchando que con su arte.

Numeon se acercó más, hasta Grammaticus pudo oler la ceniza en su aliento.

-¿Y qué *arte* es ese, John Grammaticus?

-¿Estoy en lo cierto?

Numeon entrecerró los ojos. -¿Qué arte?

-Sabes de lo que hablo. Queréis detenerlos, ¿no? Ya no sois una legión, es obvio en vuestras armas y servoarmaduras maltratadas. Dudo que haya más de una veintena de vosotros. Vi vuestros módulos de aterrizaje. ¿Cuántos pueden realizar? ¿Suficientes para una guerra terrestre?

-Noventa hombres de capacidad -respondió Numeon, -pero sus bodegas estaban escasamente ocupadas cuando desembarcamos en el planeta, tienes razón en eso.

Numeon se agachó para agarrar el trozo de pergamino todavía encajado bajo la pata de la silla.

-Estamos aquí para desbaratar sus esfuerzos, pero no tenemos planes para librar una guerra –mostró a Grammaticus el papel. Era un cartel de propaganda, una denuncia de la dominación del Imperio y citando a Horus como el verdadero emperador de la galaxia. –La rebelión arraigó aquí mucho antes de la llegada de los Portadores de la Palabra. Debemos evitar que su ponzoña se extienda.

Así pues Traoris estaba en manos del enemigo. Pero una revuelta era muy diferente al servicio voluntario al Aniquilador Primordial. Grammaticus imaginó cultos secretos, formados durante años de régimen imperial, minando poco a poco los cimientos de la sociedad y su levantamiento repentino y aterrador cuando Horus desafió la voluntad de su padre y abrazó a un viejo mal.

-La rebelión es una cosa- dijo Numeon. -La conversión al poder oscuro al que Horus sirve ahora es otro. No lo entiendo completamente, pero he visto algunas de las cosas que puede hacer. Convertir hombres en monstruos y corazones en fuentes de sus más bajos instintos. Cada mundo liberado durante la Gran Cruzada se enfrenta a una batalla por su alma. Traoris se tambalea al borde de un abismo. Estoy aquí para asegurarme de que no cae en él.

-Eso parece una aspiración difícil.

-Y sin embargo, aquí estamos.

Grammaticus fue enfático. -*Necesito* esa lanza.

-Incluso si quisiera no hay vuelta atrás para ello ahora.

-¿No has considerado que podría servir a un propósito mayor?

-¿Y ayudarte?

-Sí.

-¿Y por qué, John Grammaticus, iba a hacer eso?

-Porque lo que estoy haciendo aquí hace referencia a tu primarca.

-¿Qué acabas de decir? –los ojos de Numeon estrecharon.

-Vulkan.

El Salamandra apretó los puños. -Sé el nombre de mi primarca. Explícate.

-La lanza que encontré no es una lanza como tal. Es una fulgurita, un recipiente de un rayo cristalizado en la roca.

-También sé lo que es un fulgurita es -dijo Numeon. -Dime ahora qué tiene que ver con Vulkan.

Grammaticus se humedeció los labios. -¿Crees que tu primarca ha muerto?

Numeon no lo dudó. Algo parecido a la esperanza brilló en sus ojos. –No.

-Él vive, Numeon. Vulkan Vive.

-¿Cómo sabes eso? ¿Dónde está la prueba?

-Dijiste que creías que estaba vivo.

La paciencia de Numeon estaba menguando y gruñó: -Hay una diferencia entre la creencia y el hecho. ¿Por qué dices esto si no tiene pruebas?

-Porque es cierto, y porque te estoy dando mi palabra.

-¿Y cuánto vale?

Grammaticus levantó la mano, como si se entregara.

-Por favor. Preguntaste por la verdad y os la he dado.

-Podría decir cualquier cosa para salvar tu pellejo.

-Es cierto, pero no estoy mintiendo. Haz que tu psíquico me sondee otra vez si se quieres; verás que no hablo en falso.

Numeon parecía que estaba considerando la posibilidad cuando se le preguntó, -¿Qué tiene que ver la lanza con Vulkan?

-Sinceramente, no lo sé. Está ligada a su destino de alguna manera. Mi tarea se limitaba a venir aquí para recuperarla.

Eso fue una mentira; al menos parte de ello era, pero Grammaticus sabía que sus amos le habían dado todo lo que necesitaba para proteger su mente.

Numeon frunció el ceño. ¿La tarea de quién?

-Es difícil de explicar.

El vox de Domadus crepitó y Grammaticus captó la entonación de una voz murmurando en el otro extremo de la misma.

-Inténtalo -dijo Numeon y estaba a punto de decir algo más cuando Domadus se le acercó.

-Pergellen está de vuelta con Shen'ra y quiere verte.

Numeon asintió a su vez. -No digas *nada* de esto a nadie más.

Domadus asintió. -¿Y qué pasa con *él*? -preguntó, sacando una espada de hoja corta de su cinturón. A Grammaticus no le gustó la mirada fría en los ojos del Mano de Hierro. -Podría silenciarle ahora. Pondría fin a su conversación sediciosa. También sabe nuestro paradero, el de algunas de nuestras fuerzas.

-Todavía no estoy seguro de si es sediciosa... -Numeon hizo una pausa, pensando. -Además, no sabe nada, mucho menos de nosotros de todos modos.

-Él complicaría nuestra misión -dijo Domadus.

-Es un riesgo que estoy dispuesto a tomar. Él sabe algo, Domadus. Quiero saber eso también. -se volvió hacia el Guardia del Cuervo.

-Le vigilaré -dijo Hriak, desplegando sus brazos lentamente como si estuviera desplegando sus alas.

-Domadus -añadió Numeon.

-Nadie entra ni sale a menos que sea con tu palabra.

-No; iba a decir que no dejes a Hriak destripar al humano. Quiero su mente intacta para ser interrogado más tarde.

-Me hieres profundamente -pronunció el Guardia del Cuervo.

Numeon frunció el ceño. -¿Era eso sarcasmo, Hriak? Sonaba casi tan ardiente como Domadus.

El Mano de Hierro se rio en voz alta y se apartó.

Numeon hizo una seña a los dos, les dio la espalda y salió de la habitación.

-Me sentí más seguro cuando estaba solo -dijo Grammaticus con humor poco entusiasta, echando un vistazo tanto a la figura estoica del Mano de Hierro al espectro amenazador del Guardia del Cuervo.

Hriak no compartía el humor de Sebaton y le devolvió la mirada a través de las rendijas de su casco.

-Estabas -dijo con voz áspera.

Después de un corto paseo a través de un corredor de acceso y una vieja sala de literas por el manufactorum, Numeon llegó a refectorum abandonado de la impresora. Era un espacio en gran parte estéril, azulejos grises bajo los pies y con un par de bancos y mesas doblados hacia arriba en los bordes de la habitación. Una breve escaramuza se desarrolló aquí, ciudadanos leales de Ranos en última instancia en el bando perdedor. En medio de las manchas de comida derramadas también había manchas de sangre.

En el medio de todo, a la espera del Salamandra, estaba Pergellen.

El Mano de Hierro tenía el rostro delgado, con los ojos ocultos detrás de una visera de acero con una sola banda retinal a través de su superficie. Las luces estaban apagadas en el refectorum, por lo que la visera resplandecía centelleante en la oscuridad. La única parte biónica de Pergellen era su mano izquierda, que rechinaba ruidosamente cuando él la utilizó para agarrar la muñeca de Numeon.

Tenía el pelo negro como el azabache y corto como el señor y padre que había tenido.

Por encima del hombro de Pergellen una correa contenía un rifle de francotirador de cañón largo. Fue su puntería mortal ña había matado al Portador de la Palabra en el almacén, si bien desde una distancia tan corta que no era exactamente un reto. Él había querido utilizar el almacén como su nido desde el que mantener un puesto de observación, pero sus esperanzas se arruinaron en cuanto el hombre hizo su aparición.

-Te veía preocupado, Artellus -le dijo a Numeon.

-No es nada -Numeon sonrió para cubrir la preocupación que, evidentemente, se había deslizado por su cara y devolvió el agarre de Pergellen a modo de saludo formal, sino de camaradería. -Me alegro de verte de nuevo. ¿Dónde está Shen'ra?

-En el patio con los otros -dijo rotundamente.

Pergellen era un alma seria, raramente dada al humor. Pero también había salvado la vida de Numeon y de Leodrakk en las llanuras de Isstvan V. Demasiados pocos de los Morlocks escaparon, por lo que muy pocos del clan Avernii quedaban para continuar su gran y noble legado.

Cuando los proyectiles caían y todo el horror de la traición reveló, fue Pergellen quien se abrió camino de regreso a las rampas de las naves mientras los demás estaban perdiendo sus mentes por la muerte de Ferrus Manus. Fue Pergellen quien arrastró el cuerpo inconsciente de Domadus por la arena negra, y el que mantuvo abierta una vía de acceso al transporte. Muchos no lo consiguieron.

Él y Leodrakk hubieran muerto en ese campo de no ser por Pergellen. Sus hermanos de la Guardia Pira bien podrían estar muertos, pero Numeon se aferró a la esperanza de que no lo estaban, al igual que creyó que Vulkan aún vivía también.

Si lo que el hombre había dicho era la verdad, entonces tal vez... Rechazó la idea al instante, sabiendo que era una tontería depositar su esperanza en un hombre así.

En su lugar, le preguntó: -¿Cuántos días estuvimos en esa nave de desembarco, Pergellen?

A menudo era a donde sus conversaciones les llevaban en algún momento.

-Cincuenta y un días, de ocho horas y cuatro minutos- respondió el Mano de Hierro.

Habían sido un desastre de unidades y legiones dispares en aquel entonces. No todos habían sobrevivido a la fuga. Algunos estaban simplemente demasiado malheridos o murieron cuando fueron arrastrados a bordo. De los cuarenta y siete legionarios que despegaron en esa nave, sólo veintiséis sobrevivieron.

Ellos vivieron el tiempo suficiente para reunirse con el *Arca de Fuego*, un crucero de ataque que había escapado a la carnicería; una de las pocas. No lo había hecho ileso. Muchos de los tripulantes perecieron durante ese vuelo desesperado. Heridos, cansados, apuntaron las armas que tenían a la nave de desembarco que emergió de ese caos autodestructivo, sin darse cuenta de que eran amigos, no enemigos.

No había legionarios a bordo, ni uno. Cada guerrero sin discapacidad que pudiera ponerse una servoarmadura había sido enviado para poner de rodillas al Señor de la Guerra caído. Era extravagante, pensó Numeon en retrospectiva; una forma de mostrar fuerza contra fuerza y la esperanza de que esta última pudiera enfrentarse a la cara de la primera. Qué equivocados estaban. Parecía como extravagancia ahora; más bien olía a ignorante sacrificio. Y cómo Horus había preparado su altar para su ofrenda voluntaria. Las cuchillas de sus traidores fueron agudas de hecho en esa losa de Isstvan V.

Desde el descubrimiento del *Arca de Fuego* y la valiente pero depauperada tripulación a bordo perdieron a tres legionarios más. Numeon les había aliado, respaldado con alguna apariencia de propósito. Pero no se logró sin riesgos, y una vena de fatalismo fue creciendo en esta empresa. Él lo había esperado de los Manos de Hierro, pero llevaban la pérdida de su primarca con una determinación tranquila y acerada que otorgó a los Medusanos mucho crédito. No, eran los Nocturneanos, hijos de Vulkan, los que más sufrían. De todos los Salamandras, sólo Numeon *creía*. En su corazón él sabía que su padre había sobrevivido. El resto, a pesar de sus argumentos apasionados, no estaban tan convencidos, y luchaban por la venganza en lugar de la esperanza y el deseo de servir.

Numeon sabía que estos hombres estaban rotos. Carentes de liderazgo se habrían destruido unos a otros, y no hay forma de volver a sus legiones a la deriva y sin rumbo.

Sí, Pergellen le había salvado la vida, pero Numeon tenía que creer que podía salvar a esta destrozada legión también.

-¿Qué aprendiste? -preguntó el cazador.

-Nada bueno. Los sensores de Shen'ra fueron disparados por una pequeña patrulla. La ensombrecí por un tiempo antes de que los centinelas talasen a todos. Sin duda alertó al enemigo de nuestra presencia aquí.

-Sabíamos que los Portadores de la Palabra nos encontrarían eventualmente. ¿Qué más?

-Además de sus legionarios, que creo que son importantes en número, también tienen muchos adeptos. Las semillas se sembraron aquí mucho antes que llegáramos pisando los talones de los Portadores de la Palabra. Los cultos controlan la mayoría de Ranos ahora, y más Stormbirds están llegando de otras partes de la ciudad para reforzar a los legionarios que ya están en tierra. Se agrupan cerca de este distrito. Demasiados para enfrentarnos directamente.

Numeon maldijo en voz baja, -*Ira misericordiosa de Vulkan...* -él no quería abortar la misión, pero no era demasiado tarde para llamar al *Arca de Fuego* esperando en órbita alta. Si se movían ahora, podrían llegar a la cañoneras y su crucero, pero ¿entonces qué?

-Hay algo más también -dijo Pergellen, sacando a Numeon de sus pensamientos.

Numeon entrecerró los ojos, -¿Más buenas noticias?

-Alguien estaba observando.

-¿Ellos te vieron?

-No a nosotros. Estaban viendo a sus aliados ser pulverizados por los centinelas.

-¿Amistosos?

-No, no lo creo. Desactivaron las tarántulas. Shen'ra y yo nos marchamos poco después de eso. Creo que pueden haber rastreado la ruta del almacén y seguirnos.

-Así que vienen hacia aquí con toda probabilidad.

-Sí.

El rostro de Numeon se oscureció. Habían invertido no poco tiempo en elegir un lugar seguro para actuar como base de operaciones. Este distrito estaba mayormente desierto. Las cañoneras estaban muy lejos, bien fuera de la zona habitable. Creían que en el borde de la ciudad quedarían en gran parte desapercibidos para el enemigo hasta que decidieran actuar. Gran parte de su plan dependía de esta suposición.

-¿Algún signo de su clérigo? -preguntó Numeon.

Pergellen negó con la cabeza. –No.

El Salamandra se puso muy serio. -Hemos visto esto antes, hermano. Fallamos en Viralis... -mientras pronunciaba el nombre de este mundo, una imagen de las calles llenas de cadáveres, cuerpos corrompidos y mutilados al servicio de los poderes oscuros volvió a él. Los traidores habían dejado algo más detrás, también. Los pocos supervivientes habían *cambiado*, nunca más humanos. Se habían convertido en... *cosas*. Monstruos envueltos en carne que habían llenado sus recipientes mortales y vaciado su esencia anterior. Los habitantes de Viralis, toda una colonia, ya no existía. Algo más había ocupado su lugar, usando como un hombre puede llevar un traje.

-Llegamos demasiado tarde para ellos -dijo Numeon con gravedad.

-No es demasiado tarde para Traoris -dijo Pergellen. -El clérigo morirá, pero sin el elemento sorpresa tendremos que hacerle salir. No vamos a fallar, Numeon.

-Desde Isstvan. Desde que Vulkan... –vaciló Numeon.

Pergellen agarró su hombro.

.Me dijiste que creías que aún vive, Numeon. No abandones tu fe en esa creencia.

-La mantengo, incluso si soy el único. Ojalá, amargamente, hubiera una señal, algo que nos dé esperanza -una vez más se recordó a sí mismo que no podía confiar en el prisionero. -Nunca he sentido esto antes... esto... *dudo* de lo que siento ahora.

-He perdido a mi progenitor. Su cuerpo yace sin cabeza entre un campo de nuestros muertos. *Tú* me diste esperanza. Te sigo como mi capitán. Nos diste un propósito más allá de fatalismo vengativo. Si tienes que creer en algo, cree en eso.

Numeon sonrió con cansancio, pero honestamente. -Sí, creo. La conservo. Cuántas veces deseé haber muerto en Isstvan V con mis hermanos y en su lugar terminó aquí, tratando de dar sentido a esta locura, tratando de hacer algo que todavía importe.

-*Esto*, aquí, ahora; esto es importante.

Numeon asintió, encontrando fuerza.

La mano de hierro lo soltó como si la necesidad se desvaneciera.

-Supongo que no nos quedaremos aquí -dijo.

Numeon negó con la cabeza. -Este lugar está comprometido. Nos movemos.

-¿Informarás al *Arca de Fuego*?

-No. Es posible la comunicación atmosférica pudiera ser interceptada. Entonces los fanáticos sabrían exactamente a dónde ir y matarnos.

-Entonces convocaré a nuestro intendente y destruiremos su equipo.

-Gracias, hermano. Dile a Domadus que estaré en el patio del vehículo.

-¿Qué haremos con el humano?

-Viene con nosotros. Él está guardando secretos.

-¿No podría Hriak abrir su mente y obtenerlos?

Numeon se encogió de hombros. -Si lo quisiéramos muerto, me atrevo a decir que podría. Nos está observando ahora.

-¿Y por qué no? Quieres muerto al humano, quiero decir. Él es un pasivo y nos ralentizará.

Numeon negó con la cabeza. -Eres un ser frío, Mano de Hierro.

-Te salvé la vida, ¿no?

Ahora el Salamandra se rio, aunque Pergellen no estaba haciendo una broma. -Lo hiciste, sí. Quiero hablar con el humano de nuevo. Él sabe algo. Además, el clérigo lo quiere. Podríamos ser capaces de utilizar eso.

-Así que no es un prisionero del todo, entonces -dijo Pergellen, -él es el cebo. Y tú dices que soy frío.

Numeon respondió sin humor. -Soy pragmático, hermano. Y haré cualquier cosa para matar a ese clérigo Portador de la Palabra.

-¿Incluso si eso significa nuestras vidas y la vida de este hombre?

-Sí, incluso eso. Lo sacrificaría todo para detenerles, para evitar otro Viralis.

-Y *eso*, Artellus, es por lo que te salvé.

Los dos guerreros se separaron cuando el Mano de Hierro se dirigió a la imprenta donde mantenían al preso.

Cuando Numeon regresó al parque de vehículos trató de mantenerse enfocado en su discurso a los otros legionarios, pero dos palabras se repetían en su mente. Apenas se atrevía a esperar que fueran ciertas. *Vulkan Vive.*

NUEVE

Honrando a los muertos

"Día tras día, un día tras otro,

nos quedamos quietos, ni soplo ni movimiento,

tan quietos como una Nave en un dibujo

en un Océano dibujado."

- De "La Rima del Anciano Astronauta" por el bardo Colwrit

Veintitrés legionarios componían la compañía de Numeon, incluido él mismo. Era poco más que dos escuadrones. La mayoría eran Salamandras, principalmente guerreros de línea con unos pocos pyroclastas, así como él mismo y Leodrakk de la Guardia Pira. Un par de hermanos de batalla y el Codiciario Hriak representaban a los Cuervos. Y de la legión de los Manos de Hierro sólo estaban Domadus y Pergellen. Desde la evacuación de los campos de la muerte Isstvan no había habido ningún contacto con ninguna otra fuerza de la Legión.

Su nave, el *Arca de Fuego*, había sido gravemente dañada en el éxodo de Isstvan V. Algunos sistemas de armas seguían funcionales, aunque no lo suficientes para durar mucho tiempo contra una nave de igual calibre a pleno funcionamiento. El soporte vital, la iluminación en las cubiertas, los motores convencionales y los disformes aún funcionaban, aunque con una capacidad reducida y poco fiable. Las comunicaciones eran otra cosa. El vox dentro de la nave funcionaba bastante bien pero los augures de larga distancia y los sensores pasivos estaban más allá de la reparación y el uso. Incluso las comunicaciones de la nave con la superficie eran extremadamente irregulares. El capitán Halder había logrado casi lo imposible efectuando una huida exitosa, pero habían dado palos de ciego desde entonces y no sabían nada de la gran guerra. O incluso si hubo una guerra mayor. Por lo que sabían, todo el mundo estaba muerto y Horus había ganado.

Numeon se negó a creerlo. Del mismo modo que se negó a creer que Vulkan había muerto junto con Lord Manus. No había visto la caída del primarca, pero por las noticias que tenía de sus compañeros supervivientes eran tan convincentes como sombrías. Lucharon con la esperanza de que otros lo hicieran también.

En el patio del vehículo, su compañía rota actualmente se retiraba.

Algunos estaban sentados en cajas de almacenamiento, comprobando armas, alineando objetivos o recargándolas. Reconoció a Daka'rai, K'gosi y Uzak acurrucados alrededor de una fogata. Los tres salamandras no se mantenían caliente, recitaban juramentos y ennegrecían sus guantes en las llamas para sellar cada pacto. Más que nunca, los diferentes legionarios se retrajeron a sus rituales y costumbres nativas para obtener resolución y propósito.

Otros fueron menos clandestinos y pasaban su tiempo de inactividad haciendo las reparaciones de campo a una servoarmadura, o probando y reorientando la resolución de las lentes retinales, o realizando diagnósticos. Un legionario, un salamandra llamado Helon, estaba llevando a cabo cirugía de campo a uno de los

Cuervos que fue herido cuando una cañonera hizo un aterrizaje de emergencia durante el desembarco. La cañonera ya no era útil, pero Shaka viviría. Helon no era un apotecario entrenado, pero en ausencia de un especialista se había adaptado al puesto.

El hermano grajo del Cuervo, Avus, se puso en cuclillas encima de un pórtico de hierro que daba al patio, vigilando. Hriak no estaba por ningún lado, pero Numeon sabía que el bibliotecario estaría cerca por si fuera necesario.

Leodrakk había estado esperando a que Numeon aparezca, y dejó su conversación guardada con Kronor para ir a hablar con él.

-Capitán Pira -dijo, elaborando una pequeña reverencia. -¿Cómo está nuestro prisionero?

-Vive, no gracias a ti.

Leodrakk se había quitado el casco. Reposaba en el hueco de su brazo, por lo que Numeon vio bajar sus ojos ante la leve reprimenda de su capitán.

-Has oído las noticias de Pergellen -le ofreció, cambiando de tema.

-Así es.

Leodrakk sonrió fríamente. -Deseaba este momento. Finalmente pondremos obtener nuestra merecida venganza.

-Nos vamos, Leo.

-¿Qué?

-No podemos quedarnos aquí, ahora que nuestros enemigos saben de nuestra existencia.

-¿Y eso qué cambia? Que vengan. Les estaremos esperando -cerró el puño dando énfasis.

-No, hermano. No estaremos. Nos superan varias veces en número. Este lugar no es una fortaleza. No podríamos defenderlo contra un ejército y además, no hemos venido aquí para morir en vano.

Leodrakk dio un paso hacia delante, lo que obligó a Numeon a hacer lo mismo hasta que sus corazas casi se tocaron.

-¿Sí, hermano? -preguntó Numeon desapasionadamente, respirando el olor de la ceniza caliente emanada de la boca de Leodrakk.

Por un momento Leodrakk pareció como si estuviera a punto de decir o hacer algo estúpido. Numeon tuvo que recordarse a sí mismo que los Guardia Pira no eran como los otros salamandras. Ellos se forjaron con un espíritu fiero, independiente; era cómo Vulkan les había moldeado.

-Tengo sangre de Ska en mis manos –susurró Leodrakk, mas se echó atrás. -*Literalmente*, hermano.

Ante la cara de dolor de su hermano, Numeon cedió. Agarró la hombrera de Leo como Pergellen había hecho por él.

-Lo sé, Leo. Estuve allí.

Numeon miró el avambrazo, brazo y la mano izquierda enguantada de Leodrakk. Todavía estaba manchada con la sangre de Skatar'var.

-Entonces dime por qué otra cosa que no sea la venganza estamos luchando.

-Por un propósito mayor.

-¿Qué propósito? Matar a un clérigo, ¿y lograr qué?

-No, no sólo eso. Estoy hablando de la Decimoctava, la Legión.

-No hay Legión, Artellus -Leodrakk hizo un gesto agitado tras él. -Somos todo lo que queda.

Numeon vio la ira y la duda en los ojos de Leodrakk. Lo había visto reflejado en sus propios muchas veces desde su huida. Sin embargo otra cosa los llenaba ahora. Esperanza.

-Vulkan vive -dijo Numeon.

Suspirando tristemente, Leodrakk negó con la cabeza. Un poco de risa sin alegría se posó en sus labios.

-Otra vez eso. Él está muerto, Numeon. Murió el Isstvan como Ferrus Manus. Vulkan se ha ido.

Los ojos de Numeon se estrecharon con certeza. -*Vive.*

-¿Cómo lo sabes?

-Lo siento aquí dentro -dijo Numeon, golpeando dos dedos contra su pecho izquierdo.

-Quiero que sea verdad, hermano. Lo quiero más que a nada, pero está muerto. Así como lo está Ska también todos ellos. Somos los únicos salamandras que viven ahora y prefiero morir en la gloria, matando a nuestros traidores y los que asesinaron a nuestros familiares a sangre fría que marchitarme y correr como cobardes.

Leodrakk se alejó. Numeon lo dejó ir, careciendo de argumento para traerle de vuelta. La creencia y el testimonio desesperado de un mentiroso probado ya eran motivos para que nadie creyera en la prueba de su supervivencia.

-No es propio de él que perdiera los estribos -dijo Domadus, que acababa de venir de donde habían estado guardando al prisionero. Caminó hasta ponerse junto a Numeon. Numeon lo miró de reojo. -¿Está seguro de que eres de la Décima Legión?

-¿Mi apariencia excesivamente aumentada sugiere otra cosa?

-Tu sarcasmo lo hace.

-Todos tenemos nuestros mecanismos de supervivencia, hermano capitán.

-Parece que Leodrakk hierve de rabia –murmuró Numeon, mirando al otro Salamandra salir echo una tormenta del parque y hacia la calle de la ciudad más allá.

-No estaría solo.

-Sí, un hecho del que soy muy consciente, Domadus.

-Entonces demos a estos guerreros un propósito. Pergellen me informa de que cambiamos de campamento.

Numeon asintió. -Sí, los Portadores de la Palabra saben que estamos aquí y vienen. Tenemos que estar fuera cuando lleguen.

-Ah -dijo Domadus, dándose cuenta, -y por tanto la ira avivada de Leodrakk.

-En efecto.

-¿Cuánto tiempo?

-Diez minutos. Pergellen piensa que él y Shen fueron rastreados. No voy a correr riesgos.

-Entonces tendrán que ser solo armas ligeras. Munición de repuesto, granadas, todo lo que se pueda transportar fácilmente. Necesitaremos un poco de potencia de fuego, sin embargo.

-Toma el bólter pesado; los suspensores deben hacerlo lo suficientemente ligero para llevarlo a toda velocidad.

-Para ser honesto contigo, capitán, no había considerado dejarlo atrás. Además, hará una papilla excelente con esos traidores.

Numeon se permitió una sonrisa irónica cuando captó el destello de diversión en los ojos de Domadus.

-Sí, así será, jefe de intendencia. Inutilizad todo lo demás. Ningún arma que dejemos atrás caerá en manos del enemigo.

-O podríamos almacenar y tener los repuestos a mano -sugirió Domadus. -Un depósito de armas podría ser útil contra los números. Golpear y desparecer, reabastecernos y luego repetir.

-Una táctica válida, pero no. Tomará mucho tiempo. Inutiliza cualquier cosa extraña.

-Muy bien -el intendente asintió con la cabeza. -¿Quieres que se lo transmita a los demás?

-No, yo lo haré.

Numeon se montó sobre una caja de almacenamiento. Algunos de los otros legionarios que ya se estaban girando hacia él cuando empezó.

-Reuníos... -la poderosa voz de Numeon viajó a través del patio de vehículos con fuerza y autoridad, exigiendo atención. Los legionarios claudicaron en escuchar. -Hermanos, los Portadores de la Palabra están reuniendo una gran fuerza en esta parte de la ciudad. Huelga decir que no estamos preparados para enfrentarnos a dicha fuerza. Si descubren este lugar seremos invadidos, por lo que nos movemos a otro emplazamiento. Inmediatamente.

El anuncio de Numeon provocó murmullos de algunos sectores, pero ninguno le contradijo.

-Domadus redistribuirá armas y munición. No portaremos armamento pesado a menos que sea con suspensores. Sólo lo que podamos llevar. Rifles, pistolas, navajas, granadas. Todo lo demás dejadlo atrás. Nuestra misión no ha cambiado. Matar al clérigo enemigo es nuestro principal objetivo. El secundario es causar el mayor daño posible, para luego salir de este mundo -levantó su puño. -Por la sangre de nuestros caídos.

-Les recordamos y su sacrificio –respondieron veintiún legionarios, reflejando el saludo de Numeon.

-Y la venganza de Lord Manus -murmuró Domadus, golpeando su guante contra su coraza. -Tendrás que hablar con Shen’ra -hizo un gesto hacia la parte trasera del patio de vehículo.

Numeon miró al Mano de Hierro mientras bajaba. -¿Hay algún problema?

-Todavía no. Pero los habrá -dijo Domadus antes de ir en la dirección opuesta para llevar a cabo sus órdenes. -Como su comandante en jefe, es menos probable que te golpee.

Numeon exhaló un largo suspiro calmante.

-Vulkan concédeme fuerza -murmuró, y se acercó a la tecnomarine.

Shen'ra estaba inclinado sobre una larga caja de embalaje rectangular inspeccionando el contenido cuando Numeon se acercó. La caja era gris metálica y sellada; del Munitorum. Al igual que sus hermanos llevaba la servoarmadura de color verde esmeralda, pero su hombrera derecha era roja y portaba la rueda del Mechanicum para mostrar su lealtad a Marte. No tenía casco; el hemisferio izquierdo de su cráneo tenía una placa atornillada al mismo que interfería con la

sincronización en marcha de la servoarmadura y el resto era calvo. Por encima de su hombro izquierdo colgaba el muñón de un servobrazo que fue destruido durante la masacre. Algunas de las herramientas disponibles en el servo lacio todavía funcionaban, sin embargo aún tenía que desmantelarlo.

Shen'ra todavía sentía el dolor de su pérdida. Se despertaba a veces durante la meditación, junto con la imagen residual de un sueño oscuro. Él era acosado por fantasmas, el recuerdo de su servobrazo perdido y los recuerdos de los hermanos muertos asesinado delante de sus ojos.

-¿Sabes lo que hay en esta caja? –preguntó Shen'ra a Numeon cuando se paró detrás de él.

-Un montaje de armas centinelas.

Shen'ra se enderezó y pasó la mano por el cañón del cañón que contenía.

-Es una plataforma semioruga de armas pesadas semi-automatizadas Rapier con sistemas de rastreo y generadores de energía -miró a Numeon por encima del hombro. -Éste lleva un láser destructor. Es una de las armas móviles individuales más devastadoras en todo el arsenal de las Legiones Astartes. Lo tenemos a nuestra disposición, ¿Y quieres dejarlo atrás?

El tecnomarine se volvió para encontrarse con la mirada de Numeon, los servos de su servoarmadura gruñendo en empatía mecanizada con su portador.

Shen'ra era un nocturneano, nativo de la Ciudad Santuario de Themis. Era un gigante; ancho de hombros y una cabeza más alta que Numeon. Pero el capitán de la Guardia Pira estaba impávido mientras miraba hacia el tecnomarine.

-Estamos levantando el campamento. Cualquier cosa más grande que un bólter se queda atrás y sin posibilidad de reparación. Nuestros enemigos no serán capaces de usar nuestras propias armas contra nosotros.

-Mira a tu alrededor, Numeon -Shen'ra indicó con un gesto hacia el patio de vehículos.

Todo guerrero estaba atado con bandoleras de granadas, sus bolsas repletas con cargadores de repuesto. Parecían determinados, bien armados, pero eran pocos y desiguales.

Shen'ra habló en voz baja. -Esto no es la legión, y de acuerdo con Pergellen nos enfrentamos precisamente a eso.

-Sé que no estás sugiriendo que abandonemos este mundo -dijo Numeon, su tono peligroso.

-Me siento insultado incluso por mencionarlo –respondió Shen'ra.

-Mis disculpas, tecnomarine.

-Puedo tener el Rapier montado y armado en menos de trece minutos. Permíteme llevarlo con nosotros. El semioruga puede igualar fácilmente nuestra velocidad de tierra y necesitaremos su potencia de fuego si queremos tener alguna posibilidad de lograr nuestra misión.

-Ranos es un laberinto, Shen. ¿Qué pasaría si queda atrapado en escombros? Puede tener velocidad, pero hay lugares a los que podemos donde armas montadas no.

-Deja que sea mi preocupación. Si tenemos que dejarlo que así sea. Destruiré el arma yo mismo y habremos perdido nada. Lo que rescatados de esa nave de desembarco es todo lo que tenemos, Numeon.

-Cada hermano, Shen, *es* todo lo que tenemos.

-De acuerdo -dijo el tecnomarine. -Razón de más para reforzarnos con un cañón montado sobre orugas.

Numeon sacudió la cabeza ante Shen’ra. Entre la petulancia de Leodrakk y la tenacidad de la tecnomarine, se preguntó quién conseguiría matarle primero.

-Tienes diez minutos- dijo, y se fue a ayudar a Domadus en la coordinación del sabotaje.

-Se van –silbó Dagon por el vox.

Narek tenía el patio de vehículos bajo vigilancia a través de su mira. Como sospechaba, los restos de las tres legiones que habían ayudado a diezmar en Isstvan V habían sido responsables de la muerte de cuatro de sus hermanos.

Una puerta blindada separaba el patio de vehículos de la calle. No tenía techo pero si estaba amurallada. Más allá había un patio exterior, un delantal de asfalto por el que se podía entras o salir del tráfico. También estaba amurallado, pero este alcanzaba su punto máximo alrededor de la cintura y la cresta de una malla de alambre no pararía una flecha, y mucho menos un proyectil reactivo de masa.

Acababa de ver a un Salamandra romper por la puerta. Se veía triste.

-Los ánimos se están debilitando -murmuró para sí mismo antes de responder a Dagon, -Alguien debe habernos visto en el lugar de la emboscada y adivinado que le seguiríamos -Narek recordó la torre de enfriamiento y la sensación de que alguien le observaba. Ahora sabía que sus instintos no le habían mentido. Tal vez no estaba tan acabado como pensó a priori.

-¿Nos involucramos? -preguntó a Dagon.

-Todavía no. Avanzaré, observaré más de cerca. Tú permanece alto y mantén una visión de águila.

Narek volvió a unir la mira a su rifle, se lo echó al hombro y comenzó a moverse. Justo antes de entrar en la calle echó una mirada rápida a la chimenea, donde Dagon se colocó muy por encima de él y luego salió de su posición.

Agazapado, Narek se movió rápidamente y pegado a las sombras. El enemigo podría tener centinelas, o quien le había visto anteriormente podría estar observando. Una vez conseguida una distancia de doscientos metros por la calle se metió en un callejón lateral y desde allí a un domicilio, entrando en silencio a través de una puerta trasera.

Había cuerpos en su interior. La sangre seca pintaba las paredes, oscura y brillante. Las luces estaban apagadas, destrozadas. Los muebles estaban vueltos hacia arriba. Un hombre mayor y una mujer joven habían sido destripados. Las vísceras inundando el suelo brillaban la de luz ambiental desde el exterior a través de una ventana rota con las persianas diseñadas para ocultarla deformadas y rotas.

Una marca fue escrita en la sangre. El óctuplo; la estrella de ocho puntas.

Elias le había asegurado de que los cultos estaban bien ocultos hasta que les llamó. Narek aún podía ver la cara de sorpresa y horror grabada en el rostro de la joven. El anciano reflejaba una mueca mortal. Un ataque al corazón, supuso.

Permaneciendo gacho Narek avanzó hacia la ventana rota. La ventaja era esencial. No había nada su línea de visión. Tenía una trayectoria ininterrumpida al patio de vehículos. La cobertura de la habitación era satisfactoria también. Tiró de una sección de la persiana rota para ocultar aún más su presencia. Luego se agachó sobre una rodilla, apoyando el cañón de su rifle en el labio de la ventana y apuntó hacia abajo. El Salamandra errante se deslizó directamente en su punto de mira.

Volvió a abrir el enlace vox.

-En posición.

-¿Órdenes?

-Cuatro muertes por cuatro asesinatos. Espera hasta que se aleje de la salida a la calle; entonces te daré la señal.

-Confirmado.

Dagon cortó el enlace.

Ahora lo único que tenían que hacer era esperar.

El disparo, cuando llegó, sería amortiguado por la explosión de las cargas.

Al principio pareció como si el médico se deslizara, pero el geiser de sangre que entró en erupción de su gola en ruinas eliminó toda duda.

El salamandra se desplomó sobre sus rodillas, lanzando gorjeos y espuma a través de su unidad de vox, con el guerrero más cerca de él agarrándole del brazo y alertando al mismo tiempo a los otros del ataque.

Grammaticus sintió una fuerte presión en su espalda cuando el psíquico, Hriak, lo empujó al suelo.

La afirmación de que el tiempo transcurría lento durante una crisis era realmente cierto. Era la forma en que el cerebro se las arreglaba para ordenar y hacer frente al trauma posterior, permitiéndole al cuerpo a reaccionar lo más rápido que pudiera para protegerse de cualquier daño.

En los lentos segundos como glaciares que transcurrieron para Grammaticus entre permanecer en posición vertical y luego hacer un balance de su nueva situación ocurrieron varias cosas a la vez.

Numeon gritó la orden de ponerse a cubierto, señalando el muro bajo que rodeaba la plataforma de asfalto donde la compañía se había reunido. Una placa de datos en la que había estado revisando la ubicación de la base secundaria fue anclada magnéticamente en su muslo mientras que la otra mano cogió un arma enfundada en su cinturón.

Domadus entró en una posición de apoyo, girando lentamente su bólter pesado para apuntarlo hacia afuera, hacia la calle y los edificios más allá.

Pergellen había estado en el punto con el tecnomarine. Ambos se quedaron gachos, el primero escaneando la ciudad oscura en busca del fogonazo suprimido; el último poniendo la espalda contra la pared e iluminado por un panel de control en su guantelete. Los dos intercambiaron respuestas concisas pero, ensordecidas por los gritos y el extraño filtro casi subterráneo que su cerebro estaba poniendo su oído, Grammaticus no pudo distinguir nada.

Cayó al suelo una fracción de segundo más tarde que el disparo al Salamandra. El legionario cayó con fuerza, como un árbol talado, escupiendo sangre, una piscina de la que se estaba expandiendo desde la arteria rota en el cuello.

"P-e-r-m-a-n-e-c-e... A-g-a-c-h-a-d-o..."

Hriak le gritó, las palabras ralentizadas por la distorsión sensorial.

Tan pronto como sintió la tierra bajo sus manos y codos, Grammaticus sintió que el tiempo reanudó su ritmo normal.

-No te muevas de aquí -dijo Hriak, desenvainando un arma mientras se movía para apoyar a sus hermanos. Grammaticus lo observó, lo siguió hasta el final a la pared baja donde otro Salamandra se agachó.

El Salamandra salió al descubierto, su bólter rugiendo en un esfuerzo de proporcionar fuego de cobertura. Un segundo disparo lo inmovilizó mientras se levantaba, apuntado con precisión y atravesándole el pecho. Cayó hacia atrás, perforado e inmóvil.

Más gritos, esta vez de Numeon a Leodrakk, que estaba acercándose al final de la pared, dando discutiendo como si él iba a intentar una carrera en la calle en la cubierta más profundo y luego buscar a sus atacantes desde allí.

-¡Aguanta! -Numeon gritó a él, su voz metálica y urgente a través de su unidad vox.

Domadus seguía explorando, los anillos de alcance concéntricos en su ojo biónico zumbando a medida que se centraban y orientaban en diferentes objetivos.

El médico Salamandra estaba siendo arrastrado por otros dos legionarios cuando un tercer disparo vino de la oscuridad. Este tuvo como destinatario a uno de la Guardia del Cuervo, haciéndolo girar con la fuerza del impacto, arrancando un grito de muerte de sus labios.

-Quédate abajo -gritó Hriak, poniendo la mano de forma que le dijo a Grammaticus que no se moviera.

-No me oirás resistirme a ello -murmuró Grammaticus, y se arrojó de bruces.

-Brillo del metal. Lo veo, en la azotea. Treinta grados al este. Distancia, ochenta metros.

La evaluación de Pergellen llegó a través del vox a Numeon.

Entre ellos había siete metros y Numeon vio al explorador estaba alineando su mira, tratando de ocultar el hecho dee que había expuesto al francotirador enemigo.

-Es difícil conseguir una línea de visión en este laberinto. Daremos un rodeo, buscando su lado ciego.

-Espera -le advirtió Pergellen. Echó un vistazo a los tres legionarios muertos, ahora solos y sangrado a la intemperie. *–Las trayectorias sugieren dos posiciones de disparo.*

-Dos hombres armados -respondió Numeon con gravedad.

Pergellen asintió.

-Permiso para devolver el fuego -gritó Domadus. Estaba de pie contra una columna justo dentro del parque de vehículos, con el bólter pesado preparado para disparo automático.

-Negativo. Te derribarán antes de poder presionar el gatillo.

-No podemos permanecer fijados como ahora -le espetó Leodrakk, a seis metros de Numeon en el extremo opuesto de la pared.

-Tengo al otro en la mira ahora –interrumpió Pergellen, con la mira presionada contra su ojo. Transmitió las coordenadas, volviéndose de nuevo para que su espalda se pegara a la pared y comenzó a preparar su rifle.

Numeon se asomó por encima de la cubierta para medir las posiciones relativas de los francotiradores, pero se vio obligado a cambiar de idea cuando un proyectil recortó la pared.

Respirando con dificultad, furioso por su impotencia para hacer algo, abrió el vox.

-Hriak.

El bibliotecario sacudió la cabeza. *-Están demasiado lejos, y sin un objetivo que pueda ver hay poco que realmente pueda hacer.*

Numeon gruñó. -Maldita sea.

Se dio cuenta de que Shen'ra manipulaba el panel sobre el guantelete, sus implantes sinápticos estableciendo la conexión de datos entre el tecnomarine y su Rapier.

-Consígueme un vector preciso para ambos objetivos -transmitió.

Leodrakk escuchó y llamó a Pergellen.

-Si les atraigo, ¿puedes localizarlos?

El explorador asintió, abandonando el rifle pero manteniendo la mira.

Al darse cuenta de lo que su hermano estaba a punto de hacer, Numeon gritó: -¡Leo, no! -y comenzó a moverse justo cuando Leodrakk se puso de pie bólter listo.

Grammaticus tenía la cabeza baja como le indicaron, de cara al tecnomarine y el explorador.

Oyó a Numeon gritar el nombre de su hermano, sintió el temblor de movimiento a medida que ambos se pusieron de pie.

Dos disparos siguieron en rápida sucesión, una copia al carbón de los que anunciaron la muerte de Varteh y Trio.

Medio segundo después, leyó las siguientes palabras en los labios de la tecnomarine, -*Objetivo cuarenta y siete punto seis por ochenta y tres. Fuego.*

El batir de servos activándose cortó la tensión cuando de cañón manejado por el tecnomarine entró en acción. Una explosión de luz incandescente de su arsenal de armas fue precedida por una bengala caliente del dolor y el flash de magnesio blanco abrasador que acompañó al disparo.

Grammaticus supo que él fue golpeado incluso antes de que sintiera la sangre filtrarse a través de su ropa y el frío como su frágil cuerpo humano se rasgó.

El paisaje urbano se desató en una serie de explosiones cuando domicilios manufactorums y otras estructuras fueron destrozados por el láser destructor del Rapier. Escombros en cascada como granizos pesados cayeron de fachadas destrozadas, pilares rotos e interiores completamente eviscerados.

Emitiendo un staccato drone de tono alto, el láser destructor apuñaló con un continuo bombardeo de rayos el área designada por su operador. No se detuvo hasta que el Rapier se apagó para un enfriamiento de emergencia.

Las nubes de polvo aún se estaban disipando cuando la sección singular de residuos se colapsó tardíamente en la calle de abajo al tiempo que Numeon y los otros salieron de la cubierta.

Helon, Uzak y Shaka estaban muertos; sus cuerpos cubrían el anexo fuera del parque de vehículos.

Domadus avanzó hacia delante a través de la estrecha abertura entre las secciones de la pared exterior. Su ojo biónico todavía estaba escaneando en modo de detección exotérmica y de movimiento.

-No hay nada ahí fuera. No hay amenazas visibles.

Pergellen asintió, colocando de nuevo su mira en su rifle, pero adoptando posición de observación de todos modos.

Mantén los ojos abiertos; ambos -dijo Numeon, ayudando a levantarse a Leodrakk.

Numeon le había derribado cuando trató de provocar a los tiradores, enviando a ambos dando vueltas.

Leodrakk tenía una marca en el flanco de la servoarmadura donde algo había marcado un surco poco profundo en el metal.

-Rebotó -dijo, gruñendo mientras se levantaba con la ayuda de Numeon. –Suerte.

-Más suerte que la de ellos -dijo Numeon, y cuando se volvió para indicar a sus compañeros muertos se dio cuenta de la forma laxa de John Grammaticus.

El hombre estaba acostado con la cara hacia un lado, fija en una máscara de dolor. Cuando llegó a su posición encontró una mano y la mayor parte de su brazo empapado en sangre.

Numeon frunció el ceño, dándose cuenta de a donde se dirigió el proyectil rebotado.

-Maldita sea.

Narek liberó a Dagon de los escombros. Parecía como si varios pisos se derrumbaran encima de él mientras el francotirador estaba en fuga.

-Te advertí que no te rezagases –le dijo Narek, soltándole para que Dagon pudiera desempolvar su servoarmadura y expulsar la arena de sus pulmones. Su casco estaba hundido, abollado por una losa de piedra o una viga. Ambas lentes quedaron inútiles, y Dagon tenía una profunda herida sobre su ojo izquierdo en el que el impacto había empujado hacia el interior, sin olvidar que la unidad vox estaba en pedazos. Tomando un último vistazo a la cara demoníaca gruñona de su placa frontal, Dagon descartó su casco.

Su verdadero rostro, como Narek decidió cuando Dagon le miró, era enteramente más inquietante.

La frente, la nariz y los pómulos estaban elevados, la piel en el medio hundida como si demacrada por la edad. Tenía un tinte ligeramente cobrizo, pero no como el metal; más como el aceite de motor, y el color cambiaba sutilmente dependiendo de cómo la luz lo bañase. Lo más inquietante de todo, sin embargo, fueron las dos protuberancias óseas a ambos lados de la frente de Dagon. En su infancia en este

momento, Narek supo que sólo crecerían cuanto más estuviera Dagon en presencia de Elías.

Aquí, en Traoris, en Ranos, sintió el cambio de la realidad. Temblaba, afectándole a nivel interno, como gusanos retorciéndose bajo su piel.

Narek no traicionó nada de esto a Dagon que sonrió, dejando al descubierto dos hileras de diminutos colmillos en lugar de dientes.

-Dijiste cuatro muertes.

Narek comprobó la carga en su rifle antes de devolverlo a su cubil tras su hombro blindado.

-Conté tres -respondió.

-El ser humano fue alcanzado por un proyectil desviado.

-Deberías haber matado el legionario según las instrucciones.

-Se movió.

-Entonces compénsalo -dijo Narek y salió de los escombros.

-Se estaba desgarrado, hermano. Ningún ser humano podría sobrevivir a tales heridas. Cuatro por cuatro.

-No, Dagon. Contamos tres. Incluso si el ser humano muere, es sangre por sangre. Legionarios por legionarios.

Dagon asintió y siguió a su mentor de vuelta por las calles demolidas.

-Volveremos a por el cuarto –respondió Narek por encima del hombro. -Y luego cazaremos al resto.

DIEZ

Carne Ardiendo

“Todos hemos ardido. Abajo, en los pozos de fuego, o por el hierro de los marcadores en el solitorium, todos hemos tocado el fuego. Deja cicatrices, incluso en nosotros. Las llevamos con orgullo, con honor. Pero las cicatrices que tomamos ese día en ese campo de batalla nos dan sólo vergüenza y arrepentimiento. Son un monumento en la carne, un recordatorio físico de todo lo que hemos perdido, pues incluso una quemadura que nace del fuego no puede soportarse sin dolor.”

- Artellus Numeon, Capitán de la Guardia Pira

Vivía.

A pesar del fuego había, contra todo pronóstico, sobrevivido. Recordé el horno, o al menos fragmentos de lo que había hecho conmigo. Recordé mi piel llenarse de ampollas, el hedor de la grasa ardiendo, el humo de la carne cocinada llenando mis ojos mientras los humores vítreos hirvieron dentro de ella.

Ennegrecido, convertido en cenizas, no era nada más que polvo. Una sombra sin forma, no muy diferente del aspecto favorito de mi hermano carcelero.

Y sin embargo...

Vivía.

El horno era historia. Ferrus se había ido. Todo era oscuridad y frío. Recordé que estaba en una nave, en algún lugar del espacio profundo. Recordé la prisión que mi hermano con corazón de hierro había hecho para mí, una jaula lo suficientemente fuerte como para sostener a un primarca.

Aún estaba débil. Mis miembros se sentían pesados y mis corazones latían con furia en mi pecho mientras la fisiología mejorada trabajó para mantenerme vivo. Tal vez me había sanado por medio de algún don regenerativo que desconocía poseer. Lo más probable es que el horno no fuera real, ni mi calvario en sí mismo. Había

estado viendo la sombría cadáver rostro de mi hermano muerto después de todo. ¿Quién sabía qué traumas había soportado mi mente?

Por un momento pensé en la posibilidad de que todo esto era una alucinación, que estaba tirado sobre Isstvan V, herido y en un coma inducido por an-sus. O que me había recuperado y mi cuerpo trabajaba para revivir en alguna cámara Apothecarion, con mi mente luchando para ponerse al día con él.

Descarté todo eso. Mi secuestro era real. Curze era real. Este lugar, esta prisión que Perturabo hizo para mí era real. No había despertado de una pesadilla; esto era la pesadilla. La estaba viviendo con cada respiración torturada.

Pero era difícil pensar, razonar. La misma presencia de Ferrus y todo lo que había visto o no visto me hizo cuestionar mi cordura. Ya era bastante terrible tener carne y hueso cortada, dividida y troceada, pero lo que era realmente aterrador era la lenta erosión de la sensibilidad, de uno mismo y la confianza en mi capacidad para discernir la realidad de la fantasía. ¿Cómo puede uno defenderse contra de su propia mente, de lo que tus sentidos te dicen? No había ninguna armadura para eso, ningún escudo o fuerza de voluntad y capacidad de razonar en reserva en un rincón de tu mente.

No traté de levantarme. No di voz a mi desafío o ira. Simplemente respiré y dejé que el enfriamiento de mis células oscuras me lavase. Traté de recordar todo lo que sabía de mi carcelero, todo lo que podía recordar con precisión.

Y entonces, cerrando los ojos, me permití soñar.

Kharaatan, durante la Gran Cruzada

Sucios, desnutridos, la soldadesca de Ciudad Khartor era un espectáculo lamentable. Igual que una horda de hormigas, vestido con caparazones de rojo sucio, desfilaron desde las puertas de la ciudad abiertas con sus brazos extendidos por encima de sus cabezas en señal de rendición.

El guardia de la pared llegó primero, escoltando a sus capitanes y oficiales. A continuación los primeros soldados de línea desde el patio, y las unidades barricadas de segunda, los centinelas de la torre, los soldados guarnicionados, las reservas, la milicia. Amontonaron sus armas en la plaza de la ciudad siguiendo las

instrucciones de los megáfonos de los maestros disciplinarios con camisa negras del comandante Arvek. En el momento en que la ciudad fue vaciada de sus guerreros el material entregado fue inmolado en una poderosa pira negra.

Los civiles vinieron después.

Las mujeres presionaban sus bebés al pecho, hombres con los ojos abiertos caminando en procesión solemne, demasiado asustados para llorar o gemir, demasiado rotos para hacer nada más allá de mirar hacia el amanecer ascendente que se arrastró por las dunas de arena como un depredador paciente. Los cánidos, bovinos dirigidos por los agricultores, los trabajadores, los fabricantes de todo tipo, vendedores, oficinistas, los escribas y los niños. Ellos abandonaron Khartor, su hogar y de consuelo, en un éxodo grande y hosco.

Tanques Vodisianos flanqueaban a los batallones de fusileros Utrich y cazadores Navite, inconfundibles en sus uniformes del Ejército Imperial. Incluso el propio comandante Arvek se inclinó desde la cúpula de su Stormsword para ver la multitud de nativos errantes pasar. Varios se detuvieron a los pies de sus opresores pidiendo misericordia hasta que los maestros disciplinarios les devolvieron a ala fila. Otros se arrodillaron a la sombra de los Reyes del Fuego del Princeps Lokja, creyendo que eran dioses encarnados en hierro. Cuando la agresión y la intimidación no pudo levantarles, estos individuos pobres tuvieron que organizarse por equipos de camilleros desde el medicae. Había poco más que hacer para estos cirujanos y hospitalarios; la fuerza imperial había puesto fin al conflicto sin bajas. Y esto fue a pesar de la presencia de xenos entre las hordas sucias.

Era un hecho que complacía y disgustaba al Señor de los Drake en gran medida.

-Él tenía razón –murmuró Vulkan, mirando a Ciudad Khartor desde la distancia a medida que se vació poco a poco.

-¿Mi señor? -preguntó Numeon, de pie al lado de su primarca en los campos de concentración. Cerca de allí, en una llanura de tierra aplanada por los ingenieros imperiales, los salamandras fueron reembarcando en sus Stormbirds para un redespliegue inmediato. El mundo fue sometido. El Imperio había ganado.

-Sin sangre dijo –contestó Vulkan, observando las masas humanas saliendo de la ciudad.

En las paredes de este último bastión las baterías yacían vacías, torres de vigilancia se erguían como centinelas impotentes y sólo sombras guarnecían las almenas. Uno por uno, soldados y civiles por igual, toda la población de Khartor se sometió a la voluntad del Imperio.

Numeon frunció el ceño. -¿No lo era?

Por primera vez en casi una hora, Vulkan volvió su mirada ardiente a su palafrenero. Numeon ni siquiera se inmutó. Incluso su corazón no le traicionó.

-Eres un guerrero brutal, Artellus -dijo el primarca.

-Soy como necesita que sea, mi señor -inclinó la cabeza un poco, mostrando deferencia.

-En efecto. Todos los de la Guardia Pira cacarean que son sin igual en la XVIII. Al igual que los dragones de las profundidades son salvajes y feroces, de garras y dientes afilados -Vulkan hizo un gesto a la hoja pegada a la espalda de su escudero. Aún no se había ensangrentado en esta campaña y, a juzgar por la capitulación total de los Khartanos, seguiría estando inmaculada. -Pero, ¿Sacrificarías toda una ciudad, soldados y civiles por igual, para enviar un mensaje y evitar más derramamiento de sangre?

-Yo... -no había respuesta correcta, y Numeon lo sabía.

-La balanza está a favor de Curze. Sangre por sangre. Sin embargo, me marcho con una nube de compromiso y sentimiento de culpa en mi conciencia.

Numeon miró a la tierra a sus pies como si pudiera dar una respuesta. -Yo también lo siento mi señor pero ¿Qué queda por hacer? -echó un vistazo al resto de la Guardia Pira, que estaban esperando solemnemente a su capitán y Primarca un poco más alejados, separado de la Legión.

Vulkan miró hacia donde un ejército se encontró con otro a medida que varios de los batallones del comandante Arvek se unieron con secciones de personal del Munitorum para recibir a los nativos y aceptar su rendición. Los soldados del Ejército saludaron con sus rifles láseres empuñados y listos; los oficiales Munitorum los saludaron con Mnemo- plumas y placas de datos.

-No lo sé todavía, pero si me hubiera dado cuenta de cuan profundo había penetrado en Curze su mal no habría aceptado este sometimiento.

Numeon consideró a Vulkan. -¿Su mal? ¿Crees que el primarca está enfermo?

-En una forma de hablar, sí. Una enfermedad, y de lo más insidiosa. La oscuridad de su casa el Nostramo; creo que en realidad nunca la dejó.

-Podrías llevar estas quejas a Lord Horus o Lord Dorn.

Vulkan asintió. -Siempre he valorado el consejo de mis hermanos mayores. Uno está cerca de la Cruzada, el otro en Terra. Entre ellos sabrán qué hacer.

-Todavía suena preocupado, mi señor.

-Lo estoy, Artellus. Muchísimo. Ninguno de nosotros quiere otra sanción, otro de los pilares vacío en la gran investidura, el nombre de otro hermano extirpado de todos los registros. Ya es vergüenza suficiente soportar el dolor de dos. No tengo ningún deseo de añadir otro a la misma, pero ¿qué otra opción tengo?

La respuesta de Numeon fue silenciada, porque sabía cómo se entristecía Vulkan al hablar mal de sus hermanos, incluso de uno como Curze. -Ninguna en absoluto.

Ubicado en una cuenca poco profunda del desierto rodeando el campo de concentración, el Munitorum había reunido una armada de naves de transporte. De gris plomizo, estampadas con el sello del Departamento y asistidas por una multitud de supervisores, guardias, codificadores y de intendencia, las naves fueron siendo preparadas para el embarque atmosférico inmediata. A diferencia de los Stormbirds, estos buques no se dirigían a los campos de batalla. No todos ellos, aún no.

Eran cosas grandes, ciclópeas, mucho mayores que las naves de desembarco legionarias o los transportadores de tanques utilizados por el Ejército. Designados para la recolonización, reclutamientos del ejército y, en algunos casos, potenciales candidatos de la Legión, el destino de cada hombre, mujer y niño de Khar-Tann dependerá de la forma en que abrazaran en su totalidad a sus nuevos amos. Ciertamente ninguno volvería a Kharaatan; sólo la forma de su salida y de su destino en adelante estaba en cuestión.

Tras varias horas de despojar a la ciudad poco a poco de sus ocupantes, dos campos se habían comenzado a formar compuestos por ciudadanos de Khartor: los que habían luchado junto a los xenos de buen grado y aquellos que habían luchado contra ellos. El establecimiento de la culpabilidad o la inocencia de ambos gravaron al personal del Munitorum en extremo, y manadas de personas fueron acumuladas en una especie de limbo entre ambos, mientras una evaluación más exhaustiva pudiera hacerse. Se hicieron súplicas, ignoraron sobornos bajo la atenta mirada de supervisores del Munitorum, pero uno a uno fueron procesados y subidos apresuradamente a las naves.

En el interior se estaba apretado. Entre el gran número de organismos, los solares de concentración prefabricados del Munitorum, tanques y módulos de aterrizaje había poco espacio para moverse o respirar. El procesamiento estaba tomando demasiado tiempo, pero aun así más se introdujeron en los motores de codificación del Departamento. Cientos se convirtieron en miles. Cuellos de botella comenzaron a formarse. Disturbios se desarrollaron, dejados ir por maestros disciplinarios vigilantes. El orden perduraba. Apenas.

Dentro de la manada de funcionarios imperiales, también estaba representada la orden de Rememoradores. Catalogando, fotografiando, trazando; algún hecho o escena en arte que más tarde sería confiscado, otros tomaron testimonio de los liberados donde podían; esto también era redactado. No podían enviarse imágenes o informes de la Cruzada hacia el ancho Imperio sin haber sido sancionados. La captura de la gloria, la seriedad del momento, eran el propósito de los rememoradores. Nada más. Vulkan vio a Seriph entre la multitud, manteniéndose cuidadosamente fuera del camino detrás de un pelotón de fusileros Utrich.

A raíz de los ojos de su Primarca, Numeon preguntó: -¿No es su biógrafa humana, mi señor?

-Nos separamos mal cuando nos reunimos por última vez. Otro efecto de la presencia de Curze en mí. Me da vergüenza admitirlo. Voy a corregir eso -Vulkan comenzó a caminar hacia el campamento Munitorum. A pesar de las condiciones de hacinamiento nada se interpuso en su camino. -Haz que la legión esté lista para partir cuando regrese –ordenó a su palafrenero, que saludó a sus espaldas. –No quiero permanecer aquí más tiempo del necesario.

-Sí, mi señor -respondió Numeon, y en voz más baja añadió: -No encontrará argumentos aquí.

La mirada de Numeon se desvió de su Primarca hasta el borde de los campos en los que un escuadrón de Amos de la Noche miraba. Sabiamente, habían elegido para depositar sus lanzaderas lejos del campo de agrupamientos de los Salamandras y estaban representados por una fuerza simbólica aún esperando unirse a las demás. No había señal de Lord Curze.

Los legionarios de la VIII se mezclaban con los oficiales del Munitorum, que dieron a cada uno de ellos un gran rodeo. Esto también era sabio. Incluso con sus cascos craneales ocultando sus expresiones, Numeon podría decir que los Amos de la Noche estaban disfrutando de este pequeño acto de intimidación. Más de una vez un legionario se desviaba deliberada e innecesariamente cerca de la ruta de un secretario o escribano ocupados, lo que obligó al pobre individuo a alterar su rumbo para no ser acosado o llamado a rendir cuentas bajo el resplandor de las lentes retinales. Los terceros no implicados en estos "juegos" murmuraron sarcásticamente entre sí por el obvio oprobio.

-Nos están incitando -dijo Varrun, apareciendo en silencio al lado de Numeon con el resto de la Guardia Pira.

-Nuestro Primarca -dijo Atanarius, su noble barbilla levantada en la faz de la VIII, -¿Cómo lleva el asunto?

Numeon respondió honestamente: -Igual que nosotros. El sometimiento de Kharaatan ha dejado un sabor amargo.

-Ellos se deleitan con ello -ofreció Ganne, aguantando solo a media un gruñido.

-Me gustaría ver las sonrisas borradas de sus rostros -dijo Leodrakk, lo que provocó una lenta inclinación de cabeza y murmuros de comprensión de su hermano Skatar'var.

-Sí -convino Varrun. –Me gustaría medir su valor real como guerreros en las jaulas de duelo.

Sólo Igataron mantuvo un silencio ceñudo ante los Amos de la Noche.

-Siguen siendo nuestros hermanos de armas –les recordó Numeon. -Nuestros aliados. Su armadura no es tan diferente de la nuestra.

-Es de un tono más oscuro -gruñó Ganne. -Todos vimos los muertos en Ciudad Khar-Tann.

Numeon hizo un gesto a los rebeldes humanos siendo conducidos poco a poco a las plumas del Munitorum.

-Y aquí, los ciudadanos muy vivos de Khartor. Es un hecho difícil de ignorar.

Nadie habló, pero el calor de la ira era palpable entre ellos y dirigido a la VIII legión.

Sin embargo, los Amos de la Noche no estaban allí sólo para convencer. Sus legionarios rodeaban un tercer campamento, mucho más pequeño. Ésta era una prisión cerrada de ceramita, custodiada por no menos de tres bibliotecarios. Contenía a los señores xenos que habían esclavizado a este mundo.

Khartor había sido la mayor de las ciudades de Kharaatan, su capital planetaria. Y fue aquí, cuando el Imperio volvió con llamas y venganza, donde los alienígenas eligieron hacer su guarida. Un aquelarre de doce años había subvertido la voluntad de Kharaatan, una advertencia sobre los peligros de confraternizar con xenos. Los Xenobiólogos les identificaron: eldar. De piernas largas, ojos almendrados y ardiente furia arrogante, la XVIII conocía muy bien a esta raza. No eran diferentes de las criaturas que habían combatido en Ibsen, o los asaltantes que una vez habían plagado Nocturne durante siglos antes de la venida de Vulkan. La Guardia Pira era de terranos por nacimiento, que no había experimentado los horrores infligidos al mundo natal de su primarca, pero compartió su ira contra los xenos a pesar de eso.

Los nativos de Kharaatan habían adorado a esta raza de brujas como dioses, y pagarían un precio por esa idolatría.

-¿Qué persuasión podrían haber utilizado los xenos para someter a toda una población? –se preguntó Numeon en voz alta.

-Subversión psíquica -dijo Varrun. -Un truco para doblegar a las mentes débiles, favorecidas por la brujería. ¿Cuántos mundos hemos visto deshechos como este?

Gruñidos de acuerdo desde el otro guardia Pira se unieron a esta declaración del veterano.

-Puedo pensar en uno muy reciente en la memoria -pronunció Ganne.

-Las tribus de Ibsen fueron víctimas, no cohortes –le corrigió Numeon.

-Pero, ¿cómo elegir cuál de las opciones entre esta triste suerte? -dijo Varrun, alisando su barba cenicienta como si razonara ese enigma.

Algunos miembros del Ejército y personal Munitorum se habían agolpado en los campamentos mientras los ciudadanos de Khartor eran sistemáticamente divididos. Un mar de camuflajes para el desierto y uniformes grises del Departamento pululaba entre los Salamandras y los Amos de la Noche, separándolos. Los legionarios todavía podían verse unos a otros, ya que se elevaban por encima de los seres humanos y sus torsos superiores, hombros y cabezas eran aún visibles.

Numeon había visto y oído lo suficiente.

-Regresad a las naves y terminad el reagrupamiento. Todo deberá estar listo para cuando regrese el primarca.

La Guardia Pira se movía cuando Numeon vio un parpadeo en el tercer campo que encerraba a los xenos. Estaba girado a medias cuando se dio cuenta que el flash de luz en su visión periférica, duro contra el sol poniente, describía a los Amos de la Noche en blanco y negro. De repente estaban en movimiento. Alguien gritó y cayó, su voz muy profunda y vox aumentada para ser humana.

Otro destello no se hizo esperar. Un rayo. Y ni una nube en el cielo.

-¡Los psíquicos! -estalló Leodrakk.

Una llamarada de boca entró en erupción, el profundo staccato de un bólter haciendo eco a través del campo de reagrupamiento y los campamentos al mismo tiempo. Trazó una línea a través de las masas, triturando sangre y hueso, desintegrando carne cuando la lluvia de proyectiles detonó.

Una segunda llamarada nació persiguiendo la estela de la primera. Y después una tercera y cuarta.

Numeon vio a su presa, así como vio a numerosos soldados Vodisian y secretarios Munitorum destruidos bajo el fuego bólter, daños colaterales a los esfuerzos de los Amos de la Noche de recapturarles.

Los eldar estaban sueltos.

De alguna manera se habían quitado la soga psíquica sobre sus cuellos puesta por los Bibliotecarios de la VIII Legión y ahora corrían frenéticamente.

A la vista de esta carnicería inesperada el pánico fue el siguiente en entrar en escena. En segundos los estrechos confines de los campos se convirtieron en una turba.

Los Khartanos huyeron, saltando por encima de las barreras destinadas a canalizarle hacia sus nuevas vidas, sólo para ser asesinados a tiros cuando maestros disciplinarios gritaron órdenes de abrir fuego. Otros lucharon, desgarrando a sus nuevos opresores con las manos y los dientes. Garrotes y mazas de choque fueron desenvainadas. Algunos lloraban, pues el terror para ellos todavía no ha terminado. Muchos fueron pisoteados por la estampida, llevándose a sirvientes imperiales con ellos. Un empleado, lento para darse cuenta de lo que estaba pasando, desapareció en una masa creciente de Khartanos chillando. Un soldado fue golpeado accidentalmente a un lado, aplastado contra el casco de una nave. Su sangre quedó esparcida por su flanco gris en un inmenso chorro arterial.

-¡Hacia la turba! –gritó Numeon, liderando a los otros para restaurar el orden.

Detrás de ellos, el resto de la Legión había comenzado a moverse.

-¿Hermano? -era Nemetor, llamando a Numeon por el vox.

-Romped el cordón del Munitorum -gritó Numeon. -Coged a sus pilotos para mover esas naves. Diles que si no lo hacen su preciosa carga mortal será aplastada hasta la muerte -cortó el enlace, dejando a Nemetor cumplir sus órdenes.

La Guardia Pira formó rápidamente en formación de lanza, perforando la turba de los cuerpos del Ejército y Munitorum que parecían inflexibles a dispersarse por el desierto.

-Romped filas –gruñó Numeon a un teniente Vodisian, tirando el joven oficial de sus pies.

Sus hermanos hicieron lo mismo, arrancando las vallas de control que el Munitorum había puesto en su lugar y aliviado la presión sobre el apelotonamiento mortal que había comenzado a formarse.

-Arvek –trasmitió Numeon, gruñendo cuando un Khartano se quedó sin habla al rebotar en la servoarmadura del Guardia Pira. Leodrakk lo puso en pie, para luego desviarle de su camino. -Dile a tus hombres que rompan filas.

El comandante Vodisiano sonaba tenso cuando respondió. *-Negativo. Tenemos la situación contenida. Ninguno de estos rebeldes sobrepasará nuestro cordón.*

-Ese es el problema, Comandante. Khartanos nativos y sirvientes imperiales por igual están siendo aplastados en este caos. Rompa sus filas.

Al ver la conmoción Arvek trajo sus compañías blindadas compactadas, tapando los huecos en los campamentos del Munitorum, cerrando escapes, arreando a los nativos asustados a volver sobre sus pasos.

Los funcionarios más atrás, confundidos por la conmoción al principio, no se habían dado cuenta de lo que estaba sucediendo y habían continuado introduciendo más naturales en la rutina. En el momento en que hicieron un balance de la situación cientos más se habían añadido a la presión. Temiendo por sus vidas, cuando la multitud se había dado cuenta de su suerte y su potencial de salvación, los secretarios del Munitorum habían sellado a los nativos detrás de un muro de acero de seguimiento.

-Escaparán –replicó Arvek, su voz resonando en los confines de su Stormsword.

-¿Y desatará sus armas si intentan escalar su casco? -Numeon bateó a un maestro disciplinario a un lado con el dorso de la mano.

En conjunto, la Guardia Pira había hecho un pequeño respiradero. Sus hermanos de la XVIII estaban trabajando duro para ensancharla. La gente comenzó a liberarse; agotados, sangrando, medio muertos. Sin embargo la presencia de los Salamandras les mantenían inquietos. Ninguno estaba dispuesto a transgredir e intentar escapar con los demonios de ojos rojos observándoles.

Pero en lo profundo del campo la gente seguía muriendo, estrellándose contra el frontal de los blindados Vodisianos.

-Haré lo que sea necesario para mantener la seguridad -Arvek cortó la comunicación.

-Bastardo... –maldijo Numeon. Más tarde tendría *unas palabras* con el comandante.

-Va a ser una masacre... -dijo Varrun.

Numeon observó al acero Vodisiano estático encender megáfonos y lámparas de búsqueda como medidas preventivas adicionales. La gente retrocedió los unos contra los otros, cegados y ensordecidos. Arvek estaba empleando tácticas de represión de disturbios cuando los manifestantes no tenían espacio para retroceder.

-Tenemos que mover sus blindados.

A través de la turba espesándose es como si estuvieran a kilómetros.

Entonces Numeon vio al primarca, destacando por encima de la locura.

Al darse cuenta del peligro presentado por los tanques Vulkan corrió hacia ellos. Sin frenar, cargó con los hombros contra el Stormsword de Arvek a toda velocidad y comenzó a empujar.

Haciendo una mueca por el esfuerzo, excavando zanjas en la tierra al hundirse sus pies, tiró del tanque súper pesado. Su masa misma empequeñecía al primarca, las venas en el cuello de Vulkan se tesaron cuando puso en acción su fuerza prodigiosa. Incluso Arvek no se atrevió a desafiar la voluntad de un primarca y sólo pudo mirar como Vulkan arrastró el peso muerto de la Stormsword por la arena. Rugiendo y con el cuerpo temblando forzó una brecha lo suficientemente amplia como para que las masas atrapadas escaparan.

Sin esperar a recuperarse, Vulkan se movió otra vez, permitiendo a los Khartanos fluir a su alrededor en un mar de desesperación mortal. El primarca se abrió camino a través de ellos hacia los xenos fugados, usando su tamaño y presencia para ello. Aún tenía que sacar un arma, pero en su lugar se centró en reducir a los eldar a medida que trataban de huir hacia el desierto.

No, aventuró Numeon cuando la Guardia Pira se abrió paso entre el mar de cuerpos, todavía luchando para reafirmar un poco de orden; iba a por Seriph. Varios de los rememoradores ya estaban heridos, posiblemente muertos. Abandonado por los fusileros Utrich se aferraron unos contra otros, tratando de no ser arrastrados al caos, manteniéndose unidos para salir de la tormenta repentina.

Gritando maldiciones en nostramano, los Amos de la Noche interceptaron a los xenos desde atrás, disparando sus bólters indiscriminadamente con la esperanza de golpear a un eldar.

Cinco de las brujas ya habían caído, uno con una espada-sierra renqueante todavía incrustada en su pecho. Otros dos erigieron escudos kinéticos de luz verde-gris para absorber los proyectiles de los perseguidores.

Un proyectil caliente rozó la mejilla de Vulkan, abrasándola mientras fue atrapado en el fuego cruzado. Llegó hasta los rememoradores, poniéndose entre ellos y la furia ciega de los Amos de la Noche y levantó su guante.

Gracias en parte a los esfuerzos sangrientos de los legionarios VIII, sino también a la brecha en las filas de Arvek por su propio Stormsword el área alrededor de los Eldar se había despejado. Enfrentarse a un primarca del Emperador no parecía asustar a los xenos, pero antes de que pudieran emitir sus arcos de rayos Vulkan desató su propia tormenta.

Un infierno brotó de su mano extendida, las unidades incineradoras construidas en su guantelete reaccionando al tacto de su amo. Lo que comenzó como un penacho de llamas se expandió rápidamente en una conflagración de promethium súper caliente. Los eldar quedaron atrapados por ella y envolvió sus cuerpos en siluetas de color marrón quebradizo por el calor mientras eran carbonizados en el interior del incendio. Ningún escudo kinético podría salvarlos; sus ropas y armaduras ardieron por igual, fusionadas a la carne hasta que todo quedó reducido a cenizas y los huesos carbonizados.

Vulkan se detuvo. El fuego se apagó y así también el motín, que ahora estaba siendo controlado.

Una sola bruja eldar seguía en pie con el rostro ennegrecido por el hollín, su cabello plateado chamuscado y quemado. Levantó la mirada hacia el Señor de los Dracos con ojos llorosos y la rabia escrita en la estrechez de sus labios y el ángulo de su frente. El escudo kinético que había salvado su vida crepitó vacilante y desapareció en el éter.

Ella no era mucho mayor que un niño, una novicia. Con los dientes apretados, luchando contra el dolor por la muerte de su aquelarre, la eldar ofreció sus muñecas en señal de rendición.

Numeon y los otros acababan de organizar a las multitudes que se fueron disipando poco a poco en el desierto más ancho y siendo reconducidos con diligencia por Nemetor y el resto de la Legión. Una vez las multitudes se diluyeron el costo real de intento de fuga de los eldar quedó revelado.

Hombres, mujeres, niños; Khartanos e imperiales por igual yacían muertos. Aplastados. La sangre corría en riachuelos rojos a través de la arena originados por cientos de muertos.

Entre ellos una figura solitaria brillaba, abarrotada por un corpúsculo de rememoradores maltratados que no están dispuestos a dejar que nadie se acercara, desesperados por defender sus cuerpos inmóviles.

Vulkan la vio la última, y el impacto de este descubrimiento disipó la ira de su noble rostro. Sus ojos brillaban, brasas convertidas en infiernos.

El niño eldar levantó las manos más alto, su desafío convirtiéndose en miedo sobre sus facciones alienígenas.

Numeon mantuvo a los otros atrás, advirtiéndoles con una mirada de no intervenir.

Mirando hacia ella, Vulkan levantó el puño...

No lo hagas...

...volvió el aire fuego.

Los gritos del niño eldar no duraron mucho. Se fusionaron con el rugido de las llamas, convirtiéndose en una cacofonía horrible. Cuando todo terminó y el último xenos era una cáscara de humo el carne quemada, Vulkan levantó la vista y se encontró con la mirada de los Amos de la Noche.

Los legionarios se detuvieron justo cuando comenzó la tormenta de llamas. Se pararon y miraron al primarca de los Salamandras en el borde de tierra quemada que había construido. Luego, sin decir palabra, se volvieron y fueron a recuperar a sus heridos.

Ganne murmuró algo y trató de ir tras ellos.

Numeon le cerró el camino con su guantelete tintineando contra el peto de Ganne, -No, id con el primarca, -le dijo a todos ellos. -Sacadle de este lugar.

Ganne se echó atrás y la Guardia Pira fue a su señor.

Sólo Numeon quedó atrás, abriendo un canal vox con Nemetor.

-Prepara el transporte del primarca. Estamos en camino -le dijo, y cortó el enlace.

Vulkan estaba de pie sobre el cuerpo sin vida de Seriph. Un proyectil perdido le había rozado. Fue suficiente para matarla. Había una gran cantidad de sangre, pues la túnica quedó empapada con ella; como también lo fueron las túnicas de los otros rememoradores que habían tratado de salvarla.

A pesar de la presencia del primarca, su amenaza obvia, los demás rememoradores no se apartaron del costado del seriph.

Un anciano con los ojos legañosos y características marchitas miró hacia el Señor de los Dracos.

-La veremos de vuelta en las naves -dijo.

Vulkan abrió la boca para decir algo, pero no pudo encontrar palabras para expresar sus sentimientos. En cambio asintió con la cabeza antes de recolocar su casco, pero se encontró con que no podía ocultar su vergüenza así como podría hacerlo con el rostro. Se volvió y dio cuenta de sus guerreros reuniéndose junto a él.

-La Legión le espera, mi señor -dijo Varrun humildemente, dándole leve inclinación de cabeza.

Antes de poder responder Vulkan se detuvo en seco cuando sintió que alguien lo observaba desde lejos. Mirando a su alrededor, vio a una sombra oscura y distante al borde de las dunas. Un segundo más tarde y su vox cobró vida.

-Ves hermano, sabía que lo tenías en ti. Un asesino sin corazón, igual que yo.

Vulkan contestó: -No soy como tú -y rompió el vínculo, pero el hedor de la carne quemada permaneció.

ONCE

Pilares mortales

-Para ser más que humanos; y al mismo tiempo, ser menos que humanos. Dentro de nosotros yace la capacidad para la grandeza. Somos guerreros, pero también debemos ser salvadores. Nuestro objetivo final es la auto-obsolescencia, porque cuando nuestra tarea sea exitosa y la paz, no la guerra, reinen en la galaxia, no tendremos utilidad y con ella nosotros también."

- Vulkan, a partir de los *Pruebas de Fuego*

El sueño terminó y me estremecí yo despierto.

Las últimas palabras de Curze en las afueras de Khartor me habían inquietado y obligado a mirar por mí mismo la evidencia del monstruo que él afirmaba era. Ellas hicieron eco en mi cráneo como huesos viejos, desenterrados de una vieja tumba tras un largo olvido.

El pasado siempre vuelve. Nunca se queda realmente muerto.

Lo primero que noté al abrir mis ojos fue que esto no era de mi celda.

La cámara era pequeña, y sin embargo expansiva al mismo tiempo. Sus paredes eran blancas, brillantes, lisas como el hueso. Oí voces dentro de ellas, y cuando forcé mis ojos vi diminutos circuitos de luz corriendo como cardúmenes de peces pequeños por el flujo de un río.

No había olor, ni sabor. Mientras me movía, poniéndome en pie, no escuché ningún sonido. No pude detectar aire y sin embargo todavía respiraba, mis pulmones funcionando como siempre lo habían hecho. No podía detectar evidencias de mis torturas anteriores, notando mi cuerpo intachable y carente de cicatrices como cuando llegué por primera vez a Nocturne.

-¿Qué es este lugar? -mi voz hizo eco de lo que le pedí a la figura de pie frente a mí.

Su rostro estaba encapuchado y el resto de su cuerpo envuelto en túnicas, pero me di cuenta de inmediato que no era humano. Demasiado alto, demasiado ligero. Reconocía a un eldar cuando lo veía. Éste era un vidente.

-En ninguna parte en consecuencia, un lugar de encuentro de todo -le dijo en voz baja, meliflua.

-¿Hablas gótico? -le pregunté, aunque él me había dado la respuesta a esa pregunta.

El eldar asintió.

Vestía de negro, con signos extraños y runas arcanas cosidas en el paño ligeramente iridiscente. Un ojo que llora, una pirámide, un par de cuadrados bisecados insertados en una figura angular de ocho; no podía leerlos, pero sospeché que eran símbolos de poder del vidente e incluso su origen. Aunque su rostro estaba oculto por la capucha, y tal vez por un ocultamiento aún más eficaz y antinatural, sugirieron los bordes de sus rasgos aguileños donde las sombras eran finas.

En su mano derecha, que estaba escondida debajo de un guante negro, agarraba un bastón. Al igual que las runas descritas en la túnica, el bastón de la figura estaba formado del mismo material similar al hueso que formaba la cámara. Su pico era un ojo sencillo y el diseño de una lágrima.

Creía que esto también era un encanto, de la misma manera que el eldar había enmascarado su verdadera apariencia de mí.

-Estás soñando, Vulkan –dijo sin avanzar hacia mí, sin moverse en absoluto, ni siquiera para respirar. -No es aire lo que están tomando tus pulmones. Esa no es la luz que retrae tus pupilas. No está realmente aquí.

-¿Quién eres? -exijo, enojado por haber sido manipulado por este pasaje psíquico.

-No importa. Nada de esto es real, pero lo que es muy real es lo que voy a transmitirte. El mismo hecho de que no hayas elegido atacarme sugiere que elegí con prudencia.

-Lo dices como si hubieras intentado esto antes -le dije.

-No yo, uno de mis parientes. A pesar de mi advertencia de no hacerlo procedió de todos modos -había resignación en la voz del Eldar, cambiando su tono melódico en algo parecido a pesar. –Salió mal, me temo, y por eso estamos aquí. Tú y yo.

Mis ojos se estrecharon, pues las palabras del xenos bullían en mi mente, insondables y deliberadamente oscuras.

-¿Eres un espíritu, un fantasma me siguió desde Kharaatan?

Sentí la sombra de una sonrisa en la respuesta de mi extraña compañera.

-Algo así, pero no de Kharaatan. Ulthwé.

-¿Qué? ¿Por qué estoy aquí?

-No es importante, Vulkan. Lo importante son mis palabras, y la cuestión de la tierra.

-¿La cuestión de la tierra?

-Sí. Está ligada indisolublemente a tu destino. Como ves, tenía que hablar contigo. Mientras seas todavía capaz de prestar atención, antes de que estés perdido.

-¿Perdido? Ya estoy perdido. Un prisionero en la nave de mi hermano, por lo menos... -miré hacia a mis pies descalzos, -*Creo* que lo estoy.

-¿Están tus pensamientos tan confundidos ya?

Mirando hacia arriba de nuevo, la Eldar se había acercado a mí. Sus ojos, de forma ovalada y ondulante por el poder, se clavaron en mí.

-Yo te vi, ¿no? -le pregunté. -En la nave, antes de darme cuenta de dónde estaba.

-Traté de contactar antes, pero tu mente daba vueltas, vencido por la ira y el deseo de libertad. Tampoco estaba completamente recuperado.

-¿Recuperado de qué?

-Como digo, es la cuestión de la tierra sobre la que tengo que hablar contigo.

-Estás haciendo no tiene sentido, *criatura.*

-Esta podría ser la única oportunidad que tenga para comunicarse contigo. Después de esto, es posible que no pueda volver. Debes *vivir*, Vulkan; tienes que vivir pero en solitario como un guardián. Eres el único que puede realizar este deber. Sólo tú eres la esperanza.

Fruncí el ceño mientras las palabras se derraman de los labios de este xenos tuvieron cada vez menos sentido para mí. Negué con la cabeza, pensando que era otro truco de mi carcelero, aunque uno muy elaborado.

-¿Mi deber? ¿Un guardián? Esto no tiene sentido -como una nube arrastrada sobre el sol, mi rostro se ensombreció e hice los puños de las manos.

Sintiendo la ira, la vidente se retiró hacia la luz.

-No es un truco. Digo la verdad, Vulkan.

Le agarré, tratando de asir el borde de sus vestiduras y convertir esta ilusión el polvo, pero no había nada a lo que agarrarse.

-Cuando llegue el momento... -pronunció la eldar, su voz y forma se convirtieron en uno con la luz como toda la cámara e iluminándose como un sol, -sabrás lo que debe hacer.

Cayendo de rodillas, grité, -¡Fuera de mi cabeza!

Al presionar las palmas de las manos contra las sienes, traté en vano de expulsar al intruso y volver a la realidad.

-No más -exclamé, cerrando los ojos a la luz a medida que lo quemó. -¡No más!

-No más... -susurré.

La luz se fue. La cámara, el xenos, todo. Desaparecido.

La realidad se reafirmó y, cuando abrí mis ojos de nuevo, esta vez de verdad, vi que estaba hecha de piedra sucia y hierro oscuro.

Estaba de pie, las cadenas alrededor de mis muñecas tensas al sostener mi peso. En mi antebrazo una marca fresca fue calificada en mi carne. Al igual que las otros que había notado no podía deducir su origen. El misterio tendría que esperar. Cruciforme, miré hacia una prisión diferente. No era la mazmorra sin fondo de antes o incluso el horno donde Curze había tratado de carbonizarme como lo hice con el eldar en Kharaatan. Este lugar era nuevo, y sin embargo totalmente antiguo.

Un largo pasillo se extendía frente a mí. Integrados en cada pared flanqueándome había mecanismos de un diseño esotérico; grandes engranajes y ruedas dentadas talladas junto a servos más pequeños e intrincados. La antigüedad unida a la

modernidad y convertida en una fusión de genio tan frecuente en el arte tecnológico del viejo Firenza.

El trabajo de Perturabo. Lo supe al instante.

Se colocaron losa a lo largo del suelo. Estaban asquerosas y resbaladizas. Sospechaba que fuese cual fuese la finalidad prevista de este cuarto Curze la había probado a fondo antes de mi encarcelamiento. La piedra no era más que un barniz, una falsedad sucia para dar este agujero un ambiente más medieval, más oscuro. Apliques empotrados en nichos en las paredes flanqueándole parpadeaban con las antorchas insertadas. A simple vista parecían ser de madera, pero esto también era una mentira. Eran muelles y maquinaria, como cualquier otra máquina enmascarada en esta mazmorra.

El cambio en el entorno no era el único que distinguía a esta celda particular.

A diferencia de antes, esta vez no estaba solo.

En el extremo opuesto de la larga sala, acurrucados y apartados de mí por una pantalla de cristal blindado sucio había humanos cautivos.

En la penumbra vi uniformes del Ejército, ropas de civiles. Hombres y mujeres. No era único prisionero de Curze en este lugar y una sensación desagradable surgió en mi interior, una voz pronunciaba a mi lado… “Puedes verlos, pero no pueden verte.”

Fruncí el ceño. ¿No se suponía que estaba muerto?

Ferrus se rio entre dientes, un sonido feo, sus ojos macabros quedaron fijos en los otros prisioneros.

Extendió un dedo huesudo; parte de su guantelete se había oxidado. Incluso el metal milagroso que una vez revistió sus brazos y manos se había desprendido.

-Su destino está tus manos -dijo con voz ronca, señalando con el dedo esquelético en dirección a los prisioneros humanos.

Un *chasquido* sordo de metal provino de algún lugar profundo dentro del mecanismo invisible de la cámara anunció la primera marcha de la maquinaria integrada en las paredes. Uno de los engranajes más grandes crujió, superando la

inercia, y comenzó a moverse. Otros le siguieron, sus dientes interconectando, un motor arrancando con estrépito ante mis ojos.

Con la acción de los engranajes los servos se pusieron en marcha también. Los pistones ejercieron presión a medida que se expandieron neumáticamente con un siseo invisible de aire comprimido. Las válvulas se abrieron ante el impulso acumulado. La relojería expuesta se agitó y finalmente llegó un *chasquido* más alto, más pesado, de metal procedente de algún mecanismo que no podía ver desengancharse.

Inmediatamente un cepo salvaje fue puesto sobre mis brazos, mientras las cadenas se retrajeron violentamente por huecos en las paredes a ambos lados de mí.

Solté un gruñido de dolor, pero mis ojos bruscamente miraron hacia delante cuando oí el grito de terror de la otra celda. Los prisioneros estaban mirando hacia arriba. Algunos de los hombres habían logrado levantarse cuando el techo descendió hacia ellos. Demasiado pesado para su fuerza, los hombres valientes que se habían puesto de pie fueron aplastados rápidamente a sus rodillas.

Un niño gritó. *Un niño. Aquí.*

Por encima de la línea del techo, oculto a los ojos de los otros presos, pero claro para mí a través del cristal sucio, había un peso inmenso. Y a medida que las cadenas tiraban de mis brazos me di cuenta de que estaban ambos unidos.

A pesar de la agonía que me causó, me lancé y tiré las cadenas.

En la otra celda el techo dejó de caer.

-Como dije -pronunció Ferrus, -su destino está en tus manos. Literalmente, hermano.

Me aferré pese a que los músculos en mi cuello, espalda, hombros y los brazos gritaban porque me dejase ir. Mis dientes estaban soldados en una mueca de desafío. El sudor empapaba mi cuerpo y corría a través de los canales de mis músculos agrupados.

Grité y la gente que no me veía me oyó gritar también. Mi agarre flaqueaba; el techo y la carga de peso para aplastarles se me escapaban también.

Más prisioneros se pusieron de pie y trataron de empujar hacia atrás. Sus esfuerzos fueron completamente inútiles, pues por más fuerza que poseyeran no prevalecerían. A través de la escarcha roja nublando mi visión cuando lo capilares estallaron en mis ojos inyectados en sangre, vi a los que eran demasiado débiles o lesionados en reposo lamentando su suerte. Otros temblaban o se aferraban el uno al otro ante la necesidad desesperada de no morir solos.

Uno estaba sentado solo. Estaba tranquilo, aceptando de su muerte inevitable. Aunque era difícil de decir, pensé que lo reconocía. No podía ser cierto, pero se parecía a la rememoradora, Verace. Y parecía como si estuviera mirándome.

La terrible tensión regresó con refuerzos cuando la máquina ejerció aún más presión.

Con las piernas arriostradas y los brazos cruzados, cerré los ojos y tiré.

Me quedé así durante horas, o al menos eso pareció; mi mundo una prisión de dolor constante y el maullido lastimero de los hombres y las mujeres que supe no podía salvar.

Cuando este llegó por fin, el silencio fue a la vez dulce y amargo.

Grité, lancé maldiciones, medio delirante por lo que me había visto obligado a soportar.

-No voy a ceder -rugí. -¡Nunca me rendiré a ti, Curze! ¡Muéstrate y dejar de esconderte detrás de tus víctimas!

-Ríndete, Vulkan -respondió Ferrus. -Déjate ir. No puedes lograr nada aquí. No hay victoria que obtener. Déjate ir.

-No mientras todavía tenga fuerzas...

Me detuve, dándome cuenta de que era el único que gritaba. Los prisioneros en la otra celda estaban en silencio. Abrí los ojos y vi lo que había puesto fin a sus súplicas. Tras el cristal una losa maciza de hierro oscuro había llenado la celda por completo.

Me hundí contra mis ataduras, los brazos rectos, mis piernas abiertas por debajo de mí cuando la última de mis fuerzas huyó de mi cuerpo.

-¿Dónde están? -le pregunté a la aparición junto a mí, a pesar de que sabía que era sólo un producto de mi imaginación.

-Mira... -dijo Ferrus, con un rictus sonriente que no mejoró sus rasgos horribles. Con cada aparición estaba cada vez más demacrado, más esquelético, como en descomposición en el ojo de mi mente.

Los engranajes actuaron de nuevo, levantando lentamente la losa de hierro. No fue hasta que se arrastró unos centímetros cuando vi el rojo visceral adherido a su parte inferior. Hebras se aferraban al peso letal, extendiéndose y dividiéndose cuando la gravedad ejerció en ellas. Los fragmentos de hueso y la materia biológica se despegaron con resonancia alimentada a través de la losa por la máquina elevadora. Chapotearon en una laguna de vísceras y sangre que cubría el suelo de la celda.

A medida que las cadenas se aflojaron los brazos cayeron y yo con ellos al suelo, impactando duramente de cara a la tierra.

Ferrus se rio entre dientes, con una voz que me recordó un poco a Curze, antes de hundirme en las sombras y dejarme con mi fracaso y culpa.

DOCE

Fulgurita

El sitio de la excavación se había convertido en un pozo para el sacrificio ritual. Una nueva cosecha de suplicantes no menos que dispuestos traídos de los otros distritos de Ranos lo rodeaban de rodillas, su mirada fija en la oscuridad empapada de sangre.

Tan pronto como descendió primero al sepulcro, Elias había sentido la importancia de este lugar. Un templo del Panteón, levantada en piedra bendita, colocado en el santo octeto.

Ocho paredes para el óctuple sendero; ocho ciudades-templo erigidas en todo el mundo.

-Ocho veces ocho -murmuró el Apóstol Oscuro, deleitándose con la procedencia divina de todo.

Elías miró a sus súbditos trabajando desde un púlpito labrado en piedra apilada. Túnicas negras entrelazadas con la escritura de su señor y primarca se superponían a su servoarmadura y se había quitado el casco para que todos pudieran ver la marca de los fieles sobre su rostro patricio.

Sesenta y cuatro hombres y mujeres se arrodillaron antes y por debajo de él con los rostros pegados a la tierra. Algunos lloraban o se sacudían, otros no hicieron nada más que mirar como si hubieran percibido su final y supieran que no había escape.

Detrás de ellos, vestidos con servoarmaduras carmesíes, estaban los legionarios de la XVII. Habían portado el Palabra, y la Palabra era *sacrificio*.

No de su sangre, pero la sangre de Ranos y todo Traoris cuando se cumpliera el ritual de Elias.

Murmuraron encantamientos, invocaron al Panteón, rogaron a los nonatos, guiándolos con las brillantes almas-llamas del ganado estaban a punto de cosechar. La Palabra corrió espesa y embriagadora de sus bocas, pronunciada en el antiguo Colchisiano, cada sílaba una afirmación al Caos.

Al comenzar el octavo verso y los suplicantes cada vez más temblorosos de miedo y el fervor unidos a la saliva moteando de sus labios, lágrimas de sangre corrieron por sus mejillas, sus extremidades controladas por espasmos y los legionarios tomaron el canto. Como uno desenvainaron sus espadas, una para cada una de las almas a punto de ser arrojadas al éter.

Debajo de ellos, el eje abisal bostezó. Arriba, el cielo crujió con energía infernal. Un evento metafísico se llevaba a cabo, una alteración cosmológica que tenía mucho en común con la Tormenta de Perdición, aunque a un nivel mucho menor. La oscuridad se aferró a este lugar, zarcillos de ella regresaban cuando el ritual avanzó en potencia. No tenían más que apagar la luz restante para traer la noche.

Aquí estaba el poder del Emperador, recordó Elías. Aquí, *él*, Valdrekk Elias, lo vería roto y suplantado. El tejido de la realidad estaba deshilachándose, como una película de piel estirada sobre un esqueleto demasiado grande para ello. Parches de él estaban perdiendo densidad, permitiendo que la luz y lo que atraía a la luz, pasara a través.

Mientras hablaba alcanzó su daga, sus palabras resonando abajo a través de sus discípulos, y casi pudiendo *tocar* el más allá...

Había tocado a Dagon, Amaresh, Argel Tal... Incluso Narek poseía una cierta medida de su influencia a pesar de su negación. Ahora, Elías recibiría su bendición por su servidumbre leal y fiel. Era lo que le correspondía. Erebus lo había prometido.

El octavo verso llegó a su fin y Elías llevó su mirada hacia abajo, hacia la fosa y la criatura maullando atada firmemente por sus manos.

Ocho veces ocho espadas tocaron ocho veces ocho gargantas. El corte se realizó al unísono, los discípulos de túnica actuando conforme la señal de su amo cuando las últimas palabras fueron dichas y la sangre sacrificial fue puesta en libertad, por la gloria y el sustento del Panteón.

Narek vio la tormenta a varios kilómetros de distancia. Él y Dagon viajaban aparte, así que si uno era descubierto el otro podría escapar o contraatacar mejor.

Le preocupaba la tormenta. Narek podía verla incluso por encima de las chimeneas más altas, ondeando en las nubes de tormentas sobrenaturales. Confiaba en que Elias supiera lo que estaba haciendo. Mientras se abría paso por las calles desiertas podía imaginar los improperios y balbuceos de Dagon. Él se salvó de tal juicio a causa del hecho de que, sin su casco, Dagon ya no estaba ligado a él por vox.

-Una vez fuimos guerreros -dijo al viento solitario, jurando que había voces atrapadas en ella. -¿Cuándo nos convertimos en fanáticos? –el dolor fantasma en su pierna ausente latía y se agarró la biónica que la había reemplazado, sintiendo solo frío metal y nunca más el toque de la carne.

Su labio se encrespa con desagrado cuando sintió que algo calentar su lado. Su pantalla retinal no había mostrado alarmas relativas a la eficacia de su servoarmadura, así que Narek asumió que no había sufrido daños. Cuando miró hacia abajo, se encontró que la fuente de calor era su vaina. Por un momento se olvidó de que había reemplazado a su gladius, y se preguntó qué era el objeto que brillaba débilmente en su interior.

La fulgurita. La lanza relampagueante.

Narek se detuvo, contemplando con asombro repentino el artefacto sublime en su poder. Vaciló en cogerla, y encontró su mano temblorosa al llegar a hacerlo.

-Semejante a un dios... -murmuró, repitiendo la misma palabra que había usado para describir a Elias.

Encontrando su resolución, agarró el mango de la lanza y estuvo a punto de sacarla cuando la voz de Dagon le interrumpió.

-Hermano –le llamó Dagon, -¿por qué te has detenido? ¿Estás herido?

Narek soltó el mango al instante, girándose solo a media hacia Dagon y agarrándose la pierna.

-Las viejas heridas frenando a un viejo soldado -mintió.

Dagon se acercó a sólo unos metros de distancia cuando él le llamó, e hizo un gesto hacia la tormenta. -Lo puedo sentir, hermano.

Los ojos de Narek estrecharon detrás de la placa frontal. -¿Sentir qué?

-El toque de los nonatos, la promesas susurradas por el Panteón...

Narek recordó las voces y se dio cuenta que no eran ningún truco del viento. Elias estaba transformando literalmente la realidad, doblegándola a su voluntad en su intento de forjar algo parecido a una puerta. Narek se preguntó brevemente si cuando abriera esa puerta lo que estaba al otro lado discerniría amigos de alimento.

-Eres más talentoso que yo, Dagon -respondió, aunque sintió la ondulación de la presencia de la disformidad bajo su carne, como siempre lo había hecho. Era una picazón, un recordatorio de lo que todos habían abandonado en la búsqueda de la llamada "verdad".

Dagon aplaudió a Narek en el hombro, dibujando una mueca pocas veces vista por el cazador veterano.

-Todos seremos beneficiarios de las bendiciones de los Dioses cuando acabe esta noche -sonrió y siguió caminando delante. –Me pondré en delantera, hermano. Descansa tu pierna, a sabiendas de que tu espíritu pronto será satisfecho.

Es probable que mi espíritu sea el alimento, no alimentada, pensó Narek.

Echando un vistazo a la lanza una vez más, esperó a que Dagon se perdiera de vista, y siguió en silencio. La calidez a su lado no disminuyó sino que palpitaba, recordándole todas sus dudas.

Su número había aumentado desde el primer desembarco en el planeta. Casi un centenar de legionarios y el doble de esa cantidad en cultistas bobalicones fueron organizados ante la gran fosa ritual donde Elias sermoneaba y hacía proselitismo. Sus discursos grandilocuentes hicieron poco para mover a Narek, que fue el último en unirse a la reunión después de Dagon, que ya había tomado su lugar con los devotos.

Presentando por un mortal con túnica y capucha con una máscara tallada y vestido con los mismos ornamentos sacerdotales, Narek encontró su lugar entre la multitud. Vio con muda fascinación y repulsión como Elias predicó su dogma desde lo alto, de pie e como un diácono de la antigua Colchis. Narek pensó que era un pequeño demagogo, carente de honor o el verdadero propósito. Él era el títere de Erebus, pero luego Narek supuso que Elias solo era un sabueso.

Una vida entregada por una vida salvada, se recordó a sí mismo, y apenas se dio cuenta que los humanos eran degollados y arrojados en cascada al matadero oscuro que le esperaba a su carne. Sus almas... Bueno, eso era harina de otro costal.

Muchos más ganado temblaban como plumas, esperando su ejecución por la mano "divina" de Elias. Los esfuerzos de los otros legionarios habían producido una cosecha abundante. Narek podía oler el miedo a los mortales, igual que podía detectar la codicia y la ambición del Apóstol Oscuro. Ambas le enfermaban.

En Monarchia habían erigido monumentos, grandes ciudadelas de culto. Fue una empresa digna de esfuerzo; eran refulgentes y gloriosas. Esto era sucio y básico. La XVII se había hundido, retorciéndose en sus vientres, no mucho mejor que las alimañas que depredaban. Sin embargo no podía negar la sensación de poder. Todos ellos la sentían, los guerreros de la Legión, los miembros del culto, los demás seres humanos esclavizados. Era potente y también era inminente.

El ritual terminó. Elías descendió de su púlpito, como un profeta ante sus devotos seguidores, su comunión con los dioses terminada por ahora.

-Narek –dijo Elias, sus ojos encontrando al cazador en la multitud, despidiendo a otros guerreros con una bendición murmurada mientras se acercó. -¿Lo tienes? -le

preguntó, con los ojos todavía brillantes del poder que había tomado prestado a través del ritual.

Narek asintió, luchando contra una repentina reticencia a renunciar a su poder sobre la lanza.

-Tráelo -Elias le hizo una seña, deseoso de estar lejos de los demás cuando le entregara su premio.

Un pequeño campamento se había establecido en las cercanías de la fosa; tiendas de campaña, un santuario para la adoración, corrales de carne para aprovechar el ganado. Elías había considerado necesario erigir una comuna. Narek se unió a él en el interior de una de las tiendas de campaña. Después de despedir a un par de cultistas encapuchados, estuvieron solos.

-Huele más a permanencia de lo que pensaba que se necesitaba para esto -dijo Narek, indicando el campamento.

-La sangre engendra sangre, hermano, pero debe ser derramada mucha para manchar este lugar.

-¿Y hay suficiente entre tu ganado y tus esclavos?

Elias frunció el ceño, poco acostumbrado a ser interrogado por sus discípulos de tal manera.

-¿Alguna vez has tenido interés en cosas como esta, Narek? Eres un soldado, ¿no es así? Un guerrero fanático, dedicado a la Palabra. *Yo soy* la Palabra en este lugar, así que tu lealtad es para mí. ¿O no?

Con su estado de ánimo agriado rápidamente, Elías cayó de su euforia al cáncer de la desconfianza y la duda.

-Te sirvo como siempre, Apóstol Oscuro -sabiamente, Narek se inclinó.

Un pequeño cuenco oscuro en la parte posterior de la cámara de lona fue puesto allí para las abluciones de Elias después de derramar la sangre del sacrificio. Ahora se acercó a ella y comenzó la limpieza de las manos para que pudiera comenzar el siguiente círculo octeto inmaculado sobre el anterior.

Él no tenía una cifra exacta, pero Narek estimó que varios cientos de mortales esperaban su ejecución en los corrales. Rodeados de estacas afiladas y bobinas de alambre de púas, recordaban a cerdos con los ojos abiertos de miedo mirando al cazador antes del sacrificio por venir.

-Pura, tiene que ser pura, Narek –murmuró Elias, de espaldas al cazador. –Ahora –añadió mientras limpiaba meticulosamente sus puntas de los dedos, los dedos, palmas de las manos y los nudillos, -me gustaría ver el arma.

Sacudiendo sus manos y secándolas en un paño, Elias se volvió con las manos abiertas y listas para recibirla.

Narek tomó un segundo de pausa, no tanto para hacer que el Apóstol Oscuro preocupado, pero lo suficiente como para darse cuenta de que se resistía a renunciar a la lanza. De manera fluida sacó su vaina y observó los ojos de Elias se ensancharse a la vista de ella.

-Semejante a Dios –respiró; *esa palabra otra vez.* -No exagerabas.

Narek lo colocó reverentemente en manos de Elias, donde podría examinarlo más de cerca.

-¿Así que esto es lo que sacaron de las ruinas? -exhaló, mostrando su ansia por el poder al ver este fragmento. -Puedo sentir su fuerza.

-Es divina... -murmuró Narek, olvidando brevemente dónde y con quién estaba.

Elias alzó la vista bruscamente. -El Panteón es divino; esto no es sino un medio a través del cual manifestar su benevolencia. Debo profanarlo, redirigir su fuerza para mis propios fines.

-¿*Tus* fines? -preguntó Narek cuando Elías volvió su mirada hacia la lanza de nuevo.

-En efecto.

Entonces eso era todo. El Apóstol Oscuro tenía intención de subyugar la energía capturada de la lanza para sí mismo, ya fuese como una forma de mejorar su posición con respecto a Lord Erebus o tal vez incluso para usurparla. Elias *era* ciertamente ambicioso, pero eso era audaz incluso para él.

-¿Tienes la intención de aprovecharla entonces? -preguntó Narek, dejando sus sospechas no se habla.

Elías lo miró con severidad de nuevo.

-Eres... demasiado curioso, Narek -entrecerró sus ojos. -¿Hay algo fuera de lugar?

-Yo... -comenzó Narek. –Esta cosa *es* divina -hizo un gesto con la lanza, ojos atraídos sin remedio por su brillo fulgurante que incluso apartó las sombras dentro de la tienda. -¿No te hace sentir...

Elias no había bajado la mirada, y escuchó atentamente a su cazador.

-¿Sentirme qué, Narek?

-*Preguntarte* -apenas la susurró, por temor de que decirla en voz alta fuese causa de alguna blasfemia.

-¿Tienes dudas?

-Simplemente estoy viendo lo que está delante de mis ojos. Aquí, en sus manos, se encuentra un trozo de la voluntad del Emperador. Es un rayo, echado de sus dedos y forjado en un arma.

Elías estaba asintiendo. -De hecho es un arma, una que quiero manejar. Ahora veo que era el plan de Erebus para nosotros todo el tiempo.

-Cuando nos planteamos esas catedrales para Su honra y gloria, todos los años que pasamos ensalzando la santidad de su iglesia y el derecho divino de gobernar a la humanidad, ¿Pensaste que servimos a las necesidades de un falso profeta? -preguntó Narek. -Estoy hablando de fe, Elías.

-*Él* la ha negado, negado nuestra adoración y fe. *Él* escupe sobre nosotros, y al hacerlo los dioses *verdaderos* del universo nos fueron revelados. Y tus palabras bordean peligrosamente la sedición, no la revelación.

-La revelación está ante nosotros, hermano. El Gal Vorbak, no más hombres…

-¡Ascendieron!

-¡No! Simplemente son sustento y cáscara para los monstruos que habitan en su interior y manejan su carne.

-Yo daría la bienvenida tal unión, ser tan bendecido. He aquí -blandió la lanza como si estuviera considerando la posibilidad de apuñalar en el corazón a Narek, -mi camino a la gloria.

-Sólo veo la condenación, pero estoy atado a ella, como a ti. Y no me amenaces con la sedición. Tus palabras huelen más a traición que las mías.

Elias, dándose cuenta de que había revelado demasiada ambición, se echó atrás.

-Es... una *sugerencia*, nada más que eso.

-¿Para hacer qué, exactamente?

-Elevarnos, tú y yo, Narek -dijo él, su voz lo suficientemente baja como para ser confundida con un susurro conspirador. -Erebus habló de ello. Armas para ganar la guerra. Esto es claramente lo que quería decir, y es obvio que tiene el poder. Yo simplemente tengo que aprovecharlo.

-¿Puedes hacer eso?

Elias confundió la incredulidad de Narek con entusiasmo.

-Sí, hermano -dijo entre dientes. -Será restaurado, mejor de lo que eran antes. Yo... -sonrió la sonrisa de una víbora. -Seré lo que siempre he buscado, un mecenas en el Panteón.

Ensanchando su sonrisa en algo salvaje, esperó a que Narek viera su visión tal y como lo hacía.

Iba a ser decepcionado.

-Invitas a la destrucción sobre tí mismo, Elías.

Y al igual que la víbora amenazada de repente y se prepara para contraatacar, Elias retrocedió. -Acuérdate de la deuda que tienes conmigo, Narek -advirtió, apelando al sentido de honor del cazador.

-Como digo, me veo obligado a este destino puesto que estoy atado a ti. No te preocupes, no tengo ganas de mejorar mi propio status. Simplemente quiero luchar y morir en esta guerra. Pero hacer la vista gorda significa que mi deuda se paga por completo. ¿Estamos de acuerdo? -Narek tendió la mano a Elias.

En lugar de ello, el Apóstol Oscuro se limitó a asentir.

-Bien -dijo Narek. -Una vez hecho esto tú y yo nos separamos, terminamos nuestra alianza.

-De acuerdo -dijo Elias, -permaneciendo desde ahora hasta entonces.

-Los legionarios destrozados se han concentrado para interrumpir nuestros planes aquí. El humano con ellos es muy probable que esté muerto por un disparo perdido de Dagon, por lo que vendrán; de una manera u otra.

-¿Necesita hombres? -preguntó Elias.

-Todo escogidas a dedo por mí. Sin imposiciones -se refirió a los cultistas. -Sólo legionarios. Siete serán suficientes.

-Incluyéndote a ti mismo, un número auspicioso.

-En realidad no. Necesito otros veinte, dos escuadrones más. Cualquiera que puedas sacar de los rituales. Esa es la cantidad que necesitaré para detenerlos. Y por detenerlos me refiero a matar a cada uno de nuestros enemigos.

Elias le sonrió, como si divertido por la retórica de su soldado, y se apartó con desdén.

-Toma lo que necesites de las filas, incluyendo tus siete. Hazlo.

-Esta es mi última cacería, Elias –advirtió Narek.

-Creo sinceramente que puede serla, hermano -respondió Elías, pero cuando se dio la vuelta estaba solo.

Narek se había ido.

TRECE

Ritual

El suelo de baldosas blancas fue cambiando sin pausa a gris con la acreción del abandono. También estaba cubierto de sangre. Lo habían trasladado desde la fábrica hasta una enfermería. Es de suponer que había sido utilizada para atender las lesiones de los trabajadores sufridas por accidente o contratiempo con la maquinaria. Tenía un tamaño modesto y tanto igual en equipo. Un banco de trabajo servía como mesa de operaciones. Los estantes de medicamentos había sido saqueado, pero había vendas y gasas abandonadas.

Shen'ra las estaba usando para tratar de detener la hemorragia.

El hombre, Grammaticus, si esa identidad era creíble, había empeorado durante el rápido traslado a este escondite secundario. A pesar de las protestas de Leodrakk y el consejo murmurado de Domadus incluso de poner fin a sus sufrimientos no sólo era lo más lógico, sino también lo más humano, Numeon insistió en llevar a Grammaticus con ellos.

Helon, Uzak y Shaka vinieron también. Sus cuerpos al menos.

Leodrakk no los dejaría, ni tampoco Avus, que había asumido la carga de su legionario hasta el final de la imprenta. El Guardia del Cuervo había rechazado todas las ofertas de ayuda, incluso de Hriak, que era una figura distante para Avus de todos modos. Helon y Uzak tenían muchos voluntarios para soportarles y fueron arrastrados a toda prisa entre dos de los nacidos del fuego.

Numeon había llevado al ser humano, lo que permitió a Pergellen liderar a la compañía en su lugar.

-No soy Helon, no soy un apotecario –se quejó Shen'ra, empapado hasta sus brazales en sangre derramada.

-Yo tampoco Helon, hermano -dijo Numeon, mirando de reojo a la pira que sus hermanos habían erigido fuera del piso de la fábrica. –Se adoptó, como todos nosotros debemos.

-Sus constantes de vida están más allá del desmayo. Apenas respira -dijo el tecnomarine. -Si fuera un sirviente vería sus partes fundidas en chatarra. Eso es lo que nos queda ahora.

-Pero él es carne -insistió Numeon. -Y me gustaría verlo restaurado si está dentro de tus considerables capacidades, hermano.

-Tus elogios no alterarán el curso de los acontecimientos aquí -recordó Shen'ra al capitán.

-Solo haz lo mejor -dijo Numeon y dejó al tecnomarine murmurar en paz.

Leodrakk estaba esperando fuera.

-¿Se desvanece? -preguntó.

-¿Está grabado en mi cara?

-En realidad sí. Junto con el hecho de que cuando nos fuimos de allí el humano estaba casi cortado por la mitad por ese proyectil desviado.

-El pronóstico es sombrío -murmuró Numeon, empezando a caminar. -Incluso si Helon hubiera sobrevivido... -sus ojos se desviaron hacia la pira. -Dudo que hubiéramos tenido más posibilidades de salvar al ser humano.

-¿Es prudente? -preguntó Leodrakk, siguiendo la mirada de su capitán. -El humo puede ser una señal para nuestros enemigos.

-No nos quedaremos por mucho tiempo -dijo Numeon, y, además, hay incendios por toda la ciudad. ¿Cómo podrían distinguir uno de otro?

Leodrakk estuvo de acuerdo antes de que su expresión se ensombreciera.

-¿Puedo decir lo que pienso? -preguntó, caminando al mismo paso con su capitán.

-Sospecho que lo harías de todos modos.

Leodrakk no mordió, pues sus pensamientos estaban en otra parte. A una señal tardía de Numeon, le dio voz a sus elucubraciones.

-¿Es realmente tan importante? Este humano; este *Grammaticus*, o al menos eso dice.

-Me encantaría dar respuesta a esa pregunta, pero a menos que salga de esta me temo que nunca la tendremos.

-No lo entiendo, ¿Por qué este mortal posee tal significado para ti?

-No lo sé. Siento algo... -Numeon apretó la mano a su estómago, -en mis entrañas. Un instinto.

-¿Una creencia? –asumió Leodrakk.

Numeon encontró su mirada inquisitiva replicada con una de determinación. -Sí. La misma creencia. Que Vulkan Vive y este hombre, aunque insignificante, parece saber algo de eso.

Leodrakk frunció el ceño. -¿Qué?

-Me dijo que Vulkan está vivo.

-¿Dónde? ¿En Isstvan? -algo tan peligroso como la esperanza afectó al tono de Leodrakk.

-Él no lo dijo. O al menos, no he tenido la oportunidad de preguntarle todavía.

El estado de ánimo del otro Salamandra se agrió rápidamente. -¿Y cuándo te dijo eso?

-Durante el interrogatorio, después de que te fuiste.

-No puedes creer esto -se burló, mostrando patente incredulidad en su rostro.

Numeon permaneció sincera. -Yo sí -dijo, con certeza.

Leodrakk no estaba convencido. -Un acto de desesperación, hermano.

-Yo también lo creía al principio, y lo desestimé, pero recordé sus palabras una y otra vez. Puedo distinguir una mentira de la verdad, Leo. Y los seres humanos en presencia de legionarios no tienden a ser muy buenos en eso.

-Entonces es de una especie rara, este Grammaticus. Probablemente tenía entrenamiento. No tiene que ser cierto lo que te dijo.

-Entonces, ¿por qué decirlo? ¿Por qué *eso* específicamente? Lo repasé en mi cabeza y no pude encontrar ninguna razón legítima para la naturaleza de esta mentira. Una

docena de historias habrían sido más eficaces para cualquier otro legionario, pero eligió *específicamente* decirme esto, como si supiera que era lo que yo, y sólo yo, querría oír.

-Luego ahí está la respuesta. Él es un psíquico. Incluso podemos ser leídos por los telépatas. Evidentemente, es uno muy poderoso.

-Hriak estuvo allí en todo momento. Si estuviera leyendo mis pensamientos, él lo habría sabido. Así que me pregunto, ¿Cómo?

-No lo sé. Pero, ¿Qué más da? Sé que no has olvidado lo que pasó en el Desembarco; la pérdida de nuestros hermanos. Los únicos supervivientes son aquellos guerreros que abordaron las naves. Vi a Vulkan envuelto en una conflagración. Eso mató a Ska, y lo más probable es que matara al resto de nuestros parientes también. Este mortal sabe que está en problemas. Probablemente él es de uno de los cultistas, un desertor o un suplicante. Él quería que le perdonaras la vida. Hubiera dicho cualquier cosa para estirar la arena del reloj.

-¿Es eso lo que somos ahora? ¿Asesinos?

-Somos guerreros, Artellus. Tú y yo, sin igual entre ellos. Pero no somos una legión, no más, y hacemos lo que debemos para sobrevivir, para nuestra propia protección.

Pero ¿Con qué fin, si no hay esperanza? –insistió Numeon.

-Para el único que nos queda, hermano. *Venganza.*

-No. Tengo que creer que hay más que eso. Lo *creo.*

Leodrakk sonrió, pero su estado de ánimo era melancólico.

-Siempre fuiste el más devoto de nosotros. Creo que por eso te hizo capitán, Artellus. Es tu espíritu. Nunca decae.

Prolongar el debate tendría que esperar para otra ocasión. Habían llegado al borde de la pira donde el resto de la compañía, salvo Hriak, Pergellen y Shen'ra, se reunió en un círculo roto.

Numeon se quedó solo para reflexionar sobre las palabras de despedida de Leodrakk cuando el otro Salamandra ocupó su lugar en otra parte del círculo. Pero

él no estaba convencido por cualquiera de los argumentos que había oído, y esperaba que el ser humano sobreviviera, para que pudiera entender la plena verdad de lo que sabía Grammaticus. Con K'gosi encendiendo una antorcha con el fuego desde su guantelete, sus pensamientos se dirigieron a la cremación inminente.

No sólo Uzak y Helon, sino también Shaka yacía en reposo mudo en la cumbre de la pira. Todo ardería, muriendo como el guerrero. Para los hijos de Corax, la tradición exigía que se desprendieran de todos los adornos y dejados para las aves, pero la tradición era escasa y el fuego era fácilmente disponible. Se llegó a un compromiso pese a todo, por lo que los tres se convertirían en cenizas juntos.

Cuando K'gosi arrodilló a la luz la base de la pira comenzó a recitar palabras del ritual prometeano descritas por Vulkan en los primeros días y adoptaron a partir de los primeros reyes tribales de Nocturne. Esta recitación habló de final y regreso a la tierra, del círculo de fuego y la creencia de que todos los Salamandras nacidos en Nocturne en la resurrección y reencarnación.

El estado de ánimo era sombrío y cabezas estaban inclinadas, los cascos entrelazados debajo de los brazos, los ojos de los hijos de Vulkan ardiendo con sobria intensidad.

A medida que el fuego creció, ganando fuerza rápidamente a través de pilas de pallets, vigas de madera y muebles rotos que la compañía había canibalizado para el rito, también la voz de K'gosi creció con más fuerza y vehemencia. Los versos finales fueron pronunciadas por la multitud y entremezclados con palabras pronunciadas por Avus, acerca de un cuervo tomando el vuelo y el gran cielo que la muerte era por sagrado derecho de todos los hijos de Corax.

El incendio consumió a los guerreros rápidamente, quemando con avidez por los huecos en sus servoarmaduras, tanto más intensa por la cantidad de promethium derramada en la pira antes de ser encendida. Esto era un sacrificio; significaba que K'gosi y los otros pyroclastos tendrían que conservar la munición restante, pero todo considerado ante una causa digna.

Hasta el momento en que se terminó el ritual, Domadus se mantuvo apartado del círculo y miraba estoicamente. Cuando se inició la charla de vínculos más profundos que la sangre, forjada a través del sufrimiento mutuo y el deseo compartido de venganza, entonces él se unió a ellos.

La pira se movió y agrietó, se derrumbó bajo el peso de las servoarmaduras en su cumbre y la madera se desintegró lentamente bajo estas. Unos segundos más tarde se derrumbó en una ráfaga de chispas dispersas y llamas vacilantes melodiosas mientras una franja estrecha de humo se elevó en el aire. Cenizas cayeron y cubrieron a todos los legionarios en el piso de la fábrica con una fina capa gris como una mortaja funeraria.

-Y está hecho -entonó K'gosi y un momento de reflexión en silencio prevaleció.

Fue roto por Shen'ra emergiendo de la enfermería. El tecnomarine parecía menos como si hubiera estado en una enfermería y más como si hubiera estado en combate. Ambas, de hecho, eran ciertas.

Desde su lugar en el círculo Numeon se volvió con sus ojos intensos e implacables ante una respuesta.

Shen'ra le dio una con solemnidad.

-Está muerto. El ser humano no lo consiguió.

El bajo zumbido de las turbinas girando al mínimo fue un bálsamo para los pensamientos complejos de Narek. Él estaba en cuclillas en la bodega de tropas de un Thunderhawk, apoyado en una de sus escotillas laterales abiertas y escrutando Ranos a través de un par de magnoculares. Otras dos cañoneras le siguieron detrás, de manera calmada similar.

-¿Alguna señal? -preguntó Amaresh. El Portador de la Palabra se sentó con su espada larga descansada en su regazo, afilando el borde.

Amaresh era una bestia, literalmente, con esos cuernos brotando de su cráneo y entre su casco. Uno de los tocados. Una *carga* en desarrollo.

-Muchas -respondió Narek, bajando los ámbitos para señalar a Dagón , que estaba apoyado por el lado opuesto del transporte, mirando a través de puntería de su rifle.

El otro cazador movió lentamente la cabeza.

-¿De cualquiera de nuestra presa? –presionó Amaresh, molesto por los pequeños juegos de Narek.

-Tengo su rastro. No pasará mucho tiempo -transmitió coordenadas frescas a su piloto y hubo un ligero cambio en el tono del motor cuando la Thunderhawk cambió su curso.

Narek había tomado la cañonera junto con otros hombres.

Amaresh, Narlech, Vogel y Saarsk eran todos guerreros brutales, cada uno de ellos espadachines de pleno derecho. Algunos habían luchado en las jaulas con la XII, chocando espadas con gente similar a Kargos y Delvarus. Eso dejó a Dagon, Melach y Infrik como francotiradores, junto con él mismo. Infrik se había recortado su propia lengua, convencido de que estaba balbuceando oscuros secretos en las horas sombrías y durante la batalla mientras que Melach encontraba dificultades para hablar con el crecimiento de la piel colonizando su cuello, endureciendo poco a poco a caparazón de color marrón, por lo que decía poco.

El resto, los que les seguían en las otras dos cañoneras, eran menos importantes para los planes de Narek.

Sabía que eran individuos desequilibrados, los siete que había elegido, pero la estabilidad mental no fue uno de sus criterios para seleccionarles. Quería asesinos, específicamente guerreros que habían dado muerte a otros legionarios. La cifra entre este grupo en particular se contaba por centenas. Eso los hizo singularmente adecuado para esta misión.

Con la excepción de Dagon, a quien podía tolerar, Narek odiaba cada uno de estos hijos de puta. Elías había cultivado una cosecha de legionarios miserables y sin honra. Habían pasado los días de justo y santo servicio. Esta lenta mutación a la maldad y la aberración era todo lo que quedaba ahora.

Narek tenía intención de librarse de ellos tan pronto cumpliera esta misión. Ni una sola vez, ni siquiera cuando su pierna estaba hecha jirones sangrientos, renegó de un juramento. Eso no iba a cambiar ahora.

Mientras se agarró a la barandilla de guía dentro de la bodega, inclinándose un poco más y permitiendo que el viento azotando le abofeteara y aullara alrededor de su casco, se encontró con que echaba de menos la presencia de la fulgurita y se preguntó hasta qué punto el Apóstol Oscuro corrompería su poder.

Donde antes había calidez a su lado, un recordatorio de la existencia de lo divino, ahora sólo había frío. Narek podía sentirlo introduciéndose en su cuerpo, clavando

sus garras alrededor de su alma. Y sin embargo, hasta ahora se había resistido a la condenación.

Algo en el horizonte oscurecido llamó su atención y fue rápidamente a por los magnoculares para ver mejor.

-Allí -dijo, señalando.

Vogel se levantó y fue a su lado. -No lo veo.

-Mira más de cerca.

Los ojos de Vogel se estrecharon. Ninguno era como el otro. Era una rendija de fuego en una retina de otro modo negra, ciego a un mundo pero no para el otro.

-¿Una columna de humo? Hay fuegos ardiendo por todas partes en esta ciudad.

-Son ellos -le aseguró Narek, abriendo un canal vox de nuevo para conversar con su piloto. –Saarsk, encuentra un lugar para aterrizar cerca.

-¿Por qué no nos lanzamos simplemente sobre su nuevo bastión -sugirió Narlech, y luego rebuscamos entre los escombros para acabar con ellos?

Narek negó con la cabeza. -No. Quiero estar seguro de que son todos los presentes. Además, el aumento gradual de velocidad de nuestros motores para atacar alertaría de nuestra presencia. Tienen un arma montada que demolió dos edificios. No tendrían dificultades en derribarnos y entonces seríamos los buscados por entre los escombros. Aterrizaremos cerca de aquí -decidió. –Avanzad en silencio y a buen paso.

Narlech murmuró su asentimiento. Vogel se volvió a sentar.

-Eso no me importa -pronunció Amaresh, que no había dejado de afilar su espada ritual desde que habían despegado. -Siempre y cuando lleguemos a cortarles y derramar sus entrañas a sus pies, una fiesta para el Panteón.

Dagon gruñó de placer ante la idea. Los otros, todos, se deleitaron en esta idea.

Sólo Narek miró hacia otro lado, hacia la oscuridad, y se preguntó qué podría esperar de ellos cuando llegara.

Numeon se sentó en silencio junto a los rescoldos de la pira. Zarcillos de humo se enrollaban desde el interior de las cáscaras blindadas de sus antiguos hermanos. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que fuera él quien yaciese en una pira, quemando y acabado.

Estaba solo y el suelo manufactorum estaba oscuro salvo el resplandor que quedaba en las cenizas y pedazos carbonizados de madera. Sólo haciendo una pausa para poner a descanso sus muertos, los otros se disponían a marcharse.

La noticia de la muerte del ser humano hizo poco por socavar la moral de la compañía. La mayoría estaban en privado de acuerdo con Leodrakk. Ahora, ese hombre, ese John Grammaticus, se quedaría atrás como el resto. Y sus secretos morirían con él.

Numeon agarró un icono de un pequeño martillo en el puño. Estaba ennegrecido en parte por el fuego, y la pieza de la cadena que una vez le había unido a una servoarmadura estaba roto.

-Todavía tengo la esperanza. Sigo creyendo que vives... -le dijo a las sombras. Sus ojos entonces se desviaron hacia el fuego que llenó el aire a su alrededor con su chisporroteo, recordándole el día que habían sido hechos pedazos.

CATORCE

Dudas

"Apenas puedo imaginar lo que inspiró a Horus a esta locura. En verdad, el hecho mismo me asusta. Porque si incluso el mejor de nosotros puede fallar, ¿Qué significa eso para el resto? Lord Manus nos liderará. Siete legiones contra sus cuatro. Horus se arrepentirá de esta rebelión."

- Vulkan, Primarca de los Salamandras.

Isstvan V

Nadie había visto a Vulkan desde que había vuelto de la reunión con sus hermanos a bordo del *Ferrum*. Desde el re-acoplamiento con la *Fireforge*, el primarca de los Salamandras se había retirado a sus aposentos privados sin una explicación.

Artellus Numeon esperaba una reunión informativa, incluso una orden. Algo. Los caminos de su primarca eran tan inescrutables como la misma tierra de la que él provenía. Numeon deseó fuertemente poder leer a Vulkan ahora, y se preguntó qué había ocurrido a bordo del *Ferrum* que afectase a tal grado a su primarca. A menos de una hora del desembarco planetario, un verdadero ejército de naves de desembarco legionarias llenaba la nave insignia en preparación para perforar la atmósfera superior de Isstvan V, al capitán de la Guardia Pira le perturbó enormemente que su señor estuviera ausente.

Caminando apresuradamente por los pasillos sombríos de la *Fireforge* Numeon aún tenía que encontrar una sola alma. Vulkan había despedido a sus guardias, todos los siervos e incluso su marcador. Así que cuando las puertas del solitorium de Vulkan aparecieron en la oscuridad de hollín ahogado de los niveles más bajos de la nave, salvo las cubiertas del enginarium, Numeon no sabía qué esperar.

A pesar de estar sellada, la entrada a la cámara privada del Vulkan no estaba cerrada con llave. Lúmenes - antorchas proyectaban una bruma rojiza sobre las puertas que flanqueaban la visión de Numeon, revelando una sombra más profunda dentro.

Cruzando el umbral de la habitación, Numeon intentó contener sus latidos atronadores cuando el hedor de la escoria y cenizas le envolvió. Al igual que los pasillos anteriores, el solitorium estaba oscuro, pero por lo abyecto. Numeon sintió la presencia de Vulkan antes de verlo, como un hombre siente la presencia de un monstruo cuando entra en su jaula.

La puerta se cerró tras él, y la oscuridad se hizo total.

-Ven...- pronunció una voz profunda y abismal.

Llegó desde el centro de la sala, una bóveda circular hecha de obsidiana. Alrededor de los bordes Numeon escuchó el crepitar de las brasas, brasas dentro de sus braseros despojando un débil resplandor. En esta luz pálida pudo discernir la forma de una figura grande arrodillada, su cabeza inclinada para que su barbilla se apoyara en su puño.

Incluso en la oscuridad absoluta de la cámara de marcado, Vulkan estaba resplandeciente. Vestido con su armadura de guerra, un traje de poder sublime forjado por su propia mano, el Señor de los Dracos era inmenso. Salpicada de cuarzo, rubíes y piedras preciosas de todos los colores que se había dragado de la tierra nocturneana, la armadura del primarca brillaba con fuego capturado. Por un protector de hombro llevaba un cráneo masivo de draco, mientras que el otro estaba cubierto con la piel de color jade de una segunda bestia. Sin su casco, el cuero cabelludo glabro de Vulkan brillaba por la luz ondulante de la fragua.

Mientras entraba más en la cámara, Numeon se vio reflejado en la superficie de color negro de la obsidiana, envuelto en llamas espejo. Al igual que su señor, llevaba su servoarmadura totalmente lista. Un largo manto de draco caía en cascada de sus hombros y un casco gruñendo estaba asido en el hueco de su brazo. En la otra mano agarraba el mango de su alabarda. El arma volkite adjunta justo debajo de la hoja estaba cromada y cargada.

-Pareces ansioso, capitán Pira -resopló Vulkan, intensificando el manto fuliginoso a su alrededor.

-El bombardeo orbital está previsto que comience en menos de una hora, mi señor.

-Y solicitas mi presencia en la cubierta de mando.

Respirando lenta y profundamente, Vulkan lanzó otra exhalación pesada, renovando el hedor empalagoso volcánico del aire. Ante tal fuerza y salvajismo vestido con armadura y carne, Numeon casi podía creer que debajo de la piel de ónix negro de Vulkan *era* un draco, una bestia del mito primordial atrapado en un recipiente con forma de hombre de carne, sangre y huesos.

-He preparado la legión. Están haciendo sus juramentos y esperan tu orden -dijo Numeon, incapaz de ocultar su agitación.

Vulkan la sintió al instante.

-Habla con libertad, Artellus. No tendré secretos entre nosotros.

Numeon se aclaró la garganta y se acercó un paso más a la luz.

-¿Qué estás haciendo aquí?

-Ah -sonrió Vulkan. Numeon captó el cambio en su voz, -Eso está mejor.

La piel de Kesare colgando del hombro blindado de Vulkan se desplegó mientras se ponía en pie, dándole la ilusión de su vuelta a la vida. Kesare había sido una bestia monstruosa, uno de los dragones de las profundidades. Vulkan lo había asesinado como parte de un concurso contra otro guerrero, un extraño para Nocturne que se llamó a sí mismo el Extranjero. Fue sólo más tarde cuando se reveló que este extraño visitante era de hecho el Emperador de la Humanidad, un ser de tan inmenso poder y sabiduría que desafiaba toda concepción.

Todo había cambiado ese día. Verdades negadas a Vulkan le fueron reveladas; su destino y propósito. Su padre había llegado a ser su creador en el sentido más literal y luego Vulkan fue llevado a las estrellas, donde se reunió con su pretendida legión.

Numeon se alegró del regreso del primarca. Perdidos en un mundo tan remoto y volátil, Vulkan había sido, sin embargo, de los primeros hijos del Emperador encontrados. Aun así, los Salamandras habían sufrido en el Gran Cruzada antes de eso, como un deseo de demostrar su valía que casi dio lugar a su extinción.

-¿Crees que este es un mal momento para la auto-reflexión? -dijo Vulkan.

No era una pregunta, pero Numeon dio la única respuesta que pudo.

-Sí. Te necesitan. Estamos al borde de la guerra, a punto de combatir a guerreros en batalla que hace nada compartían frente con nosotros. Guerreros que alguna vez consideramos aliados.

-¿Y esto te preocupa, Artellus?

-Enormemente.

-Debería, pero no dejes que eso te avoque a acciones imprudentes.

-No, por supuesto -respondió Numeon a sí mismo, inclinándose en respuesta a las observaciones castigo de Vulkan.

-Levanta la cabeza, capitán. ¿No os enseño a mirarme cara a cara?

Numeon levantó la barbilla.

-Lo recuerdo, mi señor. Tú nos forjaste, nos maleaste incluso mientras mirábamos al abismo de la autodestrucción. Sin ti no habríamos sobrevivido.

Antes de Vulkan, como todas las legiones, los salamandras partieron desde Terra. El mismo hecho de que hubiera muy pocos Salamandras terranos supervivientes era testimonio de la cercanía a la que la XVIII acarició la destrucción. Reencontrarse con su primarca los había salvado, y con las personas resistentes de Nocturne ya estudiantes de las enseñanzas de Vulkan, no pasó mucho tiempo antes de que los Salamandras vieran sus números engordados de nuevo.

Numeon era terrano por nacimiento, al igual que toda la Guardia Pira. Eran unos pocos, los elegidos, y se acordaban bien el desastre que casi había caído sobre ellos. Con qué facilidad su legado podría haber terminado tan pronto como a los otros de los que ya nadie hablaba.

-Te salvé porque vi en ti un gran potencial. Mi padre sabía que yo era el hijo perfecto para atemperar esta legión y forjarla fuerte otra vez. Así pues, ten por seguro que no hay mejor momento para reflexionar que cuando damos forma a nuestros juramentos y los marcamos en la carne antes de la batalla, Artellus. Templanza ante la guerra no sólo es prudente, sino que también salva vidas. A mi juicio, se trata de una práctica de la que mi hermano Ferrus se beneficiaría en gran medida.

La mirada de Vulkan se fue de repente a lo lejos, como si recordara algo.

Numeon frunció el ceño. -¿Algo no fue bien a bordo del *Ferrum*? Entendí que estaban elaborando un plan de ataque.

-Estábamos -Vulkan volvió su mirada hacia el capitán de la Pira. Para Numeon, parecía casi arrepentido.

Vulkan continuó. -La Gorgona siempre ha sido volátil, pero las palabras que pronunció contra Fulgrim bordo del *Ferrum* eran amargadas e iracundas. Al igual que el magma que se agita debajo de la superficie de nuestros dos mundos, Ferrus se encuentra al borde de una erupción violenta.

-Su ira está justificada -afirmó Numeon. -Ex aliados o no, esta rebelión debe ser detenida.

-Sí, así debe ser. Pero me temo que la cólera de Ferrus no augura nada bueno para lo que está por venir -dijo Vulkan. -Él no está pensando con claridad y actúa precipitadamente, por enojo. Corvus lo sintió también, estoy seguro, pero el Señor de los Cuervos oculta sus emociones con tanto cuidado como su presencia. No dijo

nada de sus propias dudas en la apasionada sesión informativa de nuestro hermano -Vulkan suspiró, afectado por el cansancio. -Correr en pos de un enemigo como Horus... Suena a locura y rabia.

La frente de Numeon se frunció -¿Locura?

Vulkan meneó lentamente la cabeza. -Pensar siquiera en Horus como un enemigo parece locura. Rebelión la hacen llamar. Y no solos los Hijos de Horus sino otras tres legiones antiguamente leales también. Pido disculpas por mi franqueza, Artellus; no debes tener que asumir estas cargas. Son para soportar por sí solo, pero ¿qué otra palabra queda excepto la locura?

Numeon no supo que responder al principio. No pasaría mucho tiempo antes de que comenzara el bombardeo y la legión se embarcó en las naves para un despliegue agresivo de inmediato. Si se trataba de una locura había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás a partir de ahora.

-No puedo pensar en ninguna otra palabra. Sin embargo, ¿Qué otra cosa podemos hacer sino seguir a lord Ferrus a la batalla? Aquí es donde vamos a terminar con ella. Siete legiones contra su cuatro. Horus será sometido y capturado para responder por su sedición.

Vulkan rio, pero era un sonido triste, carente de humor.

-Me recuerdas a Ferrus. Tal beligerancia.

-¿De qué otra debemos enfrentarnos con nuestros enemigos sino con beligerancia? -preguntó Numeon.

Vulkan lo consideró, antes de bajar la mirada otra vez.

-¿Ves esto? -dijo, señalando a un martillo acunado en sus manos enguantadas. El primarca no agarraba el arma, más bien la descansaba con sus dedos apenas envueltos alrededor de la empuñadura y el cuello.

-Magnífico -dijo Numeon, confundido en cuanto a significado de su señor.

El martillo de guerra tenía una cabeza doble inmensa. Cada cabeza se basaba en tres gajos cuadrados, girados en ángulos para producir un acabado casi con bridas. Atravesada por un mango de metal largo, marcado con rayitas cruzadas en el mango y terminando en una empuñadura de joyas tachonadas el fin asesino del

arma parecía pesado, pero Vulkan lo sostuvo como si nada. Aparentemente era un martillo trueno muy elaborado y mejorado que poseía tanto un generador de energía en la parte superior de la empuñadura y otro dispositivo que Numeon no reconoció justo debajo de él.

-Rivaliza con *Cabeza de Trueno* –le dijo Vulkan, girando suavemente el martillo alrededor de su agarre suelto. -No fue pensado como un reemplazo. Fue pensado como un regalo. E incluso ahora, a medida que seguimos la estela de la tempestad de mi hermano, me llama la atención la importancia de la decisión de aferrarme a ella.

-Un regalo -dijo Numeon, luchando contra la sensación de incomodidad que crecía dentro de él, -¿Para quién?

-Siempre has servido leal y fielmente como mi palafrenero, Artellus. Confío en tu consejo. Me gustaría tenerlo ahora.

Numeon golpeó su puño contra su coraza en saludo crujiente. -Me honras, mi señor. Estoy a tus órdenes.

Los ojos de Vulkan se estrecharon, el fuego que arde en su interior reducido a rajas rojas calientes mientras medía a su palafrenero y le juzgaba digno de lo que iba a decir a continuación .

-Lo que voy a decirte ahora no ha sido oído antes de este momento.

-Entiendo.

-No -dijo Vulkan tristemente, -no lo entiendes. Todavía no. Después de Ullanor, comencé a forjar un arma para honrar los logros de Horus y nuestro padre haciéndole Señor de la Guerra. Esto -dijo, ahora sosteniendo el martillo en un agarre firme y levantándola en alto, -es *Portador del Amanecer*. Simboliza mi regalo a mi hermano.

-Pero decidió no dárselo. ¿Por qué, mi señor?

Vulkan bajó el arma, en relación recordado la artesanía exquisita de su trabajos antes de continuar.

-Eso es lo que me disgusta, Artellus. Horus y yo hablamos en privado sólo dos veces después de haber reemplazado a nuestro padre a la cabeza de la cruzada.

-Lo recuerdo, mi señor. Después de Kharaatan, consultó tanto con Lord Dorn y Lord Horus.

-Sí... El *comportamiento* de Konrad me preocupaba enormemente y necesitaba de orientación. En ese momento, la forja de *Portador del Amanecer* estaba sin terminar. Quería que el regalo fuese una sorpresa, una muestra de nuestra hermandad y mi respeto, así que no dije nada de eso.

-Todavía no está claro por qué esto está en tu mente ahora, mi señor.

-Porque cuando terminé el martillo, hablé con Horus por segunda vez. Su promoción a Señor de la Guerra le había supuesto una gran tensión en su tiempo y atención, así que quería organizar una reunión cuando pudiera presentarle mi regalo -Vulkan hizo una pausa, su expresión oscureciéndose mientras recordaba el intercambio.

-¿Mi señor? -dijo Numeon, ya que la misma nube echó su sombra sobre él también.

Vulkan mantuvo sus ojos a medida que recordaba, y no levantó como concluyó su cuenta.

-Horus había cambiado mucho del hermano que conocía y había admirado. Incluso a través de nuestro enlace hololítico, sentí... una presencia que no había estado allí antes.

-¿Qué tipo de presencia?

-Es difícil de describir. Parecía... *distraído*, y al principio pensé que no era más que asuntos de la Gran Cruzada que le preocupaban, pero a medida que la conversación continuó, me di cuenta de que era otra cosa.

-¿Crees que él estaba planeando esta rebelión incluso entonces?

-Quizá. Ahora me pregunto si estaba siempre en el corazón de mi hermano y simplemente tenía que ser objeto de burlas para que floreciera y diese frutos. De cualquier manera, yo sabía que había un cáncer dentro de Horus que no había estado allí antes, una sombra sobre su alma como un cáncer. Y fue creciendo, Numeon, el anfitrión abrazado por este parásito frente a mis ojos. No poseo la presciencia de Sanguinius, ni la perspicacia mental de Guilliman o los dones

psíquicos de Magnus, pero conozco mis instintos, y me estaban gritando en ese momento. *Horus ha caído*, me decían. De alguna manera había resbalado y el abismo lo había reclamado. A pesar de que no podía darle significado o evidencias de nada de esto, me inquietó. Así que decidí no decirle sobre el don que tenía, manteniéndolo para mí. Y me preocupa aun -le dijo a Numeon, mirando hacia arriba otra vez. -Debido a que las mismas dudas que tuve ese día las siento ahora. Advierten que sea prudente, preste atención a la inquietud en mi alma.

-Estaremos siempre vigilantes -dijo Numeon, aunque él aún no sabía de qué.

Vulkan asintió. -Acuérdate, Artellus. En las arenas oscuras de Isstvan muy por debajo, nos enfrentamos a un enemigo diferente a cualquier otro. Pero es un enemigo, y uno del que no podemos darnos el lujo de dar cuartel. Cualquier vínculo de lealtad que puedas haber sentido por estos guerreros, olvídalos. Ahora son traidores, liderados por un guerrero ya no me reconozco como mi hermano. ¿Crees que hacemos lo correcto en esto, y que nuestra causa es justa?

A pesar del sabor amargo que la traición de las otras legiones había dejado en su boca, Numeon nunca había estado más segura de nada.

-Estoy seguro de ello. Cualquiera que sea la enfermedad que ha corrompido a nuestros viejos aliados, los convertiremos en cenizas.

-Entonces seamos como uno solo. Gracias, Artellus.

-No hice nada, mi señor.

-Me acompañaste cuando mi mente se turbó. Has hecho más de lo que pensabas -Vulkan le regaló una sonrisa salvaje, sus recelos transformados y reforjados con nuevo propósito. –Ojo por ojo, Pira.

-Diente por diente, mi señor.

-¿El bombardeo es pronto? -preguntó Vulkan.

-Inminente -dijo Numeon, tranquilizado y galvanizado por la conducta revivificada de Vulkan. Se dio cuenta, cuando Vulkan ató *Portador del Amanecer* a su cinturón, que no era la debilidad lo que había visto en su primarca, sino humanidad. Era auténtica preocupación de que sus hermanos hubieran caído en la oscuridad, y la aparición de la resolución de que tendría que luchar contra ellos. Él

debía dudar de la justeza de esta lucha, y *debía* considerar las consecuencias de la misma. Sólo así era posible que un guerrero estuviese seguros de que empuñaba el bólter y la cuchilla en una buena causa y en contra de un verdadero enemigo.

Esto, Numeon se dio cuenta, eran las enseñanzas de Vulkan.

La moral, la conciencia, la humanidad, no se trataban de defectos; eran virtudes.

-Llévame a la cubierta de mando -dijo Vulkan, poniéndose el casco. -Cuando desembarquemos en el planeta me gustaría mirar a mi hermano a los ojos y preguntarle por qué lo hizo, antes de llevarlo a Terra encadenado.

QUINCE

El pavor alimentado

-Si la música es alimento para el alma, ¿Qué son los gritos?

- Konrad Curze, el Acechante Nocturno.

Después de la vergüenza de mi derrota, me encontré perdido por un tiempo. Curze no me visitó, la presencia maligna de Ferrus brillaba por su ausencia, e incluso empecé a echar de menos a la sombra de mi hermano muerto. Solo estaba el hedor de los muertos, que se levanta sobre las horas y los días de un humo fétido que llenaba mis sentidos con el hedor de la falta.

Ferrus estaba en lo cierto; era débil. No pude salvar a los mortales de su destino, no pude vencer a la trampa mortal de Perturabo. Curze había cambiado de táctica. No tenía ni idea de por qué. En lugar de tratar de castigar mi cuerpo, decidió castigar mi conciencia.

Los efectos fueron enervantes.

Cortando la deriva entre mis pensamientos fracturados, me senté inmóvil en la oscuridad de mi celda y en ese momento no estaba demasiado orgulloso para admitir que, por primera vez, sabía realmente lo que era la desesperación.

Soles subían y bajaban, estrellas nacieron y volvieron a morir. El cosmos cambió a mi alrededor y después de un tiempo dejó de tener sentido. Era como una estatua de ónice con los brazos colgando de mis lados, la frente tocando el suelo. Tumbado en arco, tan herido que no podía hacer otra cosa que respirar, sentí la lenta atrofia de mis miembros y el hambre en el pecho. El vigor escapaba de mí, como vapor del metal enfriándose, y le di la bienvenida.

Morir sería una misericordia.

Un legionario puede vivir muchos días sin sustento. Su fisiología se mejoró hasta tal punto que puede prácticamente morir de hambre y todavía marchar, pelear y matar. Nuestro padre hizo a sus hijos aún más fuertes todavía pero yo sabía que, como un hombre que sabe que se está muriendo de cáncer, que yo no era yo mismo. Mis humores estaban desequilibrados; las múltiples heridas causadas por Curze y ser sometido a las torturas mentales estaban empezando a pasar factura. En mi punto más bajo, cuando hasta mi voluntad se estaba desvaneciendo, me deslicé hacia el bendito olvido y dejé que me llevara.

Mi paz no iba a durar.

Un sonido como de un arroyo distante goteó junto a mi oído y me devolvió el sentido. Me di cuenta cuando abrí mis ojos que aún estaba en la cámara sepulcral, pero ahora se estaba llenando de agua. Se me heló la cara, lamiéndome la mejilla. Mis labios resecos, mi lengua de cuero, trataron de beber pero encontraron el agua salobre y con regusto metálico. Mis tripas batieron, royendo de hambre, amenazando con devorarme desde dentro. Demasiado débil para permanecer de pie, incluso para levantar mi cuerpo, sólo podía mirar y ver las esclusas abiertas en la base de las paredes admitiendo este torrente lánguido.

Vi la chispa de la electricidad un momento después y tuve sólo unos segundos de comprensión antes de que el shock me golpease y me lanzase de la tierra en un espasmo de huesos rotos. Mi cuerpo miserable, demacrado por la falta de alimentos y agua, se quejó; mis músculos, en parte atrofiados por falta de uso, quemados. Mi garganta, seca como la ceniza desierto, apenas pudo reunir un grito.

-Vulkan...

Como si estuviera atrapado en un pozo profundo y mi salvador llamándome desde arriba, oí mi nombre.

-Vulkan... -repitió, sólo que esta vez la voz era más clara. Estaba llegando a la luz, pateando con fuerza para romper la superficie y terminar mi inmersión.

-Vulkan, debes comer…

A medida que mis párpados se abrieron de golpe, descubrí que debí haberme desmayado y había recuperado la conciencia en una parte diferente de la nave.

Estaba sentado; las manos y los pies atados.

Frente a mí, sentado en una mesa de banquete amplia, mi hermano muerto hizo una mueca ante mí.

-Sáciate -dijo, sus cuencas vacías señalando al festín ante nosotros. -Tienes que comer.

Estábamos sentados en una larga galería. Candelabros adornados llenos de polvo proporcionaban una luminiscencia intermitente. Por encima de nosotros, candelabros de plata se balanceaban suavemente bajo una brisa estancada. Filamentos de hilo de araña les seguían como las redes de algún antiguo y largo arácnido muerto. Del mismo modo, la fiesta en sí estaba envuelta en una capa fina y harinosa de color blanco grisáceo.

Olí carne aquí y allá pero el olor de alguna manera estaba mal, como si buena parte de ella estuviera en mal estado o cruda. Había frutas y pan que sugerían podredumbre a pesar de su frescura ostensible. Botellas de vino llenaban de la mesa en abundancia, pero en algunas el vino era añejo, el corcho estaba en mal estado y tenía un sabor desagradable.

A pesar de la fiesta decadente, salivé ante la perspectiva y luché con impotencia contra mis deseos de saborearlo.

-Come, Vulkan –instó Ferrus. –Te estás malogrando, hermano.

Traté de hablar, pero mi garganta estaba tan reseca que apenas pude croar.

-Hablad -dijo Ferrus, su boca sin labios mordisqueando ostensiblemente, la oscuridad de su boca sin lengua enorme y abisal, pero de alguna manera todavía capaz de formar palabras. Con una mano esquelética, hizo un amplio gesto de barrido. -Todos queremos escuchar lo que tienes que decir.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de los otros huéspedes.

Diecisiete hombres y mujeres se sentaban alrededor de la mesa del banquete. Al igual que los otros presos Curze me había mostrado, estos humanos eran del Ejército y la ciudadanía imperial. Yo incluso vi algunos rememoradores entre el anfitrión, y uno que tenía un parecido a Verace. De todos los invitados, él era el único que parecía tranquilo y no afectado por todo esto. No podía ser la rememoradora por supuesto, pues Verace no era un hombre en el sentido más estricto. No era más que un manto, atados sobre los hombros de un ser que lo llevaba como un manto.

La piel se extendía a través de sus huesos como fino pergamino, los labios retraídos sobre sus encías, los ojos entornados en ojeras de fatiga; los mortales, evidentemente, estaban muertos de hambre también.

A diferencia de mí, sin embargo, no estaban capacitados.

En lugar de ello, me di cuenta de sus manos habían sido seccionadas por las muñeca. Empalados en los tocones cauterizados había largos cuchillos dentados y tenedores tridentes. Algunos de los humanos habían logrado capturar trozos de carne o cortar rebanadas de pan, pero no pudieron llevar estas vituallas a la boca pues la longitud de sus utensilios concomitantes estaba diseñada para ello.

Esta gran fiesta fue presentada ante ellos y sólo podían ver como decaía y marchitaba mientras ellos morían de inanición.

Ferrus me llamó la atención al elevar una copa.

-¿Debo brindar, hermano? Parece correcto, antes de que esta gentuza codiciosa lo devore todo.

Una vez más traté de hablar, pero mi garganta se sentía como si hubiera sido rastrillada por cuchillas de afeitar y todo lo que conseguí fue un boqueado grave. Abría y cerraba los puños, luchando débilmente contra mis prisiones. Golpee con mis pies, sintiendo el golpe en el hueso y el crack.

-Por ti, querido Vulkan -dijo Ferrus, levantando la copa a los labios y bebiendo. Vino rojo oscuro caía en cascada por la garganta, a través de la ruina de su cuello y de nuevo a través de las grietas en su caja torácica donde su armadura y carne había comenzado a desmoronarse con la aparición de caries.

Como si desconcertado, Ferrus miró a los otros comensales.

-¿Tal vez te están esperando, hermano? -sugirió. -Todavía tienes que consumir un solo bocado.

Las esposas alrededor de mis muñecas estaban empezando a morder mi piel ahora. Ignoré el dolor, mi mandíbula bloqueada por la ira y todo mi cuerpo temblaba.

-F... e... -dije con voz ronca. -F... e... e...

Ferrus volvió la cabeza como si estuviera tratando de escuchar, pero sus oídos se habían reducido a protuberancias de carne podrida.

-Habla, Vulkan. Escucharemos lo que tengas que decir.

-A... l... i... m… e… n… t… o... Alimento. *¡Alimentaos! ¡Alimentaos los unos a los otros!*

Rugí y luché, pero aún no podía liberarme.

Poco a poco, sin duda, Ferrus negó con la cabeza.

-No, Vulkan. Lo siento, pero no pueden oírte -señaló un dígito óseo en un individuo marchito, un riachuelo de sangre seca en su oreja y por el lado de la cabeza.

Sordos.

A medida que el pobre hombre se volvió hacia mí, me di cuenta de la consistencia lechosa de su iris.

Ciegos también.

Sólo mantenía el olor, el tacto y el gusto. Tan cruel estar tan cerca de lo que el cuerpo pide y la mente imaginaba, sólo para ser negada.

-El avaro no te puede escuchar, *no te escuchará* -dijo Ferrus. –Ni tampoco puedes escucharles. La avaricia de la humanidad te destruirá al final, Vulkan. Al ayudarles sólo estás prolongando lo inevitable. "

Dejé de escuchar e ignoré los balbuceos de mi hermano muerto. En cambio grité. Maldije el nombre de Curze hasta que ya no tuve voz para hablar.

Y luego me senté allí, un rey en su festín pavoroso mientras sus invitados eran devorados lentamente por el hambre y murieron.

Mi constitución, aunque muy débil, me mantuvo en marcha. Curze sabía que iba a sobrevivir más tiempo que los seres humanos y cuando expiraron estaba solo.

Lloré mientras las velas sangraron hasta ser protuberancias y el polvo acumulado las apagó, así como las lámparas de araña por encima de mí, sumiendo la sala en la oscuridad.

-Curze... -sollocé.

-¡Curze! -con mayor vigor este tiempo, prestándome mi enojo la fuerza que tanto necesitaba.

-¡Curze! -rugí, gritando a las sombras. -Curze, cobarde. ¡Sal, cobarde! Acaba conmigo, si puedes. Aun así, no cederé.

Un suspiro lento me asustó, tan cerca que supe que venía desde el asiento a mi lado.

-Estoy aquí, hermano -dijo Curze, sentado a mi lado. -Siempre he estado aquí, observando, esperando.

-¿Esperando qué? -le susurré, pagando el esfuerzo de hablar después de mi arrebato.

-Ver qué sucede después.

-Cortar mis cadenas y averígualo, hermano...

Curze rio. – ¿Aún feroz, eh Vulkan? El monstruo interior no se acobarda todavía, ¿verdad?

Gruñí, -Mátame o pelea conmigo, pero acabemos esto de una vez.

Curze negó con la cabeza.

-No quería que implorases. No *quiero* que implores. No te hubiera vapuleado tanto para esto. Eres mejor que eso, Vulkan. Mejor que yo por lo menos. O eso es lo que piensas.

-No estoy implorando, te estoy dando a elegir. De una forma u otra, tendrás que matarme. Como un perro o como tu igual.

-¿Igual? -Curze se quebró en un repentino estallido de la apoplejía. -¿Somos iguales entonces, tú y yo? ¿Somos los príncipes del Universo, unidos por una causa y sangre comunes?

-Somos guerreros y aún hermanos, a pesar de lo lejos que has caído.

-No he caído a ninguna parte. Mi posición es tan elevada como lo fue siempre. *Tú*. Tú eres el único que se bajó de la gracia. No eres tan noble en la sombra, ¿verdad? Dime, Vulkan, ahora que habitas en las alcantarillas como yo, ¿qué es lo que veo en el espejo oscuro delante de ti? ¿Somos todos hijos de nuestro padre, o algunos de nosotros sólo somos un poco mejor que los otros? ¿Crees que él hizo a los veinte creyendo que cada uno de nosotros tendríamos un propósito más allá de hacer que sus favoritos brillaran un poquito más?

-¿Envidia? ¿Sigue siendo eso? ¿Por eso que estoy aquí?

-No, Vulkan. Estás aquí para mi diversión. No puedo estar celoso de alguien que es tan grande o débil como yo.

-Libérame, enfrentándonos sin estos juegos, y veremos quién es débil.

-Me gustaría matarte dónde estás, hermano. ¿Te has visto últimamente? No pareces tan formidable.

-Entonces, ¿cuál es el propósito de toda esta locura y muerte? Si quieres matarme, hazlo. Acabemos de una vez. ¿Por qué no acabas…

Más rápido que las sombras, Curze espetó el tenedor de uno de los muñecos humanos muerto y lo embistió profundamente en mi pecho.

Sentí perforarme el esternón, el metal sucio clavándose en mi corazón para empalarme. Agachándose sobre mí, Curze procedió a arrastrar el cubierto a través de mi caja torácica, desgarrando a través de mi pecho y cuello mientras lancé en chorro sangre arterial a su coraza de medianoche.

-Lo intenté -me dijo, gruñendo por medio de su ira mientras el tenedor llegó a la barbilla y la oscuridad empezó a inmiscuirse en el borde de mi visión. -Te corté la cabeza, traspasé tu corazón, aplasté tu cráneo, empalado todos los órganos

importantes de tu cuerpo. Incluso te quemé y descuarticé. Volviste, hermano. *En. Todas. Las. Ocasiones.* No puedes morir.

Horrorizado, confundida mi mente con la confesión de mi hermano, morí.

Curze había hecho lo que le pedí, como le supliqué, y me mató.

DIECISÉIS

Quemado

Aunque la punta de lanza se sentía ligera en sus manos y fría al tacto, Elías sabía el peso del momento y parte del arma en ella delante de él.

Regresó al púlpito, eligiendo ser despojado de su servoarmadura y volviendo a su altar de sacrificio sólo portando sus vestiduras sacerdotales.

Ocho suplicantes frescos estaban dispuestos alrededor de la fosa, entre ellas uno esperando de rodillas delante de Elías en el púlpito de piedra. Detrás de ellos, siete de los discípulos más devotos del Apóstol Oscuro se cernieron. Estos hombres y mujeres no eran los chivos expiatorios de Ranos; eran adeptos del culto, los verdaderos creyentes. Ellos se habían entregado voluntariamente para formar parte de la gran trama y armadura del Panteón. Ni uno entre ellos tembló o lloró; ellos simplemente oraban y el corazón de Elías dio un vuelco de alegría por oirlo.

-¡Revelad vuestra devoción! -Gritó a los ocho, que llevó a los miembros del culto a desnudarse y exponer su carne tallada.

Piel profanada con signos oscuros y profanos se reveló al caer los paños carmesíes. Usando hojas de rituales, los miembros del culto se habían marcado a sí mismos con una serpiente que se desenrolló a través de todos sus cuerpos. El suplicante de Elias fue el octavo y en el pecho llevaba la cabeza de la serpiente, descrita en su propia sangre parcialmente coagulada.

-Está bien -murmuró, perdiéndose en ensoñaciones.

El infierno vendría a Traoris y él sería su guardián, admitiéndolo en el plano mortal.

Cantando los nombres de los nonatos, Elias empezó el ritual. Sintió el repiqueteo de poder en la punta de lanza, vio su brillo fulgurante entre éxtasis y supo que esta era la herramienta de *su* elevación. No la de Erebus, ni siquiera Lorgar: él sería el elegido.

Valdrekk Elias recibiría lo que siempre había anhelado. Ascensión.

Suplicando a los demonios del éter que les escucharan, orando por ellos para ser atraídos a la resonancia psíquica de la lanza, sintió el calor de la hoja comenzando a intensificarse. Al principio era sólo incómodo, una indulgencia necesaria para recibir el premio mayor, pero luego se convirtió en doloroso. Mirando hacia el arma en sus manos, Elías dio cuenta de que estaba en llamas y su piel con ella.

Pronunció los versos malditos más rápido, lo que llevó a sus discípulos a cantar cada vez con mayor vigor. Todavía quemaba.

El resplandor era tan brillante que iluminó el lugar de sacrificio, expulsando cuan depredador las sombras que se habían enraizado lentamente en las antiguas ruinas como tinta derramada. Parecían retroceder, como lo hicieron los suplicantes, echando humo de sus cuerpos mutilados.

Una mujer gritó, y Elias casi flaqueó en su dogma bien practicado antes de que un Portador de la Palabra le mantuvo en pie. Otros mostraban signos de descontento también, retorciéndose y tosiendo mientras sus formas fueron devoradas por la llama purificadora. La luz ardiente se extendió, arrastrándose inexorablemente sobre los discípulos.

Los nombres de los nonatos, tan cruciales para el ritual, se desvanecieron de la memoria de Elias. La agonía en el brazo era tal que él la apretó. Reducida a carne ennegrecida, él se resistió a su repentino desfigurado y se dio cuenta de que el aprovechamiento del poder de la punta de lanza estaba más allá de él. Como un caballo que se ha liberado de sus riendas, estaba salvaje. Pero también era vengativo.

-¡Mátalos! –gritó Elias con más miedo de lo que pretendía, pero ya era demasiado tarde.

Sin restricciones, el poder contenido dentro de la fulgurita se liberó de sus ataduras y estalló en una inundación. Surgió de Elias, como una tormenta que busca en la tierra misma un pararrayos.

Encontró siete.

Hundiéndose en sus rodillas, sus dagas rituales ya olvidados, los discípulos murieron rápidamente y en agonía. Sus servoarmaduras no ofrecieron protección.

Furcas se agarró la garganta, un grito de muerte que salió de su boca en una nube de humo. Dolmaroth, con sus manos pegadas a la cabeza, se fundieron en una masa sólida de carne y metal. Imarek logró arrancarse el casco antes de morir, pero se llevó la mitad de la cara con ella pues se pegó a la parte interior del mismo. Eligor se estremeció y se derritió como cera a través de las rejillas de ventilación de su servoarmadura. Los otros cayeron de manera similar, lo que llevó a los Portadores de la Palabra que observaban desde detrás de ellos a retroceder por miedo a compartir el destino de sus hermanos.

Los suplicantes ya estaban carbonizados en carne y hueso antes de que el primer discípulo cayera, y ellos volaron en cenizas por una ola despliegue de fuego.

Al darse cuenta de su peligro, con los dientes apretados por el dolor de su brazo, Elias embistió la punta de lanza en el estrado de piedra de su púlpito y retrocedió cuando el fuego volvió.

El Apóstol Oscuro rebotó varias veces en su huida, cayendo en un montón miserable.

De su púlpito sólo quedó un apéndice irregular de roca quemada, con la punta de lanza todavía ardiente presentada dentro de ella.

Respirando con dificultad, muy consciente del trauma que su cuerpo había sufrido, Elias gritó. No de dolor sino de ira y frustración. Había esperado la ascensión, la revelación, no ser frustrado.

Jadrekk fue el primero de sus seguidores en llegar a él.

-Apóstol Oscuro... -empezó, pero se echó atrás al ver las heridas de Elias.

Su brazo estaba completamente quemado, desde el hombro a la punta de sus dedos. Los huesos se habían fusionado, in miembro retorcido y malformado en lugar de lo que había antes.

-Mi servoarmadura -le espetó Elias, levantándose sin ayuda, gruñendo ante cualquier intento de ayuda. -Tráeme mi servoarmadura.

Jadrekk obedeció y salió corriendo hacia el campamento.

Elias no lo captó. En cambio, él miró la punta de lanza todavía incrustada en la roca. Su mirada pasó de ella a los legionarios, a continuación a su multitud de sectarios y finalmente a los restantes ciudadanos de Ranos.

-Rodeadles -le dijo a sus guerreros, rojo de vergüenza y furia. –Los quiero ejecutados. Ni cuchillos, ni rituales, simplemente matadlos.

Elías se volvió, agarró su miembro en ruinas cerca de su pecho mientras el pronunciamiento se recibió en primer lugar con un silencio de asombro, y luego miedo, cuando los mortales se dieron cuenta del destino que les esperaba. Los gritos y gruñidos de órdenes compitieron con los lamentos de protesta y piedad.

Elias se burló del sonido. Le repugnaba, como lo hizo el hecho de que ahora tendría que ir a Erebus y suplicar por su vida.

Y que alguien me traiga esa lanza -dijo, casi como una idea de último momento, antes de tambalearse de nuevo a su tienda.

DIECISIETE

La cara en la sangre

Cuando parpadeó, una delgada corteza de la sangre seca se separó y copos se dispersaron fuera de su párpado.

Le dolía la espalda después de pasar una hora tumbado en la fría losa. Vagamente consciente del dolor recordado en su costado, se inclinó para explorar la lesión, pero sólo encontró piel artificial (reknit) y hueso.

-Otra vez no... -gimió Grammaticus y se colocó en vertical.

Estaba sentado en una mesa de operaciones improvisada en una especie de enfermería. De modo que lo habían trasladado. Al menos eso era un buen presagio, supuso. Las luces estaban apagadas, pero una luz entraba por una ventana portal en la puerta de una habitación mucho más grande más allá de la enfermería. A pesar del pesimismo, Grammaticus pudo ver que había sangre por todas partes. Su hedor era embriagador y desagradable. En particular destacaba una barra lateral mugrienta donde una selección de herramientas ásperas y vendajes inútiles fueron descartados. No fue un trabajo de cirujano entonces. Se encontró sin puntos de sutura, pero todavía estaba muy magullado a pesar de su nueva manga de carne.

Slau Dha, miserable bastardo xeno...

Un recipiente de metal a mano lleno de su sangre y cubierto con las sobras de vendajes cortados del carnicero llamó la atención de Grammaticus. El líquido estaba inmóvil e inusualmente reflexivo. Cuando brilló, se dio cuenta de lo que pasaba y luchó contra el impulso de patearla y esparcir su contenido en el suelo. No le ayudaría. Si no *cooperaba* simplemente encontrarían otra manera de contactar con él. Iría muy mal para él si se negaba.

Así que en su lugar se inclinó y esperó a que el cara a aparecer.

Él había estado esperando a Gahet, como antes, pero las características altivos pero todavía severas del Autarca comenzaron a definirse en su lugar. Por un momento fugaz, Grammaticus pensó que Slau Dha había alguna manera "escuchado" sus declaraciones anteriores. Pero estaba equivocado, como también lo estaba acerca de la identidad de la cara en la sangre.

-Tú no eres Slau Dha -le dijo a la eldar con respecto a él de todo tiempo y espacio.

-Una observación astuta, John Grammaticus.

-¿Eso es humor? Me sorprende. No creía que los de su tipo la poseyeran.

-¿*Mi tipo*? ¿Está realmente tan harto, John Grammaticus?

-Soy el heraldo de la destrucción de toda mi raza -respondió Grammaticus. -Harto ni siquiera comienza a describirlo.

El eldar no respondió a su sarcasmo. Él era un hombre, de pelo oscuro peinado hacia atrás sobre su frente para revelar una runa tatuada en la piel. Sólo la cara y los hombros eran visibles y descritos en rojo monocromo, el resto se perdió más allá de los bordes de la taza.

-Parece que sabes mi nombre -dijo Grammaticus. -¿Cuál es el tuyo? ¿Eres otro agente de la Cábala?

-Tu *asociación* es como hemos llegado a estar en comunión, John Grammaticus. Y mi nombre no es importante.

-No lo es para mí. Me gusta saber quiénes son mis secuestradores antes de sacudirme mis cadenas.

El eldar frunció los labios. -Hmm. Detecto un poco de amargura en su tono.

-Cuan astuto de su parte –se burló Grammaticus. -Ahora, ¿qué quieres?

-La pregunta John es, ¿Qué quieres tú?

-¿Quién eres?

-No estoy con la Cábala, y sé que deseas liberarte de tus "cadenas", ¿no?

Grammaticus no respondió.

-¿Por qué estás aquí, John Grammaticus? –continuó el eldar continuó. -¿Cuál es tu propósito?

-Pareces bien informado, más que yo por lo menos. ¿Por qué no me lo dices *tú*?

-Muy bien. Estás buscando un fragmento del poder, usado como arma con la forma de una lanza fulgurita. Su misión también se refiere al primarca Vulkan. Yo también estoy preocupado por él, así como la cuestión de la tierra. Vine a ti porque necesito tu ayuda, y estás en una posición única para dármela.

-¿Y qué te hace pensar que yo estaría dispuesto a intercambiar un titiritero a otro?

-¿Quieres ser puesto en libertad? Yo puedo darte eso, o al menos lt mostrará cómo liberarte. Has tenido... una vida larga, ¿No?

-Sospecho que ya sabes la respuesta a eso también. Aunque creo que me has confundido con un amigo mío. Yo diría que he tenido muchas vidas en lugar de una que es especialmente larga.

-Sí, por supuesto. Vosotros los perpetuos sois todos diferentes, y no todos seres humanos en el sentido más estricto.

-¿Te refiere al Emperador?

-Lo conociste una vez, ¿no?

-Sí, brevemente -Grammaticus no sabía quién era este ser, pero fuesen cuales fuesen sus otras afirmaciones, era sin duda alguien de gran poder para poder comunicarse con él de esta manera y sabía muchas cosas de las mayores apuestas en juego en esta guerra. Hace mucho tiempo, durante las Guerras de Unificación, cuando él había sido parte de los Tributos del Cáucaso, Grammaticus había aprendido a desconfiar de los que poseían más conocimientos que él mismo. En tales circunstancias, se encontró con que es mejor hablar poco y escuchar con atención.

El eldar continuó. -Hace muchos años, ¿no es así? Hace varias vidas, de hecho.

Grammaticus asintió.

-No -dijo el eldar rotundamente. -No me refiero a él, me refiero a Vulkan. Asimismo, no puedes morir como tal, pero eso ya lo sabías, ¿no? Mientras tú y yo hablamos, él está en un terrible peligro. Necesito tu ayuda para salvarlo, si estás dispuesto.

-¿Si estoy dispuesto? –se burló Grammaticus. -¿Sabes por qué estoy aquí, lo que me han encargado hacer? ¿Así que me estás dando una elección entonces, en el supuesto que crea todo lo que has dicho?

-Estoy seguro de que sabes que hablo con veracidad, al igual que estoy seguro de que vas a asumir esta causa.

-Entonces, ¿Por qué preguntar, si está predeterminado?

-La cortesía, la ilusión del libre albedrío. Inventar cualquier justificación que elijas; no importa.

-Dices opción, pero todavía se siente como manipulación. Por el bien de la historia, dime lo que quieres que haga.

-Coloca sus manos sobre el conducto –le instruyó el eldar.

Grammaticus estaba a punto de preguntarle qué quería decir con “el conducto” cuando él supuso que era el envase, así que hizo lo que se le pidió.

-Ahora prepárate -dijo el eldar, sin necesidad de que le dijeran que Grammaticus lo había sin preguntar.

-¿Por qué?

-Porque esto te dolerá.

DIECIOCHO

Desembarco

-Cuando la mano del traidor golpea, golpea con la fuerza de una legión.

- Señor de la Guerra Horus, después de la masacre de Isstvan V.

Isstvan V

Nubes enturbiaban el cielo, presagiando la tormenta por venir. Ellas eran una mezcla de color rojo oscuro y ocre, hechas así por el bombardeo planetario desatado desde las naves de guerra ancladas en la atmósfera superior, y tan espesas que se aferraban alas naves penetrando a través de ellas a toda velocidad en serpentinas ondulantes.

Con los propulsores casi fundidos por el calor, la fuerza leal combinada dirigida por Ferrus Manus salió disparada a través de la niebla, decididos a ganar retribución. La nave de desembarco del Gorgón se unió a miles de otras, igual que el Stormbird de Vulkan volaba de punta de lanza de un inmenso grupo de naves.

Segundos después de que la primera nave de desembarco atravesara la capa de nubes, baterías de cañones emplazados estallaron desde metros y metros de trincheras y posiciones excavadas a lo largo de la Depresión de Urgall. El fuego antiaéreo llenó el cielo como una lluvia torrencial vuelta del revés, masticando a través de alas y fuselajes, detonando ojivas metálicas con forma de puntas de flechas y derramando sus cargas letales en el aire.

Apenas molestó al asalto, y cuando los leales al imperio desembarcaron finalmente en el planeta, más de cuarenta mil legionarios pisaron con fuera la tierra arrasada.

Numeon estaba anclado magnéticamente en la Stormbird, tratando de seguir la carnicería desplegada. Su casco estaba firmemente sujeto e hizo un diagnóstico de los distintos comandantes de fuerzas en su pantalla retinal cuando la nave se resistió y se estremeció por sus acciones evasivas.

Un primer impacto provocó una rápida corrección de curso, y sintió el empuje repentino de la gravedad mientras viraban. Sin inmutarse, el capitán de la Guardia Pira siguió comprobando a los oficiales Salamandras, almacenando sus posiciones y estados gracias a su memoria eidética.

Heka'tan, 14ª Compañía de los Nacidos del Fuego...

Grávius, Quinta Compañía de los Nacidos del Fuego...

K'gosi, 21ª Compañía de Pyroclastas...

Usabius, 33ª Compañía de los Nacidos del Fuego...

Krysan, 40ª Compañía Infernus...

Nemetor, 15ª Compañía de Reconocimiento...

Ral'stan, Primera Compañía de los Dragones de Fuego...

Gaur'ach, Cuarta Cohorte de Contemptors...

Señores del Capítulo, teniente-comandantes, capitanes de compañía.

Y muchos más.

Más de un centenar de nombres y rostros se desplazaron por la pantalla de Numeon mientras trataba de seguir el combate en constante cambio. Hasta el

momento sólo habían perdido una docena de naves y ocho cápsulas de desembarco. En el ojo de su mente las formaciones adaptadas, los planes de batalla sutilmente alterados, todo para dar cabida al paisaje violento que se estaba desarrollando de manera constante arriba y en tierra.

El Stormbird que ocupaba en era un Warhawk IV. Podría llevar hasta sesenta legionarios y aún quedaría cierta capacidad para el transporte de blindados. Durante la cúspide de la Gran Cruzada, el Stormbird había sido tan omnipresente como las estrellas en el cielo de la noche, pero su estrella se desvanecía. Era una antigüedad, usurpado su puesto por el más pequeño y ágil Thunderhawk. A Numeon le gustaba la solidez del Warhawk IV, así como a él le gustaba el hecho de le llevase junto con cincuenta pyroclastos, liderados por el teniente Vort'an. Con mascarillas de cadenas que colgaban debajo de las retículas oculares de sus cascos y largas sobrecubiertas de escamas de draco, delineaban una figura severa en la bodega. A diferencia de los soldados de asalto en la línea del frente, cada pyroclastos llevaba un par de guantes-lanzallamas, esclavizados a un depósito de promethium contenido en recipientes conectados al generador de sus servoarmaduras. Pocos guerreros eran tan inflexible, tan vengativos. En gótico antiguo, su nombre significa literalmente "romper con fuego". En los campos de la muerte de Isstvan, eso era exactamente lo que harían.

Numeon podía sentir su hambre; los soldados estaban ansiosos de combatir.

Por el contrario, la Guardia Pira era quieta y calmada como su señor. Los ojos de Vulkan estaban cerrados, las lentes oculares de su casco extinguidas mientras meditaba sobre lo que estaba por venir. Numeon se acordó de la conversación a bordo de la *Fireforge* justo momentos antes de que hubieran ido a la cubierta de embarque y el primarca llamase a sus guerreros. Sus palabras fueron breves pero conmovedoras. Hablaron de la fraternidad y la lealtad, la traición referida y una batalla que la Legión no había experimentado desde los primeros días de su formación. Entrarían en una caldera en medio de la violenta erupción, y ninguno de ellos saldría ileso.

Sirenas de alerta gritaron, llenando el interior de la bodega lúgubre con luz ámbar estroboscópica.

-*Un minuto para el desembarco* –dijo la voz del piloto emitida por vox.

Desde su asalto inicial, sólo quince naves y once cápsulas no alcanzarían la superficie intactas. La Legión en casi toda su fuerza sería dirigida contra Horus y sus rebeldes.

Los Salamandras golpearían a lo largo del flanco izquierdo, la Guardia del Cuervo el derecho y Ferrus Manus con sus Morlocks en el centro.

En la pantalla retinal de Numeon, la lista en cascada de oficiales Salamandras fue sustituida por una entrada de datos de las otras dos legiones que transmitían a la vez a Vulkan.

-La XIX y la X confirman vectores de asalto y desembarco planetario inminente -dijo Numeon.

-¿Alguna señal de las otras cuatro Legiones? -preguntó el primarca.

Se refería a los Portadores de la Palabra, los Guerreros de Hierro, la Legión Alfa y los Amos de la Noche. Desde Kharaatan, las relaciones con el VIII habían sido tensas, pero Numeon prefería tenerlos peleando con, y no contra, ellos.

Estas legiones, lideradas por sus primarcas, formarían una segunda oleada de refresco para la primera. De acuerdo con sus últimas comunicaciones, buenas antes del comienzo del bombardeo planetario, las otras flotas de la legión estaban entrando en el sistema. Sin ellas, las escalas estarían equilibradas entre Horus y los leales. Con ellas, sería una matanza para el loco Señor de la Guerra y sus rebeldes.

-Ninguna, mi señor.

Cualquier respuesta que fuera a nacer de Vulkan fue cortada cuando sonó una segunda alerta más aguda que la primera.

Treinta segundos.

-Preparaos -gruñó el primarca, abriendo los ojos por fin.

Al otro lado de la bodega las armas de energía se activaron, los seguros de los bólter fueron quitados y los encendidos en la boca de los guanteletes-lanzallamas se iluminaron en un *Whoosh* unísono.

Los retropropulsores se activaron gritando, sacudiendo con fuerza el Stormbird. Los arneses magnéticos se desengancharon pero los legionarios se mantuvieron firmes, anclados al suelo con sus botas.

-¡Ojo por ojo! –gritó Vulkan gritó cuando la nave tocó tierra, fuerte y caliente.

-¡Diente por diente! –rugieron los Salamandras al unísono, mientras la rampa de embarque se abría para invitarles a Isstvan.

DIECINUEVE

Guerra de trincheras

"Di lo que quieras acerca de la XIV Legión. Son bastardos feos y mezquinos pero tenaces. No hay otra que prefiriera tener a mi lado en una guerra de desgaste, y a casi nadie más preferiría tener contra mí."

- Ferrus Manus, después del sometimiento de Uno-Cinco-Cuatro-Cuatro

Isstvan V

Cráteres de arena negra hechos por municiones fueron violados por pies inciertos. A medida que los vastos ejércitos de los tres primarcas leales corrieron de las bodegas de las naves o surgieron de las nubes de disipación de cápsulas de desembarco encendidas, muchos legionarios vacilaron y cayeron.

Fuego bólter sostenido les recibió nada más pisar tierra, y cientos entre las primeras lanzaderas fueron liquidados antes de establecer cualquier tipo de cabeza de playa. El fuego fue contestado con fuego, un staccato tamborilero de miles de armas descargadas al unísono, sus fogonazos fundiéndose en un vasto e interminable rugido de llamas. Densas estelas de misiles gimieron sobre sus cabezas acompañando las salvas, dibujando rayas detrás de los cohetes. Secciones de trincheras y posiciones excavadas estallaron en explosiones brillantes que arrojaban columnas de detritus y hombres armados al aire. Las explosiones iluminaron la oscuridad rampante, alanceando a través de tanques y Dreadnoughts que se alzaban

detrás de las primeras filas de los defensores enemigos, sólo para escupir de nuevo más fuego de respuesta. Los lanzallamas ahogaron el aire con el humo y el hedor a carne quemada, mientras armas más esotéricas pulsaban y chillaban.

Era una cacofonía de la muerte, pero la canción apenas había iniciado su primer verso.

El flanco derecho estaba hinchado con los guerreros de la XVIII.

Los Salamandras rebosaron de sus transportes, colocándose rápidamente en formación y avanzando con determinación. La arena negra bajo sus pies quedó eclipsada de su vista cuando un mar verde la abrumó y se extendió. Vexiliarios sostenían en alto estandartes, tratando de imponer un poco de orden a los batallones emergentes.

Metódicos, tenaces, la XVIII Legión se desplegó y pululó por las dunas oscuras.

A la vanguardia de esta ola vengadora estaba Vulkan y en sus flancos los Dracos de fuego. Concentrándose desde las puntas de lanza de metal de las cápsulas de desembarco, los Exterminadores se organizaron en dos grandes batallones. Eran intrépidos, apabullantes, pero no los guerreros más implacables en el arsenal de los salamandras.

Los Contemptors, caminando a través del humo, reclamaron ese honor. Máquinas de guerra grandes e imponentes, los Dreadnoughts se sacudieron con el retroceso salvaje de sus armas gravitón y cañones automáticos. Sin detenerse a ver la carnicería que causaban, poco a poco acometieron contra las compañías de legionarios en cohortes pequeñas con sus cuernos de ataque a todo volumen. El ruido discordante simulaba los gritos de guerra de los dragones de las profundidades y transmitido a través de altavoces vox para aumentar su volumen.

Vomitados por Thunderhawks de transporte Espartanos, Predator-Infernus y Vindicators desembarcaron a velocidad de combate, con sus orugas en movimiento en plena caída. Los carros de combate se desplegaron a retaguardia de la línea con una cresta empinada detrás de ellos, asegurando la cabeza de playa con su fuerza armada.

Tres puntas de lanza fueron penetrando hacia el corazón de los traidores, dos verdes y una negra, todos decididos a derribar la fortaleza asomando en la cumbre de las colinas Urgall que daba nombre a la depresión.

En segundos la arena movediza se convirtió en cristal, vitrificada por el calor de decenas de miles de armas y se quebró bajo sus pies.

El *thud* de percusión de los morteros sonaba por encima. Momentos más tarde una línea de explosiones cosió el flanco derecho, esparciendo cuerpos verdes sobre nubes de tierra oscura y humo. Respondiendo, la exhalación explosiva de un arma de asedio autopropulsada. Parte del terraplén fue desgarrado por la ojiva de cañón masiva, destruyendo la batería de mortero destruyó con el.

En el lado opuesto, una lengua de llamas de un Infernus arremetió a través de un escuadrón enemigo al acecho en una entrada a las trincheras con granadas cebadas. Los pequeños explosivos estallaron antes de que pudieran ser lanzados, volviendo su furia contra sus detentadores, que fueron destruidos a pedazos. Desde un escalón superior, un misil solitario cruzó el campo de humo ahogado y detonó contra el casco del Infernus. Partida en dos la torreta, una segunda explosión de llamas destrozó el chasis cuando las suspensiones laterales quebraron y sus orugas resonaron. El tanque estalló en una bola de fuego intenso, matando a una línea de legionarios avanzando tras él y haciendo tambalear un segundo vehículo de su escuadrón.

Numeon percibió todo esto en su visión periférica y por los datos frenéticos cargados en su pantalla retinal. Todos lo hicieron.

-¡Hacia la línea de crestas -gritó Vulkan por encima del clamor, -y haceos con el terreno alto!



Artellus Numeon lidera a sus guerreros en Isstvan V

Fuego marchito llovió sobre ellos desde arriba, emitidos desde bunkers y enfiladas cortadas en la tierra. Fortificaciones más grandes se construyeron más arriba en la cresta, donde se volvía empinada y estaba plagada con erizos de acero dedicados al destripamiento de los tanques. Delante de eso yacía la primera línea de trincheras, cubiertas con sacos de arena y el apoyo de revestimientos irregulares, coronados de carretes de alambre de púas.

Desviando su armadura los proyectiles sin inmutarle, el primarca tomó la posición de vanguardia mientras que su Guardia Pira trató de mantener el ritmo de persecución. Numeon no tenía ningún deseo de ver la espalda de Vulkan y preferiría ser el escudo de su primarca que su retaguardia. Rugiéndoles un mayor esfuerzo, instó a sus seis hermanos a cargar más rápido. Todavía tenían que medirse contra la furia de la batalla, cautos de quedarse sin munición, y Numeon y los suyos tendrían que conectar con sus enemigos antes de que no fuesen más que manchas en la arena negra.

Detrás de la Guardia Pira, el avance estoico de los pyroclastos luchaba por mantenerse al día a medida que establecían láminas de promethium ardiente al frente y en los flancos. Los Exterminadores de los Dracos de Fuego también avanzaban más atrás, incapaces de competir con la velocidad del primarca y Numeon empezó a ver que había un peligro real de quedar distanciados del resto de la Legión.

Pero en lugar de sugerir precaución pidió apoyo para llenar el vacío en su lugar.

-Capitán Nemetor -dijo con voz áspera a su transmisor vox, ronca de tanto gritar órdenes.

Sobre él, la cascada constante de fuego continuó sin cesar.

Pasaron dos segundos de estática susurrando antes de que Numeon consiguiera una respuesta.

-Comandante...

-Señor Vulkan avanza hacia la línea de crestas con la intención despejar estas trincheras antes de la llegada de nuestras legiones hermanas retrasadas. Me gustaría verla reforzada.

-Entendido.

Añadiendo su fuerza a la punta de lanza que el primarca estaba forjando, la 15ª compañía de reconocimiento tomó posiciones frescas. Su línea de carga enlazaría junto a la Guardia Pira, capaces de mantener el ritmo que los más voluminosos Dracos de Fuego y Pyroclastos no podían.

Numeon abrió un canal diferente. -Capitán K'gosi, incinera un camino a la primera línea de trincheras. La quiero en llamas antes de romperla.

-Mucho más cerca y vosotros sois los iluminados y en llamas -respondió K'gosi, pero dio la orden.

-¡Fuego por encima! -gritó Numeon, lo que llevó a la Guardia Pira y la compañía de Nemetor a agacharse, aún en marcha, mientras una ola de llamas golpeó por encima y se derramó en los bordes de las primeras trincheras. Los revestimientos de sus trabas ardieron, sus picos reducidos a escoria fundida junto con el alambre de púas.

Por delante de los legionarios a la carga, Vulkan sacó finalmente su espada. Brillaba bajo la luz visceral que atravesó las nubes por encima, con una lengua de fuego azotando su filo. Como si sintiera que su legión le estaba perdiendo desaceleró pero una fracción cuando el labio ennegrecido por el fuego de la zanja más externa se acercó.

Atrincherados dentro de las defensas parcialmente destruidas, los legionarios de la Guardia de la Muerte sacaron sus armas para responder.

-¡En los fuegos de la batalla –vociferó Vulkan cuando cayó la segunda salva de llamas de los pyroclastos que avanzaban. –y hasta el yunque de la guerra! -añadió, atrapado en la resaca de la tormenta de llamas pero disparando a través de ella y dentro de la zanja.

Con las palabras de Vulkan todavía resonando en sus oídos y haciendo eco en su propia boca, Numeon vio a un jefe de sección de la Guardia de la Muerte levantarse para desafiar al Señor de los Dracos. Una maza de poder fuerte crepitaba rayos en la mano izquierda el formidable guerrero.

Vulkan le partió en dos antes de que su golpe pudiera caer y luego la estrelló contra el cadáver todavía agitándose, contra su próximo rival. Otros tres guerreros de la Guardia de la Muerte sufrieron destinos similares antes de que la Guardia Pira entrara en la zanja junto a su señor.

La XIV Legión estaba compuesta de combatientes resistentes; los salamandras habían luchado junto a ellos en Ibsen, pero esos días eran historia y ahora los aliados se habían convertido en enemigos.

La tormenta de llamas y la ferocidad del ataque de Vulkan dispersaron a los defensores pero fueron concentrándose rápidamente desde entonces y ahora contraatacaban desde tres flancos distintos. Aunque la red de trincheras era lo suficientemente amplia para desplegar tres legionarios en fondo, la lucha era dura y feroz. Un swing tomó la cabeza de un legionario, su sucio casco blanco modelo Maximus girando lejos hacia el polvo y humo revueltos. Más avanzaron a través de la penumbra y Numeon ladeó la alabarda para desatar un haz concentrado de su volkite, cortando a través de las filas traidoras.

Durante unos segundos la sección del túnel estuvo despejada. Por encima de él, la batalla seguía sonando. Bajo sus pies, la tierra se estremeció con cada andanada Titán. Pero sonaban embotados y convertidos casi suprimido a un paso cuando una extraña sensación de inmersión en silencio cayó sobre Numeon. Ello le dio la oportunidad al capitán Pira de evaluar el estado de sus hermanos.

Atanarius avanzaba por el canal de la derecha, segando extremidades y escindiendo cuerpos con su espada de energía a dos manos, tan letal como cualquiera de los pretorianos de Dorn. Varrun seguía al espadachín unos pasos por detrás, estableciendo fuego de cobertura con su bólter. Igataron y Ganne descendieron por la izquierda, encerrados en una cuña impenetrable de escudos tormenta y martillos trueno balanceando. Leodrakk y Skatar'var permanecieron cerca de Numeon, los tres manteniendo la brecha.

-Tal muerte... -respiró Skatar’var, horrorizado por la masacre.

-No la nuestra, hermano –le tranquilizó Leodrakk.

Numeon envidiaba un vínculo como el suyo, uno que nunca había conocido, pero ahora no era el momento para este tipo de pensamientos.

A medida que la Guardia de la Muerte vertía más tropas de otras partes del sistema de trincheras, la solemnidad misteriosa se hizo añicos y la batalla se reanudó.

-¿Debemos seguirle? -preguntó Leodrakk, haciendo un gesto hacia donde Vulkan irrumpía hasta la trinchera media.

Perdiendo brío al final de su carga, los defensores optaron con sensatez por quedarse atrás y asolar al primarca con un mar de fuego de bólter. Recibiéndolos de frente, el primarca restó importancia a los daños mientras las carcasas de metal se desintegraron contra su armadura casi inviolable.

Gritando un nuevo desafío, Vulkan se lanzó a ellos.

Numeon negó con la cabeza en respuesta a Leodrakk.

-Nos quedamos aquí y mantenemos la brecha abierta.

A izquierda y derecha los demás ya estaban en retirada escalonada. Gastado el shock inicial y el temor del asalto, la Guardia de la Muerte estaba mostrando signos de recuperación y del temple que Numeon sabía que tenían en abundancia. Hordas de ellos bajaron de las laderas superiores, presentándose en las trincheras con armas más severas que los bólter.

Ganne recibió la descarga de una pistola de plasma contra su escudo tormenta y se tambaleó hasta que Igataron lo levantó de una de sus rodillas. Atanarius se veía en apuros mientras se balanceaba en un amplio arco para evitar ser abrumado. Varrun estaba retrocediendo, e instó a su hermano a hacer lo mismo hasta que el espadachín finalmente se dignó a ceder. Sólo Vulkan era impertérrito y lanzó una ráfaga de fuego de su guantelete para limpiar el canal central durante unos segundos.

Leyendo las posiciones relativas de sus fuerzas en la pantalla retinal, Numeon ordenó a las otras reagruparse y volver a unirse al primarca. En su estela llegaron Nemetor y la 15ª, que se había mantenido en reserva para reforzar a las afueras en trincheras. Detrás de ellos venían los pyroclastos, surgiendo a izquierda y derecha mientras la compañía de reconocimiento empujaba por el centro y fueron tras la Guardia Pira, donde se aglomeraba la resistencia más pesada.

Detrás de una plataforma de fuego antiaéreo con empalizadas, la tripulación se apresuró a traer un montaje Tarántula para defenderse.

Saltando el obstáculo, Atanarius despachó al primer artillero. Un segundo sacó un cuchillo, pero Atanarius la bloqueó y conectó un puñetazo al legionario con tanta fuerza que rompió su visor. Decapitó al tercero, dibujando un círculo que terminó en un golpe hacia abajo para terminar con el guerrero que tenía sólo aturdido. Acabó rápidamente, el cañón y su tripulación silenciados antes de que pudieran

actuar. Igataron y Ganne repelieron a un segundo escuadrón que se movía a una posición de enfilada de un afluente estrecho que se derramaba fuera del curso principal. Tras recibir un ráfaga de tiros rápidos contra sus escudos de tormenta, los guerreros inmediatamente se apresuraron y les destrozaron con sus martillos trueno.

Las victorias eran sangrientas, pero pequeñas e insignificantes en comparación con el conflicto general.

En toda la Depresión Urgall se libraban cientos de batallas entre legionarios. Algunas eran grandes como compañías, otras eran entre escuadrones o incluso particulares. No había ningún plan, solo masas de guerreros que tratan de matarse los unos a otros. La mayor parte de las tropas leales habían abandonado las zonas de desembarco y se enfrentaban a las fueras rebeldes de Horus a los pies de sus fortificaciones, pero algunos todavía ocupaba esta cabeza de playa. Grupos dispersos de traidores se introdujeron hasta esta pero fueron destruidos rápidamente por las tropas que la guarnecían. Estas eran escaramuzas sin embargo, nada en comparación con la gran batalla.

Fuerzas de la Guardia de la Muerte bullían fuera de sus túneles ahora y vagaban por las laderas bólter parloteando en mano. Uno de la compañía de reconocimiento, haciendo una pausa para apuntar su rifle de francotirador, recibió un proyectil afortunado en el cuello de uno y cayó de nuevo en una zanja. Los apotecarios que se movían entre la legión ya estaban en apuros, y el francotirador solitario se perdió en el laberinto antes de que pudiera llegar a él la ayuda.

Sabiendo que sus hombres estaban recibiendo fuego, Nemetor tenía su compañía en pie para enfrentarse con el contraataque de la Guardia de la Muerte y la ladera inferior fue inmediatamente inundada con cuerpos blindados enfrentados. Combates cuerpo a cuerpo y tiroteos de corto alcance estallaron por cientos y la cresta prácticamente onduló con su flujo y reflujo.

Sorteando los restos chamuscados de la Guardia de la Muerte muertos por el infierno del guante de Vulkan, Numeon y sus hermanos se mantuvieron en la trinchera media y pronto se encontraron reunidos con su primarca.

En un breve respiro Vulkan miró a su izquierda, en dirección a una batalla lejana donde los Morlocks luchaban y morían.

-Ferrus impulsa con fuerza hasta el centro -dijo mientras Numeon se puso a su lado. El capitán Pira había seguido la mirada de su primarca, pero no pudo discernir a lord Manus de entre los guerreros en lucha.

-Es lo que me temía, Artellus –continuó Vulkan, perdido brevemente en el recuerdo. -Él actúa sin pensamiento o preocupación.

Varrun dio a Numeon una mirada inquisitiva.

-Se trata de un asunto privado -dijo entre dientes de manera cortante, dejando claro que era un fin a la misma.

-No puedo dejar que pelee solo -dijo Vulkan, -ni debemos renunciar a lo que hemos obtenido con sangre. Dejemos a K'gosi mantener la posición aquí. Los pyroclastos mantendrán la brecha y esta sección de trincheras. Los refrescos y debemos estar preparados para despejar el camino para cuando lo hagan.

Numeon dio una rápida inclinación de cabeza y lo dio por hecho. También vio a Nemetor y 15ª subir la cordillera, estirándose en el proceso. Por ahora, la mayor parte de los Dracos de Fuego estaban en el interior de las trincheras y llegando en apoyo.

-Nemetor -transmitió Numeon -estás sacando a tu compañía de su posición. Reagrupaos y volved al batallón de mando. Los Dracos de Fuego son entrantes.

Nemetor se apresuró a responder. *-La Guardia de la Muerte está huyendo. Han cambiado a corto alcance y espadas. Si les seguimos ahora podemos destruirlos para que no puedan reagruparse.*

-Denegado, capitán. Retire sus fuerzas.

-Puedo aprovechar la ventaja, hermano.

Nemetor siempre fue un guerrero feroz. Condujo a sus tropas con dureza, predicando con el ejemplo, y se estrelló contra los primeros defensores en retirada con ímpetu irresistible. Equipado con mira de corto alcance, el rifle de francotirador legionario era mortal e increíblemente poderoso. Era digno de crédito a la compañía de Nemetor que pudieran adaptar sus tácticas con tanta fluidez ante una oportunidad. A corto o largo, los marines de reconocimiento sobresalían, pero si seguían empujando sería su condena o ser sobrepasados.

Numeon estaba a punto de dar al capitán una orden directa de retroceder y reagruparse cuando vio algo en la distancia que mantuvo presas las palabras en su garganta.

Una nube sucia rodó por la pendiente, demasiado gruesa y demasiado baja para ser niebla. Se derramó en los sistemas de trincheras, canalizada por los conductos de tierra excavada.

Y era rápida. En segundos había despejado la tierra de nadie entre la zanja anterior y el siguiente sistema de fortificaciones y fue a toda velocidad hacia Nemetor y sus guerreros. Superó a la Guardia de la Muerte en primer lugar que ajustó los respiradores antes de que el miasma golpeara, como si supieran que iba a venir.

Lo cual, Numeon supuso, era correcto. La retirada era una finta, una trampa, y la compañía de Nemetor cayó en ella.

-¡Gas! -exclamó Numeon, pero para entonces ya era demasiado tarde. Aunque los otros legionarios ajustaron sus respiradores para máxima filtración, Nemetor y el grueso de su compañía fueron engullidos antes de que pudieran actuar. Todavía persiguiendo a los guerreros en retirada, se encontraron de repente envueltos por una nube de veneno y rodeados por el rápido reagrupamiento de la Guardia de la Muerte.

El arsenal legionario era enorme, y no todas sus armas eran tan evidentes como un bólter o tan nobles como una espada. Había quienes usaban dispositivos de potencia mucho más insidiosa; las lentas y agonizantes, las armas que siempre marcaban tanto al portador como a la víctima. Ellas no discriminan y no tenían en cuenta incluso la servoarmadura más fuerte. Desde el campeón cacareado al mortal más humilde, eran las grandes niveladoras y sus obras eran terribles para la vista.

Numeon las vio ahora y juró que mataría al que había desatado tal terror contra otro legionario.

Fuese cual fuese el compuesto utilizado por la Guardia de la Muerte era potente. Por otra parte, fue diseñado para ser especialmente eficaz contra las Legiones Astartes. A través de las grietas en la nube, donde ponzoña de un amarillo sulfuroso enfermizo era más delgada, Numeon vio a sus hermanos morir. Las servoarmaduras otorgaron poca defensa contra ella. Los pocos que habían logrado ajustar sus respiradores durarían tal vez un minuto, tal vez más, pero el resto eran

hombres muertos. El metal se corroyó contra el toque necrótico de la nube; el caucho se agrietó y partió; la carne y el pelo ardieron. Más de un centenar de la compañía de reconocimiento se derrumbaron, ahogándose y escupiendo sangre. Decenas más fueron descuartizados o derribados por Guardias de la Muerte resurgidos atacando en la confusión.

Igataron quiso meterse en la nube aun arrastrándose por la pendiente y a menos de cincuenta metros de distancia, pero Numeon le detuvo.

-No ganamos nada por condenarnos también -dijo, y luego transmitió a uno de los pilotos que hacían pasadas de ametrallamiento a través del campo de batalla. -R’kargan, trae tu pájaro a nuestra posición para limpiar parte de esta ponzoña.

R'kargan respondió con una afirmación recortada antes de segundo después, un sonido del motor palpitante entró en foco sostenido anteriormente. Varios de la compañía de reconocimiento levantaron la vista hacia su salvador cuando R'kargan trajo casi a ras de suelo la cañonera. Forzando unas turbinas ya zumbando, el muro de aire de la Thunderhawk golpeó la nube y la dispersó, reduciendo su potencia cuando no dispersándola por completo.

La cañonera se elevaba de nuevo, volviendo a ametrallamiento de altitud, cuando un misil impactó en su ala izquierda y lo envió tambaleándose. El látigo de humo negro se desplegó a partir de su motor dañado, enrollándose hacia arriba y luego hacia atrás sobre sí mismo como R'kargan se vio obligado a maniobrar. Él se estrelló en el flanco de la cordillera unos instantes más tarde, envolviendo en llamas y desgarrando el fuselaje de la cañonera. Corriendo desde sus agujeros, los traidores no tardaron en caer sobre ella.

No hubo tiempo para llorar. R'kargan había hecho su sacrificio y salvó lo que quedaba de la compañía de reconocimiento. Ahora aquellos que aún vivían tenían que hacerlo algo de valor.

-¡Por vuestros hermanos! -rugió Vulkan y asaltó la cumbre. Como rastro dejó pequeñas gotas de llamas de su guante, consumiendo lo que quedaba de pestilencia o debilitando aún más sus efectos. La Guardia Pira le siguió, arando la nube disipándose lentamente, girando la balanza de nuevo en favor de los Salamandras y sacando a sus atribulados hermanos de la compañía fuera de la trampa.

Muchos de la 15 ª no llevaban cascos, prefiriendo estar al descubierto como correspondiente al trabajo de sigilo en el que sobresalían. Estos guerreros habían sufrido lo peor. Su piel se desprendió por los ácidos virulentos, devastados por pústulas y asfixiados por el vómito, ojos ahogándose en el pus de la bomba sucia; no había casi nada de ellos salvo sus cadáveres medio blindados. Mientras se conducía con fuerza entre los pocos Guardias de la Muerte restantes que habían atacado el interior de la nube, Numeon oyó algo raspar en su pierna. Se volvió, alabarda en ángulo para golpear hacia abajo, esperando enfrentarse a un enemigo desesperado, pero en su lugar vio a un marine de reconocimiento agonizando. La sangre corría libremente de las ruinas de la boca del legionario, pegada a la barbilla y el cuello en una película viscosa. El legionario moribundo agarró débilmente la espinilla blindada de Numeon. Sus dedos se habían reducido a los huesos, las puntas de sus guanteletes carcomidos y dejando huellas rojizas en el metal. Estaba tratando de decir algo, pero sus cuerdas vocales estaban nada menos que licuadas y el sonido que salía de su boca era un murmullo agonizante.

-Te concederé la paz –murmuró Numeon y golpeó con su alabarda para acabar su agonía.

-Tales horrores... -dijo Varrun después de rematar a un enemigo que todavía se retorcía, y echando un vistazo a todos a sus hermanos de batalla devorados por la peste. -Dime que no existen estas armas en nuestros arsenales.

Vulkan no respondió. Numeon trató de no cruzar la mirada de cualquiera de ellos.

-No hemos terminado con esto todavía, -dijo, usando la barbilla blindada para indicar por la pendiente donde un segundo batallón de la Guardia de la Muerte había convergido en la compañía de reconocimiento debilitada.

En medio de la carnicería, varios escuadrones incluyendo la sección de mando de Nemetor se había separado del batallón principal y estaban frente a frente contra una fuerza superior.

A pesar de la paliza a su compañía, Nemetor todavía estaba en pie. Su servoarmadura había sido gravemente dañada por el ataque con gas, con secciones enteras comidas a sabiendas de la malla chamuscada revelada por debajo. No lo detuvo. Con sólo pensamientos de venganza, Nemetor y los supervivientes cargaron hacia la Guardia de la Muerte emergente.

Numeon y los otros aún estaban acabando con los restos de los atacantes. Los Dracos de Fuego estaban cerca, pero no serían capaces de intervenir. Incluso Vulkan no pudo llegar a los salamandras vengativas a tiempo.

Un intercambio de fuego iluminó la pendiente, disolviendo a los muertos gaseados en un solo color sombrío. Cuando la Guardia de la Muerte desató una lluvia bólter indiscriminada, los marines de reconocimiento avanzaron en un patrón escalonado, parando y avistando con sus rifles, disparando y luego de nuevo en movimiento. Eran eficientes, cohesionados, pero recibían el castigo.

Un Salamandra cayó agarrándose la gorguera destrozada. Otro cayó de bruces con una hendidura abierta en su torso. La cabeza de un tercero se echó hacia atrás con un agujero desde el ojo de su casco ventilado y un penacho de materia que estalló hacia fuera por la parte posterior.

Uno de la Guardia de la Muerte que se acercó recibió el impacto en un hombro que le voló la hombrera. Un segundo perforó a través de su pecho, un tercero su espinillera derecha. Él gruñó, se tambaleó, pero seguía llegando.

-¡Espadas! -gritó Nemetor, estibando su rifle de francotirador y desenvainando una espada-sierra cuando se dio cuenta de que estaban a punto de luchar mano en mano, y vio a sus hombres a hacer lo mismo.

Una falange bien engrasada vino hacia ellos, aproximadamente noventa guerreros contra cuarenta, empuñando hachas y mazos de sus cinturones. Hubo tiempo suficiente para rugir un desafío antes el choque. Nemetor embistió a su primer oponente, usando su corpulencia para derribar al legionario. Un segundo cayó bajo un fuerte golpe de la espada-sierra del Salamandra. A un tercero le decapitó, abandonando su cuerpo entre espasmos. Incluso los Guardia de la Muerte nacidos en Barbarus no podían resistir la fuerza física pura de Nemetor.

Numeon golpeó mientras veía que el título honorífico de “Tanque” era bien merecido. Pero también podría resultar el epitafio del capitán cuando la Guardia de la Muerte numéricamente superior ya había invadido a la compañía de reconocimiento más pequeños y estaban tratando de rodearles.

Vulkan lo impidió sin ayuda de nadie, masacrando y descuartizando a los guerreros en superioridad con su espada de fuego. Numeon y la Guardia Pira se unieron marginalmente más tarde y estalló una densa y caótica refriega.

Más refuerzos de la Guardia de la Muerte entraron en la refriega. Estaban bien organizados y liderados por un guerrero corpulento en armadura pesada. Numeon se dirigió al instante al jefe de sección a grandes zancadas por la pendiente. Placas gruesas anillaban los hombros del Exterminador y con un casco redondeado yaciendo como un rayo entre ellos. Una falda metálica de lamas horizontales protegía el abdomen del guerrero y en un puño enguantado apretaba un mango largo con una cuchilla en arco en su cumbre.

Sus hombres dieron al comandante un gran rodeo, empujando a los Salamandras a atacarle. El bruto arremetió con la guadaña de energía y cuatro legionarios cayeron hacia atrás con miembros y cabezas cortadas. Avanzó, no sin antes partir en dos con una oscilación hacia arriba a su siguiente enemigo. Cuando vadeó sobre él aplastó la cabeza del Salamandra afectado bajo sus pies y dejó una mancha oscura en su estela.

Este era uno de los elegidos de Mortarion, su escuadra de élite. Los Salamandras les conocían hace tiempo, durante la Gran Cruzada y en especial en la campaña conjunta para someter el mundo de Ibsen. Ellos eran los Sudarios de la Muerte, y no tenían igual entre la XIV Legión.

Entre espadas-sierra gruñendo, Nemetor se enfrentó al formidable guerrero en combate singular.

Era una pelea de la que el valiente capitán tenía pocas probabilidades de que ganara.

-¡Nemetor! -rugió Numeon, empujándose a realizar esfuerzos aún mayores mientras él luchó para llegar a su hermano capitán.

El Guardia de la Muerte y el Salamandra intercambiaron golpes en un combate que ya duraba mucho más tiempo que cualquier combate previo de los guerrero escogidos por Mortarion. El Sudario de la Muerte tardó ocho segundos en cortar y derribar a Nemetor. Su guadaña segó la espada-sierra del Salamandra por la mitad en una explosión de dientes aun girando en la cadena y penetró en la servoarmadura de Nemetor. El golpe de retorno abrió su pecho, separando la ceramita y tumbando a Nemetor. Estaba a punto de ser sometido al mismo fin que su hermano con el cráneo aplastado cuando Vulkan intervino.

El Primarca desvió la guadaña con la hoja de su espada antes de sobrepasar la guardia del Sudario de la Muerte y conectó un golpe con su guante. Una de las

lentes retinales del guerrero se agrietó con el impacto, revelando un ojo inyectado en sangre ardiendo de odio. La mitad del casco del legionario estaba gravemente dañado y un fluido oscuro goteó de debajo de su gorguera.

Él rugió, concentrando su ira en un barrido de dos manos que Vulkan hizo a un lado antes de cortar horizontalmente con su espada y atravesar la cintura del Sudario de la Muerte. Tosiendo sangre contra el interior de su casco medio aplastado, el legionario malherido cogió un bote bloqueado magnéticamente a su cinturón. Era otra de las bombas sucias que se había desatado contra Nemetor y su compañía. Vulkan aplastó los dedos del Sudario de la Muerte bajo su bota. Tras enfundar su espada, el primarca arrancó la guadaña de energía de las manos del legionario y la rompió por encima de su rodilla en una ráfaga de chispas agitadas.

Eso fue suficiente para romper el espíritu de la Guardia de la Muerte, que estaban ahora enfrascado en combatir a los Dracos de Fuego y retrocedieron en buen orden. La Guardia Pira pasaba a los demás a cuchillo cuando Numeon se inclinó para arrancarle el casco al Sudario de la Muerte.

Una cara de piel pálida hecha papilla lo saludó. Para sorpresa de Numeon el guerrero no le escupió o lanzó una maldición; sonrió, dejando al descubierto una serie de dientes rotos. Luego se echó a reír.

-Todos sois hombres muertos -susurró.

-No antes que tú -replicó Numeon y le remató.

Miró hacia arriba de nuevo cuando oyó gritar. No de los moribundos, sino los salvajes y guturales gritos de batalla. Un humo rojizo se extendió por todo el campo de batalla, convertida en una niebla sangrienta y humo generado por miles de incendios. Atrapado en un viento cruzado provino desde el este y trajo consigo el desafío brutal de una legión que se deleitaba con la guerra. Era aire para ellos, su sustento.

Devoradores de Mundos.

Sus siluetas rojo pardo se materializaron en la niebla como fantasmas, junto con otra cosa.

Algo grande.

VEINTE

Inmortal

“Tiene una mente excelente, John. Tenemos que hablar y considerar las opciones disponibles para seres como nosotros.”

- El Emperador, tras el Triunfo en Pash

Al oír los gritos, Numeon sacó su arma.

Venían de la enfermería, un grito desgarrador de agonía que sacudió al legionario de una ensoñación oscura. Había oído gritar así antes, en una llanura de arena negra. Y su simetría lo dejó helado, el parecido de un recuerdo grabado en su mente contra la realidad del otro.

El grito de agonía cesó casi tan pronto como empezó. Un hedor nocivo impregnó el aire; quien fuese lo que fuese lo que había sucedido en la enfermería o si era un remanente sensorial falso de sus imaginaciones sombrías, era difícil estar seguro. Numeon no se movió. Mantuvo los ojos en la puerta de la enfermería, con la lanza nivelado a la altura de la cintura con la volkite lista.

Detrás de él, los rescoldos de la hoguera crepitaban en su extinción. No les prestó atención, pues esa estaba fija en otra parte. Otros legionarios llegaron a la planta de manufactorum, llevados por el grito. Numeon los detuvo con un gesto de alerta con la mano antes de asentir en dirección a la enfermería.

-¿Qué fue eso? -oyó susurrar a Leodrakk y captó el sonido del seguro del bólter del Guardia Pira deslizarse.

-Vino de allí -murmuró Numeon, manteniendo su postura agresiva. -¿Quién está aquí, además de Leo? -se preguntó. Se había quitado su casco; estaba sentado al lado de la pira moteado de hollín. Sin ella, no tenía la visibilidad de las posiciones de sus camaradas en relación con la suya.

-Domadus -pronunció el Mano de Hierro.

-K'gosi -dijo el Salamandra, justo por encima del estruendo tranquilo de la mecha de su lanzallamas.

-¿Shen? -preguntó Numeon, consciente de *cuatro* legionarios en total, y jurando que podía distinguir el tono gutural de la cibernética del tecnomarine.

-Estaba muerto -dijo Shen'ra, anunciando su presencia con su respuesta. -Ningún hombre podría sobrevivir esas heridas. Ningún hombre.

-Entonces, ¿cómo? -dijo Leodrakk.

-Porque él no es un hombre en absoluto- murmuró K'gosi, elevando su guantelete lanzallamas.

-Esperad –le dijo Numeon a todos. -No os acerquéis más. Aquí afuera, a distancia, tenemos la ventaja sobre lo que está en esa habitación. Domadus, trae a Hriak. Nadie más entrará. Leodrakk, vigila la puerta.

Ambos legionarios hicieron como les ordenó, dejando a Numeon manteniendo la vigilancia.

-Esperaremos al bibliotecario y luego descubriremos contra qué estamos tratando.

-¿Y entonces, hermano capitán? -preguntó K'gosi.

-Entonces –respondió Numeon, -nosotros lo mataremos si tenemos que hacerlo.

Todos habían oído rumores. Historias de guerra. Cada soldado conocía una. Ellas eran una tradición oral, un medio de camaradería de transmisión de conocimientos y experiencia. La credibilidad prestada a estos cuentos era que los oficiales veteranos de las Legiones Astartes habían atestiguado *hechos* y dados, en detalle, en sus informes. Falsificar un relato de una batalla o misión no era una infracción menor, ya sea en la Legión o el Ejército. Todos los cuerpos militares se tomaban muy en serio este tipo de cosas. Pero los hechos, explicables a través de medios científicos o no, no podían precisar y convencer con referencias tales como "abominaciones" o incluso "posesión física" sin aparentar ser sospechoso. Estas eran las palabras de hombres de confianza muy cacareada. Capitanes, comandantes de batallón, incluso señores de capítulos. Tales testimonios debían garantizarles veracidad y credibilidad.

Y sin embargo...

Las criaturas de la Vieja Noche y brujería maligna se habían limitado a mitos. Estaba escrito en los libros antiguos que podían rehacer a los hombres y asumir sus formas. Hacia el final de la Gran Cruzada, pruebas que estaban oculta en ese momento pero más tarde salieron a la luz, dio crédito a las afirmaciones de que estas criaturas podrían incluso dar vuelta a los humores de un legionario en contra de sus hermanos.

En las pesadillas más oscuras de Numeon, el nombre de *Samus* resonó con familiaridad inquietante. Aquí, en Ranos, le había visitado con más frecuencia. Fue lo mismo en Viralis. No eran xenos, y él había visto y exterminado suficientes extranjeros para saber que esto era la verdad. Numeon conocía una palabra antigua para ellos, una que si la hubiera hablado hace unos años le habría ganado el escarnio, pero que ahora cargaba un anillo de verdad amarga y prohibida.

Y, si los otros rumores eran también fiables, el patrocinio de estos seres era buscado y cortejado por los Portadores de la Palabra. Los seguidores de Lorgar habían encontrado una fe diferente. En sus entrañas, Numeon supo que ese era el por qué estaban allí. Lo *sintió*.

-¡Algo viene! -silbó K’gosi.

Los Salamandras apuntaron sus armas cuando una figura con forma de hombre se tambaleó a través de la enfermería para llegar a la puerta del manufactorum. Dentro estaba oscuro y sólo era visible una silueta a través de la ventana.

-Si le dejamos hablar podría ser el final de nosotros -dijo Shen'ra.

-De acuerdo -dijo K’gosi.

-Esperad... -dijo Numeon. Porque a pesar de los recelos y la amenaza de algo desconocido royendo la determinación de todos los legionarios en esta guerra, esto se sentía diferente.

Con un crujido bajo, la puerta se abrió y el hombre al que conocía como John Grammaticus atravesó su marco abierto. Sus manos se levantaron, y cuando no estuvo a más que un metro fuera de la puerta se detuvo.

-¿Quién eres? –exigió Numeon exigió en tono beligerante.

-John Grammaticus, como te dije -parecía tranquilo, casi resignado, a pesar del hecho de que se enfrentaba a cuatro astartes listos para la batalla.

-No puedes haber sobrevivido -acusó Shen'ra. -Tus heridas... yo te vi morir en esa losa de ahí. No podrías haber sobrevivido.

-Y sin embargo, aquí estoy.

-Ese es precisamente nuestro problema, Grammaticus –le dijo Numeon. Vives cuando deberías estar muerto.

-No soy el único.

La más mínima pausa traicionó las dudas de Numeon antes de responder. -Habla claramente -advirtió. -No más juegos.

-No he sido completamente honesto contigo –confesó Grammaticus.

-Deberíamos matarle ahora -dijo K'gosi.

Grammaticus suspiró. -No haría ningún bien. Nunca lo hace. ¿Puedo bajar al menos mis brazos?

-No -dijo Numeon. -Puedes hablar. Si juzgo que lo que oigo es la verdad podrás bajar los brazos. Si no, acabaremos contigo de una manera diferente. Ahora, ¿Cómo es posible que sigas vivo?

-Soy un perpetuo. Es decir, inmortal. Tu primarca también lo es.

Numeon frunció el ceño. -¿Qué?

-Mátalo Numeon –instó K'gosi, -o le convertiré en cenizas justo donde está.

Numeon extendió la mano para contener al pyroclasta. -¡Espera!

-Está mintiendo, hermano -murmuró Leodrakk, alcanzando la posición de Numeon.

-No miento –les dijo Grammaticus con calma. -Esta es la verdad. No puedo morir... *Vulkan* no puede morir. Él vive todavía, pero necesita vuestra ayuda. *Necesito* vuestra ayuda.

Sacudiendo la cabeza, Leodrakk dijo sombríamente: -Vulkan está muerto. Murió en Isstvan con Ska y los otros. Los muertos no vuelven. No sin cambios al menos. Sólo recipientes como en Viralis.

K'gosi asintió. -El fuego purificará esta escoria a mi parecer... -avanzó un paso, cerca de tocar la mano extendida de Numeon con su peto.

-Retírate -Numeon vio al pyroclasta en su visión periférica, la máscara de cadenas y el largo abrigo de escamas prestándole la aparición de un verdugo. Aún podría ser su papel.

-Quiero creer en él tanto como tú lo haces -dijo Leodrakk, cambiando a Nocturneano, -pero ¿cómo podemos hacerlo? ¿Vulkan vive? ¿Cómo podría siquiera saberlo? Ya hemos perdido suficientes por la traición.

-Todos deseamos que el primarca aún estuviera con nosotros -agregó K'gosi, -pero se fue, capitán. Cayó como Ferrus Manus. Déjalo ir.

-¿Y tú, Shen? -preguntó Numeon. –Apenas has dicho algo. ¿Me estoy engañado, volviéndome un tonto al creer que nuestro señor primarca todavía vive? -arriesgó una mirada de reojo y vio que la cara del tecnomarine era pensativa.

-No puedo decir cuál es el destino de Vulkan. Sólo sé que luchamos y sangramos enormemente de Isstvan. Si alguien hubiera sobrevivido, habría sido él.

-Hermano... -gruñó Leodrakk, descontento en lo que vio como la capitulación de Shen'ra.

-Es cierto- respondió el tecnomarine. -Vulkan podría estar vivo. No lo sé. Pero este hombre estaba muerto. Estaba muerto, Numeon, y los muertos no hablan. Eres nuestro capitán y seguiremos tus órdenes, todos nosotros. Pero no confíes en él.

Antes de que Numeon pudiera responder, Leodrakk hizo un último ruego. -Es probable que muramos aquí. Pero quiero hacerlo porque éramos demasiado crédulos para actuar contra el peligro ante nosotros.

-No soy yo el que está en peligro -dijo Grammaticus en perfecto nocturneano.

El shock entre los legionarios estuvo enmascarado pero fue notable.

-¿Cómo sabes nuestra lengua? -preguntó Numeon.

-Es un regalo.

-¿Como volver de entre los muertos?

-No es uno de los míos per se, pero sí.

Hriak entró en la habitación. Detrás de sus lentes los rayos manchaban la esclerótica pálida de sus ojos y se transformaron en una tormenta oscura.

-Bajen sus armas -dijo con voz ronca, entrando en línea de visión de Numeon y frente a él.

Nadie lo cuestionó. Ellos bajaron sus armas.

Domadus llegó justo después, tomando posición en la puerta. Su bólter no apuntaba al humano, sino que estaba en su mano y listo.

-¿Vas a tratar de abrir mi cabeza de nuevo? -preguntó Grammaticus, mirando con recelo al bibliotecario acercándose.

Hriak consideró al ser humano en silencio por un instante. -Para ser un hombre eres... *inusual*. Y no sólo por tu capacidad para aferrarse tenazmente a la vida.

-Interesante manera de decirlo. Pero no es el primer legionario en remarcarlo –respondió Grammaticus.

Ignorando el intento de ingenio, Hriak continuó. -He oído hablar de biología que puede tejer la piel, reparar los huesos -le extendió la mano para tocar el cuerpo curado de Grammaticus, -pero nada como esto. No podría traer a los hombres de entre los muertos.

-No fui yo -respondió Grammaticus. -Sirvo a un poder superior que se llaman a sí mismos la Cábala.

-¿Un poder superior? -dijo K'gosi. -¿Crees en los dioses entonces, humano?

Grammaticus levantó la ceja. -¿Es que tú no, incluso después de todo lo que has visto? -y continuó: -Me dieron la vida eterna. Son ellos a quien sirvo.

Numeon detectó la amargura en su respuesta y, acercándose junto a Hriak, preguntó: -¿Con qué fin, John Grammaticus? Evidentemente no eres ninguna criatura de la Vieja Noche, de lo contrario aquí mi hermano nos habría instado a

destruirte de inmediato. Tampoco creo que eres un xenos. Así que, sin malversación, ¿Cuál es tu propósito?

Grammaticus cruzó so mirada con el Salamandra. –Salvar a Vulkan.

La tensión en el manufactorum subió de repente varios escalones.

-Así que lo has dicho -respondió Numeon. -Pero se suponía que era inmortal, como tú. ¿Qué necesidad de salvarlo tendría nuestro primarca?

-Dije *salvarle*, no salvar su vida.

Leodrakk se burló, mostrando sin pudor su disgusto por este intercambio, -¿Y qué te hace pensar que puedes tener éxito donde nosotros, su legión, le falló?

Numeon contuvo las ganas de decirle a su hermano que no había, "fracasado", y dejó continuar a Grammaticus.

-Debido a la lanza. Necesito el artefacto capturado por vuestros enemigos. Ellos son mi enemigo también. Con él puedo salvarlo -Grammaticus se volvió hacia el Bibliotecario. -Echa un vistazo si no me crees. Descubrirás que estoy diciendo la verdad.

Hriak dio a Numeon un gesto casi imperceptible.

Grammaticus también lo vio. -Así pues ayudadme. Tenemos un enemigo común en esto, así como un objetivo común.

-¿Una alianza?

-He estado proponiendo una desde que me capturaron.

-¿Dónde está? -preguntó Numeon. -¿Dónde está nuestro Primarca para que podamos salvarle? ¿Y cómo puede tener un simple ser humano, aunque inmortal, la esperanza de lograr tal hazaña? Dices que necesitas la lanza para hacerlo, pero ¿cómo? ¿Qué poder posee?

-Está muy lejos de aquí, eso es todo lo que sé. El resto sigue siendo un misterio, incluso para mí.

-Haz que Hriak abra en canal su cráneo -espetó Leodrakk. -Él desbloqueará lo que sabe.

-Por favor... Ayudadme a conseguir la lanza y salir de Ranos. Puedo llegar a él.

Numeon lo consideró, pero luego hizo un gesto a Hriak.

-Nos dice lo que sabe -dijo sombríamente.

El bibliotecario dio un paso adelante para poder presionar la palma de su mano derecha contra la frente del hombre.

-No lo hagas... -murmuró Grammaticus. -No sabe lo que--

John se convulsionó cuando el dolor de la intrusión mental le golpeó. Entonces Hriak se sacudió y un gruñido de agonía escapó por su rejilla vocalizadora.

Numeon se acercó a él. -¿Hermano...? -el Guardia del Cuervo le impidió acercarse con la mano extendida.

No podía hablar. Hriak respiraba con dificultad, su sonido gutural afectado por el esfuerzo a medida que su competencia fue puesta a prueba. Cayó sobre una rodilla, pero mantuvo el contacto visual y mantuvo su mano para mostrar a los demás que estaba bien. Él la dejó caer a su gorguera, luego separó las abrazaderas del casco, liberando una pequeña nube de gas a presión en el aire. Luego levantó el casco. Por debajo, su piel era pálida, casi tan blanca como los huesos. Devastado por las lesiones, la mitad de la cara del Guardia del Cuervo estaba paralizada en una mueca permanente. Su cuello llevaba la cicatriz de una dolorosa herida en la garganta. Era profunda y parecía gris y fea ahora que se había curado. Grammaticus se resistió ante el sombrío descubrimiento. Desde que la incomodidad de Hriak había comenzado, su propio dolor había disminuido visiblemente.

Hriak le dejó ir, aliviado de ya no estar en contacto.

-¿Lo ves ahora? -dijo Numeon. -Hemos sufrido mucho y tenemos poco que perder salvo nuestro honor -dijo a Grammaticus. -No tendría ningún reparo en matarte ahora o más tarde si nos mientes o enmascaras la verdad de nuevo.

-No miento. Vulkan vive –dijo sin más Grammaticus.

-Él no sabe nada -raspó Hriak, tomando el brazo de Numeon cuando este que se lo ofreció y volvió a ponerse en pie. Aún no se puso su casco de nuevo, a pesar de que estaba claramente incómodo con que sus compañeros vieran su cara dañada. Respirar ahora le era obviamente más fácil sin él sin embargo. -O al menos, no

todavía. Sus instrucciones se han imprimado psíquicamente. Algunas están bloqueados. No puedo llegar a ellas.

-¿Te lo está impidiendo?

-Alguien lo está.

-¿Esa Cábala, sus maestros?

Grammaticus le interrumpió, -Guardan bien sus conocimientos. Por más que escarbes en mi cráneo no descubrirás lo que estás buscando.

-Tengo que darte la razón -concedió Hriak, echando mano a su casco.

-O me ayudáis o me dejáis ir -dijo Grammaticus. -Este estancamiento no logra nada para ninguno de nosotros. Dejad que le salve.

-¿Cómo? -preguntó Numeon, repentinamente enfadado. -Necesito saber. *Tengo* que saber.

Grammaticus se hundió, derrotado. -No lo sé. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? Sólo sé que tiene referencia con la lanza.

Numeon se calmó, pero su frustración aún estaba burbujeando bajo la superficie. Se volvió hacia los demás. -Es probable que el clérigo tenga la lanza ahora -dijo. -Vamos a quitársela.

-De su mano muerta -añadió en Leodrakk cuando vio la oportunidad de venganza mezquina.

-De una forma u otra -respondió Numeon. Echó un vistazo a Grammaticus. -Atadle. No quiero que trate de escapar.

Domadus asintió y comenzó a desenrollar un trozo de cable de rappel de su cinturón.

-Esto es un error -dijo Grammaticus.

-Quizá. De cualquier manera que no nos dejas otra por el momento. Quiero ver lo que sucede cuando te encuentres con la lanza, ver qué secretos frescos caen de tu mente. Entonces haré que Hriak abra sin piedad tu cráneo y extraiga todo lo que oculta dentro.

Grammaticus bajó la cabeza, dejó caer su brazos a los costados y maldijo lo hados que le habían entregado a los salamandras.

A ochenta metros del manufactorum, Narek se cubrió detrás de un muro medio derruido y miró con asombro a través de su mira.

-Imposible... -susurró, ajustando el enfoque, mejorando la resolución de la imagen a través de la ventana de vidrio roto.

Vio a seis legionarios, los guerrilleros de antes, tal como lo había predicho. Lo que más le sorprendió fue ver al hombre al que había matado, el que no podría haber sobrevivido a sus heridas, y sin embargo incólume en el centro de la planta del manufactorum. De pie. Respirando. Vivo.

Narek abrió un canal con Elias, vagamente consciente de sus compañeros rodeándole y sabiendo que el resto estaba convergiendo desde ángulos distintos en el manufactorum.

-Apóstol... -empezó.

Las cosas estaban a punto de cambiar.

A pesar de las atenciones de su apotecario Elías sufría un dolor insoportable. Después de forcejear, dos legionarios consiguieron colocarle de nuevo su servoarmadura, pero su brazo quemado permanecido desnudo. Era negro y casi inútil. Las heridas del fuego divino que la habían chamuscado parecían no desaparecer por su fisiología mejorada o cualquier habilidad de curación que su legión poseía. Sólo un mecenas rival podía restaurarle y cuando se sentó con agonía en su tienda, Elías pensó con amargura en el ritual fallido.

La lanza estaba cerca, sobre una mesa al alcance. Ya no brillaba, ni quemaba. Simplemente parecía ser una punta de lanza hecha de roca y mineral. Pero un contenedor así de simple contenía algo mucho más potente.

Elías estaba considerando cuando advertiría a Erebus de su progreso, pero quería tener la mente despejada en primer lugar. Su maestro tendría preguntas, preguntas de las que Elias no estaba seguro de tener las respuestas por el momento. Así que cuando el vox crujió, su humor era especialmente díscolo.

-¿Qué es esto? -espetó, haciendo una mueca de dolor en su brazo.

Fue Narek.

Al principio Elias estaba molesto. ¿Cuántas veces más iba a tener que decirle al cazador lo que requería de él? Eran una tarea simple, y un perro bien entrenado podía hacerlo. Estaba considerando de qué manera para cortar sus lazos con Narek cuando oyó el cambió de opinión sobre el tema. La contorsión del rostro de Elias, una mueca de dolor y un gruñido de rabia, se volvió interés y maquinación.

De repente, el dolor pareció disminuir, su mutilación menos importante.

El ritual había fracasado. No por la lanza, o las palabras. Fue el sacrificio lo que había hecho mal. Ahora sabía por qué.

Elías se levantó de su asiento y tomó su casco.

-Traédmelo. Vivo, para así poder matarlo.

El destino y el Panteón no le habían abandonado después de todo.

Sonrió. Erebus tendría que esperar.

Algo había sucedido. Narek podía asegurarlo por el tono de la voz de Elías. Sonaba a dolor, y el cazador se preguntó qué había intentado hacer Elias con la lanza. Algo inconsciente, impulsado por la arrogancia. Dejó la cuestión aparte. Amaresh estaba esperando. Casi podía oír la prisa ansiosa de sangre en las venas del otro Portador de la Palabra.

-¿A qué estamos esperando? -gruñó.

Narek no se molestó en hacer contacto visual. Bajó la mira.

-El plan ha cambiado -dijo, transmitiendo las órdenes a través del vox a sus hombres. -Tenemos órdenes de capturar al humano. Vivo.

-No hablas en serio --gruñó Amaresh, agarrando la hombrera de Narek. En un solo movimiento, el cazador torció la muñeca blindada del otro Portador de la Palabra y le aplastó hacia el suelo. Lo hizo tan rápido que los demás apenas se dieron cuenta. Amaresh fue a levantarse, pero se encontró con la hoja del cuchillo de Narek presionado en su garganta. Un empuje y perforaría la gorguera, el cuello y el hueso.

-Letalmente en serio -le dijo. -Dagon -empezó después de unos segundos, una vez estuvo seguro de que Amaresh seguiría sus órdenes. -Mantén cubiertas todas las salidas.

Dagon asintió brevemente.

-Infrik, ven alrededor del frente y- -Espera, hay algo... -Narek levantó la vista para medir las posiciones relativas de sus hombres. Fue entonces cuando vio el pequeño destello de metal, el reflejo de una mira. -Astuto...

Amaresh apenas se había puesto de pie cuando el proyectil penetró por el dorso del casco, atravesó su cabeza y salió a través de su lente retinal izquierda en un mar de sangre y huesos. Incluso un legionario tan dotado como Amaresh no podría sobrevivir a eso.

Narek golpeó la cubierta.

Dudó de que el francotirador tuviera otra oportunidad, al menos no una que fuese significativa. Conocía al tirador. Era el de la torre de enfriamiento, el legionario que él y Dagón había visto antes. Amaresh era un cadáver sacudiéndose mientras la última gota de convulsión nerviosa le abandonó. Narek descubrió que le gustaba este enemigo.

El plan cambió de nuevo.

Volvió a abrir el vox, transmitiendo con calma -Ataque total.

VEINTIUNO

Tormento

"He visto la oscuridad, testigo de ella en mis sueños. Estoy de pie en el borde de un abismo. No hay salida; sé mi destino. Porque es el futuro y nada puede impedir que llegue a pasar. Así que doy un paso adelante y la bienvenida a la oscuridad."

- Konrad Curze, el Acechante Nocturno.

Regresé de la oscuridad de nuevo, sólo que ahora poseía el conocimiento de cómo y por qué. Para la mayoría de los hombres, el saber que eres inmortal sería causa de una euforia desenfrenada. ¿Pues no es la ambición de la humanidad perdurar, vivir, ganar más años a la muerte? Criogenia, juvenat, clonación, incluso pactos con viles criaturas... Bien por la ciencia o la superstición, la humanidad siempre ha tratado de evitar el final. La engañarían si pudiera, dedicando los recursos de toda su existencia por sólo un poco *más*.

No puedo ser asesinado. No por cualquier medio conocido por mí, o por mi hermano vicioso. Mi existencia no acabaría. Nunca.

Saber que soy inmortal es saber que el tiempo no tiene sentido, que toda ambición que alguna vez aspiré a cumplir podría estar, un día, a tu alcance. No envejecería. No podría sufrir mutilaciones o debilitarme físicamente. Nunca moriría.

Conocer la inmortalidad era, para algunos hombres, para saberte poseedor del regalo más grande.

Sólo conocí desesperación.

A medida que volvía en si el dolor fantasma en mi pecho me recordó a la hoja con la que mi hermano me embistió. Curze no me podían matar. Lo había intentado, empeñándose fervientemente. Se planteaba la cuestión de lo que iba a hacer a continuación.

La respuesta a eso no tardaría mucho tiempo en llegar.

Cuando traté de mover mis brazos, me di cuenta de que no podía hacerlo. Desorientado, tardé en darme cuenta de que no estaba ni encadenado ni de vuelta en la cámara de pavor donde mi debilidad había consignado casi matarme; estaba en una trampa totalmente diferente.

Al principio me sentí el peso sobre mis hombros, pesado y penetrante. Tornillos y clavos fueron martillados en mi carne, fijándose a ella. El dispositivo de mi aparente crucifixión era una especie de armadura de metal, de forma humanoide pero blindado de púas y pinchos que tanto salían de como entraban en el usuario. Un mecanismo crudo sellaba mi mandíbula y la barbilla, manteniéndola alta. Mis labios estaban conectados entre sí. Mis piernas y brazos estaban enfundadas en metal, estos últimos terminando en un par de espadas-sierra. Encorvado, sentí la primera

sacudida de las cuerdas de mi marioneta y vi mi pierna izquierda subir y caer en un solo paso.

-Hnngg... -traté de hablar, pero los cables en mi boca amortiguaron cualquier protesta.

Estaba en un pasillo con un techo lo bastante bajo como para que mi chasis blindado le raspara. La mayor parte del metal de la máquina de muerte que llevaba llenaba su anchura. Delante de mí, parcialmente cubierto por la oscuridad, vi sus ojos. Ellos estaban muy abiertos, y se abrieron aún más cuando me vieron, o en lo que me había convertido.

-¡Corre! –le dijo un hombre que llevaba un uniforme del Ejército sucio y andrajoso a otro. Huyeron hacia la oscuridad, y con el sonido del metal raspando el techo encima en mi cráneo les perseguí. Mis pasos eran lentos al principio, pero manteniendo un impulso de trote constante. Al doblar una esquina, vi a los hombres. Habían tomado el camino equivocado y quedaron atrapados en un callejón sin salida. Pude oler el amoníaco y me di cuenta de que uno de los soldados había manchado su uniforme. El otro estaba desgarrando una tubería de la pared, tratando de hacer un arma improvisada y librar una última batalla.

Él la hizo girar de forma experimental, como un hombre de pie junto a un fuego que empuña una antorcha encendida para defenderse de un depredador. Oí un *Shunk* bajo de metal cuando un interruptor fue pulsado de forma remota. Una luz áspera de repente llenó el pasillo desde las lámparas montadas en mi chasis, cegando a los dos hombres. Traté de resistir, pero mi cuerpo blindado me impulsó tras ellos, activando y convirtiendo en borrones los cuchillos sierra en los extremos con un rugido gutural.

Traté de detenerlo. Forcejeé y fustigué, pero apenas pude moverme. Como pasajero de la máquina, sólo pude ver cómo volví a los hombres despojos y escuché sus gritos. Por suerte, terminó rápidamente y el aire se hizo aún más rancio. Sólo el sonido de mi respiración desesperada y la sangre goteando mi chasis salpicado de montones de grasa perturbaron la tranquilidad.

Algo se escabulló detrás de mí y mi armadura mortal se volvió como olfateando la presa. Me movía de nuevo, caminando por el pasillo a la caza de nuevas víctimas. Luché, pero no podía detener o ralentizar la máquina. A lo largo del próximo

tramo de túnel, vi tres figuras. Más esclavos de mi hermano. Me había desatado sobre ellos en este pozo, vestido con la muerte. Curze me estaba haciendo matarles.

Mi torpe andar se convirtió en una carrera frenética , las pisadas rechinantes como knells muerte a mis oídos. Hasta llegaron las lámparas de búsqueda de nuevo, caliente y zumbando al lado de mi cara, y vio a tres hombres . Sin afeitar , musculoso , eran veteranos. Mientras se acercaba a ellos, tristemente se mantuvieron firmes . Uno de ellos había formado un hacha de una sección de la siembra , un trapo sujeto con cinta adhesiva alrededor de la parte más estrecha de un mango ; otro tenía un club improvisado como mi última matanza ; el tercero sólo apretó los puños.

Tal desafío y loca valentía. No les serviría.

-¡Vamos! -gritó el humano con el hacha hacia mí. -¡Vamos!

Mi cuerpo blindado respondió agradecido, respondiendo al reto revolucionando mis espadas-sierra.

Cuando pasé por otro corredor que cruzaba con el que estaba, me di cuenta de lo que habían hecho los veteranos. Mi titiritero no lo hizo.

Al llegar al cruce, a ciegas en dirección a los tres hombres que gritaban y se mofaban unos metros más allá del cruce, un segundo grupo de prisioneros activó la trampa. Un lanzazo rozó mis costillas y tuve que hacer una mueca. Continuó por el avambrazo metálico que encerraba mi brazo izquierdo, cortando algunos cables. Aceite y el líquido comenzaron a manar con furia.

Justo cuando estaba volviéndome hacia mi primer atacante una segunda lanza pasó y se incrustó en mi cadera derecha. Mordió mi flanco, pero la armadura se llevó la peor parte. Mi espada-sierra intentó atacar, pero el cableado se rompió y la armadura cayó inerte.

Un legionario de rostro severo me miró, tirando de su lanza de vuelta para otra embestida. Llevaba el blanco y negro de la Guardia del Cuervo, aunque su servoarmadura e iconografía habían visto días mucho mejores. Mi brazo derecho aún funcional se dio la vuelta y decapitó al guerrero antes de que pudiera atacar de nuevo.

Mientras su casco negro de nariz ganchuda rebotó en la oscuridad, mis lámparas parpadearon y todos los atacantes me atacaron a la vez. Hice un trompo, abriendo en canal a dos de los soldados veteranos y derramando sus intestinos sobre la cubierta de metal. El tercero se agachó para recoger la lanza caída de su compañero, pero mi pierna se quebró antes de que pudiera agarrarlo. El impacto lo golpeó de lleno en el pecho. Oí las costillas romperse y lo observé dar una media espiral por el pasillo antes de caer en un montón sin vida.

Mi último oponente atacó de nuevo centrándose en el brazo dañado, que estaba escupiendo chispas y rociando aceite. Otro legionario se alzó en mi línea visual. Mi corazón se hundió cuando vi el color de su servoarmadura.

Verde esmeralda.

Era ancho de hombros, las insignias de la 15ª compañía estampadas en su hombrera abollada.

Nemetor...

Creí que estaba muerto. Curze lo había salvado. Lo había hecho para que así fuese quien le asesinara.

Encerrado en la máquina era irreconocible para mi hijo. Esquivando un golpe esperanzado de mi espada-sierra restante, hackeó mi brazo izquierdo y golpeó contra algunos de los clavo empalados a mis nervios directamente. Cierta movilidad regresó, y me pareció que podía mover el brazo de nuevo. Viendo la esperanza de Nemetor convertirse en horror cuando el arma que creía haber destruido comenzó a moverse cuando la levanté, entonces volví la espada-sierra zumbando a mí mismo. El momentum de los ataques de mi máquina frenética condujo la sierra a mi cuerpo, cortando primero metal, luego carne.

Dejé que me desgarrara hasta que la oscuridad comenzó a cernirse en el borde de mi visión, hasta que la muerte, aunque fuese breve, me reclamara.

-Ingenioso -oí decir la voz de mi hermano.

Parpadeé, abriendo los ojos y vi que la máquina de la muerte había sido retirada y que estaba de vuelta en mi celda.

-He quedado impresionado y decepcionado -dijo.

Al principio vi su armadura de color azul cobalto con adornos de oro; luego un semblante firme y noble, enmarcado por el pelo rubio muy corto; un guerrero, un estadista; mi hermano, el constructor de imperios.

-¿Guilliman? -respiré con esperanza, mi sentido de la realidad fallando por un momento.

Entonces supe, y un ceño se arrastró en mi cara.

-No... eres tú.

Estaba sentado con la espalda contra la pared, mirando hacia mi hermano de forma asesina.

Curze rio cuando dio cuenta de mi expresión.

-Nos estamos acercando ahora, ¿verdad?

-¿Hasta cuándo? -dije con voz ronca, degustación la ceniza en mi boca y sintiendo una marca fresca en mi espalda.

-Unas pocas horas. Está acelerando.

Traté de levantarme, pero aún estaba débil. Me dejé caer de nuevo.

-¿Cuántas?

Curze entrecerró los ojos.

Le aclaré mi pregunta, -¿Cuántas veces has intentado matarme?

Mi hermano se puso en cuclillas frente a mí, dentro de mi alcance, pero sin traicionar su preocupación por las represalias por lo que me había hecho, lo que continuaba haciéndome. Él asintió con la cabeza hacia la pared detrás de mí.

Me volví y vi mi reflejo en el espejo de obsidiana. Vi a Curze también, y a Ferrus Manus, ahora poco más que un cadáver caminando con la armadura de su primarca, de pie justo detrás de él.

-¿Las ves? -señaló las numerosas cicatrices de honor marcadas en mi espalda. Algunas destacaban sobre las demás, un conjunto de marcas más recientes de las que no tenía memoria o pudiera atribuir a ningún juramento.

Curze inclinó y me susurró al oído: -Una cicatriz fresca cada vez, hermano...

Había docenas.

-Cada vez, volviste para atormentarme -dijo.

Me enfrenté a él. -¿*Atormentarte*?

Curze puso de pie, su forma blindada proyectando una sombra sobre mí pese a la poca luz en la celda. Parecía casi triste.

-Estoy perdido, Vulkan. No sé qué hacer contigo.

-Entonces libérame. ¿Cuál es el punto de matarme una y otra vez si no puedo morir?

-Porque lo disfruto. Cada intento trae consigo la esperanza de que vayas a permanecer muerto, pero también el temor de que nos separemos para siempre.

-Sentimientos de un loco -le escupí.

Los ojos de Curze fueron extrañamente compasivos. -Creo que, tal vez, no soy el único. ¿Está todavía nuestro hermano muerto con nosotros? ¿Está aquí Ferrus?

Ante la mención de su nombre, la boca del cadáver quedó boquiabierta como si divertido. Sin ojos o mucha carne, era difícil de discernir el sentimiento.

Asentí con la cabeza, encontrando sin sentido ocultar el hecho de que veía la efigie inmortal de Ferrus Manus.

-Como pensé -dijo Curze, incapaz de librarse de su melancolía. -Nuestro padre te dio la vida eterna. ¿Sabes lo que me dio? Pesadillas -su estado de ánimo se oscureció aún más, su rostro se transformó en una verdadera angustia. Por un momento alcance a ver el verdadero ser de mi hermano, y a pesar de todo lo que había hecho o afirmado haber hecho tuve lastima por él.

-Estoy plagado de ellas, Vulkan -Curze ya no me miraba. Miraba a su reflejo de obsidiana en su lugar. Parecía ser algo que había hecho antes, y me lo imaginaba entonces, gritando en la oscuridad, sin nadie que escuchase su terror.

El Señor del Miedo tenía miedo. Era una ironía que pensé Fulgrim agradecería, tan retorcido como era.

-¿Cómo puedo escapar de la oscuridad si la oscuridad es parte de lo que soy?

-Konrad -dije. -Dime lo que ves.

-Soy el Acechante Nocturno. La muerte que persigue a la oscuridad... -respondió él, aunque su voz y su mente estaban muy lejos. -Konrad Curze está muerto.

-Él está delante de mí -insistí. -¿Qué ves?

-Oscuridad. Interminable y eterna. Todo a cambio de nada, hermano. Todo lo que hacemos, todo lo que se ha hecho o se hará... No importa. Nada importa. *Temo*. Soy *el* miedo. ¿Sobre qué clase de filo de cuchillo me mantengo en equilibrio, pregunto?

-Tienes una opción -dije, con la esperanza de que algún vínculo fraterno, algún vestigio de razón aún existiera en mi hermano. Estaría profundamente enterrado, pero podría descubrirlo.

Volvió su mirada sobre mí; tan perdida, tan falta de esperanza. Curze era un perro sarnoso que había sido expulsado demasiadas veces.

-¿No lo ves, Vulkan? No hay opciones. Mi destino y el tuyo están determinados. Así que hago la única opción que puedo. La anarquía y el terror.

Lo vi entonces, lo que se había roto dentro de mi hermano. Sus tácticas, sus estados de ánimo erráticos, fueron causados por este defecto. Le había llevado a destruir su mundo natal.

Dorn vio la locura al acecho en su interior. Supongo que yo supe que estaba allí también, en Kharaatan.

-Deja que te ayude, Konrad... -empecé.

Pálidos como el alabastro, los ojos oscuros como lascas de azabache con aproximadamente la misma cantidad de calor en la cara de Curze cambiaron. A medida que la sonrisa de víbora delgada se arrastró de sus labios, supe que él y mi oportunidad de apelar a la poca humanidad que aún quedara se habían perdido.

-Te gustaría, eso creo. Una oportunidad para demostrar tu nobleza. Vulkan, campeón del hombre común, el más atado a la tierra de todos nosotros. Pero no estás en el suelo, ¿Lo estás hermano? Estás lejos de tu amada tierra. ¿Eres más frío,

aquí conmigo en la oscuridad? -se preguntó, con amargura. -Tú no eres mejor que yo, Vulkan. Eres un asesino como todos. ¿Recuerdas Kharaatan? -me incitó.

Recordé, y bajé la cabeza ante el recuerdo de lo que había hecho, lo que *casi* hice.

-No eras tú, hermano -susurró Ferrus, su aliento decrépito silbando a través de las mejillas esqueléticas. –Tú tenías una columna vertebral.

Curze parecía no darse cuenta.

-Los regalos de nuestro padre se desperdician en ti -dijo. -La vida eterna, ¿Y qué harías con ella? Arar un campo, levantar una cosecha, construir una forja para hacer arados y azadones. ¡Vulkan el agricultor! ¡Me das asco! Guilliman es aburrido, pero al menos tiene ambición. Al menos tenía un imperio.

-¿*Tenía*?

-Oh -sonrió Curze, -No lo sabes, ¿verdad?

-¿Qué ha sucedido en Ultramar?

-No importa. Nunca lo verás.

De pronto temí por Roboute y todos mis leales hermanos que cayeron bajo el acecho de Curze. Si él me había hecho esto a mí entonces, ¿Qué podría haber hecho con el resto de ellos?

-Nemetor… -dije, mientras partes de mi más reciente prueba volvieron a mí, incluyendo la aparición de un hijo que había dado por muerto. -¿Era…?

-¿Real? –sugirió Curze, sonriendo.

-¿Lo mataste? -presioné.

-¿Te mueres por saberlo, no es así hermano? -levantó la mano. -Lo siento, mala elección de palabras. Lo verás de nuevo, antes del final.

-Por lo tanto, ¿Esto *terminará*, entonces?

-De una forma u otra, Vulkan. Sí, espero sinceramente que termine.

Entonces me dejó, retrocediendo a las sombras. Lo observé todo el camino hasta la puerta de la celda. Cuando se abrió, vi un rayo menor de luz y me pregunté cuan

profundo estaba mi prisión. También capté a medias una conversación apresurada y dio la sensación de conmoción afuera. Aunque no escuché sus palabras entre dientes, Curze parecía irritado por sus respuestas cortantes. Pasos apresurados se sucedieron a continuación, golpeando la cubierta, antes de que fueran cortadas por el cierre de la puerta de la celda.

Globos lúmenes ardían en las hornacinas en las paredes flanqueándome murieron, y con ella regresaron la oscuridad y la débil y burlona risa de mi hermano muerto.

-Cállate, Ferrus -le dije.

Pero sólo le hizo reír más fuerte.

VEINTIDÓS

Salida

La fachada norte del manufactorum era una ruina. En el exterior, los muertos y heridos cubrían las calles.

Narek había perdido ocho legionarios en el asalto frontal, sin incluir a Amaresh, que había sido derribado por su francotirador. A pesar de las pérdidas, apreciaba la simetría de ello; un cazador contra el otro. Decidió que iba a tener un ajuste de cuentas con este guerrero; ver cuán nítida su propia ventaja y si, a pesar de sus graves heridas, aún podía considerarse digno. Sería una lucha honorable, no como el baño de sangre que había dejado atrás.

Desagradable y libertino como era, también era necesario. Descubierto en medio de la infiltración a su puerta, Narek no tuvo más opción que apuñalar la garganta de los leales, a sabiendas de que no tenían un cañón montado sobre orugas y una posición defendible. Es cierto que él no había previsto que abrieran fuego de inmediato, pues el grueso de sus tropas seguían erigiendo barricadas y corriendo encorvados entre coberturas cuando el mundo se iluminó en azul actínico, pero había servido a su propósito. Dagon, Narlech y Infrik habían rodeado las salidas posteriores. Eso dejó a Melach, Saarsk, Vogel y él bordeando los flancos; dos a la derecha, dos a la izquierda.

Con la cabeza gacha, pegada a la orilla de la calle cuando el tiroteo en la parte delantera del manufactorum se desató, Narek silbó por el vox a su élite. -Cerrad la trampa, encontrad al humano y traédmelo vivo.

-¿Y el resto? –transmitió Narlech en respuesta.

Narek ya podía oír la sed de sangre en su voz. -Matad a cualquiera que se interponga en su camino. No quiero prisioneros; dadme cadáveres -cortó la alimentación.

Cerca de él podía escuchar que sus enemigos habían escapado por la parte posterior del edificio.

-¿Cómo nos encontraron? –tuvo que gritar Leodrakk para hacerse oír entre la lluvia a su alrededor de proyectiles bólter y trozos de rococemento de estructuras desintegrándose lentamente del manufactorum.

Numeon negó con la cabeza. -Podría haber sido el humo de la pira o pudimos haber estado bajo vigilancia ya.

-Pero ¿Por qué vienen a nosotros de esta manera, directamente hacia nosotros?

-Pergellen forzó su mano.

-No tiene sentido. Podrían haberse agachado, rodearnos y pedir refuerzos.

Numeon hizo una pausa, mirando a la oscuridad más allá de las paredes. Detrás de él, oyó a Domadus gritando órdenes entre los informes de percusión de su bólter pesado. Tan pronto como llegó la noticia a Pergellen de que la XVII los había encontrado, todos los legionarios en el interior del manufactorum habían formado una línea de fuego. Sólo Numeon, Leodrakk y dos cuervos movieron a través de la parte posterior del edificio hacia la salida trasera de la manufactorum. No era una fortaleza, y no podían quedarse allí, pero lo que estaba diciendo Leodrakk tenía sentido. ¿Por qué no poner sitio y esperar hasta que pudieran asaltar las barricadas por la fuerza?

-Es una distracción -decidió. -Mantened vuestra atención en el frente.

La salida posterior al manufactorum era un depósito medio cubierto de chasis de transportes de carga. Montones de cobertura, un montón de lugares para esconderse.

-¿Viste eso? -dijo Numeon, agachándose junto a la puerta trasera y gesticulando al exterior.

-Hay tres de ellos- susurró Hriak, su mano agarrando firmemente el hombro del hombre.

-¿Está considerando seriamente ir por ahí? -preguntó Grammaticus.

Numeon no le hizo caso. Captó el ligero movimiento de nuevo. Fueran quienes fueran, estaban utilizando los transportes para acercarse.

-Vienen a por el ser humano -dijo. -Capturarle, no matarle esta vez.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? .preguntó Leodrakk.

-El asalto frontal era para hacernos salir. Sabían que conservaríamos y protegeríamos al humano. Porque si ellos *nos* han estado observando, lo más probable es que vieran lo que hemos visto.

Hriak miró a Grammaticus. -Su apoteosis...

-No hacía falta ninguna explicación -contestó sarcásticamente Grammaticus. -No importa lo que yo diga, ¿verdad? Vais a seguirle ciegamente, independientemente de ello, ¿No es así? Habéis perdido la fe en todo.

Leodrakk gruñó. -Hemos perdido mucho más que eso.

-Cálmate –le dijo Numeon, dándole a Grammaticus una rápida mirada para que se callara antes de continuar. -Estamos perdiendo el tiempo. *Sácale* de aquí. Podemos despachar a estos tres.

Miró a Avus en cuclillas junto a él, las alas de su pack de salto dobladas hacia atrás por ahora. El legionario había mantenido su consejo hasta ese momento.

-Tendré mi pago por Shaka, medido en sangre. Y cuando mi corvidae cuelgue en memoria del sacrificio que hice y me convierta en parte de la fiesta del cuervo, sólo entonces conoceré la paz -prometió. -*Victorus aut Mortis*.

Hriak inclinó la cabeza en solemne respeto. -*Victorus aut Mortis*, hermano.

Numeon hizo una seña a los tres.

-Nos reuniremos en los túneles. *Todos.* Que el Emperador esté contigo.

Elias se sentía inquieto, y no sólo a causa de la agonía sorda en el brazo. Fuera de la tienda, el pozo de sacrificios estaba tranquilo aunque el aire todavía temblaba con la furia urgente de los nonatos. Podía sentir su ira. Era un espejo de la suya. Ser frustrado tan cerca de su objetivo, ¿Y para qué? Algún ser humano que había dejado escapar de su garra.

La mano demasiado encolerizada atrapa el aire, cuando la considerada aferra sustancia.

Había oído a Erebus utilizar estas palabras antes. Ellas le devolvieron la mirada con un eco burlón a través de los años.

Ranos estaba muerto. Sus Portadores de la Palabra había desprovisto con eficacia la ciudad de toda la vida y ahora sólo quedaban estos posos leales y su prisionero. Pero aun así se le negó el premio que tanto codiciaba. Armas, le dijo Erebus. Medio muerto, con su cara hecha una ruina sangrienta, había pronunciado esta verdad. Elías estaba seguro de que la punta de lanza era una de esas armas de la que su maestro había hablado. Era poder en bruto encarnado en una fulgurita. Cualquier duda que pueda haber tenido murió junto con su brazo y los siete acólitos que habían convertido en cenizas antes.

Cautelosamente él extendió la mano para tocar la lanza. Estaba sorprendentemente fresca y ciertamente inerte, y ente cualquier reacción a la que pudiera haber sido sometida ahora permanecía inactiva, pero aún no gastada. Zumbaba con una leve vibración, y la hoja todavía arrojaba una luz centelleante que sugería su procedencia divina.

Monarchia... Sí, Elías lo recordaba bien también. Lloró ese día, lágrimas de alegría entusiasta cuando la cátedra se elevó al cielo y luego de justo enojo cuando la XIII avergonzó a su legión y su primarca. Apenas recordaba a los muertos humanos, y sintió el desaire del Emperador con más intensidad. Erebus le aconsejó ese día. Aconsejó a muchos. Su señor le había parecido extrañamente optimista, como si supiera de alguna forma lo que iba a suceder antes de que ocurriera en realidad. *Eso* era poder. Para ver destinos, doblarlos, darles forma según su voluntad y

beneficiarse. Por qué Erebus siempre acechó en las sombras, manejando el poder detrás del trono en lugar de su titular era algo que Elias nunca entendió.

-¿Qué sabe Erebus que yo…

El pensamiento fue interrumpido por la activación de su frasco de disformidad.

Incluso desde el fuego sobrenatural del matraz Erebus parecía torcido y roto. Estaba vestido con ropas oscuras, con una capucha profunda que ocultaba su cara y la cabeza.

Elías hizo una reverencia a la vez. -Señor... ¿Te has recuperado?

-Evidentemente no -dijo Erebus, señalando a su forma envuelta en telas, *-pero me estoy curando.*

-Algo glorioso para la vista, mi señor. Cuando te dejé en el Apothecarion…

Erebus le interrumpió. *-Dime lo que está pasando en Ranos.*

-Por supuesto -dijo Elias, inclinándose de nuevo para poder aflojar sus dientes sin que su ira fuera visible. Levantó la lanza. -El arma -anunció con orgullo, -está en mi poder.

Erebus lo miró con incredulidad silenciosa.

Elias no pudo ocultar su confusión y le dijo: -Para ganar la guerra. Sus últimas palabras antes de irme con mis guerreros.

-¿Tus *guerreros, Elías*?

-Tuyos, mi señor, humildemente asignados para la tarea que me diste.

-No tienes nada salvo una lanza, Elías. Me refiero a las armas. Esa con la que vamos a ganar esta guerra por Horus y el Panteón -hubo un temblor leve de ira en la voz de Erebus cuando mencionó el nombre del Señor de la Guerra, y Elias se preguntó brevemente lo que había pasado entre ellos. *–Conseguir las nuestras, negarles las suyas* –le dijo Erebus. *-El que tiene más armas vence. ¿No lo comprendes todavía?*

Elías estaba confundido. Había hecho todo lo que se le pedía y sin embargo su maestro estaba obviamente disgustado. Erebus también había olvidó mencionar su lesión, como si tal vez él ya la conociera...

-Yo... mi señor? –empezó Elias.

Erebus no contestó al principio. Estaba murmurando algo como si estuviera hablando con alguien a quien Elias no podía ver, pero la imagen en el matraz mostró una cámara que estaba vacía salvo por Erebus.

-¿Dónde está John Grammaticus? -dijo al fin.

-¿Quién? ¿Queréis decir el ser humano?

-¿Dónde está él, Elías? Lo necesitas.

-Tengo hombres cazándole mientras hablamos. Lo están trayendo a mí.

-No -dijo Erebus. *-Hazlo tú mismo. Encuentra a John Grammaticus y retenlo para mí. No le mancilles en modo alguno, esa es mi única advertencia para ti.*

Elias alzó una ceja y trató de contener el miedo en su voz. -¿Viene hacia aquí?

Erebus asintió. *-He visto el lío que has hecho en Ranos.*

El miedo se convirtió en rabia en Elias. -No podría haber predicho la presencia de los demás legionarios aquí. Tampoco puedo dejar el lugar del ritual. Los nonatos están…

Erebus lo cortó por tercera vez con un golpe de su mano. Elías se dio cuenta de que era una biónica anexada al muñón de la muñeca cercenada de su amo. *-Como de costumbre no has podido captar las sutilezas de la disformidad. No más ruegos o súplicas para conseguir lo que quiero, Elías.*

-Sólo te sirvo a ti, mi señor.

Erebus se rio entre dientes. Era un sonido desagradable, ronco, como si fuera víctima de algún cáncer generalizado y dispusiera de sólo unas horas de vida.

-Tengo asuntos que atender aquí, pero estate listo para mi llegada. Asegúrate de que Grammaticus está en tus manos para cuando llegue, o una extremidad ennegrecida por el fuego será la menor de tus preocupaciones...

La llama disforme se evaporó tan rápidamente como se había manifestado, dejando a Elias solo. A pesar del dolor en su brazo, todo su cuerpo se tensó de furia apenas contenida.

-Yo soy tu discípulo... –jadeó al aire despreocupado. -Tu seguidor. Yo te salvé, te tomé de esa cámara en la que habrías muerto sin mi ayuda -apretó la mandíbula, con tanta fuerza que ya no podía pronunciar palabras. Todo lo que salió de la boca de Elías fue un gruñido de espuma y saliva. Luchó por calmarse, encontrándola en el pozo oscuro de su alma podrida.

Elías convocó a su escudero. -Jadrekk...

El guerrero se asomó a la boca de la carpa casi de inmediato, haciendo una profunda reverencia.

-Nos vamos. Reúne a todos, pero deja dos escuadrones de vigilancia sobre la fosa. Nos reuniremos con Narek y los demás.

Jadrekk hizo otra reverencia y se fue a cumplir sus órdenes.

Treinta y siete legionarios esperaban a Elias más allá de los confines de su santuario. Veinte de ellos se quedarían atrás, mientras que el resto reforzaría a Narek. Nunca había sido concebida como una fuerza de combate. Era una guardia de honor, el propio culto personal de Elias. Los mortales no eran sino corderos para matanza en nombre del Panteón. Los legionarios exigían una atención severa. Elías pensó en los leales como nada más que una molestia, sustento para los nonatos cuando les desatara sobre este mundo y por siempre manchado por el Caos. Ahora se encontraban en el camino de su gloria merecida. Habían demostrado ser ingeniosos hasta ahora, pero su resistencia tenía su fin. Guardando la lanza fulgurita envuelta en su vaina, Elias levantó su maza con el brazo sano. Era pesada, pero se sentía bien envolver su puño alrededor del mango tapizado con piel.

Se sentiría aún mejor cuando estuviera agrietando cráneos, cada golpe un paso hacia su eventual apoteosis.

Erebus rompió la comunión psíquica a su discípulo y se tambaleó. Extendiendo la mano se apoyó contra la pared de su celda y exhaló un suspiro tembloroso. Incluso imbuido por el poder de la disformidad su regeneración era lenta. Miró hacia abajo, sobre el metal desnudo de su mano biónica. Apretó en un puño, como si su voluntad por sí sola pudiera sostenerle y restaurarle. La mueca en el rostro de Erebus se transformó en una sonrisa. Lo vio reflejado en el suelo de metal de su santuario, así como vio la lenta ristra de carne que había comenzado a colonizar su

rostro desollado. Era más dura, más oscura que antes. Diminutas protuberancias óseas sobresalían de su cráneo. Sus ojos adquirieron un elenco visceral. Era el favor de los dioses, como bien sabía Erebus. Lorgar y Horus podrían haberle abandonado por el momento, pero el Panteón no. Podía sentir su inquietud sin embargo. A pesar del conocimiento del Apóstol Oscuro y la manipulación de los hados, Horus no era el peón que Erebus había afirmado que fuera.

En los primeros días, cuando la sedición se murmuraba en voz baja y las logias de guerreros estaban en su infancia, hubo otras opciones. No tenía por qué haber sido Horus. Nada de eso importaba ahora. Erebus era, ante todo, un superviviente. Su rostro y su cuerpo devastado daban testimonio de ello.

-Sigo siendo el artífice de esta herejía... -siseó a la oscuridad, que había estado escuchando con impaciencia desde que llegó.

Su error fue Signus. Si lo hubiera sabido, si hubiera captado el más mínimo atisbo de los celos de Horus... se suponía que Sanguinius sería corrompido y convertido en un Ángel Rojo. En cambio él vivía, y ni Horus ni Erebus habían conseguido lo que querían. Él sería más sutil la próxima vez. Pero necesitaba respuestas. El Ángel y el Señor de la Guerra no eran su preocupación ahora. El ojo de Erebus había caído sobre otra.

Le tomó un poco de esfuerzo, pero levantó la cabeza para encontrarse con la mirada del otro en la habitación.

-¿Puedo matarlo? -le preguntó.

La criatura manifestada en una nube de humo enturbiado ante él asintió sus cabezas emplumadas. Sus picos castañeteaban murmurando sin cesar. Erebus obligó a su mente a dejar fuera estas palabras, porque eran la locura y escucharlas era estar condenado a la misma suerte.

Hizo una reverencia mientras el humo se desvaneció, llevándose al demonio con él. La gran presión sobre Erebus se alivió, y pudo enderezar la espalda. Respiró por primera vez en mucho tiempo sin sentirse como si una sierra rasgara a través de su pecho.

-Entonces será hecho, oráculo .dijo al humo fantasmal y salió del santuario.

VEINTITRÉS

Penumbra

Su respiración al a mi hermano.

-Ferrus, déjame en paz...

Desde mi último encuentro con Curze, me había hundido en una profunda melancolía, luchando para armar lo que era real y lo que sólo imaginaba. Cada vez que volví de la muerte sentía un pedazo de mi mente escapar como una balanza oxidada o escamas de ceniza. Y cuanto más intentaba agarrarla, más se fragmentaba. Me estaba rompiendo; no físicamente, sino mentalmente. Sin embargo no estaba solo en eso. Curze también me había mostrado algo de su duda interior, su dolor. De lo que él había sido testigo en las visiones que describió habían perturbado una mente ya frágil. Las tendencias sádicas, su evidente nihilismo, eran un síntoma de eso. No sabía si significaba que compartía su trauma para sentir piedad de él o de alguna manera hacerme confiar en él como parte de alguna tortura más tarde, o si su máscara simplemente había resbalado y habían asistido a su verdadera imagen. Los dos no vimos reflejados en el cristal de obsidiana y a ninguno de nosotros le gustó lo que vimos.

-Ferrus está muerto, hermano -respondió una voz, impulsándome a abrir los ojos.

La celda de vidrio volcánico no había cambiado. En sus paredes miré mi reflejo, pero no pude ver ningún otro, a pesar de que quienquiera que estuviera aquí conmigo estaba tan cerca que podía oírle susurrar.

-¿Quién eres? -exigí, de pie. Mis pies temblaban pero me mantuve firme. -Ferrus, si se trata de algún truco…

-Ferrus murió el Isstvan, como una vez pensé que habías dicho.

Mis ojos se abrieron, atreviéndome a esperar. Reconocí la voz de mi compañero invisible.

-¿Corvus?

Desde la oscuridad, vi una sombra que sangró hacia el exterior una silueta antes de finalmente definirse en Corax, mi hermano. Era como si el Señor de los Cuervos llevase una capa larga que de repente se despojó para revelar su presencia. A pesar del hecho de que él estaba de pie frente a mí no se reflejaba en el cristal, y cuando lo consideré encontré difícil determinar su ubicación exacta en la habitación. Era *la* sombra, siempre dentro de la penumbra, incluso en la luz del día más duro. Era su regalo.

Extendí la mano para tocar su rostro y le susurré, en parte, a mí mismo, -¿Eres real?

Corax estaba vestido con servoarmadura negra de un aspecto aviar. Con dos guanteletes garras desacopló las abrazaderas de bloqueo que fijaban su casco a la gorguera. El casco de pico se soltó sin hacer ruido. Incluso el generador de energía del Señor de los Cuervos de la que salían alas increíbles de su paquete de salto funcionaban casi en silencio. Sólo la audición de un primarca que podía detectar el residual zumbido de fondo.

-Soy tan real como tú, Vulkan -dijo, levantando el casco para revelar un rostro ligeramente aguileño enmarcado por el pelo largo y negro. Había una sabiduría tranquila en sus ojos de la que me di cuenta, así como la palidez grisácea común de los habitantes de Kiavahr. Una piel de plumas de cuervo rodeada de su cintura y portaba un gran cráneo que estaba sobre su pelvis blindada de alguna gran ave de presa que una vez había acechado y asesinado.

-*Eres* tú, Corvus.

Quería abrazarlo, abrazar la esperanza en la forma de mi hermano, pero Corax no era tan táctil como Ferrus había sido. Al igual que el ave de la que tomaba su nombre, a Corax no le gustaba que sus plumas fuesen tocadas. Lo saludé en cambio, presionando su puño apretado contra mi pecho desnudo.

Corax saludó a cambio antes de recolocar su casco.

-¿Cómo? -le pregunté. -Estamos a bordo de la nave de Curze.

-Puedo explicarte cómo te encontré más tarde -él me dio una palmada en el hombro, una rara concesión por él, y por primera vez en lo que parecía años experimenté una sensación perdida de hermandad y camaradería. -Ahora necesito que vengas conmigo. Te vamos a sacar de este lugar.

Mientras hablaba, me llamó la atención el derramamiento de media luz en mi celda. A través de la puerta abierta, vi un pasillo poco iluminado y un equipo de ataque de la Guardia del Cuervo rodeado de Amos de la Noche muertos.

-¿Puedes luchar? –me preguntó Corax, mirando por encima del hombro mientras me conducía a la libertad.

-Sí -contesté, y sentí un poco de mi fuerza desvanecida regresar. Había pasado mucho tiempo fuera de la tierra y golpeado constantemente como estaba, mi valor para la lucha estaba lejos de su altura. Cogí un bólter en pleno vuelo. Se sentía bien envolver la mano en el mango y el gatillo, sentir su peso. Quité el seguro. Era el propio arma de Corax; no su armamento favorito pero una de seguridad. Me alegró recibirla.

Tenía preguntas, muchas de ellas, sobre la guerra y Horus. Pero este no era el momento.

Cuando mi hermano llegó a la puerta le dijo algo a su Guardia del Cuervo en Kiavahrano que no entendí antes de que desplegase su látigo de energía y dejar que las tres puntas de púas crepitaran con energía al tocar el suelo. Cuatro garras de plata se extendían de su otra mano, sus hojas envuelto en furia actínica.

-Nuestra nave está cerca, pero estos corredores son un hervidero de la sucia octava legión. Podemos pasar por alto fácilmente a los suficientes, pero vamos a tener que tomar una ruta diferente contigo, hermano.

Corax estaba a punto de llevarnos a cabo cuando agarré su antebrazo.

-Casi había perdido la esperanza -dije en voz baja.

Corax asintió. -Así como yo de encontrarte alguna vez con vida -sostuvo mi mirada por un segundo, antes de girarla hacia el pasillo. -Sígueme, hermano.

Él salió de la celda y aunque yo estaba pisándole los talones, casi de inmediato se perdió en la oscuridad. El pasillo era amplio, lo suficientemente bajo y bien iluminado, pero con todo Corax y sus hijos eran difíciles de localizar.

-No podemos esperar, Vulkan –susurró mi hermano.

-Apenas puedo verte.

-Ve hacia el final del pasillo. Kravex está ahí.

Mis ojos se estrecharon y encontré al legionario, tal y como Corax había descrito, esperando al final del pasillo. Su aspecto era una sombra fugaz, porque cuando llegué al punto donde había estado de pie Kravex ya se había ido de nuevo.

Continuó así durante lo que parecieron horas, moviéndose sin respuesta y silenciosos a través de túneles innumerables, respiraderos y conductos. A veces el camino nos llevó hacia abajo o arrastrándonos a través de algún conducto estrecho o escalar algún túnel claustrofóbico. Corax siempre estaba cerca, pero nunca lo suficientemente cerca como para sentir realmente que estuviera allí. Él era una sombra, moviéndose a través de la niebla oscura, adhiriéndose a los bordes de la sombra y nunca entrando en la luz.

Les seguí lo mejor que pude, vislumbrando a Kravex o uno de los otros Guardia del Cuervo cuando mi sentido de la orientación fallaba y tuvieron que ponerme de nuevo en el camino. Creo que eran cinco en total, sin incluir a Corax, pero no podía jurarlo. La XIX eran expertos en el subterfugio. Los combates de emboscadas y el sigilo eran el arte de los Cuervos. Me sentía terriblemente novato.

Varias veces fui detenido de golpe; mi hermano, aunque todavía oculto, silbó una advertencia para que me detuviera. Legionarios nos estaban buscando. Escuchamos sus pies calzados con botas, atrapando fragmentos de su paso a través de las rejillas de ventilación y rejillas de hierro de la enorme nave.

Ahora en lo profundo de sus entrañas, nos encontramos en la sentina del barco. Los efluvios corrían en un río espeso y las paredes estaban cubiertas de mugre y otras materias. Era un enorme y ciclópeo alcantarillado forjado de metal oscuro, marcado con rayitas cruzadas con vigas y cadenas colgantes. El calor de las cubiertas enginarium se colaba a través de ventiladores de turbina de baja rotación, agitando el hedor inmundo del lugar. El aire tóxico habría matado a los simples humanos, y sospeché que el suelo bajo sus pies era en realidad un manto de huesos.

-A través de este canal -dijo Corax, dando un paso hacia un acueducto en pendiente y manteniendo la voz baja mientras un equipo de búsqueda sacudía la parrilla cubierta muy por encima de nuestras cabezas, -podemos pasar por alto una parte fuertemente custodiada de la nave. Un portón en la parte lleva a cabo a la cubierta auxiliar desde donde entramos.

-¿Y si ya han encontrado tu nave? -le pregunté, siguiendo a mi hermano y sus guerreros a medida que se metieron en la turbia alcantarilla. Estaba oscuro en el túnel, sólo iluminada por el resplandor de las lámparas de fósforo.

-Improbable –respondió Corax. -Está enmascarada fuera del alcance de los sensores de esta nave. Vamos -sus guerreros estaban dispersos por delante, y pronto les perdí en la oscuridad.

Vadeamos a través de la suciedad en el silencio, las aguas tumultuosas hacer los humos más destructora. Tal y como era arriba, abajo era un laberinto y tuve la clara sensación de que nos dirigíamos hacia su núcleo. Una parte de mí anhelaba encontrar a Curze esperando allí; así podría imponer sobre él cada acto de venganza que había soñado desde que fui encarcelado para el placer de mi hermano loco.

Sería tan fácil... Su cráneo en mis manos, agrietando sus huesos mientras poco a poco le aplastaba.

El largo tramo de tubería de achique recta finalmente fue dando paso a una curva cerrada cuando vi el fogonazo marcado en mi línea de los ojos y escuché la acusación gruñido de descubrimiento.

Corax ya se estaba moviendo, varios metros por delante de mí, emitiendo látigos de energía de su guantelete con garras. -¡Nos han encontrado!

Oí caer a un Guardia del Cuervo, pero no lo vi. Nuestra vanguardia estaba más allá del recodo; así también estaba Corax, y sólo pude escuchar la batalla. Hubo un fuerte chapoteo y supuse que el guerrero se había hundido en el agua.

Llegué al recodo, pero sólo encontré oscuridad delante de mí. Incluso con las lámparas de fósforo, escupiendo y parpadeando en el aire rango, no pude ver ni amigos ni enemigos.

Otro relámpago me puso en alerta, una picto-captura fugaz de gris monocromo presentada en mi retina de dos legionarios enfrentados con espadas. Vagué hacia ellos, encontrando lodo bajo mis pies y un lento progreso como resultado. La siguiente sección de tuberías era igual de larga que la primera y mis aliados lucharon de alguna manera por ella, lejos de mi ayuda.

Me detuve, tratando de determinar el número de enemigos al que nos enfrentábamos y dónde. Sin el fogonazo mi vista se vio obstaculizada de nuevo. Puse el bólter que me habían dado bajo mi barbilla, descansando el cargador contra mi mejilla mientras poco a poco vadeaba alrededor de la cloaca. Armas de fuego resonaron en el techo abovedado, amplificadas por la configuración de las cloacas, por lo que fue difícil de precisar su origen. Me di cuenta de que la tubería en esta parte de la alcantarilla estaba lejos de ser recta. La soportaban columnas cuyos cimientos estaban bajo la rancia línea de flotación. Había nichos y subconjuntos, repisas de mantenimiento y antecámaras. Sin una referencia podría perderme rápidamente, y mis rescatadores con ello.

En algún lugar en la distancia, Corax estaba luchando. Oí el chasquido de su látigo de energía y pude oler el hedor del ozono de sus cuchillas relámpago incluso por encima del fluido rancio deslizándose lentamente mi cintura. Rompí la piel viscosa que había comenzado a rodearme, caminando rápidamente a través de la ciénaga mientras luchaba por llegar a mi hermano.

Con una silueta estremecedora vi a otro cuervo muerto con sus alas dobladas hacia el exterior cuando un proyectil le rasgó.

-¡Corax! –le llamé, aún con mi bólter barriendo en panorámica, preocupa que cualquier instantánea podría golpear a mi hermano o uno de sus hijos.

Oí el choque de acero, una ráfaga de fuego bólter, pero no obtuve respuesta.

-¡Corax!

Todavía nada. El túnel bostezó delante de mí, una boca enferma y abierta, y la oscuridad se cerró como una tormenta. Cogí flashes, bocas de fuego y la llamarada efímera de armas de energía. Me saludaron nada más que siluetas, la imagen residual de un golpe ya golpeado, una muerte que ya ocurrió.

En la inmundicia chapoteando en mi cintura, capté un breve atisbo de un cadáver blindado. En la oscuridad, boca abajo, era difícil de discernir a quién pertenecía. Forcé mi camino hacia él a través del fango, pero mi paso era demasiado lento. El aire atrapado escapaba de las lagunas de su armadura, desapareciendo del cadáver sin dejar rastro. Sumergí mi mano en la inmundicia, alcanzándolo y agarrándolo. Tenía que verlo, tocar algo innegablemente real. Algo raspó contra la punta de mis dedos. Profundizando, hasta que las aguas rompían en mi cara, agarré el objeto.

Sacándolo a la luz, vi una calavera. La porquería del alcantarillado blanqueó como una necrosis de la piel. Sonreía como todos los cráneos, pero encontré algo de familiaridad en su rostro macabro.

La cabeza escindida de Ferrus Manus me miró.

Retrocediendo se me cayó el cráneo y estaba a punto de bajar por ella cuando oí a Corax gritar.

-¡Vulkan!

Un objeto esférico pequeño, precedido de su parpadeo de activación, se arqueó por encima. Su parábola le llevó a las aguas, casi sobre mí.

Me volví, respirando fuerte y cerrando los ojos cuando un rayo conmocionante me empujó hacia el fango. Con el escozor en la piel de la metralla incrustada en la espalda toqué el suelo del túnel, con la cabeza y los hombros completamente sumergidos. El pico de una costilla, un fémur sobresaliendo, la línea acanalada de una columna vertebral; rasgué el cementerio bajo el agua en un intento desesperado por obtener asidero y elevarme por encima del agua.

Y entonces me estaba elevando, arrastrado en el oleaje repentino causado por la explosión, antes de que romper contra la superficie. Lanzado por el aire, perseguido por un chorro de suciedad y zarcillos de que se aferraban a mi cuerpo, golpeé el duro muro y me deslicé contra ella.

Había perdido mi bólter, huída de mis manos durante la caída. Pese a las náuseas y la tos con agua sucia de mis pulmones, oí pasos que se acercaban salpicando a través del fango.

Aturdido, con mi visión borrosa, miré hacia arriba y vi una mano extendida hacia mí.

-Se acabó -dijo Corax.

-Ni siquiera los vi –dije con un grito ahogado.

-Confía en mí, hermano, están muertos, pero vendrán más después de esa explosión. Tenemos que movernos.

Con la ayuda de Corax me puse de pie y juntos llegamos al final del túnel de la alcantarilla, donde una escalera de mantenimiento nos llevó hacia arriba y afuera.

-¿Dónde están los otros? -le pregunté, sin ver a Kravex o cualquiera de los otros Guardia del Cuervo.

-Muertos –respondió Corax con gravedad, y mantuvo la vista al frente. –Aquí -dijo, haciendo un gesto hacia la escalera. -Yo iré primero. Sígueme de cerca.

Asentí con la cabeza y traté de no pensar en lo que mi hermano estaba sintiendo en ese momento.

A mitad de la escalera Corax dijo, -Ellos conocían la naturaleza de esta misión y aceptaron sus riesgos.

No le respondí, simplemente seguí en silencio.

A pesar de los vapores espesos que emanaban de las cubiertas enginarium, el aire más allá de la alcantarilla era casi limpio en comparación.

Otra gran cámara se extendía ante nosotros. Estaba atestada de maquinaria y cajas embaladas. Grúas se alzaban por encima y un pórtico alto dominaba el espacio en un flanco. Parecía estar vacía.

-Una cubierta auxiliar -explicó Corax, echando a correr de forma constante -se utiliza principalmente para el almacenamiento y reparaciones. Relativamente pequeña. Difícil de romper.

-¿Tu nave está cerca? -le pregunté, manteniendo el ritmo.

-Por aquí...

Corax alcanzó la unión primero. Cuando él se detuvo en seco, supe que algo andaba mal. Cuando me reuní con él, me di cuenta de lo que pasaba.

Presión salía ventilada de un desgarro en el fuselaje del Thunderhawk. Un agujero irregular perforado hacia el interior, rodeado de marcas chamuscadas que irradiaban de la brecha. Todavía estaba fijado en sus estribos de bloqueo, aunque uno de sus puntales estaba torció. La placa del glacis en el cono de la nariz estaba hecho añicos y sus cañones montados de proa destrozados.

-Parece que tu vuelo tendrá que ser abortado –declaró un voz baja desde las sombras.

Las tiras de lumen se extinguieron con la fuerte *thunk* seco de un interruptor girado.

La oscuridad reinó por unos momentos hasta que dos óvalos gemelos de luz carmesí de lentes retinales de un guerrero perforaron la oscuridad. A él se unieron veinte más, abriéndose en abanico desde alcobas y detrás de la cañonera saboteada donde habían estado al acecho, montaje delante de nosotros para bloquear la cubierta.

Corax y yo nos mantuvimos firmes.

-Muy pocos de ellos... –me comentó a mí.

Diez legionarios más resonaron al colocarse en posición detrás de nosotros.

-Así que muy pocos –dije estando de acuerdo.

Un guerrero con armadura de exterminador, uno de los Atramentar, dio un paso hacia delante. -Bajen sus armas.

Reconocí su voz como perteneciente a la persona que nos había hablado antes.

-Yo no recibo órdenes de escoria nostramana vestida de soldados –respondió Corax.

Detrás de nosotros, otros diez guerreros cortaron nuestro escape.

Eché un vistazo a ellos, sonriendo. -¿Sólo cuarenta? Curze ha sobreestimado su capacidad para detenernos.

El Atramentar rio; sonaba aburrida y granulada a través de su rejilla vox. Los picos sobresalían de sus hombreras y pintadas en rayos amenizaban el metal monótono de su armadura azul medianoche. En un puño enguantado agarraba una maza de aspecto pesado.

-El Acechante Nocturno nos dijo que te capturásemos con vida. No que fueras a quedar indemne.

Todos los pertenecientes a los cuatro escuadrones de Amos de la Noche desenvainaron sus hojas y mazas.

-Su error -murmuró Corax, volando en un salto de turbina impulsada. Un grito rasgó sus labios, un grito de guerra aviar que sorprendió al Atramentar durante un precioso medio segundo. Desplegando sus alas de acero, como un ángel de la muerte entre las sombras que descendía sobre su víctima, Corax empaló al guerrero con sus garras relámpagos, y vi el cuerpo del Atramentar derrumbarse contra la cubierta, donde el Amo de la Noche murió entre gorgoteos de sangre.

El Señor de los Cuervos arremetió con su látigo mientras aterrizaba, atrapando a un legionario cargando alrededor de la cintura, tirando de él a sus pies y estrellándolo contra la pared.

Me volví, derribando una torre de cajas que se estrelló en el camino de los guerreros detrás de nosotros. Los entretendría durante unos segundos, pero era todo lo que necesitaba.

Embarrilando a los Amos de la Noche que venían a nosotros desde el frente me enfrenté a dos legionarios a mitad de carrera y los arrastré hacia fuera de la cubierta con mi mera masa e impulso. Lancé a uno como un disco, impulsado por mi brazo alrededor de su cintura y lo vi cuan molinillo estrellarse contra otros tres. Al segundo de ellos le agarré alrededor de la cabeza y la estampé contra el suelo. La cubierta se combó y agrietó en varias astillas por el impacto, varias de ellas empalando a mi oponente a través de la espalda para sobresalir de su pecho.

Presa del pánico, algunos de los Amos de la Noche restantes empuñaron a los bólter. Sentí un proyectil rozar mi lado, dejando una quemadura. Eso casi ni me retrasó. Abofeteé al tirador, rompiendo su cuello en un ángulo antinatural antes de izar a otro por encima de mi cabeza y derribarlo sobre mis rodillas, rompiéndole la espalda.

Aproveché el generador de un quinto, arrastrándolo hacia mí y perforándole el estómago con mi puño. Con la hoja de mi otra mano rompí la clavícula de un sexto. Alguien consiguió asestarme un golpe de espada y me pareció que perforaba mi estómago con un movimiento de vaivén repentino. Rompí la espada por la empuñadura y asi a mi agresor por la barbilla, apretándole la mandíbula antes de elevar su cuerpo sobre mi cabeza y machacándolo contra una caja reforzada. La

cabeza del legionario la golpeó, la atravesó y le deje allí, colgando de su cuello, muerto.

Matar no estaba relacionado con el jolgorio para mí, pero me deleitaba esto. Cada tortura que había sufrido, todas las lesiones contra de mis hombres las devolvía a los Amos de la Noche. Cuando la barricada se rompió detrás de nosotros, di la bienvenida a mis enemigos. Una gran cantidad de cadáveres yacía a mi alrededor. Las espadas y bólters eran de fácil acceso, pero no tenía necesidad de ellos. Abriendo y cerrando las manos, quería destruir a estos guerreros de la manera más íntima posible .

-Venid a mi yunque -desafié, un gruñido salvaje rizado en mis labios.

El hecho de que la nave estuviese acabada, que nuestro único medio de escapar se perdió con él, ni siquiera entraba en mi mente. Ansiaba esta violencia. Deseaba nada más que destrozar a estos guerreros, que sufrieran las obras de su padre.

Mis puños eran como martillos, mi furia ardía como el fuego de una fragua.

Uno por uno, los Amos de la Noche murieron y sentí alegría en su destrucción.

Para cuando todo había terminado me costaba respirar con los dientes apretados. La saliva salpicaba mi labio tembloroso. Todo mi cuerpo se estremecía con la violencia que estaba sangrando lentamente de cada uno de mis poros. En el ojo de mi mente veía un abismo. Era de un rojo crudo, el color de la sangre y la muerte. Me paré sobre su borde, miré hacia abajo, al negro casmir en su núcleo. La locura me esperaba allí. Oí su llamada y extendí la mano para tocarla...

Corax me trajo de vuelta.

Su mano sobre mi hombro. El tono de urgencia en su voz.

-¿Estás bien, hermano?

Me tomó unos segundos darse cuenta de que se refería a la espada todavía empalándome.

Me saqué la espada. Un revoltijo de sangre salió con ella pintando la cubierta, pronto perdida en una lona ya empapada de sangre.

-Créeme, no es nada -dije, recuperando progresivamente la compostura .

Corax asintió, sin traicionar nada de lo que le había mostrado, expresado en los restos sepulcrales a mi alrededor de la cubierta.

-¿Y ahora qué? -le pregunté con la Thunderhawk saboteada ante nosotros.

-Profundizar, penetrar el núcleo de la nave. Habrá otras naves que podamos manejar.

Era una pequeña esperanza en el mejor de los casos. Corax sabía que me di cuenta de eso, pero opté por no decirlo en voz alta.

-De no ser así, podríamos abrirnos camino hasta el puente -le contesté. Y llevar nuestra ira a cualquiera que nos encontramos entronizado en ella.

-De acuerdo.

Corax levantó la cabeza, escuchando.

-Están llegando más.

-Vamos a ellos.

Sus lentes de retina fríos me miraron. -¿Termina aquí, o en el puente con el corazón latiendo Curze apretado en tu puño?

Asentí con la cabeza, aunque me pareció que nuestras posibilidades de llegar al puente y a Curze eran remotas cuanto menos. -El puente. Adelante, hermano.

Dejando a los Amos de la Noche masacrados en nuestra estela, Corax me llevó a través de más cámaras hasta que entramos en un laberinto de túneles subsidiarios alcanzados por una escotilla de servicio. Los límites de los túneles estaban cerca, y mi hermano se vio obligado a dejar su amado retrorreactor atrás. A pesar de sus esfuerzos por ocultar el rastro nuestros perseguidores estaban siempre cerca, detrás de nosotros. Maldiciones nostramanas gruñidas nos siguieron por los respiraderos y tubos, el eco del ruido de servoarmaduras raspando los bordes. Imaginé a los hombres de Curze de rodillas y codos, arrastrándose detrás de nosotros.

Pero por muy profundo que fuéramos, pese a las muchas de las vueltas que dimos, los Amos de la Noche estaban pegados a nosotros como nuestras sombras. Conocían esta nave, cada una de sus pulgadas. Sentí la trampa de nuevo, sus dientes oxidados cerrándose alrededor de mi cuello. Escapando o capturado, no había otro

camino para que esto terminara para mí. Sin embargo, temí por Corax. Curze no sería amable con él por esta afrenta.

Tras una hora de corriendo a través de los túneles de servicio como ratas, Corax encontró otra escotilla de acceso. Pateando la rejilla, aterrizando con estrépito abajo, mi hermano desapareció de la vista por un momento antes de llamarme a seguir. Fui tras él y me sumergí de un laberinto sin luz a una cámara estéril. Tenía un brillo tenue, formado del hierro oscuro al igual que gran parte de este lugar desolado, y discerní marcas de espadas en la planta. Había manchas de sangre también, pero estaba vacía. Era extrañamente familiar, aunque nunca había estado aquí antes.

Un único arco llevaba más lejos, a pesar de que estaba más allá de la corona débil de luz proyectada por los lúmenes enquistados en las paredes, y por lo tanto había muchas sombras.

-Como ves, el camino no está obstruido –siseó Corax, haciendo un gesto hacia el arco y la oscuridad más allá de ella. -Me aseguraré de que no nos siguieron. Toma -me tiró el gladius, la última de sus armas secundarias. La cogí y asentí, acelerando hacia el arco, pero pude verle y oírle sin peligro.

-Oigo pasos –le transmití. -Y puedo sentir una brisa.

Era artificial, por supuesto, y el aire olía a rancio, pero podría indicar que estábamos cerca de una cubierta con reciclaje atmosférico, que casi seguro significaba presencia humana.

Corax esperó bajo la escotilla abierta durante unos cuantos segundos antes de unirse a mí.

-¿Qué hay de tus sensores en el casco? -le pregunté, sabiendo que mi hermano ya estaba realizando un diagnóstico entre los espectros visuales de sus lentes.

-Sombras... -dijo entre dientes, con un tono que me dejó un poco desconcertado.

Si no conociera mejor a mi hermano, juraría que sonaba preocupado por eso.

-El único camino está abajo -murmuré, nivelando mi gladius en la oscuridad, como si se tratara de un enemigo al que pudiera enfrentarme.

Corax estuvo de acuerdo desenvainando sus garras, y juntos descendimos los escalones.

En la parte inferior, la oscuridad era increíblemente densa y abyecta. Era como tratar de ver a través de brea. Sabía que no era una ausencia de luz normal. Nuestros ojos la habrían penetrado muy fácilmente y arrebatado cualquier duda en cuanto a lo que nos rodeaba. Esto era diferente. Viscosas y frías, aquí las sombras se aferraban a nosotros como el alquitrán. Mientras miraba a las profundidades aceitosas, vi el vago esbozo de lo que parecía ser un coliseo. Estábamos de pie espalda con espalda en su arena. Bajo nuestros pies yacía la arena y la tierra.

-¡Es una trampa! -exclamé, pero demasiado tarde.

Corax estaba a mitad de la escalera cuando un deslizamiento de la puerta blindada nos selló en su interior. Un paso por detrás de él, me volví hacia la arena mientras la oscuridad antinatural huyó a través de los respiraderos del piso y un escalofrío del que no me había dado cuenta que me estaba afectando derretido desde mi cuerpo. Antorchas llameantes delinearon un campo de batalla de ocho lados donde los restos óseos de gladiadores y sus atavíos destrozados aún persistían como espíritus inquietos. Recordé de dónde había visto la antecámara antes. Fue en Themis, una ciudad nocturneana donde los reyes guerreros se enfrascaban en combates de gladiadores para demostrar su destreza y elegir su próximo líder tribal. Antes de cada combate, los combatientes podrían esperar en barracones para afilar sus cuchillas o sus mentes antes del próximo duelo. Corax y yo no habíamos hecho ninguna de las dos. De repente me pregunté qué tenían en mente nuestro carcelero para nosotros.

-Es un poco arcaico, lo reconozco -dijo Curze, atrayendo nuestra atención a él. Él estaba de pie encima de nosotros, mirando hacia abajo desde el púlpito de un anfiteatro. -Pero creo que Angron lo habría apreciado. Una lástima que no esté aquí para verlo. Vuestros caminos casi se cruzaron en Isstvan, ¿Verdad, hermano?

Arqueé mi cuello, encontrando la mirada de Curze en los más altos escalones del anfiteatro. No estaba solo. Treinta de sus Atramentar en servoarmaduras Exterminador rodeaban la arena, mostrando sin pudor la amenaza de sus cañones segadores.

-Con el camino de uno *lastimero* no -respondí.

-Tuviste tu oportunidad en Kharaatan y no la tomaste.

-Vas a desear que lo haga cuando esto termine.

Curze sonrió levemente. Los dos Atramentar flanqueándole desenvainaron sus armas, una espada y tridente.

-En Nostramo no teníamos grandes teatros como este. Nuestros canalones y colmenas eran nuestras arenas, pero las ofertas de deportes de sangre eran abundantes.

Tiró la espada hasta nosotros. Atravesó la tierra, hasta un tercio de su hoja de profundidad.

-La cultura pandillera gobernó nuestras calles y todo el mundo quería ser parte de la banda más fuerte.

El tridente le siguió, golpeando la tierra con la fuerza suficiente para enviar vibraciones hasta el fondo de su mango.

-Incluso los asesinos y violadores tienen rituales –siguió Curze. -Incluso para escoria como ellos es importante. Las oportunidades fueron siempre limitadas, a menudo sólo para uno. Lo primero -dijo, mirando hacia Corax, -es que la lucha debe ser justa. Retira tu armadura, hermano. Vulkan está en desventaja.

-No pensé que aprobaras su corte, Konrad -contesté, dando un paso hacia adelante mientras le desafié. -¿No es eso por lo que masacraste a los amos y nobles de las colmenas de tu mundo?

-No eran mis amos, ni eran nobles –pronunció Curze oscuramente. -Ahora, Corax se quitará su armadura o condenar a tus propios hijos a la muerte.

De las filas traseras de los Atramentar dos guerreros fueron llevados adelante en lados opuestos del anfiteatro. A un lado tenía a Kravex, hijo errante de mi hermano que había creído muerto; por el otro estaba Nemetor.

Ambos guerreros lucharon en vano contra sus captores, no para escapar, sino para dejar claro su desafío.

-Nemetor... -cómo un hijo herido había llegado a significar tanto... Curze no me había dicho lo que había pasado con el resto de mi legión, y no tenía el corazón

para preguntárselo. Creía que todavía vivían, aunque no podía elucubrar su número. Si hubieran perecido por completo en Isstvan, Curze no habría dejado pasar la oportunidad de torcer ese particular cuchillo. Y pese a todas las mentiras de sus pruebas, Curze aún no había mentido en nada de lo que había dicho. Los Salamandras aún vivían. Todavía vivían. Tenía que salvar a Nemetor.

Evidentemente, Corax había llegado a la misma conclusión y retiró en silencio su armadura hasta que estuvo de pie junto a mí en el escenario con sólo la malla inferior de sus polainas, grebas y botas. Su magnífica armadura sin adornos fue descartada en la arena como paja inútil.

Curze nos había llevado hasta aquí, y sentí la culpa royéndome por traer a mi hermano a esta pantomima cruda.

-Lo siento, Corvus. Por todo esto.

-Graba esto en tu mente, Vulkan. Tomé la decisión libremente, porque sé que lo hubieras hecho también.

-Pero hay algo que no entiendes, hermano...

Dos cascos de gladiadores arrojados en medio de nosotros interrumpieron mi confesión. Uno era negro, formado a imagen de un ave de rapiña; el otro era verde oscuro y draconiano. Era obvio lo que Curze quería que hiciéramos.

-¿Vamos a bailar ahora? -dije, agachándome para recuperar el casco destinado para mí.

-Es una manera de decirlo -respondió Curze. -Ponéoslo.

El interior del casco era áspero. Se sentía pesado.

-Uno vive, otro muere -dijo Curze, su voz canalizada a mí a través de un enlace vox aflautado dentro de mi armadura. *–La cultura de las pandillas es brutal, hermanos. Pero no espero que lo entendáis todavía. Lo haréis.*

Miré a Nemetor, hijo mío aparente ajeno a su entorno; a continuación me volví a Corax, haciendo lo mismo con Kravex.

Sentí la presencia del abismo otra vez, mis pies descalzos balanceándose en el borde, mirando hacia abajo, a los infiernos y la oscuridad. El dolor abrasó todas

partes de mi cráneo a la vez y me di cuenta de que el casco era áspero porque su interior estaba salpicado de una gran cantidad de pequeños clavos. Curze acababa de meter sus ideas en mi cráneo. El abismo palpitaba en el ojo de mi mente, instándome a actuar, a bajar y perderse a su calor.

Luché por mantener la calma, para frenar la locura que amenazaba con volverme delirante.

Corax no se había movido aún, aunque sólo unos pocos segundos habían transcurrido.

-El superviviente quedará libre, al igual que sus hombres -Curze dio su último edicto para nosotros en voz alta. -Permitidme decir ahora que tengo varios más dracos y cuervos en mi colonia de grajos. Ahora, luchad.

Curze aún tenía que mentirme. Si el juego tenía sentido, me diría la verdad aquí también. Pero no podía matar a Corax. Sacrificaría a Nemetor por eso, pese a que me haría daño hacerlo. Por no inclinarme ante la barbarie y llegar a ser como él. La locura arañó los bordes de mi conciencia pero me negué a someterme a la misma. Curze no ganarían. No se lo permitiría.

Corax me derrotaría, Nemetor iba a morir, pero al menos Corvus viviría. Podría hacer ese sacrificio, podría hacer eso por mi hermano.

Cogí la espada.

-*Y, Vulkan...* –susurró Curze susurró a través del enlace de voz, una instrucción final sólo para mí -*mentí. Derrota a Corax o déjale inconsciente y le mataré a él y sus cuervos mientras ves cómo lo hago.*

Intenté gritar, pero una cuña de acero se estrelló contra mi boca abierta desde un dispositivo, silenciándome.

Corax aún tenía que moverse. Me pregunté si Curze le había dicho lo mismo que yo, sólo que a la inversa del escenario que se me había presentado.

-¿Aún reticente a pelear? -preguntó Curze. -No te culpo. Es algo grave tener que matar a tu hermano para sobrevivir. Pero confía en mí cuando te digo que los perros hambrientos no tienen lealtad cuando el premio es la supervivencia. Recuerdo una familia en Nostramo. Sus votos eran anchos y pelearon con uñas y

dientes el uno contra el otro, evisceración pandillas enteras que se atrevieron levantar la mano contra ellos.

-Un invierno, un invierno *particularmente* amargo y frío, fueron a la guerra con una banda rival. Territorio y estatus eran el premio. Empezó por honor, ¿Te lo puedes creer? Tal ideal elevado y costoso. Les llevó lejos de lo que llamaron hogar. Era la guerra, sólo que mucho más sucia de lo que nunca has experimentado.

-Hacia el final, la comida escaseaba, cuando las ratas se marcharon y la basura en las calles carecía de sustento. La desesperación engendra hombres desesperados. El grupo de amigos leales, aquel cuyos lazos de sangre eran tan fuertes... cayó sobre el otro. Asesinados unos por otros. Un lado quería seguir luchando, el otro sólo quería que terminara la guerra. Como veis, hermanos, a veces el enemigo es sólo la persona que te impide volver a casa -Curze avanzó hacia delante, poniendo sus manos en la baranda frente a él. -No más retrasos. Sólo uno de vosotros saldrá de esta. Sólo uno volverá a casa.

Corax recogió el tridente.

-Lo siento, Vulkan.

No pude darle ninguna respuesta.

Curze se retiró a las sombras de nuevo.

-Recuerda lo que te dije, hermano -me susurró.

Apenas había envuelto mi mano alrededor de la empuñadura de la espada cuando Corax se abalanzó. Sus pies dejaron el suelo, su salto devorando la mitad del diámetro de la pequeña arena. Empuñando la hoja libre, me di la vuelta y sentí el tridente perforar la tierra donde había estado de pie. Un segundo golpe se precipitó junto a mi mejilla, rajándola y moteado la arena con sangre. Paré, rompiendo una tercera estocada a un lado y aterrizando un golpe pesado en el diafragma de Corax, tambaleándole. Tuve un segundo de descanso, pero él vino a mí otra vez, elaborando una serie de pequeños pero penetrantes golpes contra mi defensa improvisada.

Nunca había luchado con Corax antes, pero lo había visto en la batalla con la suficiente frecuencia. Su estilo de lucha no era muy diferente a la criatura aviar de la que tomó su título honorífico. Me asaltó con hábiles ataques de sondeo como el

chasquido de un pico. Él no se hizo esperar, con un combate siempre en cambiante postura, atacando mis lados ciegos y con frecuencia moviéndose en patrones de asalto periféricos.

Me volví y bloqueé, recibí pequeños cortes en los brazos, el torso y las piernas. Él era implacable, y no había pasado los últimos meses o años de su vida atrapado en una celda. Además, él estaba dispuesto a matarme. Había furia en sus ataques, algo que todavía no había adoptado para el duelo. Desde que recogió su tridente un cambio se produjo en mi hermano; uno para el que no estaba preparado.

El abismo regresó a mi mente, haciendo señas mientras los clavos calientes penetraron más en mi cráneo, estimulando mi ira y necesidad de violencia.

¿Era yo el monstruo que Curze había descrito hace tantos años en Kharaatan? Cuando carbonicé a ese niño eldar por su parte en el asesinato seriph, ¿De verdad era retribución o tuve que utilizar eso para justificar un acto de auto-satisfacción sádica?

Me tambaleé, sintiendo mi cordura deshilachándose en sus costuras ya abiertas.

Corax aterrizó un golpe contundente del tridente en mi pectoral izquierdo, perforando el músculo y por debajo. Habría gritado si no fuera por la cuña en mi boca dándome arcadas.

Rabia.

Corté una herida salvaje sobre el torso de Corax cuando encontró su guardia comprometida con el tridente todavía empalado en mi cuerpo.

Rabia.

Rompí mango del tridente en dos, dejando el tenedor todavía incrustado en mi carne.

Rabia.

Tiré mi espada y agarré a Corax.

Soy fuerte, quizás el más fuerte físicamente de todos los hijos de mi padre. Corax lo había reclamado como mucho una vez. Ahora lo sentía de primera mano. Con un solo golpe de mi puño cerrado rompí la parrilla de su casco, revelando su boca

angustiada por debajo escupiendo sangre. Conecté un segundo golpe alrededor de su oreja izquierda, cortando el flanco de su cabeza y abollé el casco hacia el interior. Corax chilló como un pájaro. Quería romper sus alas, fracturar su cráneo debilucho. A pesar de sus intentos por defenderse como una rodilla en el pecho, un fuerte jab a mis riñones expuestos o un cepo a mi garganta le abrumé. Con pura fuerza lo estrellé contra la tierra. Él gruñó mientras su espalda golpeó el suelo duro y vacié de aire sus pulmones con un golpe. Al igual que un tornillo de banco cerré mis manos alrededor de su garganta. A horcajadas sobre él, con los brazos de Corax fijados por mis rodillas, él no podía moverse. Lo único que podía hacer era morir.

Durante el asalto salvaje su casco quedó hecho pedazos. Vi sus ojos oscuros mirándome, la sabiduría tranquila convertida en terror.

Apreté con más fuerza, sintiendo su laringe endurecida dando paso a mi furia mientras poco a poco la aplasté. Sus ojos se desorbitaron en sus cuencas y con los dientes cubiertos de sangre ahogó dos palabras.

-Hazlo...

A mi lado sentí la presencia de Ferrus, su figura esquelética asomada en mi visión periférica.

-Hazlo... -dijo con voz áspera.

Por encima de mí en el anfiteatro, agarrado con fuerza pero aún luchando, oí a Nemetor susurrar.

-Hazlo...

Sería tan fácil. No tenía más que apretar mis manos una fracción y...

Me detuve. Con mis dedos todavía aferrados al borde del abismo, me arrastré a mi mismo y me aparté de sus profundidades ardientes. En ese momento supe que no me concedería la libertad. *Quería* matar a Corax para saciar mi rabia.

-¡Mátalo, Vulkan! –gruñó Curze, corriendo hacia la barandilla. –Está acabado. Reclama tu libertad.

-Vuelve a tu legión -instó Ferrus. -Es la única manera...

Solté mis manos alrededor de la garganta de Corax y lo dejé ir. Agotado, física y mentalmente, me di la vuelta de mi hermano y caía de espaldas.

-No. No voy a hacerlo -me quedé sin aliento, respirando con dificultad. -No de esta manera.

-Entonces te has condenado a ti mismo -susurró Ferrus.

Sin saber lo que había pasado, Corax se puso de pie, cogió la espada caída y me apuñaló en el corazón.

Volví gritando. Había vuelto a mi celda pero aún yacía de espaldas. La puerta estaba intacta y no había evidencia de mi reciente fuga. Estaba atado a una losa de metal de brazos, piernas y cuello. No me podía mover y había una cuña de metal en mi boca, dándome arcadas. A mi alrededor había un aquelarre de psíquicos humanos con mirada salvaje y cubiertos de signos extraños en sus cuerpos y ropas.

-Davinites –explicó Curze explicó cuando él entró en mi línea de visión, antes de matar a cada uno de los brujos en un borrón repentina y violenta. –Ellos me han servido y han fallado en su propósitos -dijo cuando terminó de masacrarles.

Todo era una mentira; visiones implantadas en mi mente.

Curze retiró la cuña de mi boca.

-¿Esperabas que lo matara? -gruñí.

Mi hermano miró profundamente infeliz.

-No eres noble. Tú no eres mejor que yo -murmuró, antes de matarme de nuevo.

VEINTICUATRO

Sacrificios

"Habéis sufrido. Lo sé. Habéis llegado al abismo y casi os rendís a él. Eso cambia ahora. Soy el padre, general, señor y mentor. Os enseñaré si puedo, y transmitiré los conocimientos que he adquirido. El honor, la abnegación, el auto-sacrificio, la

fraternidad. Es nuestro credo Prometeano y todos debéis adheriros a él si queremos prosperar. Que esta sea la primera lección...”

- Primarca Vulkan en su discurso inaugural en Terra a los supervivientes de la XVIII Legión.

Numeon no sabía que había sobrevivido a la batalla. Estaba tendido boca abajo, los sensores de su servoarmadura gritando en una erupción de iconos de advertencia de color rojo. Indudablemente, la caída le había salvado la vida. Esperaba que hubiera otros con él. Gimiendo, rodó sobre su espalda y luchó para que controlar el trauma físico. El pulso volvió a la normalidad. La respiración también. Esperó en silencio y en la oscuridad, para que su cuerpo se curase y sus sistemas de blindaje se reiniciaran y se estabilizaran.

Alguien se agitó en la oscuridad a su lado.

La servoarmadura de Shen'ra estaba dividida, corneada por cuchillas y cráteres. Su ojo cibernético parpadeó y se apagó.

-Perdimos el semioruga... -dijo con voz ronca.

Numeon se las arregló para asentir.

-Iluminó a esos traidores bien sin embargo, ¿no es así? -dijo el viejo tecnomarine, sonriendo mientras se desmayó. Sus signos vitales se mantenían; Shen'ra aún vivía.

Había otros también, otros menos afortunados que Shen’ra. Después de que Leodrakk y Hriak escaparan con el humano Numeon regresó al manufactorum. Avus estaba muerto, dando su vida para que sus hermanos pudieran escapar. Había salvado a Numeon en el proceso, matando a los otros Portadores de la Palabra en su altar de sacrificio. Una bomba melta a corta distancia.

El tercer legionario, otro francotirador y probablemente uno de los responsables de los disparos a Helon, Uzak y Shaka retrocedió ante la embestida apasionada del cuervo. Avus tenía otra muesca de baja en su rifle ahora, y la retirada de los Portadores de la Palabra de la lucha dejó a Numeon impotente para promulgar venganza o hacer su propio sacrificio.

Para cuando llegó a los otros la lucha se había extendido a las calles. Domadus había caído, Pergellen desaparecido. K'gosi y Shen'ra seguían allí, rodeados de los muertos y moribundos. En su desesperación, el tecnomarine desató una carga sísmica con la esperanza de llevarse a sus enemigos cercándoles con ellos. Tuvo éxito en parte, pero se derrumbó los pilares ya débiles del manufactorum.

Numeon recordó el suelo separándose por debajo de él, la sensación de ingravidez similar a los últimos momentos de una inserción en cápsula. Los escombros se acercaban por encima de él. Un trozo le arrancó la hombrera derecha y envió fracturas radiales por su brazo. Agarró el signo, el signo de Vulkan, al mismo tiempo que tocaron tierra en el agua. Una tubería de alcantarillado, con una corriente rápida, llevándolos lejos de la batalla, engañando a la muerte honorable que todos ellos se habían ganado.

Con la mitad sumergida, aspirando aire con el hedor de los residuos de toda una ciudad, Numeon miró hacia el techo mientras alimañas de alcantarillado gatearon, llegando a inspeccionar las ofrendas más recientes desde arriba, pero los encontraron frágiles y duros.

-K’gosi... -siseó.

-Estoy aquí.

-¿Puedes moverte?

-Todavía no.

-Entonces espera un poco, hasta que puedas -dijo Numeon.

-No voy a ninguna parte, capitán Pira.

-Bien -contestó Numeon medio aturdido, entrando y saliendo de la conciencia. -Eso es bueno.

Él todavía se aferraba el signo y levantó el icono del martillo hasta un rayo de luz a través de una grieta en la pared para inspeccionarlo. Estaba manchado de mugre; Numeon utilizó su pulgar para limpiar el sigilo y se acordó de cuando lo vio por última vez en Isstvan.

Isstvan V

El Contemptor avanzó pesadamente a través de una nube de humo, su pintura azul y blanca moteada de sangre. Numerosas cicatrices de espadas y proyectiles estropeaban su armadura; los verdaderos laureles de batalla por el cual todos los guerreros eran juzgados al final, o eso creían los integrantes de la XII legión.

La lluvia de ceniza de los muchos miles de incendios estaba convirtiendo el cielo gris. Bautizó a una cohorte de guerreros, vestidos en diversos grados en los antiguos atavíos de gladiadores y con armas rituales Caedere. Eran los Arrasadores, una raza mortal incluso entre los Devoradores de Mundos, y un retroceso a la encarcelación de Angron como esclavo-luchador. Bramando guturales gritos de guerra, cargaron por delante del Dreadnought para enfrentarse a los salamandras.

Numeon se resistió a lo que los Devoradores de Mundos enloquecidos por la batalla intentaron. Contó no más de treinta hombres. Tan sólo tres escuadrones. Sin embargo, cargaron contra más de cien. Varios cayeron entre fuego esporádico aunque preciso de bólter. Algunos cayeron por la metralla, pero seguían llegando. Sólo aquellos demasiado heridos para luchar, incapaces de seguir a causa de las extremidades amputadas o heridas críticas se detuvieron. Algo urgente y terrible les espoleaba. Numeon había leído informes de la ferocidad de la XII. Incluso cuando eran los Perros de la Guerra su reputación en la batalla, en particular en el cuerpo a cuerpo, era temible. Como los renacidos Devoradores de Mundos bajo Angron, se habían convertido en algo más. Los rumores abundaban en las filas de los dispositivos de arcanos que manipulaban los ánimos de los legionarios, los simulacros de los incrustados en el cráneo de Angron por sus esclavos.

Ahora viéndoles ignorando el dolor y las lesiones, lanzando espuma con frenesí, Numeon dio esas historias por ciertas.

Un Berserker frenético, con una hoja de hoz en cada mano, saltó hacia el primarca. Vulkan lo echó de su vista de un manotazo, pero el guerrero enloquecido logró parar el golpe mortal y siguió luchando hasta aterrizar. Un segundo Arrasador enlazó una cadena con un gancho de púas alrededor de su cabeza. Arremetiendo, atrapó Atanarius y atrajo al espadachín al arco asesino del Devorador de Mundos.

Numeon no tuvo tiempo de reaccionar cuando se arrojó a un lado de un enorme martillo rompiendo hacia él. Impulsado por un pequeño sistema de encendido por cohete, golpeó el suelo con fuerza meteórica y tembló la tierra bajo sus pies.

Varrun intervino para involucrar al guerrero, pero fue apartado del suelo por el golpe de revés del martillo. Tratando de correr en ayuda de Varrun, Numeon encontró al legionario arado con hoz en su camino. El Salamandra bloqueó un golpe de una hoja curva, apenas girando a un lado mientras sentía el gancho del otro rastrillar su rostro blindado. Una de las lentes se agrietó y perdió resolución del mismo. Ganne derribó al legionario frenético y le azotó con su escudo tormenta, mientras Igataron aplastó el hombro del Devorador de Mundos para desarmarle. El legionario salpicado de sangre estuvo a punto de lanzarse, ignorando el dolor atroz que debía sufrir, cuando Numeon lo empaló a través del pecho con su alabarda.

-Están locos -gruñó Ganne.

Numeon asintió, y en el breve respiro buscó al resto de su Guardia Pira para ver cómo les iba.

Varrun todavía seguía caído, pero al menos en movimiento.

Atanarius estaba de rodillas, con los ganchos de carnicero clavándose en su servoarmadura, aún atado por la cadena. Skatar'var estaba tratando de ponerlo en libertad mientras Leodrakk luchaba contra el portador de la cadena, pero estaba encontrando la furia del Arrasador difícil de contrarrestar. Se tambaleó, a la defensiva, y habría caído si Vulkan no hubiera levantado al Devorador de Mundos de sus pies y le estrelló la cabeza contra el suelo para acallar sus gritos.

Otra portador de martillo dispersó de un golpe a tres de los Dracos de Fuego de Heka'tan, mientras la 5ª y 14ª compañías encontraron un camino a través de las trincheras para enfrentarse a los Devoradores de Mundos. Las tropas de Grávius todavía estaban en camino. Debajo de ellos, K'gosi y los pyroclastos mantuvieron las trincheras. En otra parte de la ladera, una fuerza mucho mayor de Dracos de Fuego luchaba contra los Devoradores de Angron en un sangriento punto muerto.

Por una vez, el Señor de las Arenas Rojas estaba cerca de su guardia de honor. Numeon los oyó retar, pronunciando el nombre de Vulkan entre las sílabas guturales de su lengua nativa. La ceniza y el humo eran gruesos; reducido a una lente retinal, y el otro un lío de estática, era difícil obtener una visual. Vio a Vulkan.

El primarca intercambiaba golpes con el Contemptor. A pesar de que le empequeñecía, la máquina de guerra pesada estaba siendo lentamente desmontada.

Vulkan le había hecho retroceder y estaba entre los Dracos de Fuego en el corazón de la batalla.

Dividido entre reincorporarse al primarca y rescatar a sus hermanos de la Guardia Pira, Numeon corrió hacia Varrun, que seguía caído.

-¡Levántate! Esto está lejos de terminar.

Varrun murmuró algo, pero hizo lo que le dijeron.

A medida que levantó a su hermano, Numeon encontró a Vulkan de nuevo a través de la multitud.

El Contemptor se alzó sobre él entre garras de energía individuales arrastrando bucles dentados de energía. Su blindaje torácico estaba gravemente abollados y los cables en su cuello chispeaban peligrosamente.

Una densa bengala brotó de la boca de la pistola de Vulkan. Había sido un regalo del Lord Manus, un gesto que el primarca de los Salamandras correspondió. Disparado a corta distancia, cortó los servos del brazo derecho del Dreadnought, lo que dejó una de sus armas flácidas e inútiles. Vulkan trepó por el torso del Dreadnought y cuando llegó a la cumbre estrelló su espada hacia abajo en la cabeza blindada. Como una bestia derribada pero aún en pie con la comprensión de que era asesinada, el Contemptor hundió una rodilla. Su brazo muerto colgaba a su lado mientras que el otro se apoderó de su rodilla, luchando por desembarazarse del intruso.

Numeon se regocijó cuando la máquina de guerra se derrumbó, un triunfo convertido en angustia al ver a una pareja de Arrasadores converger en el primarca. Vulkan quedó atrapado, incapaz de soltar el arma que había insertado tan profundo como para matar a su enemigo. Con un giro salvaje el primarca rompió la espada y arrojó sus restos irregulares a uno de los Arrasadores. Golpeó al gladiador feroz en la cara, penetrando por un ojo y matándole instantáneamente. Empujando atrás el cadáver del Dreadnought con los pies, Vulkan esquivó el eviscerador apuntado a su cráneo. Mascó el chasis metálico del Contemptor en su lugar, escupiendo chispas de metal y arrancando esquirlas antes de quedarse atascado.

Tirando de la empuñadura el eviscerador pero incapaz de liberar el arma, el Arrasador rugió y lo abandonó, con la intención de matar a Vulkan con los puños desnudos. El primarca hizo danzar a *Portador del Amanecer* y se cobró la cabeza

del Arrasador con una oscilación inconexa. La sangre seguía manado del muñón irregular del cuello del Devorador de Mundos cuando una sombra se cernió sobre la línea de crestas por encima.

Ungido en sangre, parcialmente oscurecida por nubes errantes de humo y brillantes neblinas de calor, Angron bramó.

-*¡Vulkan!* -su voz era como la caída de las ciudades, ruidosa y a plena potencia en todo el vasto campo de batalla.

Angron apuntó a su hermano con una de las hachas-sierra que llevaba. Su hoja lanzaba rebabas, rugiendo de sangre. -*¡Yo te nombro alto jinete!*

La saliva espumosa bañaba los labios del primarca rojo. Su musculatura de gran tamaño, aparentemente demasiado estrecha para su piel enroscada de venas, ondulada. Cuerdas gruesas de tendones sobresalían de su cuello. Un rostro a la intemperie y lleno de cicatrices por la guerra, enmarcado por el nido de la cibernética de los cables terminando en los clavos, que serpenteaban hacia atrás a través de la cabeza en lugar de su pelo, se tensaron cuando los ojos de Angron se agrandaron.

Más abajo en la pendiente, Vulkan agarró el mango de su martillo y fue a responder al desafío de su hermano.

Numeon lo vio todo, y casi instó a su primarca a detenerse.

Una andanada arqueada de misiles de uno de los emplazamientos de armas traidor forzó la atención del capitán Pira hacia el cielo. Él siguió el misil cabeza de lanza hasta el fondo, siguiendo su trayectoria hasta que golpeó en la pendiente entre los dos primarcas.

Una tormenta de fuego iluminó la ladera cuando varias toneladas de municiones incendiarias detonaron y se expandieron en una flor de fuego. Barrió hacia el exterior en una ola turbulenta, bañando la parte inferior de la pendiente en calor y llamas. Esto no era nada en comparación con su epicentro. Dracos de Fuego fueron inmolados en esa explosión, despedazados y hechos cenizas en su servoarmadura de exterminador.

Un centenar de puestas de sol muriendo desaparecieron de la vista de Numeon. Apartando la viste del resplandor salvaje vio a Vulkan envuelto en llamas pero

saliendo de la conflagración ileso. Los Dracos de Fuego restantes se reunieron con él, andando por encima de los muertos cuando tenían que hacerlo.

Muy quemados, los Arrasadores aún estaban luchando. La Guardia Pira y algunos de los hombres de Heka'tan ellos terminaron con ellos antes de que Numeon llevara a los guerreros tras su señor. Varrun cojeaba. Atanarius se agarró su lado, pero aferrándose a su espada con determinación con una mano.

-¿Somos todos, hermanos? –preguntó Numeon rápidamente.

Atanarius asintió.

Varrun soltó una risa burlona. -¿Tal vez deberíamos mirar por aumentar nuestras filas cuando esto termine?

Ganne llegó a su lado, sin apoyar al veterano pero vigilando.

-¿Eres mi protector, hermano? -preguntó Varrun.

-Ni remotamente -gruñó Ganne, pero no le dejó.

Igataron no dijo nada y se limitó a fulminarle. Sus ojos detrás de sus lentes retinales siempre parecían arder más brillantes que los de sus hermanos.

Mutilados como lo habían sido por los Devoradores de Mundos, Numeon sabía que sus guerreros habían sufrido pero no se detendrían hasta que estuvieran muertos o terminase la batalla. Pero estaban gravemente dañados, y él no se avergonzaba de admitir alivio cuando se enteró de que los refuerzos estaban desembarcando en el planeta detrás de ellos.

Cientos de módulos de aterrizaje y cápsulas de aterrizaje ahogaron el cielo ya sofocado, adornados con la iconografía de la Legión Alfa, los Guerreros de Hierro, los Portadores de la Palabra y los Amos de la Noche. Incluso la visión de la legión de Konrad Curze dio a Numeon esperanza de que la batalla podía ser ganada y Horus puesto de rodillas al final.

Vulkan había visto la llegada de sus hermanos y sus legiones también, aunque no dio ninguna señal externa de alivio o el triunfo prematuro. Él simplemente observaba impasible como las lanzaderas múltiples tocaron tierra y los leales tomaron posiciones en el borde de la depresión. De Angron, no había ni rastro. La

tormenta de fuego le había roto la espalda del ataque, y ahora con la llegada de otras cuatro legiones el Señor de las Arenas Rojas había ordenado la retirada.

Estática granulada precedió a la apertura del enlace vox. Toda la Guardia Pira lo oyó también, aunque estaba en el canal de Vulkan, la visión del primarca que no podía haber secretos para su círculo íntimo. A través del retorno entrecortado, la voz de la Gorgona tronó.

-¡El enemigo ha sido vapuleado!

Su enojo era evidente, su deseo de venganza palpable. Lord Manus quería sangre para tranquilizar su orgullo herido.

-¡Mira cómo corren de nuestra faz! -continuó, afectado por un fervor ansioso. ¡Ahora seguiremos adelante; que ninguno escape de nuestra venganza!

Numeon intercambió una mirada con Varrun. El veterano estaba gravemente herido pero podía seguir luchando. Atanarius también estaba luchando, mientras Skatar'var se mantuvo cerca de su hermano Leodrakk a causa de sus heridas. Con los refuerzos listos para desplegarse, tenía sentido volver a caer y consolidar. Al continuar el avance ahora sólo se obtendría la gloria y una muerte libertina.

Vulkan era impasible, sin traicionar ninguno de sus pensamientos mientras permitía a Corax hablar.

-¡Espera, Ferrus! La victoria aún puede ser nuestra, pero deja que nuestros aliados se ganen su cuota de honor en esta batalla. Hemos logrado una gran victoria, pero no sin costes. Mi legión está ensangrentada y rasgada, como la de Vulkan...

Una vez más, el Primarca se mantuvo como su propio abogado mientras el Señor de los Cuervos concluyó su discurso.

-No me puedo imaginar que la tuya no haya derramado una gran cantidad de sangre para llevarnos tan lejos.

Lord Manus fue beligerante. -Estamos ensangrentado pero en pie.

Aprovechando al máximo la retirada del enemigo y el breve cese de los combates, Vulkan eligió ese momento para dar voz. -Como lo estamos todos. Debemos tomar un momento para recuperar el aliento y sanar nuestras heridas antes de

volver a zambullirnos de cabeza en tan terrible batalla -el coste de ello se encontraba a su alrededor, vestido con servoarmaduras verdes ensangrentadas.

-Tenemos que consolidar lo que hemos ganado –sugirió Vulkan, -y dejar que nuestros hermanos recién llegados sigan la lucha mientras nos reagrupamos.

Pero la Gorgona olía sangre y no cedería.

-¡No! ¡Los traidores están maltrechos y todo lo que se necesita es un empujón final para destruirlos!

Corax hizo una última apelación de la razón.

-¡Ferrus, no hagas ninguna tontería! ¡Ya hemos ganado!

Fue en vano, pues que el enlace al primarca los Manos de Hierro ya estaba cortado.

-Nuestro hermano tiene demasiado orgullo, Corvus -dijo Vulkan con franqueza.

-Va a lograr que le maten.

-Es demasiado duro para eso -dijo Vulkan, pero Numeon escuchó la mentira en sus palabras, el tono hueco de su voz.

-No voy a ser arrastrado con él, Vulkan. No voy a llevar a mis hijos a otra picadora por el bien de su orgullo.

-Entonces espero que los refuerzos le alcancen rápidamente, pues no será disuadido por ti o mí.

-Estoy convergiendo en la zona de desembarco. ¿Te encontraré allí?

Vulkan hizo una pausa y sintió como los pocos segundos se extendía en minutos antes de dar su respuesta. Numeon se acordó de las palabras de a bordo de la *Fireforge*, de que la ira de Ferrus Manus sería su perdición, de la oscuridad prevista en Horus y la profunda inquietud por esta misma batalla. Ellas regresaron al capitán de la Guardia Pira, amenazando con ahogarlo con su sentimiento de aprensión.

-Sí -dijo Vulkan largamente. –Nos consolidaremos en la zona de desembarco. Quizás Ferrus recupere la razón y se reúna con nosotros.

-No lo hará.

-No, tienes razón -Vulkan terminó la transmisión. Era como si un manto de tristeza yaciera sobre sus hombros, la carga de un peso nacido de un miedo que había sido confirmado en lo que acababa de escuchar o sentir. Numeon no podía explicarlo.

-Decid a todas las compañías que converjan en las zonas de desembarco –les dijo Vulkan.

Numeon se comunicó con K'gosi a la vez. Los pyroclastos habían despejado las trincheras del enemigo, dejando la ruta de vuelta clara y abierta.

Mientras que la retirada de los rebeldes de Horus era irregular y desorganizada, los guerreros de la XVIII y XIX legiones se retiraron en buen orden. Los tanques regresaron en columnas, retumbando lenta pero constantemente por la pendiente. Las trincheras chamuscadas se vaciaron cuando los legionarios salieron de ellas en grandes unidades con sus estandartes de compañías izadas en alto. Estaban maltratados pero resueltos. Los muertos y heridos llegaron con ellos, arrastrados o portados en alto por sus hermanos aún en pie. Fue un gran éxodo, un océano negro y verde de guerra en retirada con la marea para dejar los restos flotantes de sus enemigos muertos tras ellos.

La mayor parte de las fortificaciones fueron destruidas. Grandes secciones de fortificaciones y zonas de retardo llenas de pinchos yacían abiertas como heridas en descomposición. Los cuerpos estaban empalados sobre ellos, algunos vestidos con blanco oscuro, otros en rojo arterial o púrpura espeluznante. Era la evidencia de un fratricidio multiplicada mil veces, y este fue el que Vulkan dejó atrás para considerar antes de abandonar el campo.

-Esto no es una victoria -murmuró. -Es una matanza. Son vínculos rotos y ensangrentados. Y a todos nos marcará por generaciones.

En el lado norte de la Depresión Urgall un mar dulce se dispuso a barrer y llevarse todos los desechos mortales lejos.

Bordeando la retaguardia del campo de concentración de los Salamandras, que era poco más que una fortaleza cuyas murallas eran naves de desembarco, estaban los Guerreros de Hierro. Blindados en acero gris con galones negros y amarillos la IV Legión parecía austera y severa. Habían levantado un bastión de paredes hecha con

sus propias naves de desembarco unidad, reforzando la cara norte de la ladera. Grandes cañones se elevaron en el aire detrás de estas, sus hocicos apuntando al cielo saturado de ceniza. Una línea de carros de combate estaban desplegado delante, llevando el icono sombrío de un cráneo de metal con casco. Y frente a ellos, los Guerreros de Hierro vestidos con sus cohortes, miles cada una. Mantuvieron su silencio y sus armas pegadas sus cuerpos, sin más vida que los autómatas.

La zona de desembarco estaba inundada de guerreros ahora, como un campamento improvisado materializado para servir a los heridos y asegurar los cuerpos de los muertos. Las tripulaciones de tanques se manifestaron mientras equipos de trabajo de tecnomarines y servidores montados hacían reparaciones in situ. Estaciones múltiples de triage se crearon en el lado de sotavento de los más grandes Stormbirds, mientras que las bodegas de algunas Thunderhawks actuaban como enfermerías de emergencia. Los más aptos recargaron sus servoarmadura y armas. Los intendentes hicieron balance, reponiendo municiones y material donde podían. Los oficiales se reorganizaron encarando las víctimas. Suboficiales y escuderos dieron breves informes a los oficiales de línea y los abanderados actuaron como puntos de reunión mientras que formaciones enteras de Vexiliarios se organizaron para el segundo asalto.

Ni un solo legionario ante la XVIII se quedó inactivo.

Tampoco los Guerreros de Hierro, amos y señores de la ladera norte, que ni hablaron ni se movieron más allá de lo necesario para desplegarse.

El jefe apotecario Sen'garees transmitió a través de la cúpula del sistema, incluyendo a Vulkan y la Guardia Pira, quejándose de la falta de respuesta en relación con las solicitudes de ayuda, concretamente médicas.

Numeon sintió un silencio sombrío descender por toda la Depresión Urgall como cuando una tormenta eclipsa el sol cuando vio al capitán Ral´stan de los Dracos de Fuego levantar el puño en señal de saludo a sus aliados de hierro.

Ni uno respondió a su granizo. Sólo el viento balanceando sus estandartes dio algún sentido de movilidad a toda la IV Legión.

-¿Por qué nos ignoran? -preguntó Leodrakk abiertamente.

Vulkan estaba mirando en la dirección de su hermano, Perturabo. El Señor del Hierro devolvió la mirada al Señor de los Dracos con una de las suyas.

-Porque seremos traicionados... -dijo Vulkan, incrédulo, pasando del horror a la ira en su rostro, -¡A las armas!

Más de diez mil armas respondieron: las armas de sus aliados atacándoles con intención traidora.

VEINTICINCO

Reunidos

"Aunque la batalla había terminado y el enemigo estaba lejos del alcance de nuestras hojas, la mayoría de nosotros no volvió de la Depresión Urgall. Incluso los hombres que escaparon, esos pocos lamentables, incluso ellos no regresaron. Todavía están allí ahora. Todos lo estamos, luchando por nuestras vidas."

- Superviviente legionario desconocido de la masacre en Isstvan V

Pintaba mal. No había otra manera de describirlo. Definitivamente mal. Nurth era malo, pero en lo que Grammaticus se había metido dejaba en mero agujero de mierda lo anterior. Y luego estaba el xenos. No Slau Dha o Gahet. Desde luego, no ningún miembro de la Cábala. Aquí tenía a un jugador totalmente diferente, un eldar cuya agenda era tan inescrutable como su identidad.

Y luego estaba Oll.

Pero no podía preocuparse por eso. Había hecho todo lo que pudo en ese frente, y por mucho que su viejo amigo estuviera claramente resentido por no ponerme en contacto, ¿Qué otra opción tenía Grammaticus?

El universo de repente se sintió muy pequeño, y Grammaticus estaba de alguna manera en su corazón que late y bajo un intenso escrutinio por parte de todas las partes interesadas. Los insectos en portaobjetos de microscopio tenían más

intimidad. Pensó en la Colmena Anatol, y deseó que se le hubiera permitido morir en las Guerras de Unificación.

El destino tenía otros planes para él, sin embargo. Si se le hubiera preguntado por este en aquel momento, dudaba que hubiera dicho que ese destino incluyera a un grupo de legionarios maltratados y corriendo por sus vidas en un túnel de alcantarillado. Si supieran de su verdadera misión...

Sus dos guardaespaldas parecían cansados y tenso. El llamado Leodrakk, salamandra, lo había fulminado con la mirada varias veces desde que habían llegado a lo que Grammaticus supuso que era un punto de encuentro. También asumió que quien estaba destinado a encontrarse con Leodrakk llegaba tarde. Este sería Numeon, su capitán y el legionario al mando. No era un buen augurio. Lo que presagiaba lo peor era si Numeon estaba muerto. Eso dejó a Leodrakk manejando las cosas, y él parecía a punto de cobrarse su gloriosa muerte, matando a Grammaticus en el proceso. No es que le importara, pero entonces su misión estaría efectivamente terminada. También temía imaginar lo que los Portadores de la Palabra harían con él.

Él no sabía lo que los Salamandras y sus aliados de las otras legiones rotas tenían la intención de lograr aquí en Traoris. Fuera lo que fuese había salido mal, y sospechaba que llevaba parte de la culpa en eso.

Los ojos de Leodrakk le contaron todo esto. Hablaron de la pena y el deseo de venganza peligrosamente fatalista. Grammaticus había visto hombres así en los ejércitos de la Unificación, cuando luchaban contra Narthan Dume. Nunca lo había visto en un astarte antes, y se preguntó qué perdieron estos guerreros para transformarlos de manera flagrante.

-¿Qué estás mirando? -gruñó el Salamandra. Estaba en cuclillas y había estado mirando su casco, encarándole desde su regazo.

-Me pregunto qué ocurrió contigo -dijo Grammaticus.

-La guerra nos ocurrió -respondió secamente.

-Te hicieron para la guerra. Hay más que eso.

Leodrakk miró a la mugre apestosa que se filtraba por debajo de sus pies, pero no encontró respuestas en el agua sucia.

En cambio, el bibliotecario habló.

-Fuimos traicionados -dijo con voz ronca, en Isstvan. Fue peor que una atrocidad. La masacre que sufrimos fue sólo la manifestación física de nuestro trauma colectivo. El verdadero dolor estaba por venir, y era una enfermedad de la mente. No todo el mundo sobrevivió a ella.

Hriak, el Guardia del Cuervo, hizo una pausa, como si tratara de ver en la mente de Grammaticus la fuente de su curiosidad. Era profundamente inquietante, y Grammaticus luchó para controlar su mano temblorosa. Hace muchos años creyó que un amigo muy cercano había sucumbido a la intrusión mental de un psíquico. Era mentira, por supuesto. Todo sobre ese asunto fue una mentira, de una manera u otra. Pero todavía le ponía nervioso el enorme potencial destructivo de los psíquicos de batalla. No era extraño que el Emperador los desmantelase de las legiones.

-Desde el horror de Isstvan escapamos a bordo de una nave de desembarco -continuó Hriak, -pero el horror no terminó ahí. Todos nosotros fuimos cambiados por lo que presenciamos, la visión de nuestros hermanos asesinados en masa al lado de nosotros, nuestros antiguos aliados disparando sus armas a traición, mientras que al mismo tiempo los traidores conocidos aparecieron ante nosotros con sus armas en concierto vicioso. '

Grammaticus miró de reojo a Leodrakk por una reacción mientras Hriak narraba su historia y lo encontró profundamente incómodo por el recuerdo, pero contento de dejarle que continúe.

-Algunos de los supervivientes a bordo de nuestra nave de desembarco no eran ellos mismos -dijo Hriak. -Cuando un hombre es elevado a un cierto punto de fervor de batalla, puede serle muy difícil para bajar de ahí. A veces, si la experiencia es particularmente traumática, puede que nunca se recuperen plenamente y una parte de ellos siempre estará en guerra, en ese conflicto autodestructivo. Tales hombres, cegados por este trauma, han matado por error, creyendo que amigos eran enemigos. Sucumbir a ese trauma se cobró un alto precio en las Legiones Astartes. Nuestras mentes son mucho más fuertes que las de los mortales comunes, pero no inquebrantables.

Y entonces Grammaticus lo supo. Supo cómo Hriak había sufrido la herida en el cuello, la que casi le cortó el cuello completamente. No la había recibido en Isstvan, fue en la nave de desembarco. Fue cometida por…

-Ya está bien, Hriak -susurró Leodrakk. -No necesitamos recordar eso, y él no necesita oírlo.

-Mi presencia aquí ha complicado las cosas para vosotros, ¿verdad? -dijo Grammaticus.

-Has socavado toda nuestra misión.

Grammaticus negó con la cabeza, desconcertado por la pulla del Salamandra. -¿Qué narices queríais lograr, de todos modos? ¿Qué, veinte y pico hombres contra un ejército entero, toda una ciudad? Entiendo que queráis venganza, pero no cómo lanzarse sobre las espadas de tus enemigos os conseguirá lo que queréis.

Leodrakk se puso de pie y por un breve momento pareció que estuvo a punto de acabar con Grammaticus, pero decidió no hacerlo.

-No es tan simple como la venganza. Queremos volver a la guerra, marcar la diferencia, por lo que tenemos que hacer algo que tenga significado. Antes de venir aquí habíamos estado siguiendo a este culto de los Portadores de la Palabra por un tiempo. Los seguimos a un mundo pequeño y plácido llamado Viralis pero era demasiado tarde para evitar lo que desató allí.

Grammaticus frunció el ceño. -¿Desató?

-*Demonios*, John Grammaticus, un tema sobre el que sospecho está bien versado.

-Los de visto a los Informes -admitió.



Caeren Sebaton

Leodrakk frunció el ceño. -Ni siquiera voy a preguntarte qué es eso. Un regalo de tu Cábala, sin duda.

-No es ningún regalo; es la verdad y en todo caso una que me gustaría poder borrar de mi mente.

-Una vez más, no es mi preocupación. Lo que sí me preocupa -le hizo un gesto a Hriak también, -nos preocupa, nuestra misión, es evitar que lo que sucedió en Viralis suceda aquí. Su líder, el clérigo de los Portadores de la Palabra, se suponía que iba a morir por nuestra mano. Deslizándonos inadvertidos, encontrarle y ejecutarlo. Pergellen era nuestro francotirador y el resto de nosotros garantizaría una huida rápida ante las represalias. Nuestras posibilidades de éxito eran buenas, nuestras posibilidades de supervivencia no tanto, pero al menos moriríamos sabiendo que Traoris estaba a salvo.

-Ningún mundo está seguro, Salamandra –replicó Grammaticus. -Ninguna parte de la galaxia, por remota que sea, estará a salvado.

Leodrakk gruñó, enojado, pero más por la situación de Grammaticus. –Salvaríamos este mundo. Al menos de *eso* -él se echó atrás, menguando la amenaza de violencia. -Pero ahora hemos sido descubiertos y siendo cazados. Shen y Pergellen deberían haberte dejado en ese almacén.

Grammaticus asintió. -Sí, deberían. Pero no lo hicieron, y ahora me tienes a mí y sabiendo lo que sé; así que, ¿Qué vas a hacer con eso?

-Nada -dijo una voz de lo más profundo del túnel. Estaba oscuro, pero incluso Grammaticus reconoció al guerrero que venía a su encuentro. No estaba solo, tampoco.

-Numeon -Leodrakk fue a saludarlo. Cerraron las muñecas. Hriak simplemente bajó la cabeza para reconocer el capitán. El buen humor de Leodrakk se agrió cuando vio quién más había vuelto con Numeon. -¿Tan pocos? -preguntó.

-Su sacrificio tendrá sentido, hermano.

De los veintitrés legionarios que habían desembarcado en el planeta en Traoris desde el *Arca de Fuego* apenas trece seguían vivos. Shen'ra había regresado con Numeon, así como K'gosi. Pergellen se mantuvo en la retaguardia del grupo, volviendo unos minutos después tras asegurarse de que no les seguían. Hriak era el último de los Cuervos ahora, y murmuró un juramento kiavahrano por el caído Avus. El resto eran Salamandras.

Grammaticus contempló una fuerza rota. El destino, oh amante caprichosa, había conspirado contra ellos. Lo había entregado a sus manos y la lanza fulgurita a los Portadores de la Palabra. La frase "jodido más allá de toda razón" ni siquiera comenzó a describirlo.

También se dio cuenta de que una figura clave faltaba, igual que Leodrakk.

-¿Dónde está Domadus? -preguntó el Salamandra.

Numeon suspiró cansado. Se quitó el casco. -Lo perdimos durante el combate. Él y varios otros fueron al encuentro de la decimoséptima para obstaculizar su asalto. No le vi caer, pero... -sacudió la cabeza.

-¿Y ahora qué? -preguntó Shen’ra, cojeando hasta estar al lado de sus hermanos.

Grammaticus respondió.

-Dejadme ir. Ayudadme a reclamar la lanza y salir Traoris. ¿Qué hay que perder ahora?

Numeon no le hizo caso y se acercó a Shen’ra. Estaba gravemente herido y en problemas.

-He visto mejores días, antes de que preguntes -dijo el tecnomarine mordazmente. Él estaba apoyado contra la pared del túnel, mientras un chorrito emanando del techo agrietado ensuciaba la pintura de su servoarmadura con un reguero fétido. Numeon se arrodilló para hablar con él.

-Nos has salvado a todos, cabrón irascible.

Y sin embargo perdimos el arma montada. En fin... -hizo una pausa para toser, -alguien tenía que perderlo.

Numeon rio, pero su humor se desvaneció rápidamente cuando vio las heridas de Shen'ra.

Ojo biónico del tecnomarine era sólo parcialmente funcional y cojeaba, pero su coraza agrietada insinuó el daño real. Lesiones internas, fallo multiorgánico.

Otros dos Salamandras de la partida de eliminación ya estaban en estado de coma mientras sus cuerpos brutalmente dañados trataron de repararse a sí mismos. El pronóstico no parecía favorable. Otros tres habían muerto, destrozados por los

proyectiles o empalados por las espadas. Ni una sola herida mortal, pero varias pequeñas equivalen a lo misma. Muertes por desgaste. Sus hermanos los habían llevado, aquellos que fueron arrastrados por los túneles como lo habían hecho antes.

Grammaticus fue sorprendido por el nivel de la humanidad que mostraron a sus muertos, y se preguntó si era un rasgo Nocturnean común.

-¿Y ahora qué? -preguntó. -¿Vamos a escondernos en estos túneles hasta que nos encuentren?

Numeon terminó de murmurar algunas palabras de aliento al tecnomarine y se puso en pie.

-Seguimos adelante. Encontraremos otro camino para lograr nuestra misión.

Leodrakk se acercó, notando que Numeon tocaba el signo de Vulkan que llevó desde que huyeron de Isstvan.

-¿Qué crees que es? -le preguntó.

Numeon bajó la mirada hacia ella. Con la forma de un simple martillo de herrero no parecía nada especial.

-Creo que es un símbolo. Cuando lo veo, creo que nuestro primarca todavía está vivo. Más allá de eso, no lo sé.

-Espero que tengas razón, hermano.

Pergellen, al regresar de explorar el túnel por delante, los interrumpió.

-El camino por delante está despejado –incidió. -Este tramo termina en una salida. Es hacia el borde de la ciudad y debería darnos un buen punto de observación para planificar nuestro próximo movimiento.

Numeon asintió. -Asegúrate de que no hay sorpresas.

Tomando a K'gosi con él, el explorador se dirigió de nuevo hacia la oscuridad.

-Odio hacerme parte del ser humano -dijo Leodrakk cuando Pergellen se marchó, -pero, ¿Cuál es nuestro próximo movimiento?

Numeon consideró a Grammaticus.

-Están tras él ahora. El ataque al manufactorum es prueba de ello. Podríamos ser capaces de usar eso. Usarle.

Y así, el destino se torció de nuevo y Grammaticus se lamentó de que haber sido “salvado” alguna vez por los Salamandras.

La salida terminaba en un amplio sumidero, a pocos metros de profundidad. Llovía mucho sobre sus cabezas, haciendo que del fétido alcantarillado trotase una catarata artificial sobre su labio de rococemento que se estrelló en una piscina cada vez más profunda de inmundicia a continuación.

En un lado del sumidero había un muelle de madera. Los cuerpos de tres hombres estaban colocados boca abajo sobre ella. Su atuendo sugería que eran Cazadores del Sumidero. Habían sido apuñalados hasta la muerte, y el signo crudo embadurnado en sangre en el embarcadero sugería que eran simpatizantes de los cultistas. Por encima de ellos colgaba un entramado de líneas de pesca y ratas muertas encadenadas a lo largo del colector de aceite por sus diminutos pies. Había un par de picas largas también, y una red arrugada metida en un barril de aceite vacío. Una lona brindaba una protección ineficaz contra los elementos, cubriendo dos tercios de la escollera y suspendido en postes guía como una simple tienda de campaña.

-No quieras caer ahí, humano -murmuró Leodrakk mientras escoltaba a Grammaticus sobre una pasarela de madera que crujía con cada paso del legionario.

Grammaticus miró a la viscosa sopa sucia coagulándose lentamente en el sumidero. Lo asqueroso prácticamente irradiaba de ella, un agua de un color amarillo pálido. Los cuerpos se balanceaban arriba y abajo en ella, perturbados por los efluvios corriendo hacia fuera de la tubería y en cascada sobre el borde de la cuenca.

Le recordó a la cuenca de drenaje en las afueras de la Colmena Anatol cuando no era más que un niño. Al mirar hacia las oscuras profundidades del sumidero trató de no imaginar la cara cadavérica del chico, y se encontró teniendo que mirar hacia otro lado. En cambio, él pensó en el eldar que se había *reflejado* en la enfermería. Él le había ofrecido una salida, una opción, una verdad. Aunque una que aún no le había revelado en su totalidad. Iba en contra de su misión; también podía ser un montón de mentiras, una prueba de la Cábala para ver si era leal. Cansado no era la palabra de cómo se sentía ahora. Él estaba quemado, al igual que los guerreros que

lo escoltaban. No sólo eso, él era un traidor a su raza. *¡De toda su puta raza!* Eso era algo que no muchos podrían reclamar, ni menos estar orgullosos de ello. Se sentía sucio, y no sólo por la tubería de alcantarillado. Quería creer lo que había visto en la enfermería, lo necesitaba. Pero ¿Y si no era real? ¿Qué pasa si Slau Dha, Gahet y todos esos otros hijos de puta le estaban manipulando todavía? Todo lo que tenía era su misión, e incluso eso le enfermaba.

Completamente miserable, Grammaticus hizo una mueca cuando una gota desde arriba salpicó su ojo.

Numeon alzó su guante de goteo para el análisis de la retina.

-Elevado contenido de ácido. Mejor démosles algo para blindarle contra lo peor.

-¿Qué tal si vamos a algún sitio que no sea una jodida alcantarilla? -sugirió Grammaticus, -¿Tal vez en un interior y no rodeado de mierda y orina?

-Aquí -K'gosi le entregó su capa. Era piel de draco, prácticamente impermeable al fuego y una protección más que adecuada contra la lluvia ácida.

Grammaticus la tomó de mala gana.

-¿Por qué no me dais una de las suyas? -preguntó, haciendo un gesto hacia los Salamandras muertos siendo llevados hacia el embarcadero.

-No es mío darlas -dijo K'gosi.

-No van a necesitarlas.

-No importa –contestó el pyroclasta y se fue a contribuir a asegurar el perímetro exterior.

Pergellen estaba de pie en el borde de la cuenca, a un par de metros de distancia de la catarata que brota.

-Es puro, más de ochenta metros hacia abajo -dijo a Numeon, que acababa de unirse a él. -A pesar de que el agua hace que se vea más corta.

El torrente sucio de la tubería de alcantarillado caía con tanta fuerza que echaba espuma en toda su caída, subiendo y burbujeando en un pequeño pero violento tumulto. El spray pateó todo el camino hasta la parte superior de la salida, pero la

mirada de Pergellen se había movido hacia el cielo, a una columna que comprendía parte de un acueducto que flanqueaba el torrente.

-Parece un buen punto de observación -dijo.

Una pasarela escalaba desde el muelle por un flanco de los tubos de salida, todo el camino hasta el acueducto y había espacio suficiente para que los hombres la atravesaran en fila. Más allá del acueducto, el resto de Ranos quedó abierto. Numeon pudo ver que desde que desembarcaron se habían movido hacia el este, hacia el borde de la ciudad.

Sus ojos se estrecharon.

-¿Eso es...? -le preguntó.

-¿El puerto espacial? Sí, lo es -dijo Pergellen.

Numeon miró hacia atrás por encima de su hombro hacia donde Grammaticus estaba acurrucado y tiritando bajo la capa de K'gosi.

-Este no es lugar para hacer una parada, hermano.

-De acuerdo -dijo Pergellen. -¿Qué tienes en mente?

Numeon observó las líneas de sumidero; las ratas muertas se mecían con la brisa fétida.

-Cebar -dijo.

El gladius de Narek se deslizó desde el cuello del Salamandra con un *susurro* mojado. El legionario estaba muerto antes de haber liberado la espada y dirigirse al siguiente. Cuerpos de ambos bandos cubrían la calle. De los tres escuadrones que había adoptado para eliminar los leales sólo un puñado permanecía. Había sido sangriento, y más difícil de luchar de lo que esperaba. El francotirador había escapado. Una vez más. Esto siguió clavado en Narek, irritándole. Al acercarse al borde de la fosa donde el manufactorum se había derrumbado pensó en los que se habían escapado. Un río subterráneo fluía debajo de esta parte de la ciudad, conectado a su sistema de drenaje. Él no tenía un mapa de esos túneles, menos conocimiento de su existencia o en qué salida depositaría a cualquiera caído en el torrente, por lo que lo dejó ir.

Los leales se estaban quedando sin lugares donde esconderse. Incluso si le llevaba hasta el borde de la ciudad y los páramos desérticos sacudidos por relámpagos, él los localizaría. Lo juró, por lo que se haría. O moriría en el intento. El honor sobre el deber de uno, sentía, todavía debía significar algo.

-Deteneos -dijo, su bota apretada en el pecho del otro enemigo medio muerto, pero Narek miró a Vogel, quien estaba sentado a horcajadas sobre el pecho de un Salamandra y estaba a punto de comenzar a cortar su carne con el cuchillo ritual.

-¿Qué? -preguntó el Portador de la Palabra, girando su cabeza redonda para considerar al cazador.

-Nada -Narek dejó al otro legionario morir donde estaba y se acercó a Vogel.

-Honro el Panteón –dijo Vogel entre dientes, evidentemente disgustado.

-Deshonras tu acción, tu matanza –respondió Narek, sosteniendo su gladius ocasional en su mano izquierda. -Mutilando la paja humana por todos los medios, pero estos eran legionarios, una vez nuestros hermanos de armas. Eso todavía debería significar algo.

Vogel fue a levantarse, pero Narek puso la punta de su gladius en su garganta y se detuvo a mitad de impulso.

-Sobrepasas tus límites -siseó Vogel.

-Si lo hago, significaría que esta hoja atravesará mi cuello.

Vogel no se veía como si quisiera dar marcha atrás por el momento.

-Dagon está de acuerdo conmigo -dijo Narek.

Vogel siguió la mirada del cazador al otro francotirador, que tenía su rifle montado y listo. El beligerante Portador de la Palabra levantó las manos en un gesto conciliador y Narek le dejó marcharse. Cuando estuvo seguro de que Vogel se contentaba simplemente con maldecirle y no tomar represalias, Narek miró hacia el Salamandra al que su camarada había estado a punto de descuartizar.

-*Gracias...* -murmuró el guerrero, cerca de la muerte.

-No era por ti, legionario –pronunció Narek, y sumió el gladius en su corazón.

El sonido de turbinas era cada vez más fuerte y más cerca hizo girarse a Narek. Vio que la Stormbird que pertenecía a Elías, y se preguntó qué le había pasado para traerle aquí.

-Reuníos -transmitió a los demás. -El Apóstol Oscuro está aquí.

Elias estaba herido. También había recibido una visita por el mismo Erebus. Mientras estaba de pie ante el Apóstol Oscuro al abrigo del Stormbird aterrizado, de repente supo por qué el amo de Narek había llegado. Le habían ordenado hacerlo.

-¿Otro fracaso? -preguntó Elias, examinando la carnicería.

-No del todo –respondió el cazador. Se quitó el casco en presencia del Apóstol Oscuro y la sostuvo en el hueco de su brazo.

Estaban solos, en la medida en que el resto de los legionarios estaban de guardia o acorralando a los prisioneros aún vivos. Narek quiso entrañablemente haber tenido el tiempo para darles a todos ellos muertes limpias. Irrita a Vogel era una cosa; no iba a desafiar al Apóstol Oscuro.

-¿Has matado a todos ellos, y capturado al humano?

-Todavía no.

-Otro fallo entonces.

Narek inclinó brevemente la cabeza. -Uno que voy a rectificar.

-No, Narek. Tu oportunidad de esta gloria ha pasado. El mismísimo Erebus viene y me ha pedido que elimine a nuestros enemigos y recuperé al humano, John Grammaticus.

-Él le preguntó, ¿Verdad?

-Sí -susurró Elias con más que un toque de ira. -Soy su aliado de confianza en esto.

-Por supuesto, señor -respondió con frialdad Narek. Sus ojos se desviaron hacia la lanza fulgurita envainada en la cintura de Elias.

Todavía despedía un débil resplandor, y el Apóstol Oscuro parecía incómodo llevándola. Narek se dio cuenta de que la lanza había consumido de alguna manera el brazo de Elías en un apéndice carbonizado.

-Te estás preguntando si teníamos razón al adorar al Emperador como un dios –le dijo Elias cuando se dio cuenta de que Narek miraba la lanza enfundada.

-Lo estoy.

-Lo estábamos, hermano. Pero hay otros dioses, Narek, que nos darían su favor.

-No veo ninguna bendición en ellos -admitió.

Elias se rio. -Podría haberte ejecutado por eso, por tu falta de fe.

-Yo creo, señor. Ese es el problema; no me gusta a donde nos lleva esa creencia.

-Te llegarán a gustar, cazador. Los abrazarás, como lo haréis todos. Porque es el deseo de Lorgar y el Panteón de que lo hagamos. Ahora –añadió, cada vez más aburrido de su sermón. -¿Dónde está el hombre, dónde está John Grammaticus?

-Es casi seguro que aún con los supervivientes de las legiones rotas. Su camino no va a ser difícil de rastrear.

Elias desechó la idea con un gesto desganado de la mano.

-Carece de importancia. Los encontraré a través de diferentes medios -miró a uno de los legionarios prisioneros, uno al que todavía no se le dio una muerte limpia, y sacó su cuchillo ritual.

Domadus estaba vivo, pero de alguna manera inmovilizado. Dado que la batalla había terminado peinaron el campo de víctimas en busca de sobrevivientes. Recordó vagamente arrastrarse, y oyó a medias las risas guturales de uno de sus captores. Parte de su columna vertebral fue cortada. Estaba paralizado de cintura para abajo. También tenía varias lesiones internas potencialmente fatales, y estaba demasiado débil para defenderse.

Su ojo biónico ya no funcionaba, así que quedó ciego de él. Su único orgánico se abrió, y la vista que recibió fue de tierra. Al borde de su visión reducida creyó ver la mano abierta de un legionario sentada en su espalda. El guante era de color verde

esmeralda, sus dedos inmóviles. Un bólter yacía a unos centímetros de distancia de agarre.

-Éste -oyó decir una voz. Sonaba culta, casi urbana.

Unos firmes dedos blindados atraparon la barbilla del Mano de Hierro y la levantaron para que Domadus pudiera ver a sus opresores.

Portadores de la Palabra. Uno, de pie detrás del otro, tenía escritura pintada dorada en sus pómulos. Su cabello negro era corto con un fuerte pico de viuda. Uno de sus brazos estaba gravemente quemado y lo sostenía de manera protectora a su cuerpo. Este era el clérigo; tenía que serlo. El otro que estaba sosteniendo la barbilla de Domadus era un veterano de guerra sin duda, un soldado en el sentido más agresivo de la palabra. Era chato pero delgado de cara y llevaba una leve cojera.

A través de sus sentidos embotados Domadus se dio cuenta de que sus muñecas estaban atadas con alambre de púas y estaban adheridas al flanco de una cañonera de los Portadores de la Palabra. Su servoarmadura fue eliminada al igual que su malla inferior, exponiendo la piel debajo.

-¿No hay otra manera? -preguntó el soldado.

El clérigo sacó un cuchillo ritual dentado y Domadus se preparó para lo que él sabía que venía a continuación.

-Ninguna -respondió el clérigo, quien trazó un largo surco en la mejilla del Mano de Hierro antes de iniciar un canto.

VEINTISÉIS

Entrando el laberinto

“Ir hacia adelante, siempre hacia adelante y siempre hacia abajo. Nunca a la izquierda. Nunca la derecha.”

- A partir de la obra dramática Thesion y la Minatar

Ferrus ya me estaba mirando cuando me alcé de la muerte otra vez. Creo que estaba sonriendo, aunque siempre sonreía con ese rictus permanente.

Apreté los puños y luché contra el impulso de golpear a la aparición.

-Te divierte, ¿Verdad, hermano? –le escupí. -¿Verme así? ¿Soy débil, entonces? ¡No tan débil como tú, idiota! Fulgrim jugó contigo como con un arpa retorcida.

Me detuve y escuché mi propia respiración pesada, la ira creciendo en su interior. El abismo, rojo y negro, palpitando con el odio, intermitente en el borde de mi visión.

-¿No hay respuesta? –le desafié. -¡Es difícil reprender sin lengua, hermano!

Me puse de pie, sin cadenas por una vez, y avanzado hacia el espectro sin palabras. Si fuese real, creo que hubiera envuelto mis manos alrededor de su garganta y ahogado, como casi le hice a Corax en mi mente.

Me hundí, jadeando, luchando contra los golpes atronadores de mis corazones. Sudor febril enjabonaba mi piel, que brillaba bajo la luz de las antorchas vacilantes. Otra cámara húmeda, otra celda negra amurallada. Curze tenía muchas de ellas a bordo de su nave como parecía.

-Trono de Terra... -di un grito ahogado, colapsando sobre una rodilla, inclinando la cabeza para poder respirar. -Padre...

Recordé sus palabras, un recuerdo tan lejano ahora. *Él* habló conmigo en Ibsen. Después de que mi legión y destruyéramos el mundo, convertido en un lugar de muerte, le cambié el nombre a Caldera. Iba a ser otro mundo adoptado, como Nocturne, y con él los salamandras serían reforjados. Ese sueño terminó con el final de la Gran Cruzada y el comienzo de la guerra.

Me duele, pero tendré que dejarte cuando más me necesites. Trataré de velar por ti cuando pueda.

-Te necesito ahora, padre -le dije a la oscuridad. -Ahora más que nunca.

Moviendo su esquelética mandíbula Ferrus me hizo mirar hacia arriba. Su mirada se encontró con la mía y asintió con la cabeza hacia las sombras por delante de nosotros, donde una vasta puerta de entrada adornada comenzó a aparecer.

Era más alta que la pierna bastión de un Titán Imperator y el doble de ancha. No podía entender por qué no la había notado antes.

-¿Otra ilusión? -le pregunté, hablando en voz alta a las sombras que yo sabía estaban escuchando.

La inmensa puerta parecía estar formada de bronce, aunque al observarla con atención descubrí que el metal era una aleación. Vi el vago tinte azulado de osmio, trazas de paladio e iridio de color blanco plateado. Era denso, e increíblemente fuerte. El bronce no era más que una fachada estética, diseñado para parecer arcaico. Una mezcla de intaglio intrincada y relieve detallado labrado sobre la puerta describía una serie de imágenes. Era una escena de batalla, que parecía representar un conflicto de cierta antigüedad. Los guerreros blandían espadas y estaban vestidos con cotas de malla encadenadas y jubones de cuero. Las catapultas y ballestas lanzaban burdos proyectiles en el aire. Los incendios envolvían la escena.

Pero al mirar más de cerca empecé a verlo familiar, y me di cuenta de lo que mi hermano de Hierro había hecho.

Tres ejércitos luchaban desesperadamente en un estrecho desfiladero, sus enemigos dispuestos a ambos lados, lanzando flechas y cargando hacia ellos con espadas y lanzas. En un espolón de roca, un señor de la guerra portando una bandera serpentina mostraba la cabeza de un enemigo derrotado en alto en señal de triunfo.

-Es Isstvan V, ¿No?

-Sí -dijo Curze, de repente de pie junto a mí, donde me di cuenta estuvo todo el tiempo. -Y no es una ilusión, Vulkan. Nuestro hermano trabajó mucho esta pieza. Creo que le ofendería saber que pensabas que la conjuraste en tu mente -casi sonaba derrotado.

-¿Qué pasa, Konrad? Suenas cansado.

Él suspiró, lleno de pesar.

-Estamos casi al final -dijo, e hizo un gesto hacia la puerta. -Esta es la entrada al Laberinto de Hierro. Hice que Perturabo lo construyera para mí. En el fondo, un premio.

Curze abrió la mano y dentro de ella se proyectó un hololito de turno de mi martillo, *Portador del Amanecer*. Alrededor de ella y colgando de cadenas estaban mis hijos. La proyección era débil y granulosa, pero me las arreglé para reconocer a Nemetor. Me daba vergüenza admitir no podía identificar al otro, pero pude ver que ambos estaban gravemente heridos.

Curze cerró el puño, aplastando la imagen de mis hijos heridos.

-Les he sangrado a fondo, hermano. Sólo les quedan días de vida.

Vi la oscuridad hacinándose en el borde de mi visión de nuevo, y escuché el latido de mis corazones en mi cráneo. Sentí el calor del abismo en mi cara, lo vi bañando mi piel de rojo visceral.

Con un gran esfuerzo de voluntad, relajé mis dientes apretados.

Curze me estaba observando.

-¿Qué ves, Vulkan? -preguntó. -¿Qué ves cuando te sumerges en la oscuridad? Quiero que me lo digas. -casi sonaba desesperado, suplicando.

-Nada - mentí. -No hay nada. Te fuiste por un tiempo esta vez, ¿Verdad?

Curze no respondió, pero sus ojos seguían penetrantes.

-Me acuerdo de algunos de ellos. Recuerdo lo que trataste de hacerme -le dije. -¿Te he decepciono, hermano, elevándome por encima de tu pequeño juego? ¿Las sombras son demasiado solitarias? ¿Necesitas un poco de compañía?

-Cállate -murmuró.

-Debe quemarme saber que superé tu prueba moral, resistir el impulso de matar a Corvus. No pretendo ser noble, pero sé que soy todo lo que no eres tú.

-Mentiroso... -dijo entre dientes.

-A pesar de que me tienes a tu merced, todavía no puedes arrastrarme hacia abajo. Ni siquiera puedes matarme.

Curze parecía que estaba a punto de ataca, pero refrenó su ira y se volvió inquietantemente tranquilo.

-No eres especial -dijo. -Solo eres complaciente -sonrió levemente y caminó por detrás de mí, por lo que no pude verle. -He disfrutado de nuestro juego, tanto es así que cuando se acabe iré tras otro de mis hermanos. Y a los que no pueda matar le romperé.

Me di la vuelta para enfrentarme a él, para advertirle, pero Curze ya no estaba. Se desvaneció en la oscuridad.

La puerta abierta bostezó, haciendo señas en silencio.

-Voy a romperlos, Vulkan –declaró la voz incorpórea de Curze. *-Como te estoy rompiendo, pieza por pieza. Y si te estás preguntando si hay monstruos en el laberinto, te puedo decir que sí, pero sólo uno.*

Con Curze ido, no tuve más remedio que entrar en el Laberinto de Hierro.

VEINTISIETE

Fe

Ocultado en el borde de la salida del túnel, Dagon dio la señal para avanzar.

Vogel entró primero, empuñando el cuchillo mientras se cernía sobre su presa.

La batalla anterior golpeó duramente a los leales y hubo un menor número de guerreros de lo que había esperado. Lástima, significaría menos almas para ofrecer al Panteón. Tal vez sería mejor ofrecer el alma de Narek llegaba a manos de Vogel de nuevo.

Había cuatro de ellos, todos Salamandras, sentados juntos con sus capas envueltas de manera protectora alrededor de sus cuerpos. Uno, un tecnomarine a juzgar por su armadura y atavíos, estaba hablando con los demás. Debían estar discutiendo tácticas. Dos más yacían bajo una lona y en cuclillas al lado de ellos se acurrucaba con otra capa de draco, estaba el humano que los Portadores de la Palabra buscaban.

La fuerte lluvia ácida confundía al auspex, pero el espadachín no necesitaba sus escáneres para que los cuatro legionarios con sus espaldas hacia el túnel pronto estarían muertos.

Eran incautos por dejar al humano vigilado tan a la ligera, pero luego Vogel supo que los leales habían recibido un varapalo en el manufactorum. Dudaba que quedasen muchos. Sonrió, mostrando dos hileras de dientes puntiagudos que había afilado por si mismo, y recordó cómo las habilidades disformes del Apóstol Oscuro revelaron a sus enemigos. Los túneles podrían haber desembocado a cualquiera de los cincuenta o más flujos de salida. Vogel estaba seguro de que los leales no se esperaban un ataque tan pronto.

Desenvainando una segunda hoja, se deslizó en silencio hacia la luz, enmascarando sus pisadas por la lluvia. Sus compañeros asesinos estaban justo detrás de él, pero Vogel no les necesitaba. Iba a matar a todos estos débiles por sí mismo.

Numeon se aferró al flanco del acantilado, debajo de la cascada desbordándose. Al mirar hacia la derecha, vio a Leodrakk con los dedos incrustados en la roca. A la izquierda estaba Daka'rai, también aferrado. Tres de sus hermanos estaban escondidos en el lado opuesto de la cascada brotando, oscurecidos por el agua. K'gosi y tres más estaban sumergidos bajo el mismo sumidero.

Numeon era ciego a todo lo que sucedía sobre él. Todo lo que podía oír era el rugido del agua azotando contra su servoarmadura. Incluso a través de su respirador el aire era fétido y húmedo.

Pronto... -se dijo.

Todo quedaba en manos de Shen'ra. Todo lo que Numeon y los demás tenían que hacer era honrar su sacrificio.

Vogel tenía el sigilo de un cazador, pero la urgencia de un maníaco. Este último tiende a socavar al primero, que era la razón por la que Narek sólo lo había deseado en su equipo cuando necesitaba asesinos y podía confiar menos en subterfugios. De haber sido autorizado con Dagon y posiblemente Melach, Narek habría actuado al respecto de forma diferente. Algo acerca de la escena frente a él, la conversación de tranquila camaradería, la figura acurrucada del humano inmóvil, le hizo detenerse. Podría haberle dado voz, podría haber sugerido precaución pero dejó a Dagon dar el visto bueno al ataque. Después de eso, Vogel se apresuró a ser el primero.

Narek se contentó con dejarle y siguió detrás con Dagon, Melach y Saarsk.

Elías estaba entre la vanguardia también, esperando con el resto de los Portadores de la Palabra en caso necesario. Narek mantuvo al Apóstol Oscuro detrás de él, irritado porque Elías insistiera en unirse a la matanza de los escuadrones. El miedo a Erebus y una pérdida de posición dentro de la XVII eran motivadores convincentes, al parecer.

Vogel casi había llegado hasta el tecnomarine cuando Narek recibió una horrible premonición. Sus preocupaciones, abstractas en un primer momento, se convirtieron en realidad y su advertencia no pudo entonces permanecer tácita.

-Sus ojos... -siseó con urgencia por el vox de Dagon.

-¿Qué pasa con ellos?

-¡Mira!

Los tres salamandras sentados y escuchando al tecnomarine tenían las lentes apagadas. Sus ojos, normalmente ardientes, deberían haber arrojado una luz tenue a través de ellas.

Lo que significaba que los ojos no eran las únicas cosas que estaban muertos, y que a su vez significaba…

Narek se puso de pie y gritó: -¡Vogel! ¡No!

Demasiado tarde, el espadachín hundió su daga en la espalda del tecnomarine. Era un golpe mortal, perforando a través del corazón principal del legionario. Vogel arrancó la hoja. Estaba cubierto de sangre. Estaba a punto de matar a otro cuando el ruido sordo de un objeto golpeando la cubierta de madera arrastró sus ojos hacia abajo.

Emitiendo un rojo parpadeante, una granada incendiaria cayó del guante abierto del tecnomarine. Había una sonrisa dibujada en el rostro sin vida de Shen'ra mientras soltaba el gatillo del muerto.

La explosión inmoló a Vogel y arrojó por los suelos al resto. El incendio arrasó el muelle, detonando una cadena de granadas enclavada en y alrededor de la entrada del túnel. Explotaron en segundos, liberando una explosión secundaria y sellando efectivamente la salida tras una tonelada de escombros.

Devuelto hacia la entrada y luego fuera de ella cuando explotaron las segundas cargas, Narek yacía en el suelo, aturdido, pero vivo. Había arrastrado a Elías con él mientras trataba de mantener al Apóstol Oscuro cubierto de cualquier daño. Le odiaba cuanto menos, pero todavía tenía un deber que llevar a cabo. Mirando a través del humo y el fuego, el cazador vio a cuatro legionarios saliendo del sumidero con los bólter alzados. Tiró el cuchillo, atravesando el cuello de uno antes de que el Salamandra tuviera la oportunidad de disparar.

Dagón tenía su rifle preparado para ejecutar a un segundo emboscador cuando un tiro hecho a distancia le golpeó justo a través del flanco de su cabeza. El francotirador estaba muerto antes de caer al muelle.

Proyectiles bólter de los legionarios sumergidos arrasaron a Melach, un Portador de la Palabra con su pistola en pleno apuntado.

Tumbado, casi debajo de Narek, Elías disparó una ráfaga y derribó a uno de los legionarios emergentes, que ahora habían sacado espadas y cargaron a través del agua. Narek sospechaba que sus municiones eran escasas o nulas, pues una descarga concentrada habría terminado la pelea rápidamente. Se preguntó para qué podrían estar ahorrando sus balas los leales.

Seis más se metieron a sí mismos desde el borde de la cuenca del flujo de salida. Uno avanzaba por delante del resto. Era un Salamandra, un centurión.

Un recuento rápido hacia que las probabilidades fueran igualada, pero de los muchos en el túnel sólo unos pocos habían salido antes de que la explosión golpeara y sellara al resto. Los leales también tenían un plan y la ventaja de la sorpresa.

Elías se puso en pie. Disparó un proyectil que impactó en el hombro del oficial Salamandra. Se tambaleó, pero seguía avanzando, balanceando una alabarda de apariencia pesada.

Narek tenía otras preocupaciones cuando los dos del sumidero fueron a por él. Paró el empuje de uno con sus gladius desenvainada rápidamente. Un segundo ataque lo paró con su antebrazo y luego arrastró hacia si el legionario, aplastando su parrilla facial con un cabezazo salvaje.

Saarsk se enfrentaba a algunos de los Salamandras que habían trepado por encima del borde del sumidero. Apuñaló a uno y disparó a otro antes de que el

francotirador le volase el pecho y los otros arrastraran al Portador de la Palabra hasta acabar con él.

Vio a Elias evadirse cuando el oficial Salamandra se precipitó hacia él. Los dos guerreros forcejeando cayeron con fuerza contra el muelle, que se quebró bajo su peso. Un segundo más tarde la madera se partió, vertiendo a todo el mundo en la suciedad. Apagó el fuego aun crujiendo contra la servoarmadura de Narek, y usó los cambios repentinos del terreno para encajar un disparo mortal en uno de sus oponentes. Gruñendo, el Salamandra dio la vuelta y se hundió en el agua.

Un golpe de codo en la garganta del segundo legionario abolló su gorguera y le ahogó parcialmente, liberando a Narek de enemigos inmediatos. La caída separó a Elias y al oficial Salamandra. Estaban cerca del borde del sumidero y una larga caída al depósito de suciedad debajo. Haciendo caso omiso de los otros legionarios, que habían comenzado a reagruparse después del rápido contraataque de los Portadores de la Palabra, Narek fue directo a por Elias.

-¿Qué estás haciendo? -gritó el Apóstol Oscuro.

Estaban superados, con francotirador entrenado contra ellos en la distancia. Todos los miembros del escuadrón asesino estaban muertos o cerca de, y todos sus refuerzos quedaron atrapados dentro del túnel sin equipo de excavación.

-Salvar nuestras vidas -espetó Narek mientras lanzaba a Elias y él mismo sobre el borde de la pileta y hacia el tumulto espumante a continuación.

Numeon corrió hasta el borde de la pileta y casi dio un salto.

Leodrakk lo detuvo, arrastrando al capitán de vuelta por su hombrera.

-Ya hemos perdido suficiente -dijo, pero se inclinó y avistó por su bólter.

-Guarda tu munición –le dijo Numeon, amargado. -Se han ido.

Dejando a un lado su ira, Leodrakk cedió y bajó el bólter. -Casi lo teníamos. Ese hijo de puta.

-Querrá venganza por esto. Lo veremos de nuevo.

-¿Has visto su brazo? -preguntó Leodrakk. -Fue herido. Recientemente.

-Pero no por nosotros.

-¿Y no por uno de los suyos?

-No -dijo Numeon, pensativo, -algo más.

Después de unos segundos viendo la marea de suciedad descendiendo desde la salida y al no ver a cualquiera de los Portadores de la Palabra atrapados por la corriente se alejaron de la orilla.

K'gosi seguía vivo. Su coraza estaba manchada de sangre cuando un Portador de la Palabra le clavó un cuchillo, pero estaba ileso. Hacía tiempo que había agotado sus reservas de promethium y flexionada su guantelete izquierdo irritado. La derecha sostenía el pecho de Shen'ra.

-Recordaremos tu sacrificio, hermano -murmuró en voz baja, de rodillas junto al tecnomarine quien había rodado sobre su espalda en reposo. La escisión del embarcadero donde Shen'ra descansaba era todo lo que quedaba de él; los otros eran aún hasta sus espinillas acorazadas de aguas residuales.

El tecnomarine no fue la única víctima. Daka'rai también estaba muerto, de espaldas en la suciedad con un cuchillo sobresaliendo de su cuello. Ukra'bar había recibido un disparo limpio y no se levantaría de nuevo. Todos los demás tenían lesiones menores, y ninguno podía sentirse afligido por la muerte de sus hermanos.

Todos los presentes inclinaron sus cabezas, antes de que Leodrakk hablara.

-Ni siquiera podemos quemarlos.

-No, no podemos -Numeon se acercó al cuerpo tendido del humano muerto, uno de los Cazadores del Sumidero, y recuperó la capa de K'gosi para devolvérsela. -Así que tenemos que honrarlos una manera diferente.

En su mano izquierda sostenía la lanza fulgurita. Durante su lucha la había arrancado de la funda del Apóstol Oscuro.

La desesperación se volvió esperanza al ver a este objeto mundano, aunque ninguno de los que la vio pdía explicar por qué. Crepitaba con poder, un resplandor dorado interior que hablaba de la gracia del Emperador y su casi divinidad. Se tomaron medidas estrictas y sanciones para refutar la idea del Emperador como un dios, pero su poder siempre habían sugerido lo contrario, a pesar del deseo de pasar de la superstición a la iluminación. Pero los últimos meses

habían comenzado a cuestionar ese paradigma. Pues el universo no era la única morada de los mortales, ya fuesen humanos o xenos; era el reino de los dioses también, y la mayoría de ellos eran malignos. Los Portadores de la Palabra creían en ellos, incluso cortejado a sus soldados de a pie prometiéndoles favores oscuros. Tenían fe, pero en lo que creían era horrible.

Mientras sostenía la punta de lanza en alto, Numeon sabía que tenía fe: la fe en el Emperador y sus designios para la galaxia y la humanidad, y la fe de que su primarca seguía vivo. El poder en la fulgurita parecía encender esa creencia; la encendió en todos ellos.

Recorrió suavemente sus dedos sobre el signo en la cintura.

-Vulkan vive -pronunció con sencillez.

Cada legionario de pie ante él respondió. Los primeros K'gosi y Ikrad.

-Vulkan vive.

Luego G'orrn y B’tarro.

-Vulkan vive.

Los siguientes Hur'vak y Kronor.

-Vulkan vive.

Con cada nueva voz el coro se hizo más fuerte, hasta que sólo quedó uno.

Numeon miró a su hermano pira a los ojos, y vio el daño y el dolor que le llenaba desde cuando perdieron a Skatar'var en Isstvan. Si alguno tenía motivos para dudar, sería Leodrakk. El recuerdo de ese día y su vuelo a las naves de desembarco dejaron un cáncer de pesar en la boca del Numeon, pero él mantuvo su expresión neutral mientras contemplaba a Leodrakk.

Moviendo su mirada desde Numeon a la lanza para luego al signo y luego de vuelta otra vez, Leodrakk asintió.

-Vulkan vive.

Juntos convirtieron su afirmación en un grito de batalla, gritando al cielo desafiantes y como uno solo.

-¡Vulkan vive!

Ellos mantendrían esta creencia, y la utilizarían para dar a su causa la tan necesitada esperanza.

Por primera vez desde que huyó de Isstvan, golpeado y ensangrentado, Numeon supo lo que tenía que hacer. Volviendo a pie en el borde de la pileta, hizo una señal a Pergellen, con quien Hriak y John Grammaticus también estaban esperando.

Había llegado el momento de hablar con el ser humano de nuevo.

VEINTIOCHO

Flaquezas del ser humano

Kharaatan , durante la Gran Cruzada

La noche cayó sobre Ciudad Khartor por última vez. Mediante un esfuerzo conjunto del Ejército Imperial, tanto de infantería y blindados como los litanes de la Legio Ignis y dos legiones de Marines Espaciales, el mundo de Kharaatan era considerado por fin oficialmente sometido. Con el trabajo de los guerreros ahora hecho, la Administración Imperial con su ejército de especialistas en logística, codificadores, servidores, ingenieros, manufactores, recaudadores y escribanos podría comenzar la larga tarea de recolonización y repatriación de Uno - Cinco - Cuatro - Seis en nombre del Emperador y el Imperio.

Su antiguo nombre de Kharaatan, junto con los nombres de todas sus ciudades y otras ubicaciones geográficas importantes, iba a cambiar. Por ahora las simples designaciones serían suficientes, como el dado cuando la guerra de cumplimiento fue autorizada por el Consejo de Guerra. Con el tiempo, las nuevas denominaciones serían elegidas con el fin de ayudar a los colonos a adaptarse mejor y pensar en este mundo como propio, como un mundo Imperial leal con ciudadanos imperiales leales.

Kharaatan y toda su parafernalia asociada representaba la rebelión y discordia. Al cambiar sus nombres, su poder quedó revocado y reemplazado por otro.

Parte de esta transformación comenzó con la concentración y transporte de toda la población de Kharaatan. Estos hombres, mujeres y niños, ya fueran rebeldes o inocentes, nunca volverían a ver a su casa de nuevo. Algunos irían a las colonias penales, otros serían enviados a mundos que necesitaban trabajadores cualificados, algunos serían ejecutados. Pero al final, la huella cultural del pueblo Kharaatan desaparecería para siempre.

El logístico Murbo no pensaba en nada de esto cuando llevó a cabo las comprobaciones finales antes de la salida de los transportes. Después de lo que parecieron días en lugar de horas de catalogación minuciosa e interrogatorios el Departamento Munitorum , asistido por secretarios del Administratum equivalentes a cohortes, finalmente habían clasificado y dividido a la población de Khartor. Esta era la última ciudad. También era una de las más grandes. Su dolor de cabeza ni siquiera comenzaba a describir el golpeteo miserable que vivía el cráneo de Murbo, por lo que su temperamento era voluble, así como su diligencia.

A medida que se sacudía transporte no se dio cuenta del olor. Tenía una manada de servidores y una lexmecánico a remolque, pero hace tiempo que se había despojado de la carga de la sensación olfativa, así que no se planteó tal cuestión.

Estaba oscuro, y un viento frío entraba por el desierto. Murbo quería estar de vuelta en su alojamiento a bordo de la nave, cálido y con algo caliente en el estómago también. Había estado ahorrando una botella sólo para esta ocasión.

Había más de cincuenta transportes por comprobar, registrar y verificar antes de que él acabase, y luego él tenía que confirmar la designación de pasajeros con el piloto y la entrada de dichos datos en su pizarra, que ahora tenía en su mano. Los protocolos del Administratum exigían hacer controles visuales también, para asegurarse de que nadie faltara. En la lucha caótica después de un sometimiento exitoso que comenzó en pie de guerra, no era raro que franjas enteras de población fueran olvidada.

El primer tramo de ex- Khartanos bronceados, prisioneros con destino a las colonias penales, ya se había ido. El trabajo de Murbo era despachar a esas personas destinadas a convertirse en ciudadanos imperiales en nuevos mundos valientes. No estaba seguro de quien le hacía compadecerse más, pero su simpatía no duró. Una rebelión cosechaba sus propias y duras recompensas cuando se iba contra el Imperio.

Enfocó la débil luz de la lámpara por la planicie de espera, viendo a los habitantes de ojos muertos que contemplan su nueva vida y estimando un recuento. Todo parecía estar bien al principio, pero cuando llegó al segunda transporte y estaba a punto de pasar al tercero se detuvo.

-¿No les parecen un poco tranquilos? -preguntó el lexmecánico.

El secretario encorvado parecía perplejo por la pregunta. -Sospecho que están contemplando la locura de levantarse contra el Imperio.

No, pensó Murbo, eso no era todo.

No había nada que Murbo quisiera más en ese momento que terminar su trabajo y estar de vuelta a sus cuarteles para el vuelo hasta la atmósfera de Uno – Cinco - Cuatro - Seis, pero los ex- Khartanos tendían a ser más vocales.

Luego estaba el olor que, impulsado por la brisa del desierto, empezó a parecer más destructora.

Aumentó la intensidad del brillo de la lámpara y se dirigió de nuevo al primer transporte.

-Oh Trono... -dijo con voz entrecortada, dirigiendo la luz a la bodega de nuevo.

Frenético, Murbo corrió al siguiente transporte e hizo lo mismo otra vez. Luego se fue a al tercero, el cuarto, el quinto. Para cuando llegó al duodécimo, estaba violentamente enfermo.

Todavía doblado tras vomitar, Murbo detuvo al lexmecánico que fue a ayudarlo.

-No mires ahí -le advirtió, y a continuación le preguntó, -¿Quién sigue desembarcado en el planeta?

Una vez más, el hombrecillo encorvado parecía confundido en sus túnicas grises.

-¿Además de nosotros?

-Militares -dijo Murbo, secándose la barbilla.

El lexmecánico comprobó su pizarra.

-De acuerdo con el registro del Munitorum, todos los activos militares han dejado la superficie... -hizo una pausa, levantando una mano con pinta de marchita cuando comprobó con más detalles -pero hay todavía dos transportes legionarios en el suelo.

-Habla con ellos –ordenó Murbo. -Hazlo ahora.

Vulkan estaba solo, de pie en la amplia extensión de la bodega del *Corredor Nocturno*. Normalmente se usaría para el transporte de armas, paquetes de raciones y la miríada de material necesario para la guerra. Esta noche transportaba a los muertos. Los ataúdes delineaban el lado este de la bodega, pero los números eran misericordiosamente pocos, gracias a la resolución rápida e incruenta del asedio de Khartor. ¿Cuántas vidas se utilizaron para pagar esa misericordia... finales de vidas tortuosos y dolorosas... Vulkan lo sabía demasiado bien.

El derramamiento de sangre no concluyó con la masacre de Cuidad Khar-Tann tampoco. Los disturbios durante la concentración de la ciudadanía Khartor dieron lugar a muchas muertes. Y aunque sospechaba que los Amos de la Noche de su hermano habían sido en parte responsables de ello, no podía absolverse de toda culpa.

Seriph se extendía ante él dentro de su ataúd. Era un tubo metálico simple, sin adornos, con un motor criogénico construido en retardar la putrefacción y asegurarse de que los fallecidos llegaban a su lugar de descanso final incorruptos. Los medicaes habían limpiado sus heridas, pero la mancha de sangre en sus ropas se mantenía. Si no fuera por eso y la palidez sombría de su piel, Vulkan podría haber creído que estaba simplemente durmiendo.

Quería decirle que sentía su muerte, que deseaba haberle prestado atención durante la combustión de Khar-Tann y aceptado su solicitud de una entrevista. Su historia debía ser contada, decidió, y seriph sería quien lo hiciera. Pero ya no más. Un cadáver no podía contar historias.

Inclinó la cabeza a modo de disculpa muda.

-¿Por qué esta? -preguntó una voz baja desde las sombras.

Vulkan no se volvió, pero levantó la cabeza.

-¿Qué estás haciendo aquí todavía? -le preguntó, de repente popa.

-He venido a buscarte, hermano -dijo Curze, llegando a estar al lado de Vulkan.

-Me has encontrado.

-Tengo la sensación de que albergas poco de cólera en ti -Curze casi sonaba herido por ello. -¿No estás contento de verme?

Ahora Vulkan le miró. Sus ojos estaban llenos de vitriolo no disimulado.

-Di lo que sea que viniste a decir y déjame.

Curze resopló, como si divertido por todo.

-No has respondido a mi pregunta. De todos los mortales que murieron para someter a este mundo conforme a nuestro Imperio, ¿por qué te importa tanto este?

Vulkan volvió su mirada hacia adelante de nuevo.

-Conservo la vida. Soy un protector de la humanidad.

-Por supuesto que sí, hermano. Pero, al verte cómo te expusiste al peligro por ella. Era... *inspirador* -Curze sonrió y su sonrisa se hizo más amplia, e incapaz de mantener la pretensión, se echó a reír. -No, lo siento -dejó de reír, poniéndose serio. -Estoy sorprendido por ello. El tuyo es un corazón sangrante, Vulkan. Yo sé cómo cuidar de estos debiluchos pero, ¿Qué hizo a éste tan especial para que llores su muerte así?

Vulkan se volvió y estaba a punto de responder cuando el transmisor en su oído crujió. Ninguno de los primarcas estaba usando su casco pero seguían conectados al grupo de batalla.

Cuando los ojos de un primarca se abrieron, los otros se estrecharon, y Vulkan supo que Curze estaba escuchando el mismo mensaje.

Vulkan se acercó a su hermano, agarrándole por la gorguera y acercándole. Curze sonrió y no se resistió.

-¿Tú hiciste esto? -preguntó Vulkan. *-¿Tú hiciste esto?* -gritó cuando Curze no respondió de inmediato.

La sonrisa adelgazó y se convirtió en la línea oscura de los labios pálidos de Curze.

-Sí -dijo entre dientes, mirándole con ojos fríos.

Vulkan lo dejó ir, empujándolo hacia atrás de su vista mientras se alejaba.

-Tú los mataste... a *todos*.

Curze fingió confusión. -Ellos eran nuestros enemigos, hermano. Ellos tomaron las armas contra nosotros, trataron de matarnos.

Vulkan le miró de nuevo, enfurecido, casi suplicante, aborreciendo a Curze por lo que hizo.

-No todos, Konrad. Has asesinado a los inocentes, a los débiles. ¿A qué sirve sino a tu deseo sádico por el derramamiento de sangre?

Curze parecía realmente reflexionar sobre eso. Frunció el ceño. -No estoy seguro de que lo haga, hermano. Pero, ¿Cómo puede ser diferente a lo que le hiciste a ese xenos? Ella era sólo un niño, no una amenaza para ti. A los rebeldes de Kharaatan les concedí una muerte rápida. Al menos yo no los quemo vivos.

Vulkan no tenía respuesta. Había matado al niño por ira, de dolor por Seriph y la retribución por el daño que los xenos habían causado. Quizás también porque los aborrecía, a los Eldar, por la miseria y el dolor que había infligido a Nocturne.

Curze vio la duda de su hermano.

-Ves -dijo en voz baja, casi susurrando. -Nuestros humores son lo suficientemente similares, ¿No, hermano?

Vulkan rugió y se apoderó del otro primarca, lanzándolo al otro lado de la bodega.

Curze se deslizó, su armadura chirriando a medida que rascó la cubierta de metal por debajo. Él ya estaba de pie cuando Vulkan se abalanzó sobre él y logró bloquear un golpe salvaje dirigido a su rostro. Respondió, alcanzando a Vulkan en el pecho y sacudiendo sus costillas incluso a través de su armadura. Vulkan gruñó, dolido, pero agarró la cabeza de Curze y empujó hacia su rodilla en alza.

Curze se balanceó hacia atrás, expulsando saliva sanguinolenta de su boca. Vulkan lo derribó alrededor de la cintura, sin dar a su hermano sin tiempo para recuperarse, y le hizo caer de espaldas. Un puñetazo salvaje volvió la cabeza de Curze y abrió su mejilla. Él se reía entre dientes pintados en sangre. Vulkan lo

golpeó de nuevo, estremeciendo su mandíbula. Curze se limitó a reírse más fuerte pero un poco ahogada cuando su tráquea empezó a ser aplastada. Vulkan apretó las manos, las manos de un forjador duras como el hierro, alrededor de la garganta de su hermano.

-Sabía que no eras diferente –siseó Curze, tratando de reír. -Un asesino. Todos somos asesinos, Vulkan.

Vulkan lo dejó en libertad. Se echó hacia atrás, todavía agarrando a Curze, jadeando en busca de aire, de cordura. Le habría matado si no se hubiera detenido. Habría asesinado a su hermano.

Un poco inestable todavía, Vulkan se puso en pie y dio un paso a través del cuerpo tumbado de Curze.

-Aléjate de mí -le advirtió, sin aliento, y salió de la bodega a donde su transporte estaba esperando.

Curze quedó tirado, pero volvió la cabeza para mirar a Vulkan irse, sabiendo que estaban lejos de haber terminado entre ellos.

Sabía que estaba perdido. Lo sospeché que el momento en que entramos por las puertas del Laberinto de Hierro. Este era un desafío que no podía superar, algo que no podía descifrar. Aquí estaba en un lugar aparentemente infinito y de complejidad Firenziana, causada por una mente igual a la mía.

No, eso no era del todo sincero. Mi mente estaba en peligro, por lo que los corredores sin rasgos de bronce y de hierro que se extendía ante mí estaban más allá de mi intelecto para recorrerlos.

Ante la centésima encrucijada, tras escoger su camino en las noventa y nueve anteriores el que supuse me llevaría hasta lo más profundo en el laberinto y sin embargo, al mismo tiempo más lejos de mi objetivo, me pregunté qué había prometido Curze a mi hermano a cambio de este regalo.

Quizás Perturabo me odiaba tanto como lo hizo el resto de nosotros, ¿Y él simplemente había decidido que lastimar a uno de sus hermanos era tan bueno como a cualquiera? ¿Tal vez le molestaba el hecho de que sobreviviera a su glorioso

bombardeo en Isstvan V y se negó a ceder sus líneas de blindados? Fuese cual fuese la razón había elaborado este lugar con un propósito en mente; que todo el que entrara nunca se iría. Se ajustaba perfectamente a la mentalidad de Perturabo, creo, imaginarme vagando por estos pasillos para siempre, a pesar de que no podía haber sabido acerca de mi inmortalidad. Creía que Curze necesitaba un final más inmediato, sin embargo. La paciencia no es su virtud, ni la moderación. Con el martillo me había proporcionado esperanza. Sospechaba que quería conducirme más a la locura con esa esperanza. No se dio cuenta de que había proporcionado en realidad un medio realista de escapar de su calabozo.

Decidiendo que poco me importaba si no podía encontrar el corazón del laberinto, tomé el ramal de la izquierda y continué mi odisea.

A diferencia de mis pruebas anteriores en las tiernas garras de mi hermano no hubo trampas, ni enemigos, ni obstáculos de ningún tipo. Razoné que el propio laberinto era la trampa, la trampa final de hecho, fabricada por un experto en trampas. Una vez más, sentí el impulso del abismo cercano, el negro y el rojo, sus dientes feroces cerrándose a mi alrededor. Llamaba a una parte salvaje de mi psique, al monstruo del que Curze había hablado.

Expulsé la sensación. En algún lugar de este lugar maldito estaban mis hijos. Tenía que encontrarlos, y esperaba que no tener que topármelos entre los numerosos cuerpos que había visto hasta ahora. La mayor parte de los restos eran esqueléticos, aunque algunos todavía retenían parches de su carne marchita. Eran las ratas de Curze, los pobres infelices que habían tratado de conquistar el laberinto antes que yo. Todos ellos habían muerto todavía aferrados a la esperanza, desesperados y locos.

Creo que eso era lo que Curze quería para mí; demacrarme, dejarme humillado y desesperado, un juguete para burlarse y castigar cuando no pudiera soportar más su propia presencia repugnante.

Ferrus estaba conmigo todavía. No dijo nada más, simplemente me seguía como mi sombra. Podía oír sus pasos blindados acompasar los mios, lentos y engorrosos.

-Creo que nos estamos acercando, hermano -le dije al fantasma acechando a pocos metros de distancia.

Sus dientes resonaban juntos en lo que me pareció ser una risa burlona.

-Hombre de poca fe -murmuré.

Estuve dando vueltas así durante días, posiblemente incluso semanas. No dormí, ni tampoco descansé o pude comer. El vigor me dejó y empecé a perderme y atrofiarme. Pronto no sería muy distinto de Ferrus, no más que una sombra enojada condenada a caminar estos pasillos por siempre.

Y entonces oí las garras.

Comenzó como el golpeteo de luz de metal contra metal, una punta afilada golpeando contra las paredes, haciendo eco a través del laberinto hacia mí. Me detuve y escuché, detectando un cambio en el juego de Curze, el deseo de verlo terminado. El golpeteo se hizo más fuerte y se transformó en el raspado de garras. Ya no estaba solo con mi lento arrastre a la locura.

-Curze -grité, desafiante.

Solo respondió el metal raspado. Pensé que podría estar cada vez más cerca. Empecé a moverme, tratando de localizar la fuente del sonido, caminando al principio, luego echando a correr.

-*Vulkan...* -silbó el aire con la voz provocativo de mi hermano.

Corrí tras él, a la vez que el raspado y el arañado se introducía en mi cráneo, haciendo chirriar mis dientes.

Doblé una esquina, siguiendo mis instintos, pero sólo encontré otro pasillo tan sombrío y corriente como todos los demás.

-*Vulkan...*

Procedía de detrás de mí y me di la vuelta cuan algo oscuro y rápido se deslizó rápidamente ante mí. Hice una mueca, apretando mi costado. Retiré mi mano y vi la sangre y la poca profundidad del corté que mi hermano había entregado.

-¡Sal! -grité, apretado el puño y una corazonada feral en mis hombros. Apenas reconocí mi propia voz, que había crecido de manera bestial.

Sólo el raspado respondió.

Le perseguí como un sabueso en la caza, pero no pude encontrar ningún rastro de Curze. La línea entre el depredador y la presa se estaba desdibujando: a veces le di

persecución; la mayoría de veces lo era mi hermano. Llegué a otro cruce, otro cruce y traté de orientarme, pero el latido de mi cráneo no lo permitiría.

-*Vulkan...* -la voz volvió, burlándose de mí.

Rugí, estrellando mi puño contra la pared más cercana. Es apenas hice mella. Volví a rugir, arqueando la espalda de mi cuello, llamando feralmente en la oscuridad. El monstruo interior se desató y ansiaba sangre.

Curze me interrumpió de nuevo, invisible en la oscuridad, y trazó una línea de brillantes rubíes a través de mi bíceps. Me impulsó, alimentado mi rabia. Abrió un tercer corte en mi pecho, la sangre fluyendo en lágrimas rojas por todo mi pectoral. Un cuarto recortó mi muslo. Casi lo atrapé ese momento, pero era como agarrar humo.

-*Vulkan...* -susurró, siempre raspando, siempre incitando.

Estaba sangrando de por lo menos una docena de heridas, mi vitae corriendo por mis piernas y manando de entre los huecos de mis dedos de los pies para que dejase huellas de sangre en mi estela. Fue sólo cuando miré hacia abajo en el camino que estaba a punto de tomar que me detuve y vi la marca de mi discurrir, la impresión manchada pero inconfundible de mis pies.

Me hundí, derrotado, nada que hacer con mi enojo salvo zambullirme en el. Cerré los ojos y vi el abismo. Me senté en el borde, mirando hacia abajo.

Una lanza repentina de dolor en el costado me apartó gruñendo.

-No te preocupes –dijo Curze entre dientes, apretando las garras en mi hombro mientras empujaba su cuchillo en mi costado derecho, -esto no va a matarte.

Me di la vuelta, escupiendo rabia, dispuesto a arrancarle la cabeza a mi hermano de los hombros, pero Curze se había ido y me dejó agarrando aire.

La risa se desvaneció en su estela, junto con el raspado omnipresente por ahora de sus garras.

Una película de color rojo se desplegó sobre mi visión, el filtro de mi ira. Estaba a punto de ir tras él, sintiendo subconscientemente que esto era lo que había planeado desde el principio, cuando me detuve.

Escrutando mi camino, le *vi*. Estaba de pie justo en frente de mí, tan claro y real como mi propia mano delante de mi cara.

Verace, la rememoradora.

-Te he visto antes -le susurré, sosteniendo mi mano hacia ella como si midiendo que era real o un espectro.

Verace asintió. -En Ibsen, ahora Caldera -dijo.

-No, no allí -fruncí el ceño, tratando de recordar, pero mis pensamientos eran confusos por la ira. -Aquí...

-¿Dónde? -preguntó Verace.

Apenas estaba a pocos metros de distancia cuando dejé de moverme hacia él.

-Aquí -repetí, despejando mi memoria mientras dio un paso hacia mí en su lugar. -Tú estabas con ellos, los prisioneros que Curze me hizo matar.

Me miró con curiosidad. -¿Los asesinaste, Vulkan?

-No podía salvarlos. Estabas en el banquete, también. Recuerdo tu cara.

-¿Qué más recuerdas?

Verace era apenas un metro de distancia. Me arrodillé, así que estuvimos casi cara a cara. Era la manera de los Salamandras.

-Soy un primarca -me sentí más tranquilo en su presencia a medida que las piezas fracturadas de mi mente empezaron a confluir. -Soy Vulkan.

-Sí, lo eres. ¿Te acuerdas de lo que te dije una vez?

-¿En Ibsen?

-No, en otro lugar. En Nocturne.

Las lágrimas manaban de mis ojos, mientras esperaba fervientemente que esto no fuera más otra aparición, una broma cruel que me enviaba más a la locura.

-Dije -empecé, mi voz ahogada por la emoción, -que velarías por nosotros cuando pudieras.

-Cierra los ojos, Vulkan.

Lo hice, y bajé la cabeza para que él puso su mano sobre ella.

-Queda en paz, hijo mío.

Esperaba una revelación, un destello de luz, algo. Pero todo lo que siguió fue el silencio. Abrí los ojos y vi que Verace se había ido. Por un momento me pregunté si había sido real, me sentí que un poco de fuerza volvía a mis miembros y fresca resolución llenándome mientras me alzaba. El monstruo dentro estaba en la bahía, firmemente encadenado. Al menos por ahora, mi mente estaba sola otra vez. ¿Por cuánto tiempo?, no lo sé. Cualquiera que fuera la paz que me había dado no duraría en este lugar. Tenía que actuar.

Curze estaba roto; Creo que me di cuenta de nuevo en Kharaatan. Él siempre había sido así, y sin esperanza, lleno de ira volvió por dentro y fuera. No podía imaginar lo que debía ser vivir con eso, pero luego pensé en todo el sufrimiento que había causado, las vidas que había tomado innecesariamente para satisfacer sus apetitos sádicos. Recordé a Nemetor y todos los otros que había torturado y matado en nombre de nada más grande que el aburrimiento.

Mi pena duró poco, mi resolución se reforzó por segundos.

-Tenías razón -dije en voz alta a las sombras donde sabía que mi hermano estaba escuchando. -Creo que soy mejor que tú. Sólo un hombre débil y cobarde pelea como tú, Konrad. Nuestro padre tenía razón en ignorar tu lloriqueo y desecharte. Sospecho que le enfermabas. Sólo tú conoces el verdadero terror, ¿No es cierto, hermano? -fruncí el ceño. -Tan débil, tan patético. Nostramo no te hizo el desgraciado inútil que eres, hermano. Fuiste languideciendo en la cuneta con el resto de esos desviados desde el momento en que nuestro padre se equivocó en crearte -me reí auto indulgente. -Era inevitable que uno de nosotros estaría viciado, tan podrido de debilidad humana que no pudiera soportar su propia presencia o la presencia de otros. No puede ayudarte, ¿verdad? Medirte contra cada uno de nosotros. ¿Cuántas veces te has encontrado con ganas de esta observación? ¿Cuándo te diste cuenta de que culpar a tu educación y tus hermanos ya no sonaba a verdad? ¿Cuándo giraste el espejo y viste la parodia inútil en la que te has convertido?

No hubo respuesta de la oscuridad, pero podía sentir una creciente indignación de mi hermano tan palpable como el suelo de hierro bajo mis pies.

-Nadie te teme, Konrad. Un nombre diferente no va a cambiar lo que realmente eres. Voy a decirte un secreto... Nos compadecemos, Todos nosotros. Te *toleramos*, porque eres nuestro hermano. Pero ninguno de nosotros tiene miedo de ti. ¿Qué hay que temer de un niño petulante embravecido en la oscuridad?

Esperaba que viniera a mí, con las garras al descubierto, pero en vez de eso oí un gran estrépito de motores por debajo de mí, en el propio laberinto. Con el ritmo de engranajes pesados una gran sección de la pared se retrajo en el suelo. Luego otra y otra… En segundos se abrió un camino delante de mí y al final del mismo otra puerta, tallado de la misma manera que la entrada del Laberinto de Hierro.

Sabía que no podría haber encontrado mi camino solo. Una vez que la niebla de mi rabia salvaje se levantó, me di cuenta de que sólo había una manera de alcanzar el premio. Curze tendría que mostrármelo. Mis hermanos y yo nos hicieron a diferencia de los hijos adoptivos de nuestras legiones. En el proceso de creación de la progenie, nuestro padre había destilado una parte de su esencia y voluntad en todos nosotros. Con las Legiones Astartes formó un ejército de guerreros, criados para un solo propósito, unir a Terra y luego la galaxia. Con mis hermanos y yo deseaba generales pero también algo más; quería iguales, él quería hijos. En nosotros vertió su capacidad intelectual e incomparable sapiencia en bio-ingeniería. Nos hizo más que humanos; cada rasgo, cada cromosoma fue mejorado y llevado a su ápice genético. Fuerza, velocidad, visión marcial, habilidad táctica, iniciativa, perseverancia, todo magnificado por la ciencia milagrosa del Emperador. Pero al igual que una lupa dirigida hacia un cuadro antiguo, era imposible mejorar un detalle sin mejorar todos los demás al mismo tiempo. Éramos más que humanos, mayores que los Marines Espaciales, pero al mismo tiempo que nuestras virtudes fueron magnificadas también lo fueron nuestros defectos.

No importó en un principio, no mientras la Cruzada rugía brillante, un cometa trayendo luz a los cielos ignorantes. La rivalidad pronto se convirtió en celos, envidia; la confianza se volvió arrogancia; la ira se transformó en manía homicida. Todos nosotros tenían flaquezas, porque incluso el mayor ser humano es un ser defectuoso. No se puede instaurar un estado perfecto de un diseño imperfecto.

Curze era más deficiente que la mayoría de nosotros. Sus deficiencias eran evidentes, su debilidad tan humana evidente en cada una de sus palabras y acciones.

La venganza estaba en su sangre. Se aferró a ella, un deseo nihilista de dar a los demás el dolor que fue infligido sobre él. Él se odiaba a sí mismo por lo que reflejó el odio hacia el exterior. Pero tener el espejo vuelto hacia otro, tener a uno de sus hermanos odiados mostrándole la criatura de odio suicida que él ya sabía que era... no podía ser calculado. Mi carcelero había revelado mucho que de su ser interior durante mi encarcelamiento. Me pregunté, en aquellos últimos días, que quién estaba realmente atrapado con quien. Había cazado la debilidad de Curze y mi hermano me había mostrado el camino de salida. Quería ser liberado tanto como yo.

A medida que empecé a caminar por el camino hacia ella, la puerta comenzó a abrirse. Dentro vi el corazón del laberinto y en el centro de la cámara mi martillo, *Portador del Amanecer*. En torno a ella, viendo mientras me acercaba a la puerta bostezando, estaban mis hijos.

He aquí, pues, donde íbamos a terminar con esto. Curze y yo. Uno quedaría libre, el otro perdido para siempre en la condenación.

VEINTINUEVE

No más huir

Elías estaba acostado sobre su espalda. También estaba solo. Su preocupación momentánea se convirtió en ira cuando se dio cuenta de que no era sólo había perdido al cazador. La fulgurita ya no estaba. A través de las lentes retinales manchadas de suciedad, levantó la vista hacia las cataratas rugientes de las aguas residuales que se vertían de las muchas salidas. En algún lugar allá arriba estaba su enemigo. Tenían la lanza. Ese bastardo Salamandra, el centurión. Él se la quitó durante la pelea antes de que Narek les lanzase a ambos sobre el borde.

-Narek.

Después de un momento, un cazador sonando sin aliento respondió por el vox. Estaba corriendo.

-Nuestro acuerdo llegó a su conclusión -dijo.

-Estoy acostado en un charco de inmundicia, Narek. ¿Llamas a eso una conclusión satisfactoria?

-Siempre te has acostado con la inmundicia, Apóstol Oscuro. Una vida por una vida, la tuya por la mía. Ahora tengo la mía de nuevo. Nuestra alianza queda nula y sin efecto. Te dije que por hacer la vista gorda nuestra deuda quedaba saldada. He decidido terminar mi misión solo. Mi negocio está con ellos ahora. Alégrate de dejarte vivir -añadió, antes de que el enlace fuera tragado por la estática.

Elias no se molestó en activar el matraz de urdimbre; sospechaba que Narek lo había destruido. El cazador no iba a volver, al menos no a él.

Una exploración superficial informó a Elias de que su servoarmadura seguía funcional. Recibió algunos daños menores durante la caída, pero eran insignificantes. Se puso de pie, apoyado con una sola mano y brazo, acunando el brazo quemado contra su pecho. Dolía como el infierno, pero la utilizó para alimentar su ira.

El abandono de Narek de su deber no quedaría impune. Si lo volvía a ver, Elias mataría al cazador. Se suponía que Amaresh debió haberlo hecho durante el ataque al manufactorum, pero el destino saboteó el plan. El placer de la muerte de Narek tendría que esperar. La recuperación de la lanza era de suma importancia. Si los leales la tenían y al ser humano entonces no les quedaba más que un movimiento.

-Jadrekk -gruñó Elias por el vox, sabiendo que este perro faldero respondería su amo. Muy cerca se podía ver el puerto espacial de Ranos y sabía que había transportes atracados capaces de volar. La mayoría de las naves de los Portadores de la Palabra habían regresado a la estación y Elias había destacado una pequeña guarnición para custodiarla.

Jadrekk respondió como predijo.

-Fija mi señal y lleva a todas nuestras fuerzas hacia el puerto espacial de Ranos – ordenó Elias. -Dile a Radek que espere visitantes y prepare una fiesta de bienvenida, y por fiesta de bienvenida quiero decir escuadrones de la muerte.

Jadrekk confirmó que se haría y Elías cortó el enlace.

Erebus no tardaría en llegar. Elias determinó que tanto la lanza y el humano estarían en su poder antes de esa fecha. Por el norte pudo ver la tempestad

hirviendo sobre el pozo de sacrificio. Los rayos hacían retumbar el cielo, dividiendo la noche en dos. Una vez Grammaticus fuese cortado por la lanza, una de esas rasgaduras se abriría y los nonatos se derramarían sucesivamente. Elias sería recompensado por su fe y devoción. Caminando por el barro escuchó esa promesa, susurrando en sibilante non sequitur. Él sería reconocido por el Panteón y ascendería. Era su destino.

-No más correr –murmuró Elias, su mirada moviéndose hacia el horizonte oscuro del sur y la sombra del puerto espacial, -sólo la muerte.

TREINTA

Nuestras últimas horas

Isstvan V

La explosión golpeó con fuerza atómica, o al menos la sintieron de esa manera los Salamandras que la recibieron. Ellos habían estado siguiendo a Vulkan por la colina, pisándole los talones cuando se estrelló contra las disciplinadas filas de los Guerreros de Hierro. Golpeó la armadura rápidamente, mucho más rápido de lo que Numeon había creído posible.

La ira le conducía, eso y una sensación de injusticia. Las acciones innobles de sus hermanos primarcas habían herido Vulkan en su mismo núcleo, mucho más profundo y debilitante que cualquier espada. Aun siendo todos guerreros probados la Guardia Pira apenas podía mantener el ritmo. Nevaba sobre nuestras cabezas, una tormenta de ceniza blanca que descendía sobre ellos en su furor encendido. Era espesa y extrañamente pacífica, pero no habría paz, no más, no ahora que la galaxia estaba en guerra. Horus se encargó de ello.

Las compañías siguieron la estela de sus comandantes, sus capitanes rugieron el ataque a medida que miles de guerreros verdes blindados corrieron por la pendiente para matar a los hijos de Perturabo. Era implacable, brutal. El endemoniado fuego cruzado, tanto de las caras norte y sur de la Depresión Urgall masacraron a cientos en los primeros segundos del engaño. La XVIII Legión perdía guerrero como una serpiente perdía escamas. Pero todavía corrían, decididos a no

dar marcha atrás. La tenacidad era la mayor virtud de un Salamandra; la negativa a rendirse. Sobre las llanuras de Isstvan, contra todas esas armas, la legión casi murió.

Fue en la cima de la primera cresta, un labio irregular de piedra salpicado de tanques, donde Numeon vio por primera vez el arco de fuego. Siguió su estela, larga y ardiente, en el cielo oscuro. Subió por la lengua de fuego y al alcanzó el ápice de su parábola antes de que su rumbo virase abruptamente, tomando forma de herradura. Compuesta de misiles gritones, cayeron en medio de los Salamandras cargando y los rompió.

Un cráter salvaje fue horadado en las colinas Urgall, como la picadura de una bestia gigantesca resucitada de un viejo mito y dado a luz en el fuego nucleónico. Lanzó hacia los cielos guerreros como si no fueran más que servoarmaduras vacías, privadas de carne y hueso. Como una campana de vidrio que se rompe cuando cae en rococemento desde una gran altura, así también lo hizo la legión. Los tanques siguiendo la sombra de su señor primarca cayeron pendiente abajo por la arena negra como barriles con sus cascos en llamas. Los vehículos en el centro de la explosión simplemente fueron destrozados; orugas y escotillas, trozos de blindaje esparcidos como metralla. Los afortunados legionarios que no murieron en la explosión inicial fueron eviscerados por la tormenta de fragmentos. Súper pesados se arrugaron como cajas de lata aplastadas por un martillo. Los tripulantes se hirvieron vivos y los legionarios se convirtieron en cenizas en ese horno. Fue profundo, justo en el corazón de las filas Salamandras. Sólo en virtud del hecho de que estaban muy por delante la Guardia Pira se salvó de lo peor.

Con inmensa furia cinética, los arrojó pedazos y sofocó sus formas acorazadas en una tormenta de fuego. Un pulso electromagnético acabó con el vox, reemplazándolo con el canto fúnebre de estática. La organización táctica se hizo insostenible. En un solo golpe devastador, el Señor de Hierro había paralizado a la XVIII Legión cortando la cabeza y dejando a su cuerpo entre espasmos convulsivos.

La retirada era la única estrategia viable restante. Las hordas volvieron de nuevo a la zona de desembarco, tratando de subir a bordo de las naves que estaban alzándose desesperadamente hacia el cielo para escapar de la terrible tormenta de la traición a continuación. No era una estampida, aunque ninguna fuerza que no fuera las Legiones Astartes lo hubiera hecho ante este tipo de violencia. Muchas fueron

abatidas cuando los traidores llenaron el aire con suficiente fuego antiaéreo como para derribar a una armada.

Gimiendo, sintiendo el alcance de cada una de sus muchas lesiones, y haciendo caso omiso de la cascada de informes de daños urgentes desplazándose hacia abajo del lado izquierdo de su única lente retinal aún funcional, Numeon se puso en pie. Una pieza de la servoarmadura, que él conocía bien y había visto antes, estaba a su alcance. Tomó el signo una vez usado por Vulkan y la guardó en su cinturón. Leodrakk estaba con él, pero no podía ver a Vulkan o el resto de la Guardia Pira. A través de un cinturón de niebla sucia creyó ver a Ganne arrastrando a Varrun por el cuello de metal; el veterano estaba boca arriba, con las piernas destrozados, pero sin dejar de disparar su bólter pero estaba demasiado lejos como para estar seguro y había demasiada muerte entre ellos como para hacer de reagruparse una opción.

El humo cubrió el canto y la caída de ceniza se intensificó. Las brumas de calor del fuego todavía ardiente emborronaron su visión. Vio el cráter, pues había sido expulsado desde su epicentro y los cientos de cuerpos retorcidos dentro. Fueron incinerados, fundidos en sus servoarmaduras. Algunos todavía estaban muriendo. Vio a un apotecario, no podía decir quién, arrastrándose por la tierra sin piernas mientras intentaba cumplir con su deber. Ninguna semilla genética sería cosechada hoy. Nadie que en Isstvan portara el verde esmeralda de la XVIII viviría.

Numeon tenía que llegar a una nave, tenía que salvarse a sí mismo y Leodrakk. Mientras trataba reunir a los demás y su primarca a través del fango de la estática, recordó vagamente haber sido alzado de sus pies y golpeado de lado por la onda de calor de la explosión. Estaban lejos de la cresta de la cordillera ahora. Debían de haber caído en un estrecho desfiladero que los había llevado a bajar y blindado sus cuerpos del fuego. Numeon asumió que había perdido el conocimiento. Había fragmentos, pedazos que no poseía en su memoria eidética de lo que ocurrió después del ataque con misiles. Recordó a Leodrakk gritar el nombre de su hermano. Pero Skatar'var no había contestado. Ninguno de la Guardia Pira respondía.

-¡Ska! –rugió Leodrakk, medio loco de dolor y pena. -¡Hermano!

Él se aferraba al guantelete ensangrentado de Skatar’var. Por desgracia, no había mano o el antebrazo en su interior. El guante debió haber sido arrancado por la explosión.

Numeon se apoderó de Leodrakk por la muñeca.

-Se ha ido. Se ha ido. Nos vamos, Leo -dijo. -Nos vamos ahora. ¡Vamos!

Los Salamandras no fueron la única legión castigada por la artillería de Perturabo. Los Guerreros de Hierro, aquellos que se llevaron la peor parte de la ira de Vulkan y sus guerreros del círculo interior también fueron arrastrados por la explosión. Uno de ellos, con sus sentidos maltratados volviendo, fue a intervenir contra Leodrakk y Numeon, pero el capitán Pira lo mató con su alabarda antes de que pudiera abrir fuego contra ellos.

Un guerrero, uno de pyroclastos de K'gosi, arañó la pierna de Numeon. Cuando este miró hacia abajo para ayudarle el guerrero estaba muerto, quemado de adentro hacia afuera. Una voluta de humo se desvaneció de su boca gritando en silencio, y Numeon se volvió de nuevo.

-Tenemos que reagruparnos, reorganizarnos… –estaba diciendo Leodrakk.

-No hay nada a lo que unirse, hermano.

-Está… -Leodrakk agarró Numeon por el hombro, sus ojos suplicantes. -Está…

Numeon rompió su mirada y miró hacia abajo, donde los cañones de los Guerreros de Hierro fueron dispersando los restos de su otrora orgullosa Legión.

-No lo sé -murmuró.

Medio ciegos, se tambalearon hombro con hombro mientras las bombas seguían cayendo, sin saber a dónde acudir o el destino de Vulkan. El humo enturbiaba el aire, rico con el olor de la sangre, asfixiante y oscuro. El respirador de Leodrakk estaba dañado y luchaba por respirar. Una lanza de metralla empalando uno de sus pulmones y todavía sobresaliendo de su pecho también complicaba las cosas.

EL vox de oído de Numeon crujió. Estaba tan sorprendido por su activación repentina que casi perdió el equilibrio. Era un canal de la XVIII Legión.

-Aquí el capitán de la Guardia Pira Numeon. Estamos efectuando una retirada a gran escala. Repito, retirada total a la zona de desembarco y aseguren las naves para salir de este mundo.

Quería volver, volver para encontrar a Vulkan, pero en la carnicería de la depresión era imposible. El pragmatismo, no la emoción, tuvo que gobernar el corazón de Numeon en ese momento. Su primarca lo había forjado de esa manera, a través de sus enseñanzas y su ejemplo; él no iba a deshonrar eso ahora.

-Hermano Pira...

Numeon reconoció la voz en el otro extremo del enlace inmediatamente. Echó un vistazo a Leodrakk, pero el guerrero seguía su camino por la cresta hacia la zona de desembarco y no había notado que Numeon estuviera en comunicación con alguien. Era Skatar'var.

-¿Está Leodrakk contigo?

-Le Tengo. ¿Dónde estás? -preguntó Numeon.

-*No se decirte. Puedo oír gritos. He perdido mi arma, hermano.*

Un pensamiento terrible golpeó a Numeon mientras hacía una pausa para poner fin a un afligido Guerrero de Hierro con la mitad de su pecho aplastado, luchando por levantarse.

-¿Qué ves hermano? -le preguntó, incrustando la alabarda y girando el mango para asegurarse de su remate.

-Es de noche, hermano.

Skatar'var estaba ciego. Numeon escudriñó su alrededor, pero no podía verlo. No había forma de saber dónde estaba o si estaba lo suficientemente cerca para ayudarle. Fragmentos de otras compañías estaban irrumpiendo por la cresta, Salamandras que establecían fuego de cobertura mientras se retiraban de nuevo a la cabeza de puente. Numeon les hizo señas de que continuaran mientras trató de encontrar a su hermano Pira.

-Skatar'var, envía un faro. Iremos a por ti.

-No, capitán. Estoy acabado. Saca a Leodrakk, salva a mi hermano.

-Podríamos ser capaces de alcanzarte -Numeon estaba recorriendo el campo de batalla buscando cualquier signo, pero no pudo encontrarle.

La muerte flotaba en el aire como el humo apestoso y empalagoso desde los muchos incendios. En algún lugar de la bruma, el comandante Krysan se arrastró desde la cúpula ardiente de su carro de combate. Estaba ardiendo también. Los Salamandras nacían en el fuego, y ahora Krysan morirían en el mismo. Las latas de combustible detonaron y explotaron justo cuando Krysan cayó de la torreta, rodando, vaporizando ese flanco del casco y ya no más a la vista. Al igual que su comandante, su compañía acorazada otrora orgullosa no era más que un cementerio carcasas de metal en llamas.

-¿Estás herido, hermano? -preguntó Numeon, cada vez más desesperado. -¿Puedes levantarte?

-Los muertos están sobre mí, Artellus. Sus cuerpos aplastan el mío.

Asomando de la niebla negra como el aceite había un Guerrero de Hierro que había perdido su casco y parte de su brazo derecho. Levantó un bólter para disparar, pero la estocada de Numeon interrumpió su ataque y su vida cuando destripó al traidor.

-Necesito más que eso, Ska. Hay muertos por todas partes.

Era como mirar a un mar de cadáveres.

-Esto ha terminado para mí. Saca a Leodrakk de aquí.

-Ska, debes…

-No, Artellus. Déjame ir. ¡Escapa de este infierno y véngame!

No servía de nada. La pendiente estaba ahora atestada de guerreros en retirada y las escaramuzas entre los supervivientes de ambos bandos eran más esporádicas.

-Alguien vendrá, te llevará a una nave -dijo Numeon, pero las palabras sonaban huecas incluso para él.

-Si lo hacen, espero que nos volvamos a encontrar.

El enlace vox se cortó y Numeon no pudo establecerlo de nuevo.

Más en lo profundo del valle el humo estaba rodando espeso y concentrándose en el punto más bajo de la cuenca donde las naves de desembarco eran lanzadas en bandadas asediadas. Dos, con ganas de levantar el vuelo, chocaron entre sí y ambos

cayeron en llamas. Otra logró ascender y arañó la atmósfera superior cuando fue cosida por fuego de cañón y se desintegró, enviando sus dos mitades ardientes hacia tierra.

Incluso saliendo de la cresta relativamente indemne el escape estaba lejos de ser seguro.

Llegando finalmente a la cabeza de puente con Leodrakk, Numeon encontró que la visibilidad era casi nula. Igual que el alquitrán convertido en aire, la oscuridad era casi absoluta. Los sentidos automáticos eran limitados, pero Numeon logró llegar hasta una nave. Leodrakk estaba vomitando el humo vil, tan espeso que habría matado a un hombre inferior. Se aferró al hombro izquierdo de Numeon y dejó que el capitán Pira le guiara.

Pero Numeon estaba luchando también. La nave de desembarco estaba lo suficientemente cerca como para tocarla, pero la mugre que les sitiaba les hizo imposible medir la ubicación de la rampa de entrada o si estaba abierta. A través del casco duro, Numeon sintió el temblor de los motores de la nave. Tenían que subir a bordo ahora o tendrían que encontrar otra nave.

El Infierno llovía alrededor de ellos; no habría ninguna otra nave. Era esta; escapar o morir.

Si iba a ser su último acto, Numeon confesó que lo pasaría luchando. Lo habría hecho ya si no fuera por Leodrakk.

Fuera de la oscuridad, una mano se extendió hacia ellos y juntos se toparon con la cubierta de un Stormbird lleno de gente. Había negro dentro de la nave; el humo llenaba la bodega y la iluminación interna estaba inutilizada. Numeon cayó y rodó sobre su espalda, sus ojos ardiendo cuando alguien le metió un cuchillo y torcido la hoja. Él estaba más gravemente herido de lo que sospechó en un primer momento, después de haber sufrido varios golpes durante el descenso mientras protegía a su hermano Pira de cualquier daño. Leodrakk estaba de rodillas, tosiendo el humo miserable de sus pulmones.

La rampa de la nave de desembarco se estaba cerrando. El encendido rápido de los motores estremeció la bodega mientras la nave luchó por estabilizarse. Luego estuvieron en el aire, los propulsores aceleraron a la plena potencia para alcanzar la velocidad de escape. La rampa de selló y la oscuridad se hizo total.

Girando sobre su costado, Numeon vio una sola banda de color rojo de luz brillando en la oscuridad.

-Estad quieto, hermano -dijo una voz tranquila y seria.

-¿Apotecario?

-No -respondió la voz. -Soy un Morlock de los Manos de Hierro. Pergellen. Quédate quieto...

Entonces la inconsciencia le tomó y se perdió en ella.

Numeon abrió los ojos y tocó con uno de sus dedos la herida que casi lo había cegado. Todavía dolía; la memoria de ello y dolía más que el dolor real.

La caminata desde el acueducto, después de reunirse con Pergellen, Hriak y el humano, fue una triste. Shen'ra había sido su compañero durante muchos años y, a pesar de su carácter irascible, forjó fuertes alianzas. Tanto los Manos de Hierro y la Guardia del Cuervo se habían unido a él a su manera. Era difícil oír hablar de su muerte, a pesar de que todos sabían lo que significaba su sacrificio. Daka'rai no vería otro amanecer, ni Ukra'bar, y la pena para ellos fue empeorado por el conocimiento de que ambos Salamandras habían sido guerreros capaces y que su pequeña compañía se había reducido aún más.

Cuando Numeon le contó a Grammaticus su decisión final de ayudarle, el humano recibió la noticia con una resolución severa, como si supiera que esto iba a pasar o quizás resentido por lo que vendría ahora.

-¿Qué te hizo cambiar de opinión? -le preguntó.

-Esperanza, fe... esto -Numeon mostró a Grammaticus la lanza, pero sólo a él. -Se queda conmigo hasta que podamos salir de este mundo -dijo, envainándola. -¿Y a dónde vas a ir?

-No lo sé todavía. No me darán esas instrucciones hasta que esté seguro fuera de Traoris.

La conversación terminó allí, cuando Numeon había ido a consultar con Pergellen sobre la forma en que se enfrentarán un asalto a un puerto espacial fuertemente custodiado.

Usar el *Arca de Fuego* fue descartado inmediatamente. Desde el comienzo de la extraña tormenta que mantuvo Ranos sumida en la oscuridad y llenó el cielo con relámpagos abigarrado, no hubo ninguna comunicación con la nave. Por todo lo que sabían podría estar destruida. Varios entre los legionarios supervivientes lo sugirieron al menos hasta que Numeon les silenció.

Había mentido a Grammaticus. No era la esperanza lo que les impulsaba, ni tampoco era la fe. Era el desafío y la negativa a ceder cuando la posibilidad de lograr algo de significado aún existía, aunque eso no fuera más que la venganza. Con sus últimas palabras, Skatar'var juró esa promesa y para Numeon significaba mantenerla. Todos lo hicieron.

Lejos del centro de la conurbación, la ciudad se diluía y se convertía en no menos que un laberinto. Los altos hacinamientos dieron paso a torres habitacionales pequeñas similares a ampollas y estaciones de avanzada. Allí estaban los vigilantes de tormentas, los hombres y mujeres encargados de la peligrosa tarea de observación de los campos de rayos y los residuos de ceniza que mantenían a cada una de las ocho ciudades separadas. Incluso a través de los desiertos grises rodeando Ranos los rayos habían cambiado. Golpeaban con más fuerza, con mayor frecuencia, excavando escisiones negras en la tierra como si la naturaleza misma estuviera siendo herida por el ritual de los Portadores de la Palabra.

El puerto espacial descansaba sobre una meseta plana, levantado unos pocos cientos de metros sobre el propio paisaje urbano. Desde la salida y el acueducto bajo el, los legionarios y su carga humana se habían dirigido hacia el puerto, con la esperanza de encontrar una ruta fuera del planeta para Grammaticus. Bordearon la meseta, omitiendo las carreteras porque estarían bien vigiladas. Pasaron desapercibidos, a través de los afluentes escupidos de las alcantarillas, y se encontraron llegando cerca de las fronteras del puerto espacial y mirando a sus torres de hierro gris y desoladas pistas de aterrizaje. Al igual que los seres retorcidos de los mitos de la niñez, Numeon y su compañía destrozada se agazaparon bajo un gran puente parcialmente colapsado, cuya zanja hecha por el hombre discurría seca y muerta.

Por el puente y más allá del mismo, el discurrir de las carreteras de Ranos moría. Un semioruga civil y un par de cargadores pesados de mercancías lo cortaban con sus chasis quemados y negros y los esqueletos de sus ocupantes. El humo había dejado hace mucho de levantarse de sus cuerpos metálicos. Aquí, en el puerto

espacial, la ira de los Portadores de la Palabra cayó primero y cayó con dureza. No permitirían escapar a ninguna nave y dar la alarma. La XVII legión había masacrado a todos y a todo, incluyendo vehículos.

Numeon estaba oculto por las sombras e ignorante de sus enemigos mientras observaba a través de su mira. En una losa al lado de él estaban sus armas, el resto de su munición y el signo.

Oyó a Leodrakk aproximarse y le vio coger el icono del martillo que había pertenecido a su primarca y que volvería a serlo, tal vez, en otra ocasión.

-¿Lo crees? -preguntó Numeon, bajando la mira.

A su alrededor, dispersados a lo largo de la parte inferior del puente y ocultos por su sombra, los últimos de su compañía destrozada se preparaban para sus horas finales. Todas las armas y municiones restantes fueron concentradas y redistribuidas para asegurar que cada legionario podía luchar a su máxima potencia. Hubo un tiempo en que hubiera sido la tarea del Domadus, pero el Mano de Hierro murió y por ello K'gosi tomó su manto como intendente. Perdieron también Shen'ra y muchos otros que deberían haber visto un final mejor. Numeon se lo debía, a todos. Él llevaría eso a su pira.

-¿Que Vulkan vive? –aclaró Numeon.

-Dije las palabras, ¿No? -dijo Leodrakk, devolviéndole el signo. -¿Todavía tratando de desentrañar sus misterios, Artellus?

Numeon miró el martillo, en la piedra preciosa engarzada en la sección transversal. -Desde que la saque del campo de batalla. Pero me temo que estoy perdido. Gran parte de las creaciones de Vulkan está más allá de mi comprensión. Es un dispositivo de algún tipo, no meramente ornamental. Tenía la esperanza de que podría contener un mensaje o alguna pieza de conocimiento que nos guiara... -negó con la cabeza, -No sé. Siempre lo vi como un símbolo, algo para darnos esperanza en nuestra hora más oscura.

-¿Y esta es, entonces, nuestra hora más oscura?

-Podría ser, pero no has respondido a mi pregunta. ¿Cree que Vulkan vive? Decirlo no es creer.

La mirada de Leodrakk desvió hacia donde John Grammaticus estaba agazapado y murmurando para sí mismo, sus brazos envueltos alrededor de sus rodillas y la cabeza gacha, mientras trataba de mantenerse caliente. Hriak estaba cerca, manteniendo ostensiblemente un ojo en el humano. Él le había blindado psíquicamente desde el ataque psíquico del clérigo, su intento de extraer la esencia de Grammaticus como un ventrílocuo lanza su voz, atrayendo a los Portadores de la Palabra a la trampa en el sumidero de salida. No fue una experiencia agradable para el ser humano, pero el Bibliotecario lo notó poco y le prestó aún menos atención.

-Veo algo en la lanza que enciende la esperanza de lo que durante mucho tiempo solo rescoldos –admitió Leodrakk, haciendo un gesto hacia la fulgurita sentada cómodamente en la vaina de Numeon. -Me he resistido, porque la esperanza de uno es la esperanza en otro.

-Ska –asumió Numeon correctamente.

-Él todavía podría vivir.

-Como pueden todos nuestros hermanos Pira, pero tengo mis dudas.

-Sabemos que no murió en la explosión –aventuró Leodrakk, pero no pudo evitar lo mordaz de su tono.

Sólo más tarde, cuando su nave de desembarco salió disparada y rompió los piquetes de los traidores rodeando Isstvan, Numeon le contó a Leodrakk lo que Skatar'var le contó. Sabía que Leodrakk habría querido volver, que no iba a prestar atención a los deseos de su hermano como si Numeon. No se desató o culpó al capitán Pira como suponía Numeon estaba en su derecho. Él simplemente se oscureció como una llama que muere lentamente por falta de oxígeno.

-Te perdoné en ese momento en la nave cuando me lo dijiste -respondió Leodrakk.

-Tu perdón es irrelevante, Leo. Yo tampoco salvé nuestras vidas o volví a por Skatar'var y saldar todas nuestras cuentas de sangre. Tomé la decisión pragmática, la única que podía en esas circunstancias.

Leodrakk miró hacia otro lado, hacia más allá del puente y el puerto espacial. Incluso desde esta distancia las patrullas eran visibles.

-¿Por qué me dices esto ahora, hermano? -preguntó Numeon.

-Porque quería que supieras que no había ninguna mala sangre entre nosotros por esto. Hubiera querido volver, y sé que los tres hubiéramos muerto. No lo hace más fácil, sin embargo. Siempre habrá una parte de mí que se pregunta si pudimos encontrarle, si hubiera sobrevivido y si pasamos a sólo unos metros de él.

-He tenido las mismas dudas respecto a Vulkan, pero mantengo mi decisión y si se me presenta todo de nuevo que no dudaría del curso que ya he tomado. La historia no puede ser escrita y reescrita de nuevo. Está hecho, y lo único que podemos esperar es que llevemos a cabo nuestro deber hasta la muerte, con independencia del destino que anhelemos para nosotros mismos.

Pergellen interrumpió por el vox.

-Habla, hermano -dijo Numeon, en respuesta a la solicitud de comunicación del Mano de Hierro cuando activó la perla incrustada en su oído.

-Tengo los ojos en nuestros antiguos primos.

-¿Cuántos?

-Más de los que tú o yo quisiéramos.

-Entonces, estas son nuestras últimas horas.

-Así lo parece, hermano -respondió el Mano de Hierro. No había ningún pesar o tristeza en su voz. No servía para nada. No había más que un deber ahora.

Numeon agradeció al explorador y cortó el enlace.

-Prepáralos -dijo.

Leodrakk se giró para llevar a cabo la orden cuando Numeon agarró el brazo de su hermano Pira. -Lo sé, Artellus –le dijo a Leodrakk, aplaudiendo al capitán Pira en el hombro. -Por Shen, por Ska, por todos ellos.

Numeon asintió, y le dejó ir.

-En realidad es bastante impresionante cuando se mira desde la distancia -dijo Numeon una vez Leodrakk se marchó. Estaba observando los relámpagos en los páramos de ceniza.

-La palabra que me viene a la mente es mortal –respondió Grammaticus. Este se puso de pie y junto al capitán Pira.

-La mayoría de las cosas hermosas de la naturaleza lo son, John Grammaticus.

-No te tuviera catalogado como filosófico, capitán.

-Cuando has visto la furia de la tierra de cerca, vastas montañas escupiendo fuego y el cielo enrojecer al tono de brasas, reflejando su aliento caliente contra las nubes de cenizas por encima, uno aprende a apreciar la belleza en ella. De lo contrario, ¿Qué queda sino la tragedia?

-Todo es sobre la tierra –murmuró Grammaticus.

Numeon le miró de reojo. -¿Qué?

-Nada. Estás haciendo lo correcto.

-No necesito que me digas eso –el Salamandra se volvió para mirar a Grammaticus. Elevándose sobre el ser humano, su rostro era ilegible. -Traicióname y encontraré una manera de matarte. De no ser así, te llevaré de vuelta a Nocturne y te mostraré aquellas montañas de fuego que he mencionado.

-Tengo la impresión de que no voy a captar su belleza como tú, Salamandra.

Los ojos de Numeon parecían arder fríos. -No, no lo harás.

Detrás de él, el ser humano se dio cuenta de la presencia del otro. Numeon asintió con la cabeza.

-Hriak, ¿Todo está listo?

-Todo está en su lugar, según el plan -dijo con voz áspera.

Grammaticus levantó una ceja, -¿Qué plan?

Numeon sonrió. Pudo ver que eso ponía nervioso al humano.

-Me temo que uno que no va a gustarte.

TREINTA Y UNO

Portador del Amanecer

Lo nombré *Portador del Amanecer* por una razón muy específica.

Los nombres son importantes para las armas, pues atribuyen significado y sustancia a lo que podrían ser sólo instrumentos de guerra. Curze nunca prestó mucha atención a eso. Sus preocupaciones eran menos sentimentales, más sangrientas. Para mi hermano ignorante un mástil de metal afilado es tan bueno como la mejor espada de un maestro artesano si mata igual. Esta era su supervisión, por esto era por qué había forjado el martillo como lo hice. *Portador del Amanecer* era diferente. Portaba literalmente la luz.

Y ahora estaba antes mí en el centro del laberinto de Perturabo, pero el martillo no era lo que me llamó la atención de primeras.

Ambos estaban muertos. Lo supe antes de cruzar el umbral pero aun así me apenó ver a simple vista sus cuerpos exangües.

-¿Estaban muertos antes de que entrara en este lugar? -le pregunté.

Para mi sorpresa, Curze respondió.

-Antes de que vinieras a bordo de mi nave.

Su voz era incorpórea, pero llegó desde algún lugar del corazón de la cámara.

Nemetor, por supuesto. Tendría que ser él. Fue el último de mis hijos sobre el que he puse los ojos. Curze sabía que criaría una mezcla especial de dolor en mí. El otro me trajo un tipo diferente de dolor, porque era parte de una hermandad que había considerado durante mucho tiempo mi consejo.

-Skatar'var... -susurré el nombre mientras levanté la mano para tocar su cuerpo esquelético, pero me quedé justo a milímetros de tocarle.

Apartando la mirada de mis hijos muertos, resistí la tentación de quitarlos de donde colgaban como carne y en su lugar me centré en *Portador del Amanecer*.

El martillo era exactamente como lo recordaba. Parecía bastante inocuo descansando sobre un pedestal de hierro, aunque puedo decir con humildad que es la mejor arma que he diseñado. Brillaba en un lugar que era monótono y feo en comparación.

El corazón del laberinto de hierro era una cámara octogonal, sostenida por ocho columnas gruesas. El metal oscuro parecía beber la luz, absorberla como la obsidiana en sus facetas. Pero no era más que hierro: las paredes, el techo, el suelo. Era pesado y denso, con poco parecido a la ornamentación... o al menos eso creí al principio.

A medida que me fijaba, empecé a discernir formas labradas en el metal. Eran caras, gritando, encerradas para siempre en momentos de pura agonía. Debajo de cada uno de los arcos a los que las columnas lindaban colgaba una estatua grotesca y malformada. Eran cosas monstruosas, esculpidos por lo sueños febriles de un loco y atrapados en esta forma de hierro. No había dos iguales. Algunos tenían cuernos, otros alas o patas bestiales, plumas, garras, un pico ganchudo, una boca hinchada. Eran miserables y repelentes, y no pude imaginar lo que había obligado a mi hermano para esculpir ellos.

Si se trataba de un corazón era un órgano canceroso cuyo lento ritmo era como la campana de la muerte.

Viendo que no había más remedio, me acerqué al pedestal y alcancé el martillo. Una especie de campo de energía me lo impidió, emitiendo un flash de luz actínica cuando la toqué y retrocedí.

-¿No creerías que te dejaría tomarlo sin más, no? –dijo la voz de Curze, en todas partes y en ningún lugar como antes.

Me aparté del pedestal, y la puerta por la que había entrado al corazón se cerró detrás de mí cuando miré con recelo las sombras. No tenía ninguna intención de irme. No había escapatoria de esa manera. El fin de este tormento estaba aquí con mi hermano. Con la entrada ahora sellada, la oscuridad reinaba totalmente. No había lúmenes, braseros ni linternas de ningún tipo. Toqué el campo de energía de nuevo, lo que provocó una llamarada de luz brevemente revistiendo el martillo antes de morir otra vez, como la llama de una vela. El flash tenía poco que ver con el, aunque me volví cuando me pareció ver a una de las estatuas empezar a moverse.

-Estas tácticas podrían funcionar con los mortales, pero soy un primarca, Konrad -declaré, agradecido a mi padre por haberme regalado estos últimos momentos de lucidez. Los iba a necesitar para combatir a mi hermano ahora. -Uno digno de ese nombre.

-Crees que me indignas, ¿Verdad, Vulkan?

Su voz salió de detrás de mí, pero sabía que era un truco y resistí la tentación de hacerle frente.

-No importa lo que piense, Konrad. Tampoco lo que el resto de nosotros pensamos. Contemplas tu reflexión, hermano. ¿No es eso lo que ves?

-No me piques, Vulkan. Hemos llegado demasiado lejos, tú y yo, para eso.

-¿Creías que no habría espejos en la oscuridad, nada para reflejar tu propia decadencia? ¿Por eso te escondes aquí, Konrad?

Comencé a girar, sintiendo la cercanía de mi hermano, si no su presencia real. Tenía dotes, a pesar de mis burlas sugiriendo lo contrario, no tan distintas de Corvus, aunque su metodología estaba muy lejos de la del Señor de los Cuervos.

-¿Me buscas, Vulkan? ¿Desea otra oportunidad, como la que tuviste en Kharaatan?

-¿Por qué querría eso? Estás por debajo de mí, Konrad. En todos los sentidos. Siempre lo has estado. El Señor del Miedo no tiene tierras, nada salvo los cadáveres que él hace. No tienes nada, no eres nada.

-¡Soy el Acechante Nocturno!

Y al fin Curze cedió ante su odio a sí mismo, su negación patológica, y se me reveló.



En el corazón del laberinto, Curze finalmente se enfrenta a Vulkan.

En el corazón del laberinto, Curze finalmente se enfrenta a Vulkan.

Una de las estatuas colgando de un arco, una criatura quiróptera que confundí ser una gárgola tallada, desplegó lentamente sus alas y cayó al suelo. Era él, y blandía una espada serrada larga.

-Los dos somos tales armas salvajes, Vulkan -me dijo. -Te lo voy a enseñar.

Curze se abalanzó, riendo. -Nunca pasa de moda -dijo, introduciéndola en mi cuerpo otra vez y tallando una herida profunda.

Grité, pero mantuve mis sentidos lo suficientemente enfocados para clavarle un punzón en el cuello. Incluso su armadura no tenía protección contra los puños de un forjador. Tenía metal doblado, carbones encendidos. Era tan inviolable como el ónix de mi piel y dejé que mi hermano sintiera cada onza de esa fuerza.

Se tambaleó, retrocediendo salvajemente y capturándome justo encima del ojo izquierdo a medida que avanzaba. Un pinchazo dirigido a su garganta expuesta se perdió y en su lugar fracturé la mejilla derecha de Curze. A cambio ensartó mi pierna izquierda, arrancando la hoja y un poco de carne antes de que pudiera atraparlo. Ahora me tropecé y Curze tejió alrededor de mi torpe gancho derecho para llevar su espada sobre mi clavícula. Levanté mi antebrazo justo a tiempo y sentí los dientes de sierra morder mi miembro. Entonces cargué con mi hombro, tratando de ignorar la agonía recorriendo mi brazo. Le oí gruñir cuando mi cuerpo conectó el golpe, estrellándose contra su torso.

Curze trató de reírse de ello, pero su mejilla fracturada le dolía y acababa de sacarle mayor parte del aire de sus pulmones.

Por el rabillo de mi ojo, pude ver a Ferrus observando el duelo desigual. Ya no era el lacayo cadavérico que había sido. El Gorgón volvió a su forma original, a como yo quería recordarle. Ya no me reprendía, sino que percibí en él un impulso para que triunfara en su lugar.

-Déjame que te cuente un secreto, hermano -le dije sin aliento.

Estábamos a pocos palmos de distancia, maltratados pero listos para otra ronda. Divertido, Curze me pidió que continuara.

-De todos nosotros, Padre me hizo más fuerte. Físicamente, no tengo igual entre mis hermanos. En las jaulas de sparring me solía contener... sobre todo contra ti, Konrad.

Toda la alegría escapó del rostro ya pálido de Curze.

-Soy el Acechante Nocturno -dijo entre dientes.

-¿Cuál fue tu bendición, Konrad? -le pregunté, retrocediendo a medida que avanzaba con la espada bajada.

-Soy la muerte que persigue a la oscuridad -dijo, inclinando la hoja para así cortar a través de mi estómago y derramar mis vísceras.

-Siempre el más débil, Konrad. *Tenía* miedo, lo admito. Pero nacía del temor de romperte. Sin embargo ya no necesito contenerme, nunca más -le dije, sonriendo ante el creciente odio de mi hermano. -Ahora puedo mostrarte cuanto mejor soy que tú.

Poseído por una rabia súbita, Curze tiró la espada y se acercó a mí con sus manos desnudas. Yo sabía que iba a venir y cambié mi postura ligeramente, así que estaba preparado para ello. Dejé aterrizar el primer golpe. Era vicioso y me arrancó un trozo de carne de la mejilla. Alargó la mano hacia la garganta, con las garras a punto de arrancármela, mostrando los dientes en una mueca salvaje... antes de que yo apretase mi puño alrededor de su antebrazo, cayendo hacia atrás y usando el impulso para levantarle sobre mí.

En la fragua, el swing del martillo es todo. La aleación de metales, doblándolos a mi voluntad, es el arte del forjador. Por su naturaleza, el metal es inflexible. Rompe la piedra, desgarra la carne. La fuerza no es suficiente. Se necesita habilidad y oportunidad. Juzgar cuando el martillo ha alcanzado su punto culminante, cuando el golpe es más puro, es lo que yo sabía. Arraigó en mí por mi padre nocturneano, N'bel.

Utilicé sus lecciones en ese momento, golpeando a mi hermano como el batán golpea un tejido, estrellándolo contra mi yunque. Una grieta aguda y una oleada de luz pintando la cámara de blanco y negro azulado precedieron al colapso del escudo de energía. Curze lo rompió con su espalda, su cuerpo. Cuando se recuperó con fuerza en el suelo de hierro la energía corría por encima de él prendiendo fuego

a las terminaciones nerviosas, quemando su pelo. Rodó aprovechando el final del impulso, exudando humo de las placas de su armadura.

Me agaché y cogí el martillo caído. Se sentía bien tener *Portador del Amanecer* en mis manos otra vez y mi pulgar encontró el dispositivo de activación que había puesto en la empuñadura.

-No deberías haberme traído hasta aquí, Konrad -le dije. Mi hermano todavía estaba acurrucado y temblando de los picos de energía del escudo. Al principio pensé que estaba sollozando, avergonzado y odiándose a sí mismo conduciendo a mi pobre hermano a la melancolía de nuevo, pero me equivoqué.

Curze estaba riendo de nuevo.

-Lo sé, Vulkan -dijo, después de haber recuperado algo de su compostura. -Tu faro no funcionará. Esta cámara está blindada contra teleportaciones. Nada entra o sale, excepto a través de esa puerta detrás de ti -temblando aún con las secuelas de absorber el escudo de energía, Curze logró ponerse de pie. -¿Creías que me habías roto, hermano? ¿Creíste que me habías engañado para dejarte escapar? -sonrió. -La esperanza es cruel, ¿no es así? Y la tuya era falsa, Vulkan.

Antes de que pudiera evitarlo pulsó algo en su avambrazo, activando algún sistema esclavizado a su armadura.

Al oír el batir de engranajes, me preparé. Esperaba otra trampa mortal, una larga zambullida en un calabozo aún más profundo. En su lugar, vi el suelo retirarse bajo mis pies, dejando una malla resistente que soportaba nuestro peso y permitiendo ver a través.

Había otra cámara por debajo del corazón del laberinto, pero no era nada más que una celda húmeda. No, no era una celda; era una *tumba*. Tiras débiles de lúmenes parpadeaban en esta cripta oculta, y sus luces y sombras combinadas revelaron cientos de cuerpos. Humanos y legionarios, prisioneros del Príncipe de los Cuervos, languidecían en la oscuridad. Estaban muertos, pero antes de morir fueron torturados y embrutecidos.

-Esta es mi verdadera obra de arte –reveló Curze, señalando a los muertos como un pintor su lienzo terminado, -y tú, Vulkan, el rey inmortal presidiendo los muertos angustiados, eres mi coronación.

-Eres un monstruo –resoplé con los ojos muy abiertos por el horror de la misma.

-Dime algo que no sepa -dijo entre dientes.

Enfrentándome a su mirada de loco, me decidí a complacerlo.

-Tienes razón -admití, levantando *Portador del Amanecer* para que pudiera verlo. –Lo moldeé también como un teletransportador, un medio para escapar incluso de una prisión como ésta. Contaba con que me llevaras aquí, en tu *necesidad* para enfrentarte a mí por última vez. Parece que fui engañado pensando que no habías planeado esto -bajé el arma y dejé que el peso de la cabeza tirara del mango hacia abajo hasta que mi mano envolvió el extremo de la empuñadura. -Pero estás olvidando una cosa...

Curze se inclinó, como ansioso por escuchar mis palabras. Creía que me tenía, que nunca escaparía de su trampa.

Estaba equivocado.

-¿Qué, hermano?

-También es un martillo.

El golpe lo alcanzó a través de la barbilla, un repunte salvaje que lanzó por los aires a Curze y lo puso en el suelo de nuevo con la fuerza pura del impacto. Se levantó sobre una rodilla antes de que le golpease de nuevo, esta vez a través de su hombro izquierdo en donde partí su hombrera por la mitad. Conecté otro golpe en su estómago antes de usar mi golpe de revés que lo puso en pie.

Curze casi se cayó de nuevo cuando me acerqué a él, presionando mango del martillo contra su garganta y empujándole hacia atrás hasta que se estrelló contra la pared. Su gorguera se había descompuesto y estaba colgando, así que interpuse el mango a través de su tráquea y presioné, con una mano en el pomo y la otra en la cabeza del martillo, y poco a poco comencé a aplastar sus huesos.

La sangre y la saliva salpicaban la armadura de Curze, escupiendo de su boca sin dejar de sonreír.

-Sí...-dijo atragantado hacia mí. -Sí...

Así de miserable quería matarlo, poner fin a su sufrimiento y obtener algo parecido a retribución por todo el sufrimiento que causó a mí y mis hijos.

-Vamos... -los ojos de Curze me lo pedían, y me di cuenta de que *quería* esto. Desde Kharaatan, había querido esto. No era fingido cada resquicio de debilidad que había visto en este lugar. Curze verdaderamente se detestaba a sí mismo, hasta el punto de que quería que le rematara. Si lo mataba tendría todo lo que quería; la muerte y un medio de rebajarme a su despreciable nivel.

-Estoy maldito, Vulkan... -dijo con voz entrecortada. -¡Remátame!

El abismo estaba pulsando en el borde de mi consciencia, negro y rojo, un monstruo arrastrándose de sus profundidades para reclamarme. Ante tantos muertos, casi podía oír los cadáveres deseando que lo hiciera para vengarles.

Y entonces vi a Ferrus, con el rostro orgulloso y noble que mirándome, mi querido hermano mayor.

-Hazlo... -rugió Curze. -Mataré de nuevo, tomaré a otro para mi diversión. Corax, Dorn, Guilliman... Tal vez lance el cebo al León cuando lleguemos a Thramas. No puedes correr el riesgo de dejarme vivir.

Le solté y cayó agarrándose la garganta, devolviendo de nuevo el aire en sus pulmones. De entre las hebras de su cabello lacio me miró, con los ojos llenos de intenciones asesinas. Le desprecié; lo peor de todo fue permitirle vivir cuando tenía todas las razones para no hacerlo, y demostré que estaba solo en su depravación.

-No puedes escapar -escupió. -Nunca te dejaré ir.

Bajé la vista hacia él, compasivo. -Te equivocas en eso también. Ninguna nave que poseas puede retenerme aquí ahora, Konrad -blandí el martillo, sosteniéndolo en alto como si fuera mi estandarte. -Tus contramedidas son inútiles. Podría haberte dejado tan pronto como tomé el martillo de su jaula, pero elegí quedarme atrás. Quería hacerte daño, pero por encima de todo lo que quería saber era si podía perdonarte. Somos *iguales*, Konrad, pero no de esa manera. Nunca de esa manera. Pero si te vuelvo a ver, te mataré -hablé estas últimas palabras con los dientes apretados, mi cordura colgando por el hilo más elemental cuando la gracia que Verace me dio finalmente se desvaneció. O tal vez fue mi propia resolución lo que conservó mi mente. ¿Un último esfuerzo hercúleo para evitar la locura? Nunca lo sabría.

Al presionar el perno en mango de *Portador del Amanecer*, cerré los ojos y dejé que el brote de la teletransportación me llevase.

TREINTA Y DOS

Campos de Truenos

K'gosi estaba muerto. El último estallido golpeó directamente a través de su pecho y se llevó la mayor parte de su torso superior con el.

-Hermano... –gruñó Leodrakk, disparando a través de la oscuridad y el humo acumulado de los disparos. -¡Vulkan vive! -gritó, tratando de hacerse oír por encima del estruendo de las armas automáticas. Los restos de su compañía estaban a cubierto. Fuego de fragmentación explotó sobre sus cabezas, bañando a los guerreros agachados con las chispas y la metralla de su cobertura desintegrándose lentamente.

Una sub-entrada les llevó hasta aquí, más allá de las primeras patrullas y a través de la puerta exterior. El puerto espacial estaba basado en tres anillos concéntricos, cada uno de ellos disminuyendo hacia el centro, donde residía la plataforma de aterrizaje principal. Todas las naves procedentes de las afueras de las instalaciones fueron derribadas, dejando sólo aquellas en el núcleo.

Por desgracia, este área demostró ser el más fuertemente custodiado, y la sub-entrada un cebo para atraer a la compañía destrozada hacia el interior. A unos cientos de metros de distancia tres transbordadores, así como las propias naves de los Portadores de la Palabra estaban listos para el despegue.

A pesar de su desafío, Leodrakk sabía que nunca llegarían a ellos. De acuerdo con su pantalla retinal, sólo seis legionarios seguían en pie. El resto estaban incapacitados o muertos.

Tras disparar varios disparos a tun-tun y echar un vistazo rápido, bramó por el vox, -Ikrad, mueve a tus hombres hacia arriba. El resto, ¡Fuego de cobertura!

Tres Salamandras avanzaron poco a poco a lo largo de un tramo de corredor dominado por pórticos que llevaban a la plataforma de aterrizaje. G'orrn cayó

antes de llegar a la siguiente posición de cobertura, una alcoba reforzada con apenas suficiente espacio para Ikrad y B'tarro.

Aun con auto-sentidos era difícil saber a cuántos se enfrentaban. Entre ráfagas Leodrakk intentó contar las siluetas de servoarmaduras borrosas al final del pasillo, pero cada vez que lo hacía más se añadieron a la horda.

Los Portadores de la Palabra mantenían la oposición y no mostraron signos de permitir a los salamandras abrir brecha. Leodrakk surgió de la cobertura para una segunda mirada. Un proyectil pasó cerca de su cabeza, cuyo sonido fue rebotado en su cabeza por los auto-sentidos del casco. Iconos de advertencia cayeron en cascada por su pantalla retinal. Su cabeza seguía unida al cuello. Por los pelos. Por ahora.

La voz de Ikrad crepitó sobre el vox, -No puedo ver el clérigo.

-No puedo ver mucho de nada -le espetó Hur'vak.

-No importa -respondió Leodrakk. -Mantened su atención centrada en nosotros. Fijadlos aquí.

-Eso puede ser problemático, hermano -dijo Kronor, gesticulando detrás de ellos e indicando que una segunda fuerza de los Portadores de la Palabra se podía oírse mover de su posición.

Tras su casco, Leodrakk sonrió. Su recuento de munición era mínimo. Sospechó que sus hermanos estaban igual. Fuego bólter llovía desde el final del pasillo ahora, acentuado por el destello ocasional de un volkite. Astillaron los contrafuertes de hierro y las columnas de las que los salamandras obtenían cobertura. Pronto serían cosidos por cualquier flanco y sería el fin.

Murmurando un juramento por Skatar’var, Leodrakk arengó lo que quedaba de sus hombres.

-¿Cómo se enfrentan los Salamandras a sus enemigos? -les preguntó.

-Cara a cara -fue la respuesta al unísono.

-Y diente a diente -concluyó Leodrakk, desenvainando su espada. Rugió y se levantó. Los otros gritaron detrás de él, decididos a morir con las armas en sus manos y recibir sus heridas de frente. Fue una carga gloriosa pero de corta duración.

-¡Vulkan vive!

Puntas de relámpagos danzaban duros y rápidos a través del desierto. Enterrado bajo la capa de draco de Numeon, Grammaticus los miró con recelo.

-Nos matarás a todos aquí fuera -dijo, su voz amortiguada por culpa de su respirador. Era el de la excavación, la única parte de su equipo original que aún llevaba, si no de la persona a la que anteriormente perteneció. Así como los relámpagos que quebraron el cielo en un sistema circulatorio de las venas y arterias, las tormentas de cenizas arañaron los páramos. Las motas de grano y minerales eran tan abrasivos como el cristal, y mortales cuando eran batidos a velocidades de huracán. No suponían obstáculo para un legionario, mas podría ser fatal para un mortal.

Hriak les preservaba de lo peor con un escudo kinético que el psíquico desplegó y que le estaba tomando un arduo esfuerzo mantener ante ellos. Era agotador para el Bibliotecario, y no había hablado desde que los tres se adentraron en el campo de rayos.

-*Salir de aquí* es lo que nos mantiene con vida, John Grammaticus -respondió Numeon.

Como Hriak, su servoarmadura estaba recibiendo una paliza con la tormenta. Gran parte de su pintura verde ya había sido erosionada por los vientos cargados de ceniza arenosa. Desde su desembarco las tormentas empeoraron. Su marcha inicial a la ciudad propiamente dicha fue mucho menos traicionera. Sólo tenían una pequeña misericordia; hasta el momento evitaron los rayos. Un rayo cayó cerca, levantando una gota de arena cristalizada.

-La evidencia prueba lo contrario -dijo Grammaticus al ver la oscura cicatriz que quedó en la estela del relámpago. -Creo que hubiera preferido estar con nuestros compañeros en el puerto espacial.

-No, no lo habrías -dijo Numeon sombrío, y eso puso fin a la cuestión. –La nave no está lejos. Y además -añadió, mirando lejos de las dunas crecientes de su derecha: -no estamos desprotegidos.

Pergellen sabía que a Numeon le carcomía dejar a los demás atrás. Al final, fue Leodrakk quien se ofreció para dirigir al resto de la compañía hacia el puerto espacial de modo que el capitán Pira y el Guardia del Cuervo pudieran alcanzar un

medio alternativo de escape. Asaltar el puerto espacial nunca fue viable. Fue descartado antes de ser debatido, pero sus enemigos no lo sabían. Con la intención de matar a los intrusos que habían interferido con sus planes, los Portadores de la Palabra concentraron toda su fuerza en el equipo atacando el puerto espacial. Nadie volvería a ver a los tres viajeros solitarios desafiando increíblemente los campos de rayos. Al menos, esa era la teoría. Pergellen se habría quedado con el grupo de distracción también, si no fuera por el hecho de que asegurar que el humano saliera del planeta se consideró prudente. Su mira podría ayudarles y realizar un seguimiento de las dunas de cenizas en busca de legionarios errantes que hubieran olido el ardid y decidido venir de caza.

Él estaba tendido, el viento y las cenizas rastrillando su generador de energía y los hombros mientras apoyaba su rifle debajo de su barbilla. Su ojo no había salido de la mira desde que encontró su posición en la duna. Tenía una buena vista, lo suficientemente alto como para permitir una cobertura decente, pero baja para que él no quedase descubierto. Era sólida también, pues una cresta de roca yacía debajo de toda esa ceniza.

Siguió primero a Hriak, luego a Numeon y finalmente Grammaticus, permitiendo que el indicador de distancia se posara en la cabeza encapuchada del humano. Luego trasladó la mira de vuelta a los páramos para ver si los estaban siguiendo.

Hasta ahora, todo bien...

Según sus cálculos, el lugar de aterrizaje no estaba muy lejos, y una vez allí encontrarían la cañonera que habían ocultado en su desembarco. La otra nave operativa no importaba ahora. Estaba lejos de su alcance, pero Pergellen planeó una ruta de retorno a la misma en caso de una salida de emergencia fuese todavía posible.

Una breve tormenta de ceniza chilló a través de él, enturbiando la lente del Mano de Hierro. Mantuvo la posición, pero cuando se asomó a la mira ahora ocluida pensó que vio a tres grandes formas humanoides moviéndose contra la tormenta. La Visibilidad ya era pobre, pero se agravó con el objetivo sucio. Pergellen consideró dar la alarma, pero decidió no hacerlo en caso de que el tráfico vox estuviera siendo monitorizado de alguna forma. Dudaba que fuera Leodrakk o cualquiera de sus hombres, pero tenía que estar seguro de si iba a hacer una matanza. Levantando su cuerpo sobre los codos, fue a limpiar la lente cuando oyó el crujido leve de arena desplazándose tras él.

-Quédate ahí y vuélvete; no te voy a pegar un tiro en la espalda -ordenó una voz ronca. Era la primera vez que la oía, pero Pergellen supo instintivamente a quién pertenecía. Con esa información en mente, relajó el agarre en la pistola bólter atada a su cadera.

-¿Honor? -preguntó Pergellen, levantándose. –Suponía que la XVII abandonó hace tiempo tales escrúpulos.

-Sirvo a mi propio código. Ahora date la vuelta.

Pergellen lo hizo y vio a un guerrero con servoarmadura de color rojo y negro. Sus atavíos estaban maltratados y manchados. Lo recordaba del lugar de la emboscada, el ataque a la manufactorum y la escaramuza en el sumidero de salida. Parecía que el Portador de la Palabra le recordaba demasiado.

-Eres el explorador -dijo, asintiendo.

Pergellen se preguntó si lo había dicho por respeto.

-Y tú el cazador.

El guerrero asintió de nuevo.

-Barthusa Narek.

-Verud Pergellen.

-Tu habilidad es impresionante, Pergellen -admitió Narek.

-No creo que estamos aquí para comparar halagos, ¿No?

-Correcto. Hubiera preferido enfrentarme contra ti rifle contra rifle, pero no hay tiempo para eso ahora -sonó casi arrepentido. -En su lugar, nos enfrentamos pistola bólter contra un cuchillo.

Tras la primera vista, Pergellen registró y midió la amenaza de cada una de las armas del cazador. Parecían consistir principalmente en hojas, pero también tenía una pistola bólter y el rifle de francotirador actualmente apuntado al corazón de la mano de hierro.

-¿Estás conforme a estos términos? -preguntó Narek.

-¿Por qué haces esto?

-Supongo que no estás preguntando por los actos de mi legión, o mi lealtad a la legión. Si lo que creo que estás preguntando es por qué no te ejecuto donde estás y por qué ahora soy yo quien te permite la oportunidad de matarme, la respuesta es simple. Necesito saber... ¿Quién es el mejor? –colocándose en cuclillas, sus ojos nunca abandonaron a Pergellen por un segundo y se desabrochó la correa del rifle al hombro y lo dejó sobre la cresta frente a él. Luego se puso de pie. -Ahora estamos igualados, así que repito: ¿pistola bólter o cuchillo?

El viento ceniciento aullaba y la arena se depositaba alrededor de los dos legionarios enfrentado entre sí a través de la duna. Pergellen estimó que había poco más de cuatro metros entre ellos. Tenía que acabar con el rápidamente. Los enemigos estaban convergiendo sobre Numeon y los otros. Al menos tenía que emitir una advertencia, pero no antes de ocuparse de este. Tomó una decisión.

-Una oferta justa -dijo Pergellen. -¿Cuchillos?

-Muy bien.

Cada legionario agarró su pistola, sabiendo que el otro haría lo mismo. Un solo disparo sonó. Narek fue más rápido.

Numeon miró hacia la cresta, siguiendo el eco del disparo de una pistola bólter escuchado incluso por encima de la tormenta. Un rayo agrietó la tierra delante de él y derrumbó al capitán Pira sobre su espalda, su servoarmadura babeando humo.

En el mismo instante se volvió y vio a los guerreros detrás de ellos. Contó tres, y se movían con rapidez a través de la ceniza batida. Parpadearon como un espejismo, primero distante y luego más cerca y más cerca aún. Poder disforme.

-¡Hriak! -bramó, lento en alzarse. En la cresta anterior, aquella donde Pergellen estaba destinado de vigilante, vio una sombra desplomarse y otra, de pie, desapareciendo en la tormenta a medida que retrocedía.

-Prepárate –siseó el Bibliotecario a Grammaticus. Luego se fue corriendo, pero no en ayuda de Numeon. Pasó al capitán Pira sin un segundo vistazo, después de percibir al psíquico en medio de ellos. -¡Es el clérigo! -gritó. -Lo siento, Artellus, debe haber seguido mi rastro psíquico en los páramos.

Numeon estaba de nuevo en pie y corriendo hacia Grammaticus, que luchaba contra la tormenta. Sin el escudo kinético estaba recibiendo una paliza, y sólo la piel de draco lo mantenía con vida.

-¿Dónde está tu jodida nave? -espetó, irritado, desde el interior de la capa.

-Cerca.

-¿Escondiste una nave aquí? -preguntó Grammaticus.

-Yo no; mis hermanos Cuervos -dijo Numeon. -Era indetectable -volvió su atención a Hriak, que empezó a describir patrones de arcanos en el aire delante de él. -¿Hermano? –llamó Numeon. Él parpadeó en un icono de proximidad que empezó a brillar recientemente en la pantalla retinal que todavía funcionaba, e hizo un gesto hacia la tormenta.

Mirando en la dirección que señaló Numeon, Grammaticus notó una silueta voluminosa que se avecinaba a través de la neblina de ceniza.

Oculto a plena vista, usando la tormenta como cobertura, pensó Grammaticus. *Qué típico de la XIX.*

-Vete, sácalo de aquí -dijo Hriak. -Yo me encargo de esto. La fiesta del cuervo se ha pospuesto demasiado para mí. *Victorus aut Mortis*.

Numeon volvió hacia el humano. -¿Estás bien, estás…

Grammaticus apuntó su puño contra él. Algo brillaba en el anillo que llevaba.

-Mejor de lo que me temo.

El haz de láser apuñaló la lente retinal de Numeon, quemando sus ojos e incendiando el rostro debajo. Él gritó, agarrándose el ojo, un trauma que le puso de rodillas. El haz le golpeó y parte de su servoarmadura se partió. No coagulaba de manera adecuada, la fisiología aumentada de Numeon incapaz por algo en la tormenta, algo que el clérigo había tramado. Esto hizo que el ojo ardiera aún más dolorosamente.

Medio ciego, trató de agarrar al ser humano para aplastarle en ese momento.

Grammaticus le golpeó con una carga potente. Mientras los legionarios estaban tramando su asalto en el puerto espacial y la finta para llevarlo a otra nave alteró la

tecnología en su anillo. El haz lo agotó. El arma digital estaba acabada y no podría usarse, pero atravesó las defensas del legionario y le dejó el tiempo suficiente para escurrirse de las manos del guerrero.

Le arrebató la fulgurita de la vaina de Numeon, evitando hábilmente el acecho del Salamandra.

-Lo siento -dijo Grammaticus, con voz cada vez más distantes cuanto más lejos corría, -pero estabas en mi camino.

Correr con fuerza contra la tormenta, llegó a la nave. El latido suave de las turbinas era obvio de cerca. Ahora que estaba al costado de la nave, pudo ver más claramente. Miró de nuevo hacia atrás, buscando cualquier signo de sus captores.

Rayos crepitaban en la distancia que no eran causados por la tormenta. Iluminaron a tres figuras, acorazados servoarmaduras legionarias. Otro, el cuervo, se oponía a ellos. Numeon todavía estaba derribado, pero alzándose.

Podía pilotar esta nave sin la ayuda del Salamandra, pero Grammaticus sabía que no tenía mucho tiempo para subir a bordo y alejarse. Moviéndose alrededor de la rampa de acceso posterior, se detuvo.

Había algo que goteaba a través de la escotilla de acceso posterior, como si alguien hubiera abierto una válvula de agua y llenado el espacio. Estaba oscuro, turbio y apestaba a estancamiento. Había algo *equivocado* en este lugar, en esta ciudad. Grammaticus lo sintió desde que desembarcó en el planeta con Varteh y los otros. No tenía ningún arma pues el anillo era inútil, así que sólo podía confiar en su ingenio. En ese preciso momento, parecieron más frágiles.

Martilleando el icono de liberación de escotilla, Grammaticus se preparó para lo que hubiera dentro. Quiso dar un salto hacia arriba, hacia la rampa en descenso de la cañonera, correr a la cabina del piloto y salir de Traoris sano y salvo, pero la figura de pie delante de él bloqueaba su camino.

Atrapado durante tanto tiempo en la cuenca de drenaje, todos esos años... El agua no fue amable. Grammaticus no podía recordar su nombre, pero la cosa mirándolo a través de los mechones de pelo lacio colgando sobre su cara hundida *conocía* a Grammaticus.

Instintivamente retrocedió, su tobillo palpitante donde las cinco ronchas pequeñas seguían mostrándose en su carne.

-Tú no eres... -empezó, pero ¿Cómo podía estar tan seguro? Todas las cosas que había visto, todas las obras que había hecho...

El niño ahogado avanzó hacia Grammaticus, su modo de andar lento y errático, dejando una estela de agua de drenaje tras él.

Un trauma infantil, uno de su primera vida; ¿Por qué este horror eclipsaba a todos los demás?

Grammaticus retrocedió y encontró su retirada impedida por una implacable servoarmadura. Se volvió hacia su atacante, sabiendo que el juego había terminado por fin.

-Vas por el camino equivocado si quieres escapar -dijo Numeon, mostrando un ojo en llamas a través de la lente retinal.

Mirando hacia atrás, Grammaticus vio que el niño ahogado se había ido. Pero la demora le había costado muy caro.

-¿Es ahora cuando me matas? -preguntó, todavía un poco agitado pero apuntalando la compostura con cada segundo que pasaba.

-Debería haberte matado cuando te vi. Dime que es cierto. ¿Es cierto lo que me dijiste? ¿Vulkan sigue vivo?

-Por lo que yo sé, si -la respuesta de Grammaticus quedó cortado por el disparo de una pistola bólter.

Frente a él, Numeon se convulsionó cuando el proyectil le golpeó en el torso y derribó al Salamandra.

-Has demostrado ser notablemente difícil de alcanzar, John Grammaticus -dijo una voz culta pero aterradora. El sordo chasquido de una pistola bólter preparada para disparar de nuevo congeló Grammaticus en su lugar. Se dio la vuelta, después de haber subido la mitad de la rampa, y vio que el clérigo de los Portadores de la Palabra se cernió sobre él. -Pero entonces usted es bastante notable, ¿Verdad?

-Eso me han dicho -dijo, todavía con la fulgurita en la mano.

-Dame la lanza –ordenó Apóstol Oscuro. -Tírala al suelo.

Numeon todavía seguía en el suelo y no parecía querer levantarse. Grammaticus obedeció.

-¿Y ahora qué?

-Ahora vendrás conmigo y te mostraré el verdadero sentido de la disformidad.

-Declino la oferta si pudiera ofrecerte lo mismo.

-No he dicho que tuvieras opción, mortal -Elias movió el hocico de la pistola, haciendo un gesto a Grammaticus de bajar por la rampa y fuera de la bodega de la cañonera esperando.

Dudó. -Seré triturado ahí fuera.

Elias brevemente miró la daga enfundada en su cinturón.

-No vas a estar aquí el tiempo suficiente para eso. Creo que la trituración vendrá más tarde.

Grammaticus estaba dando los primeros pasos hacia atrás por la rampa, tratando desesperadamente de encontrar una manera de salir de esto, cuando una carga hizo temblar el aire. No fue en el campo de rayos, ni tenía nada que ver con la tormenta en absoluto. Elias también lo sintió, y empezó a girarse.

Algo se acercaba.

Numeon estaba muriendo. No necesitaba los datos biométricos transmitidos por su servoarmadura para saberlo. Iconos rojos de advertencia brillaron a través de su visión, una fuente de estática caótica que hizo más para obstaculizar sus sentidos que mejorarlos.

Desabrochó las abrazaderas de fijación en su casco y se lo arrancó.

El Portador de la Palabra, el clérigo al que habían estado buscando, que mató sin duda a Hriak, no le prestó atención. Mientras miraba a la tormenta, Numeon detectó un cambio en el aire. Sintió calor, y se imaginó el temblor de los átomos cuando el velo de la realidad fue rasgado y siendo reescrito.

Extendió la mano, buscando un arma, tal vez con la pistola ya que la alabarda estaba ahora demasiado lejos de su alcance, pero se encontró agarrando el signo.

El signo de Vulkan.

Para sus legionarios se había convertido en un símbolo enigmático de esperanza, pero para el primarca no albergaba tal misterio. Lo hizo a mano, imbuido con tecnologías más allá incluso de sus hijos astartes.

Era un faro, una luz para traer una nave dañada a puesto o un viajero perdido a casa.

Durante unos breves segundos la tormenta amainó a un murmullo, la última punta de rayo aparentemente se congeló en su lugar y se convirtió en un desgarro de la realidad que irradió luz.

Mirando hacia esa luz, Numeon vio una figura diseñada con un poder divino.

-Vulkan vive... -resopló, cuya emoción y sangre inundaban su garganta para asfixiarlo.

Elias enfundó su pistola, dándose cuenta de que tendría poco efecto sobre lo que estaba a punto de salir a la realidad. Iba a sacar su daga con la intención de atacar cuando reconoció la figura que apareció ante él.

-Mi señor -murmuró y cayó sobre una rodilla, inclinando la cabeza ante Erebus.

Erebus lo ignoró. En su lugar, consideró a John Grammaticus, que seguía de pie en la rampa de la cañonera, paralizado por lo que acababa de presenciar.

El viajero estaba encapuchado. Sus túnicas oscuras envolvían una servoarmadura. No había ningún rostro bajo la capucha, sólo una máscara de plata labrada para parecerse a. En una mano Erebus sostenía un cuchillo ritual que ocultaba bajo la espalda de la túnica; la otra era biónica, aún no cubierta de piel sintética, y trató de recuperar la fulgurita.

-Álzate -dijo a Elías, a pesar de que estaba mirando a Grammaticus. Su voz sonaba vieja, pero amarga y llena de la resonancia del verdadero poder.

-Ha llegado en un momento propicio -comenzó Elias, antes de que Erebus arremetiera con la fulgurita y cortase la garganta del otro Apóstol Oscuro.

-Muy cierto -dijo, permitiendo que la sangre manado de las arterias rotas de Elias tiñera la parte delantera de su túnica.

Agonizando, incapaz de contener la herida de arma divina, Elias se limitó a arañar a su antiguo maestro. Se las arregló para agarrar la máscara de plata y arrancarla de la cara de su amo antes que Erebus tomase sus manos agitándose y lo lanzara hacia atrás.

Grammaticus retrocedió cuando Erebus le encaró. Algo parecido a un demonio le miró, uno con un horrible cráneo desollado y remendado por tejido cicatrizal que no estaba sanando como carne ordinaria y si como una piel de color rojo sangre. Era más oscura, encarnada, y brillaba con un fulgor sobrenatural. Varios pequeños cuernos sobresalían de la calva, pequeñas protuberancias de hueso afilado.

A los pies del Erebus, Elias jadeaba como un pez sin agua. Se estaba muriendo. Su desesperación pareció llamar la atención del Erebus y Grammaticus se alegró de que esos ojos infernales ya no se centraran en él.

Erebus se agachó, dirigiéndose a su antiguo discípulo.

-Eres tan estúpido como miope, Valdrekk -él le mostró la fulgurita, todavía brillando levemente, apretada en la mano biónica de Erebus. -Esto no gana guerras, no meros trozos de madera y metal. Nunca fue el arma que estaba buscando. Los *primarcas*, los nacidos de la divinidad, son las armas. Enfocar los nuestros, negar los suyos.

Erebus se inclinó y apretó la mano de carne sobre la boca abierta de Elias. La lucha fue breve y sin incidentes.

-Él va a los nonatos como recompensa por tratar de traicionarme.

Tomó Grammaticus un par de segundos en darse cuenta de que Erebus le estaba hablando. Miró hacia abajo y vio la fulgurita blandida hacia él.

-Toma -dijo Erebus. -Nadie te detendrá -ahora él levantó la vista y no hubo conocimiento terrible en sus ojos. –Haz tu trabajo, John Grammaticus.

Con cautela, Grammaticus tomó la lanza. Luego caminó hacia atrás por la rampa y pulsa en el icono para cerrarla. Cuando volvió a mirar, tanto Erebus como Elías habían desaparecido.

Aunque no era un legionario, podía pilotar la nave. Sus habilidades como piloto eran ejemplares y no había muchas naves, humanas o xenos, que no pudiera volar. Atravesando el compartimento de tropa/carga, Grammaticus abrió la puerta que le permita el acceso a la cabina. Era grande, construida para dar cabida a un legionario, pero se las arregló bastante bien. Le llevó unos minutos, pero consiguió alinear los sistemas de la nave para el vuelo atmosférico, y las turbinas de los motores se calentaron.

A través de la placa de glacis notó que el cielo sobre Ranos estaba cambiando. Había formas en las nubes de tormenta ahora, grandes y demasiado claras para ser meras sombras. Erebus había hecho más que poner fin a la vida de un rival cuando mató a Elias. Grammaticus no estaba dispuesto a quedarse y averiguar de qué se trataba.

La ignición del motor hizo temblar la nave cuando Grammaticus la impulsó hacia delante y luego comenzó a ganar altura. Una revisión rápida de la matriz de sensores reveló un camino a través de las dispersas naves en órbita. Ninguna de ellas era adecuada; necesitaría encontrar otro puerto espacial y obtener el pasaje a bordo de un crucero, preferiblemente no militar.

Estaría vigilado, y él lo sabía. Pero si llegaba allí antes que Polux tendría una mejor oportunidad de deslizarse a través de sus redes de seguridad.

El cielo oscuro dio paso al vacío negro desolad cuando la cañonera atravesó la atmósfera superior y más allá.

Una reflexión en el glacis sobresaltó a Grammaticus al principio, pues la memoria del niño ahogado todavía muy fresca, pero enmascaró bien su repentino pánico. El eldar lo miró con severidad.

-¿Tuviste éxito, John Grammaticus? -preguntó Slau Dha.

-Sí, la fulgurita está en mi poder.

-¿Y sabes lo que debes hacer?

-¿Todavía dudas de mi convicción?

-Sólo tienes que responder a la pregunta.

Grammaticus suspiró profundamente y asqueado del mundo. -Sí, ya sé lo que hay que hacer. Aunque matar a un primarca no será fácil.

-Esta ha sido siempre tu misión.

-Lo sé, pero aun así...

-Su gracia está ligada a la tierra. Sepáralo de ella y será débil, podrá ser asesinado como cualquiera de los otros.

-¿Por qué él? ¿Por qué no el León o ese bastardo de Curze? ¿Por qué tiene que ser él?

-Porque él es importante y porque no tiene que vivir para convertirse en el guardián de la puerta. Haz esto y tu pacto con la Cábala habrá terminado.

-Creo que me permitirás dudar de ello.

-No me importa lo que creas, *Mon'keigh*. Todo lo que importa es tu siguiente acción.

-No te preocupes, sé mi misión y la llevaré a cabo según lo ordenado.

-Al llegar a Macragge -dijo el Autarca, amenazante a pesar de que sólo estar *reflejándose*, -búscale. Él ya estará allí desde hace tiempo.

-No debería ser muy difícil.

-Será más difícil de lo que piensas. Él no es él mismo nunca más. Vas a necesitar ayuda.

-Otro primarca; sí, lo sé. Sospecho que pocos compondrán la fila para ser su verdugo, sin embargo.

-Te sorprenderías.

-Vuestra raza está llena de ellas.

Slau Dha ignoró la pulla, considerándola bajo su preocupación.

-¿Y entonces -preguntó en cambio, -cuando entregues la fulgurita?

Una llamarada estelar repentina obligó a Grammaticus a atenuar el glacis, lo que puso fin a la *reflexión*, pero respondió de todos modos.

-Entonces, Vulkan muere.

La caída en desgracia...

Ardiendo. Ardiendo sin fin.

Me desperté con el calor y el hedor de mi propia carne chamuscada. Mi cuerpo estaba envuelto en llamas. No necesitaba mirar para saber que cada una de mis terminaciones nerviosas gritó por ello.

La caída.

Pensé que había sucumbido a otra de las trampas mortales de mi hermano, una cisterna o abismo de fuego.

Pero descendía durante demasiado tiempo y demasiado ligero para que sea eso.

Abrí los ojos y en los pocos segundos que tuve antes de que hirvieran y luego se evaporaran en sus cuencas, vi un gran orbe debajo de mí a través de la neblina de calor abrasador.

Era un mundo de color gris casi pálido, envuelto con nubes blancas. Estaba muy por encima de él, penetrando en su atmósfera superior sin nave o incluso la protección de mi armadura.

Mi piel ardió. La carne también, y a continuación los músculos.

Mi cabeza se tiró atrás, mi boca abierta en un grito silencioso cuando experimenté un dolor sin medida.

Estrellas y nebulosas brillaron ente mí, pero no tenía la posibilidad de verlas.

A medida que mi cerebro se rebeló contra lo que mi cuerpo le estaba diciendo, fui testigo de mi propia destrucción a través de los ojos de mi mente.

Vulkan, su cuerpo convertido un infierno...

...Su piel arrugada como pergamino, su magro disolviéndose...

...Su carne carbonizada y desintegrándose.

Vulkan, reducido a huesos ennegrecidos.

Su esqueleto marchito sobrepasando la alta atmósfera hasta que finalmente...

Vulkan muere.

PALABRAS DEL AUTOR

He tenido esta historia en mi cabeza durante mucho tiempo. Un tiempo *muy* largo. Desde que empecé a investigar a los Salamandras y su trágico pasado he tenido este deseo de llenar la más evidente de las deficiencias en la línea de tiempo de la Herejía de Horus: ¿Cuál fue el destino de Vulkan?

Las opiniones en el momento variaban ampliamente desde declarar una y otra vez que estaba muerto, asesinados en una explosión de fuego nucleónica para nunca ser visto otra vez, a que había sobrevivido de alguna manera milagrosa y estuvo presente en la ruptura de las legiones.

Era un misterio, en muchos sentidos *el* misterio. Es la única duda restante del trasfondo de la Herejía que no era la identidad y el destino de las Legiones Perdidas (y no aguantéis la respiración por eso gente; no, en serio, porque sólo os asfixiaréis a vosotros mismos...) que nunca fue contestada realmente.

Pensé que nunca podría, o que nunca lo haría.

Resulta que yo estaba equivocado acerca de eso.

Hace años, cuando la suma total que nosotros, los lectores, sabíamos de la Herejía de Horus era el contenido del juego de cartas coleccionables (más tarde transferido y traducido a los diversos libros artísticos de "Visiones de la Herejía"), la trama de Vulkan terminaba en Isstvan V, con el primarca envuelto en una explosión masiva. Lo creáis o no hay algo más en esa historia. Simplemente nunca se dijo. Eso no quiere decir que existía; no era así, pero siempre debió. Pero el CCG finalizó antes de tiempo y tantos cuentos que se iniciaron nunca tuvieron el final que se merecían.

Vulkan fue una de ellos. Una grande.

Avanzo rápido varios años y aquí estoy escribiendo el epílogo de la primera parte de la respuesta a ese misterio. Y digo "primera parte" porque veo el viaje de Vulkan como una saga que no cumplirá realmente su resolución, y por lo tanto tendrá un cierre o una respuesta hasta que estemos ante las Puertas de Terra desafiando a la Tiranía y el Caos.

Habrá más. Debes haberte dado cuenta de eso a causa del final abierto. A la manera de una carrera de relevos sólo he tenido la batuta en mi regazo y ahora lo he pasado al siguiente corredor. Totalmente recuperado de mis hazañas en esta novela, espero que me recuperaré para la última etapa.

Así pues, esta novela ofrece una respuesta a uno de los mayores misterios de la Herejía de Horus: ¿Qué pasó con Vulkan en Isstvan V? ¿Vive, o murió? ¿Qué tenía que pasar? Si has saltado hasta el final y está leyendo esto antes de la novela, podría pensar que hay una muy gran pista en el título. Bueno, podría estar equivocado en eso. Y si has leído la novela y crees que sabes la respuesta, entonces te reto a que sigas leyendo más allá de mi propio primer volumen, modesto en esta saga de sagas y ver a dónde lleva al Señor de los Dracos.

Nick Kyme, Nottingham, abril de 2013

FIN DEL RELATO